

ROMANCERO ESPAÑOL

ROYAL CANADIAN MOUNTED POLICE

ROMANCERO ESPAÑOL


COLECCION DE ROMANCES SELECTOS DESDE
EL SIGLO XIV HASTA NUESTROS DIAS

EDICION Y NOTICIA PRELIMINAR

DE

JOSE BERGUA

19

EDICIONES  IBÉRICAS

APARTADO 8.085.—MADRID

Es propiedad.

Queda registrado y
hecho el depósito que
marca la ley.

L.S.C

B 4997 ro

678229

23. 5. 52

Impreso en España

NOTICIA PRELIMINAR

¿Qué es el Romancero? ¿Cuándo ha nacido? ¿Cómo se ha verificado su difusión? Mucho han trabajado los eruditos y especialistas en estas cuestiones, sin llegar a una conclusión definitiva. El Romancero, como todos los temas literarios de interés excepcional, ha preocupado y sigue preocupando a muchas gentes. Cuando la intuición y la investigación vacilan y se fatigan en una búsqueda analítica y seca, bien puede darse, aunque sea con moderación, un poco de licencia a la fantasía. Dejémosla correr un poquito para que nos ayude.

Es la hora de la siesta, pero no hace calor. Los árboles corpulentos que crecen a la vera del regato, cobijan con sus extensas sombras unas piedras cubiertas de musgo verde, el agua clara que bulle sobre la arena fina y una niña medio despechugada que lava unas ropillas canturreando. El campo es amplio, llano, inundado de sol. Allí lejos, un alcor. En el alcor, en la cumbre, la casa de piedra grisácea, grande, con una robusta torre almenada en uno de sus ángulos. Un vaquerillo guarda tres hermosas vacas que pacen en un prado. ¿Estamos en la Montaña? ¿Estamos en la Extremadura? ¿Estamos en Castilla? Este paisaje de un valle amplio y llano, inundado de sol, con un alcor en el que se yergue una casa solariega, de piedra, con una maciza torre almenada en un ángulo, un prado en el que pacen unas vacas bajo la mirada tranquila de un vaquerillo y un arroyo de agua clara en el que una niña lava unas basquiñas, puede ser del norte, del oeste o del centro de España.

Sí, es un paisaje de nuestra patria, un paisaje rural, muy rural, a pesar del torreón de la casa solariega. Allá, detrás de esta casa, al otro lado de la mota, se apiña un

pueblecillo misérrimo, de casuchas de adobes sin encajar, con los tejadillos abombados por el peso de los años. Y más allá, al final de todo, el telón de fondo de unas montañas azules muy lejanas.

Para que todo sea más dulce e idílico, el pastorzuelo hace sonar un caramillo mientras la niña lava. La hora de la siesta silencia dulcemente todas las cosas de la tierra, y el sol luce en el azul inmenso. El tiempo no existe. Un vaquerillo echado en el prado, mientras las vacas pacen mansamente y una niña que chapotea lavando en el regato, han existido siempre en España. En el siglo XIV, en el XV, en el XVI.

Ningún ser humano más que la niña y el vaquerillo animan esta paz campesina. Pero pronto otro personaje aparece en la escena. Primero es un bultito negro que surge en una altura de la vereda. Luego, conforme va aproximándose, se le distingue mejor. Es un hombre, quizá joven, porque su caminar es fácil. Viene a pie. Le vemos ya más cerca, al bordear el otero para salir al camino. Trae colgado de un hombro un zurrón cubierto de vedija negra y, atado a él, una vihuela.

La niña ha sido la primera en columbrarle. Con esa viveza propia de las mujeres, adelantándose a la certidumbre, ha formado ya un juicio que se acerca mucho a la realidad. La niña se ha puesto en pie y, para ver mejor, haciendo visera con su manecita, mira obstinadamente al que llega. Su cara se ha animado, se ha avivado el color de sus mejillas, sus ojos relucen con inusitado fulgor, todo su rostro, moreno y bonito, se llena de alegría, de luz. Pero el vaquerillo ha dejado entre la hierba su flauta de caña y mira también al hombre del zurrón.

La niña, antecogiendo su ropilla húmeda, deja el regato y corre hacia la casa. El vaquerillo, sin pararse a cerrar la cerca del prado, abandona las vacas y, saltando matas y atajando peñas, trisca como un recental en dirección al poblado de casillas de adobe.

La niña ha llegado casi sin alientos a la casona solariega. Habla tartamudeando. Con las manos, con sus mejillas, con sus ojos que fulgen como luceros, ha contado la nueva a las criadas en el zaguán, a las pastoras en el

corral, a las dueñas que cosen en el corredor bajo la parra cargada de fruto en agraz. Ha sido la noticia como un chorro de humo en una colmena. Voces mujeriles, alboroto, risas, alegría, apresuramiento. Ya conocen todas las mujeres en la casa la noticia que trajo la niña que lavaba en el regato. Una azafata, reprimiendo el alboroto, ha penetrado en las estancias oscuras para comunicarla a la señora.

Y entretanto, el vaquerillo, sudoroso, triscando, palmo-teando, ha llegado al pueblo. Vocea por las calles, aplaude, se ríe, grita. Las mujerucas se asoman a las puertas, los mozos se avisan unos a otros por sobre las bardas, la chiquillería, en tropel, corre hacia el camino, mientras los ancianos, refunfuñando, porque es su oficio, pero en el fondo complacidos, llegan casi a sonreír cuando nadie los mira.

Por la vereda del otero desemboca en el camino el hombre del zurrón y la vihuela. Mil ojos le miran desde las almenas de la torre, desde las ventanas de la casa solariega, desde las puertas de las casuchas de adobes, por sobre las tapias de los corrales. Aquel hombre, gris por el tamo de las sendas polvorientas que ha recorrido, va acercándose. Su paso sostenido, enérgico, le hace inconfundible. Es el que vino al lugar hará para dos años, por Carnestolendas. Bien le recuerdan todos; es el mismo, y los mismos son su zurrón y su vihuela. En aquel zurrón, el cartapacio de los papeles que él sabe leer, y en aquella vihuela...

Los chiquillos rememoran los juegos y truhanerías que antaño vieron hacer a aquel hombre en la plaza. Una mozueta de la casa solariega ha dicho a las otras que la escuchan y que como ella miran ávidamente al que se acerca: es el que cantó aquello de

Sin color anda la niña
después que se fué su amante,
enemiga de sus ojos,
descuidada con su talle...

Y el mozo, que sobre las bardas ha reconocido al viajero, musita, recordando la tonadilla que le oyó:

Aquel alto emperador
que tenía a su mandar
la mayor parte del mundo
poderoso por la mar...

Un anciano que apoya sus sarmentosas manos en el lustroso cayado, mira con sus ojuelos húmedos al hombre de la vihuela, el que estuvo en el lugar ya va para dos años. Tiene el viejo los labios fruncidos y renegros que se le hunden en la boca por la falta de dientes, Pero aún silabea tembloroso al ver venir al trashumante, recordando lo que le oyó recitar junto a la fogata de la cocina, aquella tarde lluviosa y fría:

¿Quién es aquel caballero
que tan gran traición hacía?
Ruy Velázquez es de Lara,
que a sus sobrinos vendía...

Ya llega el juglar al pueblo. Manos amigas le saludan desde lejos. Algunas ancianas se santiguan y cierran de golpe el ventanuco mientras la chiquillería, que precede bulliciosamente al recién llegado, anuncia a todos la buena nueva. Aquel hombre, con su zurrón repleto de gruesos papeles en que van escritos los romances y su vihuela que mosconeá mientras los recita, es la esperanza de mozos y viejos, de chicuelas y casadas, de rústicos y señores. Aquel hombre sabe todas las historias, cuenta en verso todos los acaecimientos, recita las noticias llegadas de los países más lejanos, las más estupendas nuevas y los más antañones sucesos.

No en balde la niña dejó el regato y el vaquerillo abandonó el prado. La noticia ha llegado ya a las salas de la casa solariega. En el estrado, una dama con los ojos entornados y el pecho palpitante, recita en voz baja aquel romance que oyó en las Carnestolendas al juglar:

Quien dijere que la ausencia
causa olvido en quien bien ama
mi firmeza lo desmiente
en quien verá que se engaña...

El campo permanece mudo, soleado, quieto. Las vacas pastan mansamente en el prado y el agua fresca del regato bulle entre las pedrezuelas blancas, a la sombra de los copudos árboles. ¿Estamos en la Montaña, en la Extremadura, en Castilla? ¿Corre el siglo XV, el XVI? Es igual. El juglar temple su vihuela y va a comenzar su melopea. Las gentes le rodean. Un poco de silencio...

* * *

Bajo el punto de vista del "Arte Poética" es el romance una composición que consta de un número indeterminado de versos octosílabos (en realidad, versos de dieciséis sílabas divididos en dos hemistiquios de a ocho sílabas), de los cuales son los impares libres, y asonantes los pares. Hay romances cuyos versos tienen menos sílabas, y entonces se les llama "romancillos", y los hay también endecasílabos, que se denominaban romances mayores o heroicos. Todos ellos, sin embargo, siguen la misma asonancia.

El romance, nacido del pueblo y escrito para el pueblo, fué desde sus orígenes el más fiel intérprete de sus gustos, sus creencias y sus sentimientos. Su forma métrica con asonancia monorrima, es la verdaderamente indicada para cantar asuntos épicos, novelescos o amorosos, los cuales forman la parte principal del cuerpo de nuestro romancero.

Cuestión sumamente debatida por los eruditos de todos los tiempos, ha sido la del origen del romance, entendido como canción popular, que el pueblo escuchaba a los juglares y que aprendía de memoria, repetía y perpetuaba a través de los años y aún de los siglos, conservando así, por tradición oral, uno de los más grandes tesoros de nuestra literatura nacional.

Es opinión del señor Menéndez Pidal que los romances

tradicionales proceden o representan fracciones de más extensos poemas épicos, haciendo notar que su forma métrica de dieciséis sílabas con asonancia monorrima, es en esencia la versificación de las gestas medievales. Recitados éstos por los cantores populares, en la memoria de los oyentes quedaban algunas escenas culminantes, las que producían en ellos mayor interés por su fuerza dramática o por otra circunstancia cualquiera. Es muy probable que esta parte del poema se hiciese repetir con insistencia al juglar o que llegase a cantarse independientemente de aquél, dando lugar al verdadero romance, del que se apoderaba el pueblo para recitarlo o cantarlo también, acompañando a sus faenas diarias o distrayendo sus ratos de ocio.

Haya nacido el romance en el siglo XIV o XV, pues no es fácil determinar la cronología de los más viejos, sino en este amplio período de tiempo, debemos imaginarnos lo que entonces suponían para el pueblo estos romances. Aisladas las agrupaciones humanas, dificultosas las comunicaciones, frecuentes las acciones guerreras, ya entre cristianos y moros, ya entre aquellos mismos, los juglares que se desplazaban de villa en villa y de pueblo en pueblo, constituían el mejor vehículo de información de toda clase de asuntos y hechos que interesaban, no sólo al vulgo, sino también a las clases más elevadas. El paso de estos cantores debía dejar tras de sí honda huella emotiva que perduraba largo tiempo en la memoria de los oyentes, que, apoderándose de lo más interesante de sus canciones, lo cristalizaba en los romances que a su modo asimilaba y transformaba inconscientemente el elemento popular.

Y si esto sucedía en las aldeas y en los campos, otro tanto se produciría en los campamentos de los ejércitos, en los que en las horas de paz, la soldadesca, por entretener su ocio, ponía en sencillos y descriptivos versos los hechos heroicos y las incidencias más dignas de nota de las campañas a que asistían.

Pero a la actualidad palpitante, en la fantasía del pueblo, se unían reminiscencias de otros hechos pasados, retazos de antiguas canciones, tradicionales sucesos y es-

cenas heroicas o pintorescas que vivían perennemente en su memoria. Y de ahí, los anacronismos y absurdos que presentan muchas de estas narraciones, que el pueblo ignaro confundía, pero no olvidaba.

En el romance se hallan vigorosamente retratadas todas las épocas más características de nuestra historia, y a la vez aparecen sencillamente versificadas aquellas tradiciones que, arrancando de la historia bíblica, pasan por las épocas legendarias para desembocar en los sucesos contemporáneos. De ahí su variedad, su interés y su contenido altamente pintoresco.

Se encuentra en esta clase de composiciones el primer aliento de nuestra poesía lírica, y en ellas se hallan atesorados los preciosos y abundantes materiales de la epopeya española. Precisamente por esta variedad es tan dificultosa la clasificación de nuestro romancero. Hacerlo cronológicamente es punto menos que imposible, pues las alteraciones que sufrieron los romances primitivos o viejos, no siempre fueron idénticas en todas estas composiciones, y así, podría creerse que algunas de ellas son muy posteriores a su verdadera época, por haber sido artísticamente retocadas, y otras aparecen como primitivas anteponiéndolas injustamente a los romances más viejos.

Por ello se recurre, para ordenar las colecciones de romances, a separarlos por sus asuntos, incluyendo en cada sección los más similares. De este modo el lector puede encontrar fácilmente aquellas composiciones que desea, atendiendo a su contenido particular.

Hemos dicho ya que no es posible fijar la época en que aparecieron nuestros romances viejos tradicionales, pero sí puede asegurarse que acabaron hacia la primera mitad del siglo XVI. Entonces se empezaron a publicar algunos, imprimiéndolos en pliegos sueltos u hojas volantes, que circulaban profusamente entre el vulgo, como después sucedió con las canciones de ciego. Así se formó un tesoro diseminado de composiciones, entre las cuales se hallaban multitud de romances tomados de la tradición oral, pero impurificados, no sólo por la consiguiente manera con que fueron conservados por el pueblo, que

injertaba en ellos variantes, según la localidad y época en que se recitaban, sino por el gusto de los impresores, que con pretexto de modernizarlos y pulirlos, ponían cuanto les parecía y quitaban lo que se les antojaba. Puede, pues, presumirse, y casi asegurarse, que de la época tradicional no nos quedan romances completamente conformes a su primitiva redacción, aunque cada uno la haya conservado en infinitos fragmentos, que no han sufrido cambio alguno. Los romances que perviven o hasta hace poco subsistían en la memoria de los ancianos de las aldeas más apartadas, conservando su originario asunto, contienen profundas divergencias y redacciones muy diversas según la región donde se encuentran.

Considerado todo esto, se comprende que el romancero es de una riqueza y una espontaneidad sorprendentes. A partir del primer tercio del siglo XVI, ya empezaron a componer romances eruditos algunos poetas de fama; pero ha de llegar nuestro siglo de oro para que el desarrollo del romance artístico alcance el mayor apogeo. Siguiendo la corriente iniciada en la centuria anterior por Juan de Timoneda, Alonso de Fuentes, Sepúlveda y otros, en el siglo XVII compusieron notabilísimos romances Cervantes, Quevedo, Góngora, Lope de Vega, etc. Los romances moriscos pertenecen casi todos a esta clase de "artísticos" o producidos por poetas más o menos consagrados.

Los trascendentales hechos históricos que acaecieron en nuestra patria a finales del siglo XV dieron al romance ancho campo para mostrarse pujante y admirable. Así, la larga e intensa campaña de reconquista llevada a cabo por los Reyes Católicos y que culminó con la toma de Granada, produjo esa serie de romances llamados "fronterizos", en la que los cristianos exaltan, no sólo sus innumerables hechos de armas y actos heroicos de sus capitanes y caballeros, sino que recuerdan y enaltecen la nobleza de sus enemigos, reconociéndoles no pocas veces sus dotes de valentía, generosidad y sacrificio. Estos romances fronterizos son, en general, muy bellos y poéticos.

Pero es que en los mismos años de la conquista del reino granadino, último baluarte de los mahometanos en la Península, otros acontecimientos históricos de gran importancia llevaban fuera de nuestras fronteras el romancero español. Los soldados que desde Aragón marchaban continuamente a las campañas de Italia para defender y sostener los derechos del Rey Católico en aquellas tierras; los judíos expulsados de nuestra patria, que se acogían a Portugal, Marruecos, Alemania, Italia, Turquía y Asia Menor; los descubridores y conquistadores del Mundo Nuevo, a la par que fundaban ciudades y dominaban imperios, extendían por aquellas tierras desconocidas nuestra religión, nuestras costumbres y nuestros romances, canto casi exclusivo que brotaba de sus labios en las largas marchas por las selvas o en las tranquilas noches tropicales.

Así se extendió nuestro romancero, y de tal modo ha sido conservado, que aun hoy se encuentran judíos sefardíes, establecidos muy lejos de España, que recitan los viejos romances castellanos con una pureza y una fidelidad sorprendentes. Y en América, no sólo se recuerdan nuestros romances desde Cuba hasta la Patagonia, sino que en los nativos han brotado otros nuevos, bien sobre los viejos asuntos épicos o amorosos que llevaron hasta allá nuestros soldados y artesanos, o bien elaborados por ellos mismos, retratando sus costumbres y exaltando sus glorias nacionales.

A esta extensión y profundidad que alcanzaron los romances en el siglo XVI, corresponde el favor que los poetas cultos le concedieron; en la siguiente centuria los romances invadieron el teatro y la novela, si bien es cierto que también su decadencia y desprecio fué rápido, pues durante el siglo XVIII, salvo raras excepciones, no se cultivó el romance por los poetas cultos y los "vulgares" que de aquella época se conservan no sobresalen ni por su mérito ni por la delicadeza con que están tratados sus asuntos.

Fué preciso que llegara el siglo XIX y que desde fuera de nuestra patria, los eruditos y los críticos señalaran de nuevo los méritos impercederos de nuestra poesía

popular. El Romanticismo dió vigoroso impulso a estas composiciones, siendo el duque de Rivas y Zorrilla, entre otros, los que mejor aprovecharon este venero tradicional.

Poetas muy notables del siglo XX han cultivado el romance con grande acierto y apluso, unos siguiendo la forma tradicional, es decir, componiendo nuevos romances sobre asuntos épicos o históricos y otros inspirándose en temas líricos y amorios. Pero como quiera que sea, el romance perdura y vive, aún en una forma puramente artística; pues el pueblo, en la actualidad olvida los romances y es muy difícil, aun buscándolos en su último refugio, es decir, en las aldeas menos accesibles, encontrar algún anciano que recuerde aquellos retazos épicos que un día fueron el patrimonio total de nuestros antepasados.

Afortunadamente, casi la integridad de este tesoro literario ha sido captado por los coleccionistas y eruditos. Desde los primitivos "Cancioneros", que contenían algunos romances, sólo a título de curiosidad, pues aquellas recopilaciones estaban destinadas a otro objeto, hasta los verdaderos "Romanceros" que se produjeron en siglos posteriores, no ha cesado la labor de búsqueda y acopio. Esteban García de Nájera, Lorenzo de Sepúlveda, Alonso de Fuentes, Juan de Timoneda, Raimundo de Eclugiuar, Pedro de Padilla, Ginés Pérez de Hita, Pedro de Moncayo, Miguel de Madrigal, Juan de Escobar, Pablo de Val, etc., etc., los recopilaron en los siglos XVI y XVII. Pero fué en el siglo pasado cuando apareció la colección más completa de las ordenadas hasta entonces y debida a don Agustín Durán, que tras de publicar varias series en tomos sueltos, dió a la luz en los años 1849 y 1851 su "Romancero general" o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII, que comprende los tomos X y XVI de la "Biblioteca de Autores Españoles", publicada por el editor Rivadeneyra. En este "Romancero" se compilan casi dos mil romances, perfectamente clasificados, ordenados y anotados, donde el curioso puede hallar en cuidada versión lo más interesante y copioso del refranero español.

Nosotros traemos a estas páginas una selección de romances que comprende desde los más antiguos o "viejos" hasta los de los poetas contemporáneos. Ciertamente que la mayor dificultad de este trabajo ha consistido en la forzada selección que nos ha privado de dar muchos romances notabilísimos, pero hemos atendido preferentemente a traer las muestras más características de todas las épocas. Hemos comenzado por los romances de asunto caballeresco de la época carolingia, entremezclando con ellos algunos posteriores, pero que guardan con aquéllos cierta similitud por su contenido o su forma. Después damos los romances históricos en los que incluimos los que tratan de Historia Sagrada, los Mitológicos y Heroicos de Grecia y Roma, y los referentes a nuestra historia patria en un gran ciclo que comprende desde la dominación romana hasta la época de Felipe IV. En otras secciones incluimos los romances moriscos, los referentes a cautivos y forzados, los fronterizos, alguna muestra de romances judíos y finalmente incluimos en la sección de romances varios los novelescos, amatorios, descriptivos, líricos, etc., comprendiendo en ella los romances de nuestros poetas más afamados de los siglos XVIII y XIX, para terminar con los romances de nuestros contemporáneos, es decir, lo más selecto de la producción romancesca del siglo XX.

De esta manera presentamos al lector una serie completa de romances, desde su origen hasta la hora presente, que en extensión abarca todo el ciclo romancero español; la falta de espacio no nos ha permitido nutrirla como fuera nuestro deseo, pero el lector se hará cargo de la imposibilidad de hacerlo, siendo aquél tan reducido y los materiales de nuestra poesía popular tan abundantes. Si hemos acertado a seleccionar las composiciones de modo que reflejen lo más característico de cada época y asunto, no habremos alcanzado poco.

ROMANCERO ESPAÑOL

ROMANCES CABALLERESCOS

VERGILIOS

Mandó el rey prender Ver-
gilios
y a buen recaudo poner,
por una traición que hizo
en los palacios del rey.
Porque forzó una doncella
llamada doña Isabel,
siete años lo tuvo preso,
sin que se acordase dél;
y un domingo, estando en
vfnole memoria dél. [misa,
—Mis caballeros, Vergilios,
¿qué se había hecho dél?—
Allí habló un caballero
que a Vergilios quiere bien:
—Preso lo tiene tu Alteza,
y en tus cárceles lo tien.
—Via: a comer, mis caballe-
caballeros, via, a comer, [ros,
después que hayamos comido
a Vergilios vamos a ver.—
Allí hablara la reina:
—Yo no comeré sin él.—
A las cárceles se van
adonde Vergilios es.
—¿Qué hacéis vos aquí, Ver-
gilios?
Vergilios, ¿aquí qué hacéis?

—Señor, peino mis cabellos.
y las mis barbas también:
aquí me fueron nacidas,
aquí me han de encanecer;
que hoy se cumplen siete
[años
que me mandaste prender.
—Calles, calles, tú, Vergilios,
que tres faltan para diez.
—Señor, si manda tu Alteza,
toda mi vida estaré.
—Vergilios, por tu paciencia
connigo irás a comer.
—Rotos tengo mis vestidos,
no estoy para parecer.
—Yo te los daré, Vergilios,
yo dártelos mandaré.—
Flúgole a los caballeros
y a las doncellas también;
mucho más plugo a una due-
llamada doña Isabel. [ña,
Llaman luego un arzobispo,
ya la desposan con él.
Tomárala por la mano.
y llevásela a un vergel.

LA INFANTINA

De Francia partió la niña,
de Francia la bien guarnida:

íbase para París,
 do padre y madre tenía:
 errado lleva el camino,
 errada lleva la vía:
 arrimárase a un roble
 por esperar compañía.
 Vió venir un caballero,
 que a París lleva la guía.
 La niña desde que lo vido
 desta suerte le decía:

—Si te place, caballero,
 vévesme en tu compañía.

—Pláceme, dijo, señora,
 pláceme, dijo, mi vida.—

Apeóse del caballo
 por hacelle cortesía;
 puso la niña en las ancas
 y subiérase en la silla:

En el medio del camino
 de amores la requería.

La niña desde que lo oyera
 díjole con osadía:

—Tate, tate, caballero,
 no hagáis tal villanía:

Hija soy yo de un malato
 y de una malatía;

el hombre que a mí llegase
 malato se tornaría.—

Con temor el caballero
 palabra no respondía,

y a la entrada de París
 la niña se sonreía.

—¿De qué os reís, mi señora?

¿De qué os reís, vida mía?

—Ríome del caballero,
 y de su gran cobardía.

¡Tener la niña en el campo,
 y catarle cortesía!—

Con vergüenza el caballero
 estas palabras decía:

—Vuelta, vuelta, mi señora,
 que una cosa se me olvida.—

La niña, como discreta,
 dijo: —Yo no volvería,
 ni persona, aunque volviese,
 en mi cuerpo tocaría:

hija soy del rey de Francia
 y la reina Constantina,
 el hombre que a mí llegase
 muy caro le costaría.

EL CONDE ARNALDOS

¡Quién hubiese tal ventura
 sobre las aguas del mar,
 como hubo el conde Arnaldos
 la mañana de San Juan!
 Con un falcón en la mano
 la caza iba a cazar,
 y venir vió una galera
 que a tierra quiere llegar.
 Las velas traía de seda,
 la jarcia de un cendal,
 marinero que la manda
 diciendo viene un cantar
 que la mar ponía en calma,
 los vientos hace amainar,
 los peces que andan al hondo
 arriba los hace andar,
 las aves que andan volando
 las hace a el mástil posar:
 —Galera, la mi galera,
 Dios te me guarde de mal,
 de los peligros del mundo
 sobre aguas de la mar,
 de los llanos de Almería,
 del estrecho de Gibraltar,
 y del golfo de Venecia,
 y de los bancos de Flandes,
 y del golfo de León,

donde suelen peligrar.—
Allí habló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por Dios te ruego, mari-
[nero,
digaisme ora ese cantar.—
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo esta canción,
sino a quien conmigo va.—

EL CONDE DON MARTIN Y DOÑA
BEATRIZ

Bodas hacían en Francia
allá dentro de París;
¡cuán bien que guía la danza
esta doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
el buen conde don Martín!
—¿Qué miráis aquí, buen
[conde?
Conde, ¿qué miráis aquí?
¿Decid si miráis la danza,
o si me miráis a mí?
—Que no miro yo la danza,
porque muchas danzas vi;
miro yo vuestra lindeza,
que me hace penar a mí.
—Si bien os parezco, conde,
conde, saqueisme de aquí;
que un marido me dan viejo
y no puede ir tras mí.

EL INFANTE VENGADOR

Helo, helo por do viene
el infante vengador,
caballero a la ginetá
en caballo corredor,

su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador,
con la punta del venablo
sacaría un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón,
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor:
el hierro fué hecho en Fran-
y el asta en Aragón: [cia,
Perfilándose lo iba
en las alas de su halcón.
Iba a buscar a don Cuadros,
a don Cuadros el traidor,
y allá le fuera a hallar
junto del emperador.
La vara tiene en la mano,
qué era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba,
si le tiraría o no,
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
dado ha al emperador:
pasado le ha manto y sayo
que era de un tornasol,
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.
Allí le habló el rey,
bien oiréis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, in-
[fante?

¿Por qué me tiras, traidor?
—Perdóneme tu Alteza,
que no tiraba a ti, no:
Tiraba al traidor de Cuadros;
ese falso engañador,

que de siete hermanos que
 [tenía,
 no ha dejado, si a mí no:
 Por eso delante tí,
 buen rey, lo desafío yo.—
 Todos fian a don Cuadros,
 y al infante no fian, no,
 si no fuera una doncella.
 hija es del emperador,
 que los tomó por la mano,
 y en el campo los metió.
 A los primeros encuentros
 Cuadros en tierra cayó.
 Apeárase el infante,
 la cabeza le cortó,
 y tomárala en su lanza,
 y al buen rey la presentó.
 De que aquesto vido el rey
 con su hija le casó.

EL ADULTERO CASTIGADO

Blanca sois, señora mía,
 más que no el rayo del sol:
 ¿Si la dormiré esta noche
 desarmado y sin pavor?
 Que siete años había, siete
 ¡que no me desarmo, no!
 Más negras tengo mis carnes
 que no un tiznado carbón.
 —Dormidla, señor, dormidla,
 desarmado sin temor,
 que el conde es ido a la caza
 a los montes de León.
 —Rabia le mate los perros,
 y águilas el su halcón,
 y del monte hasta casa
 a él arrastre el morón.—
 Ellos en aquesto estando
 su marido que llegó;

—¿Qué hacéis, la blanca ni-
 hija del padre traidor? [ña,
 —Señor, peino mis cabellos,
 peinolos con gran dolor,
 que me dejáis a mí sola
 y a los montes os vais vos.
 —Esas palabras, la niña,
 no eran sino traición:
 ¿Cuyo es aquel caballo
 que allá abajo relinchó?
 —Señor, era de mi padre,
 y enviólo para vos.
 —¿Cuyas son aquellas armas
 que están en el corredor?
 —Señor, eran de mi herma-
 y hoy vos las envió. [no,
 —¿Cuya es aquella lanza
 que desde aquí la veo yo?
 —Tomadla, conde, tomadla,
 matadme con ella vos,
 que aquesta muerte, buen
 [conde.
 bien os la merezco yo.

LA CONSTANCIA

Mis arreos son las armas,
 mi descanso es pelear,
 mi cama, las duras peñas;
 mi dormir, siempre velar.
 Las manidas son oscuras.
 los caminos por usar,
 el cielo con sus mudanzas
 ha por bien de me dañar
 andando de sierra en sierra
 por orillas de la mar,
 por probar si en mi ventura
 hay lugar donde avadar.
 Pero por vos, mi señora,
 todo se ha de comportar.

LA DAMA DEL CONDE ALEMAN

A tan alta va la luna
 como el sol a mediodía,
 cuando el buen conde alemán
 con esa dama dormía.
 No lo sabe hombre nascido
 de cuantos en corte había,
 si no sólo era la infanta,
 aquesa infanta su hija.
 Asi, su madre la hablaba,
 desta manera decía:
 —Cuanto viéredes infanta,
 cuanto vieres encobridlo:
 Daros ha el conde alemán
 un manto de oro fino.
 —¡Mal fuego le queme, ma-
 ese manto de oro fino. [dre,
 cuando en vida de mi padre
 tuviese padraastro vivo!—
 De allí se fuera llorando:
 El rey su padre la ha visto
 —¿Por qué lloráis, la infan-
 [ta?
 Decid, ¿quién llorar os hizo?
 —Yo me estaba aquí comien-
 [do,
 comiendo sopas en vino;
 entró el conde alemán
 y echólas por el vestido.
 —Calléis, mi hija, calléis;
 no toméis de eso pesar.
 Que el conde es niño y mo-
 [chacho;
 hacerlo ha por burlar.
 —¡Mal fuego quemase, pa-
 tal reír y tal burlar! [dre,
 Cuando me tomó en sus bra-
 conmigo quiso holgar. [zos
 —Si él os tomó en sus brazos,

y con vos quiso holgar,
 en antes que el sol saliese
 yo le mandaré matar.

ROMANCE DE GERINELDO

Levantóse Gerineldo
 que al rey dejara dormido:
 fuese para la infanta
 donde estaba en el castillo.
 —Abraisme, dijo, señora,
 abraisme, cuerpo garrido.
 —¿Quién sois vos, el caballe-
 [ro,
 que llamáis a mi postigo?
 —Gerinaldo soy, señora,
 vuestro tan querido amigo.—
 Tomárala por la mano,
 en un lecho la ha metido,
 y besando y abrazando
 Gerinaldo se ha dormido.
 Recordado había el rey
 de un sueño despavorido;
 tres veces lo había llamado,
 ninguna le ha respondido;
 —Gerinaldo, Gerinaldo,
 mi camarero polido,
 si me andas en traición,
 trátasme como a enemigo.
 o dormías con la infanta,
 o me has vendido el castillo.
 Tomó la espada en la mano,
 en gran saña va encendido:
 F'uérase para la cama
 donde a Gerinaldo vido.
 El quisiéralo matar;
 mas crióle de chiquito.
 Sacara luego la espada,
 entre entrambos la ha metido,
 porque desde recordase

viése cómo era sentido.
Recordado había la infanta,
e la espada ha conocido.
—Recordados, Gerineldo,
que ya érades sentido,
que la espada de mi padre
yo me la he bien conocido.

EL INFANTE TROCO

En el tiempo que Mercurio
en Occidente reinaba,
hubo en Venus su mujer
un hijo que tanto amaba.
Púsole por nombre Troco,
porque muy bien le cuadraba,
criáronsele las diosas
en la montaña Troyana.
Era tal su hermosura,
que una estrella semejaba:
deseando ver el mundo,
sus amas desamparaba.
Andando de tierra en tierra
hallóse do no pensaba,
en una gran pradería
de arrayanes bien poblada,
en medio de una laguna
todá de flores cercada.
Es posada de una diosa
que Salamanca se llamaba,
diosa de la hermosura,
sobre todas muy nombrada.
El oficio d'esta diosa
era holgarse en su posada,
peinar sus lindos cabellos,
componer su linda cara.
No va con sus compañeras,
no va con ellas a caza;
no toma el arco en la mano,
ni los tiros del aljaba,

ni el sabueso de trailla,
ni en lo tal se ejercitaba.
Ella des que vido a Troco
quedó de amores llagada,
que ni pudo detenerse
ni quiso verse librada.
Mirando su hermosura
d'esta manera le habla:
—Eres, mancebo, tan lindo,
de hermosura tan sobrada,
que no sé determinarme
si eres dios o cosa humana.
Si eres dios, eres Cupido,
el que de amores nos lлага;
si eres hombre, ¡cuán dichosa
fué aquella que te engendra-
[ra!
Y si hermana alguna tienes,
de hermosura es muy dotada.
Mi señor, si eres casado,
hurto quiero que se haga;
y si casado no eres
yo seré tuya de gana.—
El Troco, como es mancebo,
de vergüenza no hablaba;
ella cautiva de amores
de su cuello le abrazaba.
El Troco le dice así,
d'esta manera le hablaba:
—Si no estáis, señora, queda,
dejaré vuestra posada.

EL CONDE SOL

Grandes guerras se publi-
[can
entre España y Portugale:
pena de la vida tiene
quien no se quiera embarca-
[re

Al conde Sol le nombran
 por capitán generale;
 del rey se fué a despedir
 de su esposa otro que tale.
 La condesa quera niña,
 todo se va en llorare.
 —Dime, conde, ¿cuántos años
 tienes de echar por allae?
 —Si a los seis años no vuel-
 [vo,
 condesa, os podéis casare.—
 Pasan los seis, y los ocho,
 pasan diez y pasan más,
 y el conde Sol no tornaba
 ni nuevas suyas fué a dare
 Estando en su estancia sola,
 fuéla el padre a visitare:
 —¿Qué tienes, hija querida,
 que no cesas de llorare?
 —Padre de toda mi alma,
 por la santa Trinidad,
 que me queráis dar licencia
 para al conde ir a encontrare
 —Mi licencia tenéis, hija,
 haced vuestra voluntad.—
 La condesa al otro día
 al conde se fué a buscare,
 triste por Italia y Francia,
 por la tierra y por la mare.
 Ya estaba desesperada,
 ya se torna para acae,
 cuando gran vacada un día
 devisó allá en un pinare.
 —Vaquerito, vaquerito,
 por la santa Trinidad,
 que me niegues la mentira
 y me digas la verdade:
 ¿De quién son estas vaquitas
 que en estos montes estare?
 —Del conde Sol son, señora,

que manda en este lugare.
 —¿Y de quién son esos trigos
 que cerca están de segare?
 —Señora, del mismo conde,
 porque los hizo sembrare.
 —¿Y de quién tantas ovejas
 que a corderos dan mamare?
 —Señora, del conde Sol,
 porque los hizo criare.
 —¿De quién, dime, esos jar-
 [dines
 y ese palacio reale?
 —Son del mismo caballero,
 porque allí suele habitare.
 —¿De quién, de quién los ca-
 [ballos
 que se oyen relinchare?
 —Del conde Sol, que suele
 sobre ellos ir a cazare.
 —¿Y quién es aquella dama
 que un hombre abrazando es
 —La desposada señora [tae?
 con que el conde va a casare.
 —Vaquerito, vaquerito,
 por la santa Soledade:
 toma mi ropa de seda,
 y vísteme tu sayale,
 que ya hallé lo que buscaba,
 no lo quiero, no, dejare;
 agárrame de la mano
 y a su puerta me pondraes,
 que a pedirle voy limosna,
 por Dios, si la quiere dare.
 Desde estuvo la condesa
 del palacio en el umbrale,
 una limosnica pide
 que se la den por piedade,
 y fué tanta su ventura,
 aún más que era de esperare
 que la limosna demanda

y el conde se la fué a dare.

—¿De dónde eres, peregrina?

—Soy de España naturale.

—¿Cómo llegastes aquí?

—Vine mi esposo a buscare,
por tierra pisando abrojos,

pasando riesgos en mare,

y cuando le hallé, señor,

supe que se iba a casare,

supe que olvidó a su esposa,

su esposa que fué leale,

su esposa que por buscalle

cuerpo y alma fué a arries-

[gare.

—¡Romerica, romerica,

calledes, no digas tale,

que eres el diablo, sin duda,

que me vienes a tentare!

—No soy el diablo, buen con-

[de,

ni yo te quiero enojare;

soy tu mujer verdadera,

y así te vine a buscare.—

El conde, cuado esto oyera,

sin un punto más tardare,

un caballo muy ligero

ha mandado aparejare

con cascabeles de plata

guarnido todo el pretale;

con los estribos de oro,

las espuelas otro tale,

y cabalgando de un salto,

a su esposa fué a tomare,

que de alegría y contento

no cesaba de llorare.

Corriendo iba, corriendo,

corriendo va sin parare,

hasta que llegó al castillo

donde es señor naturale.

Quedádose ha la novia

vestidica y sin casare,

Que quien de lo ajeno viste

desnudo suele quedare.

CORDURA DE ALIARDA PARA JUSTIFICARSE DE LA CALUMNIA DE UN CABALLERO QUE SE JACTO DE HABERLA GOZADO

—Esta noche, caballeros,
dormí con una doncella,
que en los días de mi vida
yo no vi cosa más bella.—
Todos dicen a una voz.

—¡Cierto, Aliarda es esa!—

Oídolo había su hermano,

un hermano carnal della,

dijéronle allí: —Florencios,

bien es casarte con ella.

—No quiero hacer, caballe-

para mí cosa tan fea, [ros,,

en tomar yo por mujer

la que tuve por manceba.—

Aún no acabó Florencios

de decir aquella nueva,

cuando todos prontamente

dicen luego: —¡Muera, mue-

[ra!

¡Muera aquel que ha des-

[honrado

a Aliarda la más bella!—

En saber esto Aliarda

gran enojo recibiera:

Envióles a decir

en breve desta manera:

—Pésame, mis caballeros,

de hacer cosa tan mal hecha,

que lo que el loco decía

no era cosa credera.

Hasta saberlo de cierto
no le habían de dar pena.

EL TRAIOR MARQUILLOS
Y BLANCA-FLOR

¡Cuán traidor eres, Marqui-
llos!

¡Cuán traidor de corazón!
Por dormir con tu señora
degollaste a tu señor.
Desde lo tuviste muerto
quitástele el chapirón;
fuéste al castillo fuerte
donde está la Blanca-Flor.
—Abridme, linda señora,
que aquí viene mi señor;
si no lo queréis creer,
veis aquí su chapirón.—

Blanca-Flor desde lo viera
las puertas luego le abrió:
echóle brazos al cuello,
allí luego la besó;
abrazándola y besando
en un secreto la entró.

—Marquillos, por Dios te rue-
[go

que me concedas un don:
Que no durmieses conmigo
hasta que rayase el sol.—
Marquillos, como es hidalgo,
el don luego le otorgó,
y como venía cansado
en llegando se durmió.
Levantóse muy ligera
la hermosa Blanca-Flor;
tomara un cuchillo en mano
y a Marquillos degolló.

ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS
GALESAS

AMADIS DE GAULA

En la selva está Amadís,
el leal enamorado;
tal vida estaba haciendo
cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
a sus carnes apretado;
con disciplinas destruye
su cuerpo más delicado.
Llagado de las heridas,
y en su señora pensando,
no se conoce en su gesto,
según lo trae de delgado.
De ayunos y de abstinencias
andaba debilitado;

la barba trae crecida,
d'este mundo se ha apartado;
las rodillas tiene en tierra,
y en su corazón echado,
con gran humildad os pide
perdón si había errado.
Al alto Dios poderoso
por testigo ha publicado,
y acordádosele había
del amor suyo pasado,
que así le derribó
de su sentido y estado.
con estas grandes pasiones
amortecido ha quedado
el más leal amador
que en el mundo fué hallado.

EL CABALLERO DEL FEBO

(De Lucas Rodríguez.)

El gran hijo de Trebacio
 que por sucesión venía
 a ser alto emperador
 de Grecia, donde asistía,
 llamado por nombre el Febo;
 flor de la caballería,
 ejemplo de la virtud,
 dechado de lozanía;
 el que nunca igual halló
 en esfuerzo y valentía,
 el que siempre sujetó
 a toda la paganía,
 el que con sólo su nombre
 los agravios deshacía,
 el que a todos excedió
 en mesura y cortesía:
 este príncipe potente
 que a los gigantes vencía,
 un niño le sujetó
 ciego, tierno en demasía,
 y fué porque le tiró
 una flecha que traía,
 a la cual no hay resistencia,
 porque invisible la envía;
 y cuando verse pudiera
 poco le aprovecharía,
 pues se había de defender
 con quien tan poco podía,
 que era su corazón tierno;
 ¡mirad cuál le pararía,
 pues que de su natural
 fuerza alguna no tenía!
 Y ansina muy fácilmente
 cualquiera vista le hería.
 Tiróla tan fuertemente
 que forzado le rendía

a ser el mayor esclavo
 que tiene en su compañía;
 al cual le mandó que amase
 a una princesa que había
 en la noble Trapisonda,
 adonde ella residía,
 cuya señora ha de ser:
 Claridiana se decía,
 la cual entre las mujeres
 como el sol resplandecía.
 Hacía a todos gran ventaja
 en su gracia y bizarría,
 en hermosura y valor
 y en virtud y en gallardía,
 y en ánimo varonil
 y esfuerzo sin cobardía,
 porque sólo su amador
 algún tanto la excedía,
 y con tan poca ventaja
 que apenas se conocía.
 El la quiso y fué querido,
 ¡ved qué gloria les sería,
 pues a Amadís en amar
 él clara ventaja hacía,
 y ella a la reina Oriana,
 que de allí pasar no había!
 Pasando muchos trabajos
 y tormentos cada día,
 vino el caso a suceder
 que necesidad tenía
 de apartarse de su dama,
 porque a llamarle venía
 una doncella llorando,
 que su socorro pedía.
 ¡Allí viérades los llantos
 que cada uno hacía!
 ¡Allí las quejas, los celos
 que su amada le oponía!
 Y para que no se fuese
 muchas lágrimas vertía.

Mas como él era esforzado,
 complacerla no podía,
 porque a ello le obligaba
 la ley de caballería.
 Despídense con abrazos,
 que se daban a porfía:
 de sólo aquello gozó,
 que más no le concedía.
 No lo querie ella dejar
 por no perder su alegría;
 parécele que la ausencia
 olvidarla causaría,
 dándole mil ocasiones,

como de contino hacía,
 y este triste pensamiento
 tanto a la dama ofendía,
 que no le quiere soltar
 porque mucho lo temía.
 Como el príncipe esto viese,
 gran pena y dolor sentía:
 Dale su fe y su palabra
 que muy presto volvería
 a tornarla a visitar,
 pues más que ella lo quería;
 y así le dió la licencia,
 y el príncipe se partía.

ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS BRETONAS

LANZAROTE DEL LAGO

I

Tres hijuelos había el rey,
 tres hijuelos, que no más;
 por enojo que hubo de ellos
 todos malditos los ha.
 El uno se tornó ciervo,
 el otro se tornó can,
 el otro, que se hizo moro,
 pasó las aguas del mar.
 Andábase Lanzarote
 entre las damas holgando,
 grandes voces dió la una:
 —Caballero, estad parado:
 Si fuese la mi ventura,
 cumplido fuese mi hado
 que yo casase con vos,
 y vos conmigo de grado,
 y me diésedes en arras
 aquel ciervo del pie blanco.
 —Dárosle he yo, mi señora,

de corazón y de grado,
 si supiese yo las tierras
 donde el ciervo era criado.—
 Ya cabalga Lanzarote,
 ya cabalga y va su vía,
 delante de sí llevaba
 los sabuesos por la trailla.
 Llegado había a una ermita,
 donde un ermitaño había:
 —Dios te salve, el hombre
 [bueno
 —Buena sea tu venida:
 Cazador me parecís
 en los sabuesos que traía.
 —Dígame tú, el ermitaño,
 tú que haces santa vida,
 ese ciervo del pie blanco
 ¿dónde hace su manida?
 —Quedaos aquí, mi hijo,
 hasta que sea de día,
 contaros he lo que ví,
 y todo lo que sabía.

Por aquí pasó esta noche
 dos horas antes del día,
 siete leones con él
 y una leona parida.
 Siete condes deja muertos,
 y mucha caballería.
 Siempre Dios te guarde, hijo,
 por do quier que fuer tu ida,
 no te quería dar la vida.
 ¡Ay dueña de Quintañoses,
 del mal fuego seas ardida,
 que tanto buen caballero
 por ti ha perdido la vida!—

II

Nunca fuera caballero
 de damas tan bien servido,
 como fuera Lanzarote
 cuando de Bretaña vino,
 que dueñas curaban dél,
 doncellas del su rocino.
 Esa dueña Quitañona,
 esa le escanciaba el vino,
 la linda reina Ginebra
 se lo acostaba consigo;
 y estando al mejor sabor,
 que sueño no había dormido,
 la reina toda turbada
 un pleito ha conmovido.
 —Lanzarote, Lanzarote,
 si antes hubieras venido
 no hablara el orgulloso
 las palabras que había dicho,
 que a pesar de vos, señor,

se acostaría conmigo.—
 Ya se arma Lanzarote
 de gran pesar conmovido,
 despídese de su amiga,
 pregunta por el camino,
 topó con el orgulloso
 debajo de un verde pino,
 combátense, de las lanzas,
 a las hachas han venido.
 Ya desmaya el orgulloso,
 ya cae en tierra tendido,
 cortárale la cabeza,
 sin hacer ningún partido;
 volvióse para su amiga
 donde fué bien recibido.

TRISTAN DE LEONIS

Ferido está don Tristán
 de una muy mala lanzada,
 diérasela el rey su tío
 que celoso dél estaba.
 El fierro tiene en el cuerpo,
 de fuera le tembla el asta:
 Valo a ver la reina Iseo
 por la su desdicha mala.
 Júntanse boca con boca
 como palomillas mansas,
 llora el uno, llora el otro,
 la cama bañan en agua;
 allí nace un arboledo
 que azucena se llamaba,
 cualquier mujer que la come
 luego se siente preñada:
 Comióla la reina Iseo
 por la su desdicha mala.

ROMANCES DE LAS CRONICAS CABALLERESCAS DE
CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA

EL CONDE DIRLOS

Estábase el conde Dirlos,
sobrino de don Beltrane,
asentado en las sus tierras,
deleitándose en cazare,
cuando le vinieron cartas
de Carlos el emperante.
De las cartas placer hubo,
de las palabras pesare,
que lo que las cartas dicen
a él le parece male.

«Rogar os quiero, sobrino,
el buen francés naturale,
lleguéis vuestros caballeros,
los que comen vuestro pane;
darles heis doblado sueldo
del que les soledes dare,
dobles armas y caballos,
que bien menester lo hane;
darles heis el campo franco
de todo lo que ganaren
partiros heis a los reinos
del rey moro Allarde.

Deseximiento me ha dado
a mí y a los doce Pares:
grande mengua me sería
si todos se hobiesen de an-
[dare.

No veo caballero en Francia
que mejor pueda enviare,
sino a vos, el conde Dirlos,
esforzado en pelear.»

El conde que esto oyó,
tomó tristeza y pesare,
no por temor de los moros

ni miedo de pelear,
mas tiene mujer hermosa.
mochacha de poca edade.
Tres años anduvo en armas
para con ella casare,
y el año no era cumplido,
della mándarlo apartare.
De que esto él pensaba
tomó dello gran pesare;
triste estaba y pensativo,
no cesa de sospirare:
despide los falconeros,
monteros manda pagare,
despide todos aquellos
con quien solía deleitarse;
no burla con la condesa
como solía burlare;
mas muy triste y pensativo
siempre le veían andare.
La condesa qu'esto vido,
llorando empezó de hablare:
—¡Triste estades vos, el con-
[de!

¡Triste, lleno de pesare
de esta tan triste partida
para mí de tanto male!
Partirvos queréis, el conde,
a los reinos de Aliarde,
dejáisme en tierras ajenas
sola y sin quien me acompa-
[ñe.

¿Cuántos años, el buen con-
[de,
hacéis cuenta de tardare?
Yo volverme he a las tierras,

a las tierras de mi padre;
vestirme he de un paño ne-
[gro,

ese será mi llevare;
maldiré mi hermosura,
maldiré mi mocedade,
maldiré aquel triste día
que con vos quise casare.

Mas si vos queredes, conde,
yo con vos querría andare:
mas quiero perder la vida,
que sin vos della gozare.—

El conde desque esto oyera
empezóla de mirare;

con una voz amorosa
presto tal respuesta hace:

—No lloredes vos, condesa,
de mi partida no hayais pe-
[sare;

no quedáis en tierra ajena,
sino en vuestra a vuestro

[mandare,
que antes que de aquí me
[parta

todo vos lo quiero dare.

Podéis vender cualquier vi-
[lla,

y empeñar cualquier ciuda-
[de,

como principal heredera
que nada os pueden quitare.
Quedaréis encomendada

a mi tío don Beltrane
y a mi primo Gayferos,
señor de París la grande:
quedaréis encomendada

a Oliveros y a Roldane,
al emperador, y a los doce
que a una mesa comen pa-
[ne;

porque los reinos son lejos
del rey moro Aliarde;
que son cerca de la Casa

[Santa,
allende del nuestro mare.

Siete años la condesa,
todos siete me esperade;
si a los ocho no viniere,
a los nueve vos casade;
seréis de veinte y siete años
que es la mejor edade:
el que con vos casare, se-

[ñora,
mis tierras tome en ajuare;

gozará mujer hermosa,
rica y de gran linaje.

Bien es verdad, la condesa,
que conmigo os querría lle-
[vare;

mas yo voy para batallas,
y no cierto para holgare.

Caballero que va en armas
de mujer no debe curare,
porque con el bien que os

[quiere
la honra habría de olvidar.

Mas aparejad, condesa,
mandad vos aparejare,
iréis conmigo a las cortes.

a París, esa ciudade .
Toquen, toquen mis trompe-
[tas,

manden luego cabalgare.—
Ya se partía el buen conde;
la condesa otro que tale:

la vuelta van de París
aprieta no de vagare.

Cuando son a una jornada
de París, esa ciudade,
el emperador que lo supo

a recibir se los sale.
 Con él sale Oliveros,
 con él sale don Roldane,
 con él don Darderín D'Ar-
 [deña,
 y Urgel de la fuerza grande;
 con él salía Guarinos,
 almirante de la mare;
 con él sale el esforzado
 Renaldos de Montalvane.
 Con él van todos los doce
 que a una mesa comen pane,
 sino el infante Gaiferos
 y el buen conde don Bel-
 [trane,
 que salieron tres jornadas
 más que todos adelante.
 No quiso el emperador
 que hubiesen de aposentare,
 sino en sus reales palacios
 posada les mandó dare.
 Luego empiezan su partida
 apriesa y no de vagare.
 Dale diez mil caballeros
 de Francia más principales,
 y con otra mucha gente
 gran ejército reale.
 El sueldo les paga junto
 por siete años y mase.
 Ya, tomadas buenas armas,
 caballos otro que tale,
 enderezan su partida,
 empiezan de cabalgare;
 cuando el bueno conde Dir-
 [los
 ruega mucho al emperante
 que él y todos los doce
 se quisiesen ayuntare.
 Cuando todos fueron juntos
 en la gran sala reale,

entra el conde y la condesa,
 mano por mano se vane:
 cuando son en medio dellos
 el conde empezó de hablare:
 —A vos lo digo, mi tío,
 el buen viejo don Beltrane.
 y a vos, infante Gayferos,
 y a mi buen primo carnale,
 y esto delante de todos
 lo quiero mucho rogare,
 y al muy alto emperador,
 que sepa es mi voluntade.
 cómo villas y castillos,
 y ciudades y lugares
 los dejo a la condesa,
 que nadie las pueda quitare.
 Como principal heredera
 en ellas pueda mandare,
 y vender cualquiera villa,
 y empeñar cualquier ciuda-
 [de:
 de aquello que ella hiciere
 todos se hayan de agradare.
 Si por tiempo yo no viniere
 vosotros la queráis casare:
 el marido quella tome
 mis tierras haya en ajuare.
 Y a vos la encomiendo, tío,
 en lugar de marido y padre;
 y a vos, mi primo Gayferos,
 por mí la queráis honrare.
 Y encomiéndola a Oliveros,
 y encomiéndola a Roldane,
 y encomiéndola a los doce,
 y a don Carlos el emperan-
 [te.—
 A todos les place mucho
 de aquello quel conde hace.
 Ya se parte el buen conde
 de París, esa ciudade;

la condesa que ir lo vido
jamás lo quiso dejare
hasta orillas de la mar
do se había de embarcare.
Con ella va don Gayferos,
con ella va don Beltrane,
con ella va el esforzado
Renaldos de Montalvane,
sin otros muchos caballeros
de Francia más principales.
A tan triste despedida
el uno del otro hacen,
que si el conde iba triste,
la condesa mucho mase.
Palabras se están diciendo
que era dolor d'escuchare:
el conorte que se daban
era continuo llorarē.

Con gran dolor manda el
[conde

hacer vela y navegare.
Como sin la condesa se vido
navegando por la mare,
movido de muy gran saña,
movido de gran pesare,
diciendo que por ningún

[tiempo
de ella lo harán apartare.

Sacramento tiene hecho
sobre un libro misale
de jamás volver en Francia,
ni en ella comer pane,
ni que nunca enviará carta,
porque dél no sepan parte.
Siempre triste y pensativo,
puesto en pensamiento gran-

[de,
navegando en sus jornadas
por la tempestuosa mare,
llegado es a los reinos

del rey moro Aliarde.
Ese gran Soldan de Persia,
con poderío muy grande
ya les estaba aguardando
a las orillas del mare.

Cuando vino cerca tierra
las naves mandó llegare;
con un esfuerzo esforzado
los empieza de esforzare.

—¡Oh esforzados caballeros!

¡Oh mi compañía leale,
acuérdeoseos que dejamos
nuestra tierra naturale!
D'ellos dejamos mujeres,
d'ellos hijos, d'ellos padres,
sólo para ganar honra,
y no para ser cobardes.

Pues esforzáos, caballeros,
esforzad en pelearē.

Yo llevaré la delantera,
y no me queráis dejare.—

La morisma era tanta,
tierra no dejan tomare.
El conde, que era esforzado
y discreto en pelearē,
manda toda artillería
en las sus barcas posare.

Con el ingenio que traía
empiézales de tirare;
los tiros eran tan fuertes,
que por fuerza hacen lugare
Veréis sacar los caballos,
muy apriosa cabalgare;
tan fuerte dan en los moros,
que tierra les hacen dejare.
En tres años que el buen

[conde
entendió en pelearē,
ganados tiene los reinos
del rey moro Aliarde.

Con todos sus caballeros
 parte por iguales partes;
 tan grande parte da al chico
 tanto le da como al grande:
 sólo él se retraía
 sin querer algo tomare.
 Armado de armas blancas,
 y cuentas para rezare,
 ¡tan triste vida hacía,
 que no se puede contare!
 El Soldan le hace tributo,
 y reyes de allende el mare:
 de los tributos que le daban
 a todos hacía parte.
 Hace a todos mandamiento,
 y a los mejores jurare,
 que ninguno sea osado
 hombre a Francia enviare,
 y que al que cartas enviase
 luego le hará matare.
 Quince años el conde estuvo
 siempre d'allende del mare,
 y no escribió a la condesa,
 ni a su tío don Beltrane,
 ni escribió a los doce,
 ni menos al emperante.
 Unos creían que era muerto,
 otros anegado en mare.
 Las barbas y los cabellos
 nunca los quiso afeitare;
 tiénelos fasta la cinta,
 fasta la cinta, y aun mase:
 la cara mucho quemada
 del mucho sol y del aire,
 con el gesto demudado
 muy feroz y espantable.
 Los quince años cumplidos,
 dieciséis querían entrare,
 acostárase en su cama
 con deseo de holgare.

Pensando estaba, pensando
 la triste vida que hace,
 pensando en aquel tiempo
 que solía festejare,
 cuando justas y torneos
 por la condesa solía armare.
 Dormióse con pensamiento,
 y empezara de holgare,
 cuando hace un triste sueño
 para él de gran pesare.
 Vía estar la condesa
 en los brazos de un infante.
 Salto diera de la cama
 con un pensamiento grande,
 gritando con altas voces,
 no cesando de hablare:
 —¡Toquen, toquen mis trom-
 [petas,
 mi gente manden llegare!—
 Pensando que había moros
 todos llegados se hane.
 Desde que todos son llegados,
 llorando empezó a hablare:
 —¡Oh esforzados caballeros!
 ¡Oh mi compañía leale!
 Yo conozco aquel ejemplo
 que dicen, y es gran verdade,
 que todo hombre nacido
 que es de hueso y de carne,
 el mayor deseo que tenía
 era en sus tierras holgare.
 Ya cumplidos son quince
 [años,
 y en dieciséis quiere entrare,
 que somos en estos reinos
 y estamos en soledade.
 Quien tenía mujer hermosa
 vieja la debe de hallare;
 el que dejó hijos pequeños

hallarlos ha hombres gran-
 [des;
 ni el padre conocerá al hijo,
 ni el hijo menos al padre.

Hora es ya, mis caballeros,
 de ir a Francia a holgare,
 pues llevamos harta honra
 y dineros mucho mase.

Lleguen, lleguen naves lue-
 [go,

mándolas aparejare,
 capitanes ordenemos
 para las tierras guardare.—

Ya todo es aparejado,
 ya empiezan a navegar.

Cuando todos son llegados
 a las orillas del mare,
 llorando el conde de sus ojos
 les empieza de hablare:

—¡Oh esforzados caballeros!
 ¡Oh mi compañía leale!

Una cosa rogar vos quiero,
 no me la queráis negare:
 quien secreto me tuviere
 yo le he de galardonare.

Que todos hagáis juramento
 sobre un libro misale,
 que en parte ninguna que sea
 no me hayáis de nombrare,
 porque con el gesto que

[traigo
 ningunos me conocerane;

mas viéndome con tanta
 [gente

y un ejército reale,
 si vos demandan quién soy
 no les digáis la verdade:

Decid que soy mensajero
 que vengo de allende el ma-

[re.

que voy con una embajada
 a don Carlos el emperante,
 porque es hecho un mal
 [suyo.

y quiero ver si es verdade.—

Con l'alegría que llevan
 de a Francia se tornare,
 todos hacen sacramento
 de tenerle puridade.

Embárcanse muy alegres,
 empiezan de navegar;
 el tiempo tienen muy fresco
 que placer es de mirare.

Allegados son en Francia,
 en sus tierras naturales.
 Cuando el conde se vió en
 [tierra,

empieza de caminar:
 no va vuelta de las cortes
 de Carlos el emperante,
 mas va vuelta de sus tierras
 las que solía mandare.

Ya llegado que es a ellas,
 por ellas empieza a andare.

Andando por su camino
 una villa fué a hallare;
 llegado se había cerca
 por con alguno hablare.

Alzó los ojos en alto
 a la puerta del lugare,
 llorando de los sus ojos
 comenzara de hablare:

—¡Oh esforzados caballeros,
 de mi duelo habed pesare,
 armas que mi padre puso
 mudadas las veo estare!

O es casada la condesa,
 o mis tierras van a male.—

Allegóse a las puertas
 con gran enojo y pesare:

miró por entre las puertas,
gentes d'armas vido estare.
Llamando está uno dellos
más viejo en antigüedad;
de la mano él lo toma
y empiézale de hablare:

—Por Dios te ruego, el por-
[tero,
me digas una verdade.

¿De quién son aquestas tie-
[rras?

¿Quién las solía mandare?

—Pláceme, dijo el portero,
de deciros la verdade;
ellas eran del conde Dirlos,
señor de aqueste lugare,
agora son de Celinos,
de Celinos el infante.—

El conde desde esto oyera
vuelto se le ha la sangre;
con una voz demudada
otra vez le fué a hablare:

—Por Dios te ruego, her-
[mano,

no te quieras enojare,
qu'esto que agora me dices
tiempo habrá que te lo pa-
[gue.

¿Dime si las heredó Celinos,
o si las fué a mercare?

¿O si en el juego de dados
él las fuera a ganare?

¿O si las tiene por fuerza
que no las quiere tornare?—

El portero, questo oyera,
presto le fué a hablare:

—No las heredó, señor,
que no le vienen de linaje,
que hermanos tiene el conde,
aunque se querían male,

y sobrinos tiene muchos
que las podían heredare;
ni menos las ha mercado,
que no las basta a pagare,
que Irlos es grande ciudade,
y ha muchas villas y lugares.
Cartas hizo contrahechas,
de que el conde muerto le

[hane,

por casar con la condesa,
que era rica y de linaje;
y aun ella no se casara,
cierto a su voluntad,
sino por fuerza de Oliveros,
y a porfía de Roldane,
y a ruego de Carlo Magno,
de Francia rey emperante,
por casar bien a Celinos,
y ponerle en buen lugare.
Mas el casamiento han hecho
con una condición tale,
que no allegase a la condesa,
ni a ella haya de llegare;
mas por él se desposara
ese paladín Roldane.

Ricas fiestas se hicieron
en Irlos esa ciudade;
gastos, galas y torneos
muchos, de los doce Pares.—
El conde desde esto oyera
vuelto se le ha la sangre.

Por mucho que disimula
no cesa de sospirare,
diciéndole esto:—Hermano,
no te enojés de contare,
¿quién fué en aquestas bo-
[das?

¿y quién no quiso estare?
—Señor, en ellas fué Olive-
[ros

y el emperador y Roldane:
 fué Belardos y Montesinos,
 y el gran conde don Grimal-

[de,

y otros muchos caballeros
 de los de los doce Pares.
 Pesóle mucho a Gayferos,
 pesó mucho a don Beltrane,
 y más pesó a don Galbán
 y al fuerte Meriane.

Ya que eran desposados,
 misa les querían dare;
 allegó un falconero
 a Carlos el emperante,
 que venía d'aquellas tierras
 de allá de allende el mare,
 y dijo que el conde era vivo,
 y que traía señale.

Plugo mucho a la condesa,
 pesóle mucho al infante,
 porque en las grandes fiestas
 hubo grande desbarate.
 Allá traen grandes pleitos
 en cortes del emperante,
 por lo cual es vuelta Francia
 y todos los doce Pares.

Ella dice, que un año de

[tiempo

pidió antes de desposare,
 por enviar mensajeros
 muchos allende la mare,
 y que si el conde era muerto,
 el casamiento fuese adelan-

[te;

si era vivo, bien se sabía
 que ella no podía casare.
 Por ella responde Gayferos,
 Gayferos y don Beltrane;
 por Celinos era Oliveros,
 Oliveros y Roldane.

Creemos que es dada senten-
 cia,

o se quería ahora dare,
 porque ayer hubimos cartas
 de Carlos el emperante,
 que quitemos estas armas,
 pongamos las naturales,
 y que guardemos las tierras
 por el conde don Beltrane;
 que ninguno de Celinos
 en ellas no pueda entrare.—
 El conde desque esto oyera,
 movido de gran pesare,
 vuelve riendas al caballo,
 en el lugar no quiso entrare;
 más allá en un verde prado
 su gente mandó llegare.

Con una voz muy humilde
 les empieza de hablare:

—¡Oh esforzados caballeros!

¡Oh mi compañía leale!

El consejo que os pidiere
 bueno me lo queráis dare.

¿Si me aconsejáis que vaya
 a las cortes del emperante?

¿O que mate a Celinos,
 a Celinos el infante?

¿Volveremos en allende
 do podremos bien estare?—

Caballeros que esto oyeron
 presto tal respuesta hacen:

—¡Callede, conde, callede!

¡Conde, no digáis vos tale!

No miréis a vuestra gana,
 más mirad a don Beltrane,
 y esos buenos caballeros
 que tanta honra vos hacen
 Si vos matáis a Celinos
 dirán que fuísteis cobarde,
 Idos, idos a las cortes

de Carlos el emperante,
 conoceréis quien bien os
 [quiere
 y quien os quería male.

Por bueno que es Celinos,
 vos sois de tan buen linaje,
 y tenéis dos tantas tierras
 y dineros que gastare.

Nosotros vos prometemos
 con sacramento leale,
 somos diez mil caballeros
 y franceses naturales,
 de por vos perder la vida
 y cuanto tenemos gastare,
 quitando al emperador,
 contra cualquier otro gran-
 [de.—

El conde desde que esto oyera
 respuesta ninguna hace;
 da de espuelas al caballo,
 va por el camino adelante:
 la vuelta va de París
 como aquel que bien la sabe.
 Cuando fué a una jornada
 de las cortes del emperante,
 otra vez llega a los suyos
 y les empieza de hablare:

—Esforzados caballeros,
 una cosa os quiero rogare:
 siempre tomé vuestro conse-
 [jo,

el mío queráis tomare,
 porque si entro en París
 con ejército reale
 saldrá por mí el emperador
 con todos los principales.
 Si no me conoce de vista,
 conocerme ha en el hablare
 y así no sabré de cierto
 todo mi bien y mi male.

Al que no tiene dineros
 yo le daré que gastare:
 los unos vuelvan a caza,
 los otros pasen delante,
 los otros en derredor
 pasad en villas y lugares:
 yo sólo con cient caballeros
 entraréme en la ciudade
 de noche y escurecido
 que nadie sepa mi parte.
 Vosotros en ocho días
 podéis poco a poco entrare:
 hallaréme en los palacios
 de mi tío don Beltrane,
 aparejándoos posada
 y dineros que gastare.—

Todos fueron muy contentos,
 pues el conde así le place.

La noche era escurecida
 cerca diez horas o mase,
 cuando entró el conde Dirlos
 en París esa ciudade.

Derecho va a los palacios
 de su tío don Beltrane;
 pero cuando atravesaban
 por medio de la ciudade
 vido asomar muchas hachas,
 gente d'armas mucho mase:
 por do el pasar había,
 por allí van a pasare.

El conde cuando los vido
 los suyos manda apartare:
 desde que todos son pasados
 el postrero fué a llamare.

—Por Dios te ruego, escuder
 me digas una verdade;

¿Quién son esa gente d'ar-
 [mas
 que agora van por ciudade?
 El escudero questo oyera

tal respuesta le fué a dare:

—Señor, la condesa Dirlos viene del palacio reale, sobre un pleito que traía con Oliveros y Roldane. Los que la llevan en medio son Roldán y don Beltrane: aquéllos que van postreros, donde tantas lumbres vane, son el infante Gayferos y el fuerte Meriane.—

El conde de qu'esto oyera de la ciudad él se sale. debajo de una espesura para cabe los adarves, diciendo está a los suyos:

—No es hora de entrare, que de que sean apeados tornarán a cabalgare.

Yo quiero entrar en hora que de mí no sepan parte.—

Allí están razonando d'armas y de hechos grandes hasta que era media noche, los gallos querían cantare. Vuelven rienda a los caba-

[llos,

y entran en la cidade.

Vuelta van de los palacios del buen conde don Beltra-

[ne:

antes de llegar a ellos de dos calles aun mase, tantas cadenas hay puestas qu'ellos no pueden pasare.

Lanzas les ponen al pecho no cesando de hablare:

—¡Vuelta, vuelta, caballeros, que por aquí no hay pasare! que aquí están los palacios

del buen conde don Beltrane, enemigo de Oliveros, y enemigo de Roldane, enemigo de Belardos, y de Celinos el infante.—

El conde desque esto oyera presto tal respuesta hace:

—Ruégote yo, caballero, que me quieras escuchare: anda, ve, y dile luego a tu señor don Beltrane, que aquí está un mensajero que viene de allende el ma-

[re:

cartas traigo del conde Dir-

[los,

su buen sobrino carnale.—

El caballero con placer empieza a aguijare:

presto las nuevas le daba al buen conde don Beltrane, el cual ya se acostaba en su cámara reale.

Desque tal nueva oyera tornóse a vestir y calzare:

caballeros al derredor trescientos trae por guardar-

[le.

Hachas muchas encendidas al patín hizo bajare;

mandó que al mensajero sólo le dejen entrare.

Cuando fué en el patín con la mucha claridade mirándole está, mirando, viéndole como salvaje.

Como el que está espantado a él no se osa llegare: bajito el conde le habla dándole muchas señales.

Conocióle don Beltrán
entonces en el hablare,
y con los brazos abiertos
corre para le abrazare;
diciéndole está:—¡Sobrino!
Sin cesar de sospirare;
el conde le está rogando
que nadie de él sepa parte.
Envían presto a las plazas,
carnecerías otro que tale,
para mercarles de cena
la cual mándales aparejare.
Manda que a sus caballeros
todos los dejen entrare;
que les tomen los caballos
y los hagan bien pensare.
Abren muy grandes estudios,
mándanlos aposentare.

Allí entra el conde y los su-
[yos,

ningún otro dejan entrare,
porque no conozcan el conde
ni de él supiesen parte.

Ver heís todos los del palá-
[cio

unos con otros hablare,
si es este el conde Dirlos,
o quien otro puede estare,
según el recibimiento
que le ha hecho don Beltra-
[ne.

Oído lo ha la condesa
a las voces que dan grandes
mandó llamar sus doncellas
y encomienza de hablare:

—¿Qu'es aquesto, mis donce-
[llas,

no me lo querráis negare,
q'esta noche tanta gente
por el palacio sientto andare?

decidme, ¿do es el señor
el mi tío don Beltrane?

¿Si quizá dentro en mis tie-
[rras
Roldán ha hecho algún ma-
[le?—

Las doncellas que lo oyeran
a tal respuesta le hacen:

—Lo que vos sentís, señora
no son nuevas de pesare,
es venido un caballero
así propio como salvaje
muchos caballeros con él,
¡Gran acatamiento le hacen!
¡Muy rica cena le guisa
el buen conde don Beltrane!
Unos dicen qu'es mensajero
que viene de allende el mare,
otros qu'es el conde Dirlos,
nuestro señor naturale.

Allá se ha encerrado,
que nadie no puede entrare;
según ven el aparejo
creen todos qu'es verdade.—

La condesa qu'esto oyera
de la cama fué a saltare:
apriosa demanda el vestido,
apriosa demanda el calzare.
Muchas damas y doncellas
empiezan de aguijare.

A las puertas de los estudios
grandes golpes manda dare,
llamando a don Beltrane,
que dentro la manda entrare.
No quería el conde Dirlos
que la dejasen entrare:
don Beltrán salió a la puerta,
no cesando de hablare:

—¿Q'es esto, señora prima?
No tengáis priosa tan grande.

que aún no sé bien las nue-

[vas

q'el mensajero me trae,
porque es de tierras ajenas
y no le entiendo el lenguaje.

Mas la condesa por esto
no quiere sino entrare;
que mensajero de su marido
ella lo quiere honrare.

De la mano la entraba
ese conde don Beltrane:
desque ella estuvo dentro
al mensajero empieza a mira-

[re;

mas él mirarla no osaba,
no cesando sospirare,
y meneando la cabeza
los cabellos ponía a la face.

Desque la condesa viera
todos callar y no hablare,
con viva voz muy humilde
empieza de razonare:

—;Por Dios vos ruego, mi

[tío.

por Dios vos quiero rogare,
pues que este mensajero
viene de tan luengas partes,
que si no terná dineros,

ni tuviere que gastare,
decid si nada le falta
no cese de demandare!
Pagarle hemos su gente,

darle hemos que gastare:
pues viene por mi señor,
yo no le puedo faltare
a él y a todos los suyos,
aunque fuesen muchos mase.

Estas palabras hablando
no cesaba de llorare.

Mancilla hubo su marido

con amor que tiene grande:

pensando de consolarla
acordó de la abrazare,
y con los brazos abiertos
iba para la tomare.

La condesa espantada
púsose tras don Beltrane:
el conde a grandes sospiros
comenzóle de hablare:

—;No huyades, la condesa,
ni os queráis espantare,
que yo soy el conde Dirlos
vuestro marido carnale!

Estos son aquellos brazos
en que solíais holgare.—

Con las manos se aparta
los cabellos de la face:

conociólo la condesa
entonces en el hablare;
en sus brazos ella se echa
no cesando de llorare.

—;Q'es aquesto, mi señor?

¿Quién os hizo ser salvaje?

¡No, no es este aquel gesto
que vos teníades antes!

Quiten os aquestas armas,
otras luego os quieran dare;
traigan de aquellos vestidos
que solíades llevare.—

Ya les paraban las mesas,
ya les daban a cenare,
cuando empezó la condesa
a decir esto y hablare:

—;Cierto parece, señor
que lo hacemos muy male,
qu'el conde está ya en sus

[tierras

y ya está en la su heredade,
que no avisemos a aquellos

que su honra quieren mira-
[re!

No lo digo aun por Gaiferos,
ni por su hermano Meriane,
sino por el esforzado
Renaldo de Montalvane.

¡Bien sabedes, señor tío,
cuánto se quiso mostrare,
siendo siempre con nosotros
contra el paladín Roldane!—
Lllaman luego dos caballeros
de aquellos más principales,
el uno envían a Gaiferos,
otro a Renaldos de Montalva-
[ne.

Aprieta viene Gayferos,
aprieta y no de vagare:
desque vido la condesa
en brazos de aquel salvaje,
a ellos él se allega,
y empezóles de hablare.
Desque el conde lo vido,
levantóse a abrazarle;
desque se han conocido
grande acatamiento se ha-
[cen.

Ya puestas eran las mesas,
ya les daban a cenare;
la condesa lo servía
y estaba siempre delante.
En esto llegó Renaldos,
Renaldos de Montalvane,
y desque el conde le vido
hubo un placer muy grande.
Con una voz amorosa
le empezara de hablare:
—¡Oh esforzado conde Dir-
[los,
vuestra venida me place,

porque agora vuestros plei-
[tos

mejor se podrán librare!
mas si yo fuera creído,
fueran fechos antes de vos
[llegare,

o no me halláredes vivo,
o al paladín don Roldane.—
El conde desque esto oyera
grandes mercedes le hace
diciendo:—Juramento he he-
[cho

sobre un libro misale
de jamás quitar las armas,
ni con la condesa holgare,
hasta que haya cumplido
toda la su voluntad.—

El concierto que ellos tienen
por mejor y naturale,
era que en el otro día
se presente al emperante
el conde, vaya a palacio
por la mano le besare.
Toda la noche pasaron
descansando, en hablare,
y cuando vino el otro día,
a la hora de yantare.

Cabalgara el conde Dirlos:
¡Muy lucidas armas trae!
Y encima un collar de oro
y una ropa rozagante,
sólo con cient caballeros,
que no quiere llevar mase:
a la izquierda va Gayferos,
a la derecha don Beltrane,
y viénense a los palacios
de Carlos el emperante.
Cuantos grandes allí hallan
acatamiento le hacen
por honra de don Gayferos,

que era suya la ciudade.
 Cuando son a la gran sala,
 hallan allí al emperante
 asentado a la su mesa,
 que le daban a yantare.
 Con él está Oliveros,
 con él está don Roldane,
 con él está Valdovinos
 y Celinos el infante.

Con él los grandes están
 de Francia la naturale.
 En entrando por la sala
 grande reverencia hacen,
 y al emperador saludan
 los tres juntos a la pare.
 Desde don Roldán los vido
 presto se fué a levantare:
 apriosa demanda Celinos
 no cesando de hablare.

—Cabalgad presto, Celinos,
 no estéis más en la ciudade,
 que quiero perder la vida,
 si bien miráis las señales,
 si aquel no es el conde Dir-
 [los

que viene como salvaje:
 yo quedaré por vos, primo,
 a lo que querrán demandare.
 Ya cabalgaba Celinos,
 y sale de la ciudade:
 con él va gran gente d'armas
 por haberlo de guardare.
 El conde y don Gayferos
 lléganse al emperante,
 la mano besar le quieren
 y él no se la quiere dare;
 mas está maravillado,
 diciendo:—¿quién podrá es-
 [tare?—
 El conde que así lo vido

empezóle de hablare:
 —No se maraville vuestra al-
 [teza,
 que no es de maravillare,
 que quien dijo que era muer-
 [to,

mentira dijo y no verdade.
 Soy, señor, el conde Dirlos,
 vuestro servidor leale;
 mas los malos caballeros
 siempre presumen el male.
 Conocídole han todos
 entonces en el hablare.
 Levantóse el emperador
 y empezó a abrazarle,
 y mandó salir a todos
 y las puertas bien cerrare.
 Sólo queda Oliveros
 y el paladín don Roldane,
 el conde Dirlos y Gayferos,
 y el buen viejo don Beltrane.
 Asentóse el emperador,
 y a todos manda posare:
 entonces con voz humilde
 le empezó así de hablare:

—Esforzado conde Dirlos,
 vuestra venida me place,
 aunque de vuestro enojo
 no es de tener pesare,
 porque no hay cargo ningu-
 [no,
 ni vergüenza otro que tale,
 que sí casó la condesa,
 no cierto a su voluntade,
 sino a porfía mía
 y a ruego de don Roldane,
 y con tantas condiciones
 que sería largo de contare;
 por do siempre ha mostrado
 teneros amor muy grande.

Si ha errado Celinos,
hízolo con mocedade,
en escribir que érades muer-
[to,

pues que no era verdade;
mas por eso nunca quise
a ella dejar tocare,
ni aun a los desposorios
a él no dejé estare;
mas por él fué presentado
ese paladín Roldane,
mas la culpa, conde, es vues-

[tra
y a vos os la debéis dare;
para ser vos tan discreto,
y de esforzado linaje,
dejaste mujer hermosa,
moza y de poca edade:
y de vista no la visitaste,
de cartas la debíades visita-
[re.

Si supiera que a la partida
llevábades tan gran pesare,
no os enviara yo, el conde,
que otros pudiera enviare:
mas por ser buen caballero
sólo a vos quise enviare.—
El conde de qu'esto oyera
atal respuesta le hace:

—¡Calle, calle vuestra alte-
[za!

¡Buen señor, no diga tale!
Que no cabe quejar de Celi-
[nos
por ser de tan poca edade,
que con tales caballeros
yo no me costumbro honra-
[re.

Por él está aquí Oliveros,
por él está don Roldane,

que son buenos caballeros
y los tengo yo por tales.
¡consentir ellos tal carta!
¡consentir tan gran malda-
[de!

¡o me tenían en poco,
o me tienen por cobarde,
que sabiendo que era vivo
no se lo osaría demandare!
por eso suplico a vuestra al-

[teza
campo me quiera otorgare;
pues por él, pleito tomaban,
pueden el campo aceptare,
si quieren uno por uno,
o amos juntos a la pare;
no perjudicando a los míos,
aunque hay hartos de linaje,
que a esto y mucho más
[qu'esto
recaudo bastan a dare.

Porque conozcan que sin pa-
[rientes,

amigos no me han de faltare
tomaré al esforzado

Renaldos de Montalvane.—

Don Roldán que esto oyera
con gran enojo y pesare,
no por lo que el conde dijo,
que con razón lo veía estare,
mas en nombrarle Reynal-

[dos,
vuelos se le ha la sangre.
porque los que mal le quie-

[ren,
cuando le quieren hacer pe-
[sare

luego le dan por los ojos
Renaldos de Montalvane.
Movido de muy gran saña

luego habló así don Roldane

[ne:

—Soy contento, el conde Dir-

[los,

y tomad este mi guante

y agradeced que sois venido

tan presto sin más tardare,

que a pesar de quien pesara

yo los hiciera casare,

sacando a don Gayferos,

sobrino del emperante.

—Callades, dijo Gayferos.

Roldán, no digáis vos tale;

por ser sobrino y descortés

mal vos quieren los doce Pa-

[res.

que otros tan buenos como

[vos

defienden la otra parte,

y yo faltar no les puedo,

ni dejar pasar lo tale.

Aunque mi primo es Celinos,

hijo de hermana de madre,

bien sabéis que el conde Dir-

[los

es hijo de hermano de padre,

y por ser de padre hermaño

no le tengo de faltare,

ni porque no pase la vuestra,

que a todos ventaja queréis

[llevar.—

Toma el guante el conde Dir-

[los

y de la sala se sale,

tras él guía don Gayferos,

y tras él va don Beltrane.

Triste está el emperador,

haciendo llantos muy gran-

[des,

viendo a Francia revuelta

y a todos los doce Pares.

Desque Renaldos lo supo

hubo dello placer grande:

decía al conde palabras,

mostrándole vountade.

—Esforzado conde Dirlos,

lo que habéis hecho me pla-

[ce,

y muy mucha más del campo

contra Oliveros y Roldane.

Una cosa rogar quiero,

no me la queráis negare;

pues no es principal Olive-

[ros,

ni menos es don Roldane,

sin perjudicar vuestra honra

con cualquier podéis pelea-

[re:

tomad vos a Oliveros,

y dejadme a don Roldane.

—Pláceme, dijo el conde,

Renaldos, pues a vos place.—

Desque supieron las nuevas

los grandes y principales

qu'es venido el conde Dirlos,

y que está ya en la ciudade,

veréis parientes y amigos

que grandes fiestas le hacen.

Los que a Roldán mal quie-

[ren

al conde Dirlos hacen parte,

por lo cual toda la Francia

en armas veréis estare:

mas si los doce quisieran

bien los podían paciguare;

mas ninguno por paz se po-

[ne,

todos hacen parcialidade,

sino el arzobispo Turpín,

que es de Francia cardenale.

sobrino del emperador,
 en esfuerzo principale,
 que sólo aquel se ponía
 si los podía apaciguare;
 mas ellos escuchar no quie-
 [ren,
 tanto se han mala voluntade.
 Veréis ir dueñas, doncellas
 a unos y a otros rogare;
 ni por ruegos ni por cosas
 no los pueden paciguare.
 Muestra más saña que todos
 el esforzado Meriane,
 hermano del conde Dirlos
 y hermano de Durandarte,
 aunque por diferencias
 no se solían hablare,
 de que sabe lo que ha dicho
 en el palacio reale,
 que si el conde más tardara
 el casamiento hiciera pasare
 a pesar de todos ellos,
 y a pesar de don Beltrane.
 Por esto cartas envía
 con palabras de pesare,
 que aquello que él ha dicho
 no lo basta hacer verdade,
 que aunque el conde no vi-
 [niera
 había quien lo demandare.
 El emperador que lo supo
 muy grandes llantos hace:
 por perdida dan a Francia
 y a toda la cristiandade:
 dicen que alguna de las par-
 [tes
 con moros se irá a ayuntare.
 Triste iba y pensativo,
 no cesando el sospirare;
 mas los buenos consejeros

aprovechan a la necesidad.
 Consejan al emperador
 para remedio tomare,
 mande tocar las trompetas
 y a todos mande juntare,
 y al que luego no viniere
 por traidor lo mande dare;
 que le quitará las tierras
 y mandará desterrare;
 mas todos son muy leales
 todos juntado se hane.
 el emperador en medio dellos
 llorando empezó de hablare:
 —¡Esforzados caballeros!
 ¡Oh primos míos carnales!
 Entre vosotros no hay dife-
 [rencia
 si no la queréis buscar:
 todos sois muy esforzados,
 todos primos, de linaje,
 acuérdeseos de morire
 y que a Dios hacéis pesare,
 no sólo en perder a vosotros,
 mas toda la cristiandade.
 Rogar os quiero una cosa,
 y no os queráis enojare;
 que sin mis leyes; de Fran-
 [cia
 campo no se puede dare.
 De tal campo no soy conten-
 [to.
 ni a mí cierto me place,
 porque yo no veo causa
 porque lo haya de dare,
 ni hay vergüenza, ni injuria
 que a ninguno se pueda dare,
 ni al conde han enojado
 Oliveros ni Roldane,
 ni el conde a ellos menos
 porque se hayan de matare,

de ayudar a sus amigos
ya es la usanza tale.
Si Celinos ha errado
con amor y moedale,
no ha tocado a la condesa
ni ha hecho tanto male
que dello merezca muerte,
ni se la deben de dare.
Ya sabemos que el conde Dir-

[los

es esforzado y de linaje,
y de los grandes señores
que en Francia comen pane
que quien enojare a él
él le basta a enojare,
aunque fuese el mejor caba-

[llero

que en el mundo se hallare.
Mas porque sea escarmiento
a otros hombres de linaje,
que ninguno sea osado,
ni pueda hacer otro tale
si estimara su honra
en esto no osara entrare,
que mengüemos a Celinos
por villano, y no de linaje;
que en el número de los doce
no se haya de contare.

ni cuando el conde fuere en

[corte

Celinos no pueda estare,
ni do fuere la condesa
el no pueda habitare.
Y esta honra, el conde Dirlos,
para siempre os la darane.—
Don Roldán cuando esto oye-

[ra

presto tal respuesta hace:
—Más quiero perder la vida
que tal haya de pasare.—

El conde Dirlos que lo oyera
presto se fué a levantare,
y con una voz muy alta
empezara de hablare:

—Pues requiéroos, don Rol-

[dán.

por mí y el de Montañave,
que de hoy en los tres días
en campo hayáis de estare;
si no, a vos y a Oliveros
daros hemos por cobardes.

—Pláceme, dijo Roldán,
y aun si quisiéredes antes.—

Veréis llantos en palacio,
que al cielo quieren llegare,
dueñas y grandes señoras
casadas y por casare,
a pies de maridos e hijos
las veréis arrodillare.

Gayferos fué el primero
que ha mancilla de su madre,
asimesmo don Beltrán
de su hermana carnale,
don Roldán de la su esposa
que tan tristes llantos hace.
Tíranse entonces todos,
y vanse a aposentare.

Los valedores hablando
a voz alta y sin parare:

—Mejor es, buenos caballe-

[ros,

a todos apaciguare;
pues no hay cargo ninguno,
todo se haya de dejare.—

Entonces dijo Roldán
qu'es contento y que le pla-

[ce.

con aquesta condición,
y esto se quiere otorgare:
que Celinos es mochacho

de quince años y no mase,
 y no es para las armas,
 ni aun para pelear:
 que hasta veinte y cinco
 [años,
 y hasta en aquella edade,
 que en número de los doce
 no se haya de contare,
 ni en la mesa redonda
 menos pueda comer pane:
 do fuere el conde y condesa
 Celinos no pueda estare:
 cuando fuere de veinte años
 o puesto en mejor edade,
 si estimare la su honra
 que lo pueda demandare,
 y que entonces por las armas
 todos defiendan su parte,
 porque no diga Celinos
 que era de menor edade.—
 Todos fueron muy contentos,
 y a ambas partes les place.
 Entonces el emperador
 todos los hace abrazare,
 todos quedan muy contentos,
 todos quedan muy iguales.
 Otro día el emperador
 muy real sala les hace:
 a damas y caballeros
 convídalos a yantare.
 El conde se afeita las bar-
 [bas,
 los cabellos otro tale,
 la condesa en las fiestas
 sale muy rica y triunfante.
 Los mestrasalas que servían
 de parte del emperante,
 es uno el don Roldán,
 y el otro el de Montalvane,
 por dar más avinenteza

que hubiesen de hablare.
 Cuando ya hubieron yantado,
 antes de bailar ni danzare,
 se levantó el conde Dirlos
 delante todos los grandes,
 y al emperador entregó
 de las villas y lugares
 las llaves, y lo ganado
 del rey moro Aliarde;
 por lo cual el emperador
 dello le da muy gran parte,
 y él a sus caballeros
 grandes mercedes les hace.
 Los doce tenían en mucho
 la gran victoria que trae.
 De allí quedó con gran honra
 y mayor prosperidade.

VALDOVINOS

Sobre el cuerpo desangrado
 de su esposo Valdovinos,
 a quien mató alevemente
 de un rey justo un traidor
 la bella infanta Sevilla [hijo,
 con lágrimas y suspiros
 baña el rostro, azota al aire
 llora al muerto y mueve al
 [vivo
 Ya le besa, ya le abraza,
 y entre el uno y otro oficio
 pidiendo venganza al rey,
 dijo al rey, y al cielo dijo:
 «¡Castigo, castigo,
 dé la muerte a Carloto su
 [amor mismo!»
 Y pues es razón que paguen
 los cómplices del delito,
 si dicen que yo lo fuí,
 estrénese en mí el cuchillo.

Quiero ser actor y reo,
orden nueva de juicio,
pida el alma como esposa,
al cuerpo como enemigo:
No piense Carloto, no,
que por ser mujer me libro,
que trocaré por su muerte
la muerte del Paladino.
«¡Castigo, castigo,
dé la muerte a Carloto su
[amor mismo!»

EL CONDE CLAROS

A caza va el emperador
a San Juan de la Montaña;
con él iba el conde Claros
por le tener compañía.
Contándole iba contando
el menester que tenía.
—No me lo digáis, el conde,
hasta después la venida.
—Mis armas tengo empeña-
[das
por mil marcos de oro y más,
y otros tantos debo en Fran-
[cia
sobre mi buena verdad.
—Llámenme mi camarero
de mi cámara real;
dad mil marcos de oro al con-
para sus armas quitar; [de
dad mil marcos de oro al con-
para mantener verdad; [de
dadle otros tantos al conde
para vestir y calzar;
dadle otros tantos al conde
para las tablas jugar;
dadle otros tantos al conde
para torneos armar;

dadle otros tantos al conde
para con damas holgar/
—Muchas mercedes, señor,
por esto y mucho más.
A la infanta Claraniña
vos por mujer me la dad.
—Tarde acordastes, el conde,
mandada la tengo ya.
—Vos me la daréis, señor.
acabo que no queráis,
porque preñada la tengo
de los seis meses o más.
El emperador que esto oyera
tomó de ello gran pesar:
vuelve riendas al caballo
y tornóse a la ciudad;
mandó llamar las parteras
para la infanta mirar.
Allí habló la partera,
bien oiréis lo que dirá:
—Preñada está la infanta
de los seis meses o más.—
Mandóla prender su padre
y meter en oscuridad,
el agua hasta la cintura
porque pudriese la carne
y perezca la criatura
y no viva de tal padre.
Los caballeros de su casa
se la iban a mirar.
—Pésanos de vos, señora,
cuanto nos puede pesar,
que de hoy en quince días
el emperador os manda que-
[mar.
—No me pesa de mi muerte
porque es cosa natural;
pésame de la criatura,
porque es hijo de buen pa-
[dre;

mas si hay aquí alguno
 que haya comido mi pan,
 que me llevase una carta
 a don Claros de Montalván.—
 Allí habló un paje suyo,
 tal respuesta le fué a dar:
 —Escribidla vos, señora,
 que yo se la iré a llevar.—
 Ya las cartas son escritas,
 el paje las va a llevar;
 jornada de quince días
 en ocho la fuera a andar.
 Llegado había a los palacios
 adonde el buen conde está.
 —Bien vengáis el pajecico
 de Francia la natural,
 ¿pues qué nuevas me traéis
 de la infanta? ¿Cómo está?
 —Leed las cartas, señor,
 que en ellas os lo dirá.—
 De que las hubo leído
 tal respuesta le fué a dar:
 —Uno me da que la quemen,
 otro me da que la maten —
 Ya se partía el buen conde,
 ya se parte, ya se va;
 jornada de quince días
 en ocho la fuera a andar.
 Fuérase a un monasterio
 donde los frailes están;
 quitóse paños de seda,
 vistió hábitos de fraile:
 fuérase a los palacios
 de Carlos el Emperante.
 —Mercedes, señor, mercedes,
 queráismelas otorgar,
 que a mi señora la infanta
 vos me dejéis confesar.—

Ya lo llevaban al fraile
 a la infanta a confesar.
 El cuando se vió con ella
 de amores le fué a hablar.
 —Tate, tate—dijo—fraile,
 que a mí tú no has de llegar,
 que nunca llegó a mí hombre
 que fuese vivo en carne,
 sino sólo aquel don Claros,
 don Claros de Montalván,
 que por mis grandes pecados
 por él me quieren quemar.
 No doy nada por mi muerte
 pues que es cosa natural;
 pésame de la criatura
 porque es hijo de buen pa-
 [dre.—

Ya se iba el confesor
 al emperador a hablar:
 —Mercedes, señor, mercedes,
 queráismelas otorgar,
 que mi señora la infanta
 sin ningún pecado está.—
 Allí habló un caballero
 que con ella quería casar:
 —Mentides, fraile, mentides
 que no decís la verdad.—
 Desafíanse los dos,
 al campo van a lidiar;
 al apretar de las cinchas
 conoció el emperante:
 dijo que el fraile es don Cla-
 [ros,
 don Claros de Montalván.
 Mató el fraile al caballero,
 la infanta librado ha,
 en ancas de su caballo
 consigo la fué a llevar.—

ROLDAN Y EL TROVADOR

Salió Roldán a cazar
 una mañanita oscura;
 de podencos y lebreles
 lleva cercada la mula.
 Se levantó viento largo
 con un agua muy menuda,
 y Roldán, con gran cuidado
 por no mojarse las plumas,
 se arrimó contra una torre
 y oyó, el de las fuerzas mu-

[chas,

un prisionero cantar,
 y Roldán, atento, escucha.

«Yo, pobrecito de mí.
 metido estoy en prisiones,
 sin saber cuándo es de día
 y menos cuándo es de no

[che,

sino por tres pajaricos
 que me cantan el albore.
 El uno es una calandria,
 es el otro un ruiseñore,
 la otra una tortolica
 que anda de torre en torre,
 anda de oliva en oliva
 y de terrone en terrone,
 cogiendo la semillica
 que derrama el sembradore
 Tres días ha no me canta,
 tres días ha que no come;
 si la mató un ballestero,
 la mató como traidore,
 y si Dios qué la crió,
 Dios también a mí perdone.»

Acabado este cantar
 lleno de angustia y dolores,
 otro canta el prisionero
 que hizo llorar a los bosques

«Mes de mayo, mes de ma
 [yo,

cuando las recias calores,
 cuando los toros son bravos,
 los caballos corredores,
 y las cebadas se siegan,
 los trigos toman colores;
 cuando los enamorados
 regalan a sus amores;
 unos les regalan rosas,
 otros lirios, otros flores;
 los pobres que más no tienen
 endonan sus corazones;

¡yo soy más pobre que to

[dos,

mezquino en estas prisio

[nes!]

Dolido Roldán de oílle,
 furioso las puertas rompe
 de la prisión en que estaba
 preso el infeliz cantore,
 y tomándole la mano
 sacádole ha de la torre,
 diciéndole: —Vete libre
 a gozar de tus amores.—

EL MORO CALAYNOS

Ya cabalga Calaynos
 a las sombras de una oliva,
 el pie tiene en el estribo,
 cabalga de gallardía.
 Mirando estaba a Sansueña.
 el arrabal con la villa,
 por ver si vería algún moro
 a quien preguntar podría.
 Venía por los palacios
 la linda infanta Sevilla;
 vido estar un moro viejo
 que a ella guardar solía.

Calaynos que le vido
llegado a él se había;
las palabras que le dijo
con amor y cortesía:
—Por Alá te ruego, moro,
así te alargue la vida,
que me muestres los palacios
donde mi vida vivía,
de quien triste soy cativo
y por quien pena tenía,
que cierto por sus amores
creo yo perder la vida;
mas si por ella la pierdo
no se llamará perdida,
que quien muere por tal da-

[ma
aunque muerto tiene vida.

Mas porque me entiendas,

[moro,
por quién preguntado había,
es la más hermosa dama
de toda la Morería;

sepas que a ella la llaman
la grande infanta Sevilla.—

Las razones que pasaban
Sevilla bien las oía;

púsose a una ventana,
muy hermosa a maravilla,
con muy ricos atavíos,
los mejores que tenía.

Ella era tan hermosa,
otra su par no la había.

Calaynos que la vido
desta suerte le decía:

—Cartas te traigo, señora,
de un señor a quien servía;
creo que es el rey tu padre
porque Almanzor se decía:
descendé de la ventana,
sabrás la mensajería.—

Sevilla cuando lo oyera
presto de allí descendía;
apeóse Calaynos,
gran reverencia le hacía.
La dama cuando esto vido
tal pregunta le hacía:

—¿Quién sois vos el caba-
[llero
que mi padre acá os envía?

—Calaynos soy, señora;
Calaynos de Arabia,
señor de los Montes Claros,
de Constantina la llana
y de las tierras del turco
yo gran tributo llevaba,
y el preste Juan de las In-

[días

siempre parias me enviaba
y el Soldán de Babilonia

a mi mandar siempre estaba
Reyes y príncipes moros

siempre señor me llamaban
sino es el rey vuestro padre

que yo a su mandato estaba
no porque le he menester,

mas por nuevas que me daba
que tenía una hija

a quien Sevilla llamaban,
que era más linda mujer

que cuantas moras se hallan
Por vos le serví cinco años

sin sueldo ni sin soldada;
él a mí no me la dió.

ni yo se la demandaba.
Por tus amores, Sevilla

pasé yo la mar salada,
porque he de perder la vida

o has de ser mi enamorada.—
Cuando Sevilla esto oyera

esta respuesta le daba:

—Calaynos, Calaynos,
de aqueso yo no sé nada,
que siete amas me criaron,
seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,
la otra me aconsejaba;
según eran los consejos
bien mostraba ser cristiana.
Diérame muy buen consejo,
y aun bien se me acordaba
que jamás yo prometiese
ser de alguno enamorada,
hasta que primero hubiese
algun buen dote o arras.—
Calaynos qu'esto oyera
esta respuesta le daba:

—Bien podéis pedir, señora,
que no se os negará nada;
si quereis castillos fuertes,
ciudades en tierra llana,
o si quereis plata ú oro
o moneda amonedada.—
Sevilla cuando lo oyó,
como no los estimaba,
respondióle: —Si quería
tenella por namorada,
que vaya dentro á París,
que en medio de Francia es

[taba,

y le traiga tres cabezas
cuales ella demandaba,
y que si aquesto hiciese
sería su enamorada.—
Calaynos cuando oyó
lo que ella le demandaba
respondióle muy alegre,
aunque él se maravillaba
dejar villas y castillos
y los dones que le daba
por pedirle tres cabezas

que no le costarán nada:
Dijo que las señalase,
o diga cómo se llaman.
Luego la infanta Sevilla
se las empezó a nombrar;
La una es de Oliveros,
la otra de Don Roldan,
la otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.
Ya señalados los hombres
a quien había de buscar
despídese Calaynos
con su muy cortés hablar:

—Déme la mano tu alteza,
que se la quiero besar,
y la fe y prometimiento
de conmigo te casar,
cuando traiga las cabezas
que quisiste demandar.

—Pláceme, dijo, de grado
v de buena voluntad.—

Allí se toman las manos,
la fe se hubieron de dar
qu'el uno ni aun el otro
no se pudiesen casar
hasta qu'el buen Calaynos
de allá hubiese de tornar.
Y que si otra cosa fuese
la enviaría á avisar.

Ya se parte Calaynos,
ya se parte, ya se va:
hace broslar sus pendones
y en todos una señal;
cubiertos de ricas lunas,
teñidas en sangre van.
En camino es Calaynos
a los franceses buscar;
andando jornadas ciertas
a París llegado ha.
En la guardia de París,

cabe San Juan de Letrán,
allí levantó su seña
y empezara de hablar:

—Tañan luego esas trompe-

[tas

como quien va a cabalgar.

porque me sientan los doce
que dentro en París están.—

El emperador aquel día
había salido a cazar;

Con él iba Oliveros,

con él iba Don Roldan,

con él iba el esforzado

Reinaldos de Montalvan;

también el Dardín Dardeña,

y el buen viejo Don Beltran,

y ese Gastón y Don Cárlos

con el romano Fincan;

también iba Valdovinos,

y Urgel en fuerzas sin par,

y también iba Guarinos,

almirante de la mar.

El emperador entre ellos

empezara de hablar:

—Escuchad, mis caballeros,

que tañen á cabalgar.—

Ellos estando escuchando

vieron un moro pasar;

armado va á la morisca,

empiézanle de llamar,

y ya que es llegado el moro

do el emperador está,

el emperador que lo vido

empezóle á preguntar:

—Dí, ¿dónde vas tú, el mo-

[ro?

¿Cómo en Francia osaste en-

[trar?

¡Grande osadía tuviste

de hasta París te llegar!—

El moro cuando esto oyó
tal respuesta le fué á dar:

—Vó á buscar al emperante

de Francia la natural,

que le traigo una embajada

de un moro muy principal,

a quien sirvo de trompeta,

y tengo por capitán.—

El emperador que esto oyó

luego le fué a demandar

dijese lo que quería

y por qué a él iba a buscar;

qu'el es el emperador Carlos

de Francia la natural.

El moro, cuando lo supo,

empezóle de hablar:

—Señor, sepa tu alteza,

y tu corona imperial,

que ese moro Calaynos,

mi señor, me envía acá,

desafiando a tu alteza

y a todos los doce pares,

que salgan lanza por lanza

para con él pelear.

Señor, veis allí su seña,

donde los ha de aguardar;

perdóneme vuesa alteza

que respuesta le vo a dar.—

Cuando fué partido el moro

el emperador fué a hablar:

—¡Cuando yo era mancebo,

que armas solía llevar,

nunca moro fué osado

de en toda Francia asomar;

mas agora que soy viejo

a París los veo llegar!

No es la mengua de mí solo

pues no puedo pelear,

mas en mengua de Oliveros

y asimesmo de Roldán:—

mengua de todos los doce,
y de cuantos aquí están.

Por Dios a Roldán me lla
[men

porque vaya a pelear
con el moro de la enguardia
y lo haga de allí quitar;
que lo traiga muerto o preso,
porque haya de acordar
de cómo viene a París
para me desafiar.—

Don Roldán, cuando esto
[oyera,

empiézale de hablar:

—Excusado es ya, señor,
de enviarme a pelear,
porque tenéis caballeros
a quien podéis enviar.

Que cuando son entre damas
bien se saben alabar,
que aunque vengan dos mil
[moros

uno los esperará,

y al mirarse en la batalla
véolos volver atrás.—

Todos los doce callaron
si no el de menor edad,
al que llaman Valdovinos,
en el esfuerzo muy grande:
las palabras que dijera
eran de riguridade.

—Mucho estoy maravillado
de vos, señor Don Roldán,
que amengüeis todos los
[doce

vos que los debéis honrar;
si no fuérades mi tío
con vos me fuera a matar,
porque entre todos los doce
ninguno podéis nombrar,

que lo que dice la boca
no lo sepa hacer verdad.—

Levantóse con enojo
ese paladín Roldán;
Valdovinos qu'esto viera
también se fué a levantar,
y el emperador entre ellos
por el enojo quitar.

Ellos en aquesto estando
Valdovinos fué a llamar
a los mozos que traía,
por las armas fué a enviar.
El emperador qu'esto vido
empezóle de rogar
que le hiciese un placer,
que no fuese a pelear,
porque el moro era esfor-
[zado

podrÍale maltratar,
pues aunque ánimo tenía
la fuerza podría faltar,
siendo el moro diestro en ar-
[mar

y vezado a pelear.

Valdovinos qu'esto oyó
empezóse a desviar,
diciendo al emperador
licencia le fuese a dar,
y que si él no se la diese
que él se la quería tomar.
Cuando el emperador vido
que no lo podía excusar,
cuando llegaron sus armas
dióle licencia que fuese
él mesmo le ayudó a armar;
con el moro a pelear.
Ya se parte Valdovinos,
ya se parte, ya se va,
ya es llegado a la guardia
do Calaynos está.

Calaynos, que lo vido,
 empezóle así de hablar:
 —Bien vengáls el francesico,
 de Francia la natural,
 si queréis venir conmigo
 por paje os quiero tomar.—
 Valdovinos, qu'esto oyera,
 tal respuesta le fué a dar:
 —Calaynos, Calaynos,
 no debíades así hablar,
 que antes de que aquí me
 [vaya
 yo os lo tengo de mostrar
 que aquí moriréis primero
 que por paje me tomar.—
 Cuando el moro aquesto
 [ojera
 empezó así de hablar:
 —Tórnate, el francesico,
 a París, esa ciudad,
 que si esa porfía tienes
 caro te habrá de costar,
 porque quien entra en mis
 [manos
 nunca puede bien librar.—
 Cuando el mancebo este
 [ojera
 tornóle a porfiar
 que se aparejase presto
 que con él se ha de matar
 Cuando el moro vió al man
 [cebo
 de tal suerte porfiar,
 díjole: —Vente, cristiano,
 presto para me encontrar,
 que antes que de aquí te
 [vayas
 conocerás la verdad,
 que te fuera muy mejor
 conmigo no pelear.—

Vanse el uno para el otro
 tan recio que es de espantar.
 A los primeros encuentros
 el mancebo en tierra está.
 El moro, cuando esto vido,
 luego se fué a apejar;
 sacó un alfanje muy rico
 para habello de matar;
 mas antes que lo ficiese
 le empezó de preguntar
 quién o cómo se llamaba
 y si es de los doce pares.
 El mancebo, estando en esto,
 luego dijo la verdad:
 que le llaman Valdovinos,
 sobrino de Don Roldán.
 Cuando el moro tal oyó
 empezóle de hablar:
 —Por ser de tan pocos días
 y de esfuerzo singular
 yo te quiero dar la vida,
 y no te quiero matar;
 mas quíerote llevar preso
 porque te venga a buscar
 tu buen pariente Oliveros,
 y tu tío Don Roldán,
 y ese otro muy esforzado
 Reinaldos de Montalván,
 que por esos tres ha sido
 mi venida a pelear.—
 Don Roldán allá do estaba
 no hace sino sospirar,
 viendo que el moro ha ven-
 [cido
 a Valdovinos infante.
 Sin más hablar con ninguno
 Don Roldán luego se parte,
 y vase para la guardia
 para aquel moro matar.
 El moro cuando lo vido

empezóle a preguntar
quién es o cómo se llama,
si era de los doce pares.
Don Roldán, cuando esto oyó
respondiérale muy mal.

—Esa razón, perro moro,
tú no me la has de tomar,
porque a ese a quien tú tie-
[nes

yo te lo haré soltar;
presto aparéjate, moro,
y empieza de pelear.—
Vanse el uno para el otro
con un esfuerzo muy grande,
danse tan recios encuentros
que el moro caído hae;

Roldán, qu'el moro vió en
[tierra,
luego se fué a apear;
tomó al moro por la barba,
empezóle de hablar:

—Dime tú, traidor de moro,
no me lo quieras negar:
¿Cómo tú fuiste osado
de en toda Francia parar,
ni al buen viejo emperador,
ni a los doce a desafiar?

¿Cuál diablo te engañó
cerca de París llegar?—
El moro, cuando esto oyera,
tal respuesta le fué a dar:

—Tengo una cativa mora,
señora de gran linaje;
requeríla yo de amores,
y ella me fué a demandar
que le diese tres cabezas
de París, esa ciudad.

Que si estas yo le llevo
conmigo había de casar;
la una es la de Oliveros,

la otra de Don Roldán,
la otra del esforzado
Reinaldos de Montalván.—
Don Roldán, cuando esto

[oyera,
así empezó de hablar:

—¡Mujer que tal te pedía
cierto te quería mal,
porque esas no son cabezas
que tú las puedes cortar!—
Mas porque fuese castigo
y otro se haya de guardar
de desafiar los doce,
ni venir a los buscar,
echó mano a un estoque
para el moro matar.

La cabeza de los hombros
luego se la fué a cortar;
llevóla al emperador
y fuésela a presentar.
Los doce, cuando esto vie-

[ron,
toman placer singular
en ver así muerto al moro,
y por tal mengua le dar.

También trajo a Valdovinos
qu'el mismo lo fué a soltar.
Así murió Calaynos
en Francia la natural,
por manos del esforzado
el buen paladín Roldán.

GAYFEROS

Estábase la condesa,
en el su estrado asentada,
tisericas de oro en mano;
su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
palabras de gran pesar:

las palabras tales eran
que al niño hacen llorar.

—Dios te dé barbas en ros
[tro

y te haga barragane;
dete Dios ventura en armas
como el paladín Roldane,
porque vengases, mi hijo,
la muerte de vuestro padre:
matáronlo a traición
por casar con vuestra madre
Ricas bodas me hicieron
en las cuales Dios no ha

[parte;
ricos paños me cortaron,
la reina no los ha tales.—

Magüera pequeño el niño
bien entendido lo hae.

Allí respondió Don Gayferos,
bien oiréis lo que dirae:

—Ruégole así a Dios del
[cielo

y a Santa María su Madre.—

Oído lo había el conde
en los palacios do estae:

—¡Calles, calles, la condesa,
boca mala sin verdade!

Que yo no matara el conde,
ni lo hiciera matare;

mas tus palabras, condesa,
el niño las pagarae.—

Mandó llamar escuderos,
criados son de su padre,

para que lleven al niño,
que lo lleven a matare.

La muerte que él les dijera
mancilla es de la escuchare:

—Córtenle el pie del estribo,
la mano del gavilane,

sáquente ambos los ojos

por más seguro andare,
y el dedo, y el corazón
traédmelo por señale.—
Ya lo llevan a Gayferos,
ya lo llevan a matare;
hablan los escuderos
con mancilla que dél hane
—¡Oh válasme Dios del cielo
y Santa María su Madre!

Si a este niño matamos
¿qué galardón nos darane?

Ellos en aquesto estando,
no sabiendo qué harane,
vieron venir una perrita
de la condesa su madre.

Así habló el uno de ellos,
bien oiréis lo que dirae:

—Matemos esta perrita
por nuestra seguridade,
saquémosle el corazón
y llevémoslo a Galvane,
cortemos el dedo al chico
por llevar mejor señale.—

Ya tomaban a Gayferos
para el dedo le cortare.

—Venid acá vos, Gayferos,
y querednos escuchare;

vos idos de aquesta tierra
y en ella no parezcais mase

Ya le daban entre señas
el camino que harae:

—Iros heis de tierra en tie-
[rra

a do vuestro tío estáe.—

Gayferos, desconsolado,
por ese mundo se vae;

los escuderos se volvieron
para do estaba Galvane.

Danle el dedo, y corazón

y dicen que muerto lo hane.
La condesa qu'esto oyera
empezara a gritos dare:
lloraba de los sus ojos
que quería reventare.

Dejemos a la condesa,
que muy grande llanto hace,
y digamos de Gayferos
del camino por do vae,
que de día ni de noche
no hace sino caminar,
hasta que llegó a la tierra
adonde su tío estáe.

Dícele d'esta manera,
y empezóle de hablare:

—Manténgaos Dios, el mi tío

—Mi sobrino, bien vengaises.

¿Qué buena venida es esta?

Vos me la queréis contare.

—La venida que yo vengo

triste es y con pesare,

que Galván con grande enojo

mandado me había matare:

mas lo que os ruego, mi tío,

y lo que os vengo a rogare,

vamos a vengar la muerte

de vuestro hermano, mi pa

[dre

Matáronlo a traición

por casar con la mi madre.

—Sosegáos, el mi sobrino,

vos os queráis sosegare,

que la muerte de mi her-

[mano

bien la iremos a vengare.—

Ellos así se estuvieron

dos años y aun mase,

hasta que dijo Gayferos

y empezara de hablare.

MONTESINOS Y ROSAFLORIDA

En Castilla está un castillo,
que se llama Rocafrida;
al castillo llaman Roca,
y a la fuente llaman Frida
El pie tenía de oro,
y almenas de plata fina;
entre almena y almena
está una piedra zafira;
tanto relumbra de noche
como el sol a mediodía.
Dentro estaba una doncella
que llaman Rosaflorida:
siete condes la demandan
tres duques de Lombardía;
a todos los desdeñaba,
tanta es su lozanía.

Enamoróse de Montesinos
de oídas, que no de vista

Una noche estando así,

gritos da Rosaflorida

oyérala un camarero,

que en su cámara dormía,

—¿Qué es aquesto, mi seño-

[ra?

¿Qué es esto, Rosaflorida?

O tenedes mal de amores,

o estais loca sandía.

—Ni yo tengo mal de amores,

ni estoy loca sandía,

mas lleváesme estas cartas

a Francia la bien guarnida;

diéseslas a Montesinos,

la cosa que más quería;

dile que me venga a ver

para la Pascua Florida;

daréle yo este mi cuerpo,

el más lindo de Castilla,

si no es el de mi hermana

que de fuego sea ardidá;
y si de mí más quisiere
yo mucho más le daría:
darle he siete castillos
los mejores de Castilla.

DURANDARTE MORIBUNDO RECO-
MIENDA A MONTESINOS QUE LLE-
VE SU CORAZON A BELERMA

¡Oh Belerma! oh Belerma!
Por mí mal fuiste engendra-
[da.

que siete años te serví
sin de tí alcanzar nada;
agora que me querías
muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
aunque temprano me llama;
más pésame que de verte
y de servirte dejaba.

¡Oh mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
vos llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
y servidla de mí parte,
como de vos yo esperaba,
y traedle mi memoria
dos veces cada semana;
y dirísle que se acuerde
cuán cara que me costaba;
y dadle todas mis tierras
las que yo señoreaba;
pues que yo a ella pierdo,
todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!

¡Mal me aqueja esta lanza-
[da!

El brazo traigo cansado,
y la mano del espada:
traigo grandes las heridas,
mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos,
y el corazón me desmaya;
que ojos que nos vieron ir
nunca nos verán en Francia
Abracéisme, Montesinos,
que ya se me sale el alma
De mis ojos ya no veo,
la lengua tengo turbada;
a vos doy todos mis cargos
en vos yo los traspasaba.

—El Señor en quien creéis
El oiga vuestra palabra.—
Muerto yace Durandarte
al pie de una alta montaña:
llorábalo Montesinos,
que a su muerte se hallara:
quitándole está el almete,
desciñéndole el espada;
hácele la sepultura
con una pequeña daga;
sacábale el corazón,
como él se lo jurara,
para llevarlo a Belerma,
como allí se lo mandara.
Las palabras que le dice
de allá le salen del alma:

—¡Oh mi primo Durandarte!
¡Primo mío de mi alma!
¡Espada nunca vencida!
¡Esfuerzo do esfuero esta-
[ba!
¡Quién a vos mató, mi pri-
[mo,
no sé por qué me dejara!

DONA ALDA LLORA LA MUERTE
DE ROLDAN

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán,
trescientas damas con ella
para la acompañar:
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen a una mesa,
todas comían de un pan,
si no era sola doña Alda,
que era la mayoral.

Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento instrumentos ta-
[ñen
para doña Alda holgar.

Al son de los instrumentos
doña Alda adormido se ha:
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.

Recordó despavorida
y con un pavor muy grande
los gritos daba tan grandes
que se oían en la ciudad.

Allí hablaron sus doncellas
bien oiréis lo que dirán:

—¿Qué es aquesto, mi seño-
[ra?

¿Quién es el que os hizo
[mal?

—Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
bajo los montes muy altos
un azor vide volar,
tras del viene una aguililla
que lo afincaba muy mal.

El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira
de allí lo iba a sacar;
con las uñas lo despluma
con el pico lo deshace.—
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
—Aque-se sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo,
que viene de allende el mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.
—Sí así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.—
Otro día de mañana
cartas de fuera le traen;
tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldán era muerto
en la caza de Roncesvalles.

EL ALMIRANTE GUARINOS

¡Mala la visteis, franceses
la caza de Roncesvalles!
Don Carlos perdió la honra,
murieron los doce Pares,
cativaron a Guarinos
almirante de las mares:
los siete reyes de moros
fueron en su cativare
siete veces echan suertes
cual d'ellos lo ha de llevare;
todas siete le cupieron
a Marlotes el infante.
Más lo preciara Marlotes

que Arabia con su ciudade.
Dícele d'esta manera,
y empezóle de hablare:

—Por Alá te ruego, Guarí-

[nos
moro te quieras tornar;
de los bienes d'este mundo
yo te quiero dar asaz.

De dos hijas que yo tengo
yo te las quería dare,
la una para el vestir,
para vestir y calzare
la otra para tu mujer,
tu mujer la naturale.

Darte he en arras y dote
Arabia con su ciudade;
si más quisieres, Guarinos
mucho más te quiero dare.—

Allí fablara Guarinos,
bien oiréis lo que dirá:
—¡No lo mande Dios del cie-

[lo

ni Santa María su Madre,
que deje la fe de Cristo
por la de Mahoma tomar,
que esposa tengo en Fran-

[cia,

con ella entiendo casar!—
Marlotes con gran enojo
en cárceles lo manda echar
con esposas a las manos
porque pierda el pelear;

el agua hasta la cinta
porque pierda el cabalgar;
siete quintales de fierro
desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que hay en el

[año

le mandaba justiciar;
la una Pascua de Mayo,

la otra por Navidad,
la otra Pascua de Flores,
esta fiesta general.

Vanse días, vienen días,
venido era el de Sant Juan,
donde cristianos y moros
hacen gran solemnidad.

Los cristianos echan juncia,
y los moros arrayan;
los judíos echan neas
por la fiesta más honrar.

Marlotes con alegría
un tablado mandó armar,
ni más chico ni más grande,
que al cielo quiere llegar.

Los moros con alegría
empiezan de le tirar:
tira el uno, tira el otro,
no llegan a la metad.

Marlotes con enconía
un pregón mandara dar,
que los chicos no mamasen,
ni los grandes coman pan,
hasta que aquel tablado
en tierra haya de estar.

Oyó el estruendo Guarinos
en las cárceles do está:

—¡Oh válasme Dios del cielo
y Santa María su Madre!

O casan hija del rey,
o la quieren desposar,
o era venido el día
que me quieren justiciar.—

Oídolo ha el carcelero
que cerca se fué a hallar:

—No casan hija de rey,
ni la quieren desposar,
ni es venida la Pascua
que te suelen azotar;
mas era venido un día,

el cual llaman de Sant Juan.
cuando los que está conten

[tos

con placer comen su pan
Marlotes de gran placer
un tablado mandó armar;
el altura que tenía
al cielo quiere llegar.

Hanle tirado los moros,
no le pueden derribar;
Marlotes de enojado
un pregón mandara dar,
que ninguno no comiese
hasta habello derribar.—
Allí respondió Guarinos,
bien oiréis qué fué a hablar.

—Si vos me dais mi caballo,
en que solía cabalgar,
y me diésedes mis armas,
las que yo solía armar,
y me diésedes mi lanza,
la que solía llevar,
aquellos tablados altos
yo los entiendo derribar
y si no los derribase
que me mandasen matar.—

El carcelero qu'esto oyera
comenzóle de hablar:

—¡Siete años había, siete
que estás en este lugar,
que no siento hombre del

[mundo

que un año pudiese estar
y aún dices que tienes fuer-

[zas

para el tablado derribar!

Mas espera tú, Guarinos,
que yo lo iré a contar
a Marlotes el infante
por ver lo que me dirá.--

Ya se parte el carcelero,
ya se parte, ya se va;
siendo cerca del tablado
a Marlotes hablado ha:
—Una nueva vos traía,
queráismela escuchar:
sabed que aquel prisionero
aquesto dicho me ha:
que si le diesen su caballo
el que solía cabalgar,
y le diesen las sus armas,
que él se solía armar,
que aquestos tablados altos
él los entiende derribar.—

Marlotes qu'esto oyera
de allí lo mandó sacar:
por mirar si en caballo
el podría cabalgar,
mandó buscar su caballo,
y mandáraselo dar,
que siete años son pasados
que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
que bien mohosas están.
Marlotes desde lo vido
con reir y con burlar
dice que vaya al tablado
y lo quiera derribar.

Guarinos con grande furia
un encuentro le fué a dar,
que más de la mitad dél
en el suelo lo fué a echar
Los moros de qu'esto vieron
todos le quieren matar;
Guarinos como esforzado
comenzó de pelear

con los moros, que eran tan
[tos.
que el sol querían quitar,

peleara de tal suerte
que él se hubo de soltar
y se fuera a la su tierra

a Francia la natural:
grandes honras le hicieron
cuando le vieron llegar.

ROMANCES HISTORICOS REFERENTES A LA HISTORIA SAGRADA

JOSUE DETIENE EL CURSO DEL
SOL

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Oran, que era rey de He-
[bron,

y otros reyes comarcanos,
juntádose han en uno
con muchos hombres arma-
[dos

para contra los judíos,
que en Gabaon son llegados.
Ponen en campo sus gentes
y varones esforzados:

a Gabaon combatían
los varones afamados.

Los judíos que están dentro
su mensaje han enviado,
a Josué su capitán,

con quien son confederados,
porque venga a socorrerlos
y para hacerlos librados.

Josué que oyó el mensaje,
en oración se había echado
Dios dijo que habría victoria,
contra estos sus contrarios.

Todas sus gentes tomó;
a Gabaon son llegados:

guerrea los Amorreos;

¡Gran batalla les ha dado!
Muchos mata, muchos pren-
[de,

muy mal quedan lastimados;
los vencidos van huyendo;
en ellos iban matando.

Sobre los que de ellos huyen
Dios mostró los sus mila-
[gros:

sobre ellos cayó granizo,
los muertos cubren los cam-
[pos.

Ya hora era de sexta,
Josué siempre iba matando
en todos los enemigos;
el día se iba acabando.

Con la muy gran fe que tie-
[ne

al sol y la luna ha mandado
que estén en su esplendor
y no anden lo acostumbrado,
al sol hacia Gabaon,
ni luna a Ayalon collado.

Paráronse el sol y luna,
no se movieron de un cabo:
siempre están resplandecien-
[tes

hasta muertos los contrarios
Por la muy gran fe que tuvo
la victoria había alcanzado

AMON Y TAMAR

Grandes males finge Amon
por amores de Tamar:

¡Harto mal tiene quien ama,
no ha menester fingir más!
Por los ojos de la hermana,
flechado el hermano está,
tanto que a ser más honestos
fuera santa la hermandad.
A la causa del engaño
pide la veng'a a sanar.
Que Tamar tiene el remedio
de su misma enfermedad.
Diólo Tamar de comer,
y Amon que vió su beldad,
el gusto puso en los ojos,
y así comió con mirar.

Por no aguardaría más tiem-
[po
la gozó el hebreo galán,
y con ser que era judío
dejó entonces de esperar.
Gozóla, y aborrecióla,
que al gusto sigue el pesar.
y aunque ella sintió la fuerza
el desprecio sintió más.
Gozada y aborrecida
a buscar venganza va:
¡Huye, Amon! ¡mira por tí!
Que es mujer y la ha de ha
[llar

ROMANCES HISTORICOS REFERENTES A LOS TIEMPOS MITOLOGICOS Y HEROICOS DE GRECIA

JASON Y EL VELLOCINO

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

De Grecia parte Jason,
a Colcos lleva su vía
a ganar el Vellocino
de que gran honra adquiriría.
Navegando con su armada
a Lemos llegado había,
do era reina Hisifile,
de muy grande lozanía.
Viendo a Jason tan hermoso,
con gran amor le acogía;
enamorábase dél,
hácele mucha caricia.
Gran tiempo gozaron juntos
del amor que se tenían.
Jason se partía a Colcos,
Hisifile triste finca:
consolábala Janson,

con lágrimas le decía:
—No vos asustéis, señora,
de mis ojos alegría,
que el corazón me revienta;
la vuestra congoja es mía.
Muy aina será mi vuelta;
los dioses por bien lo ha
[brían.—
Hisifile respondió:
—¡Oh Jason! como la vida
perderá este triste cuerpo
cuando vea tu partida;
temo de perder tu amor;
que en olvido me pornias,
o por alguna extranjera
tú a mí me olvidarías.—
Las lágrimas como perlas
corrían por su mejilla,
una con otra sus manos
apretado las había;

—¿Por mis dioses, dice él,
que no te olvidaría;
contrarios a mí sean ellos,
fortuna, amor me persiga,
la mar con sus recias ondas
en mis naves todas firan
hasta echarme en el profun

[do
si mi alma a tí te olvida!—

Con aquestos juramentos
por segura se ternía;
más después que d'ella parte
y Medea lo prendía,
jamás d'ella se acordó;
en olvido la ponía.

Hisifile lamentaba
y con lágrimas plañía;
quejábase de Medea,
de su Jason maldecía,
que olvidara las mercedes
que d'ella recibía,
diciendo:—Una extranjera
me robó mi alegría;
llevóme lo que yo amaba,
sin pensar a mí me hería
mi enemigo Jason:
en lo contemplar moría.—

PIRAMO Y TISBE

Tisbe y Píramo que fueron
leales enamorados,
allá en la gran Babilonia
nacidos, también criados,
de su desastre y fortuna
queroos contar y sus hados
Píramo, gentil mancebo
de nobles padres honrados,
requirió a Tisbe de amores
con motes muy requebrados

Apiadándose Tisbe
de sus penas y cuidados
concertáronse una noche,
en ser sus padres echados
salir fuera la ciudad,
secretos, disumulados,
a un lugar constituído
junto de unos verdes prados
fuera de conversación
por estar más ocultados.
Tisbe, la hermosa doncella,
fué con pasos abreviados,
primera venida al puesto,
do con gritos denodados
vió venir una leona,
los pies en sangre bañados
de una vaca que había muer-

[to

por aquellos despoblados.
De gran miedo dió a huir:
con sentidos alterados
dejó el manto, y la leona
con sus pies ensangrentados
hízole pedazos todo,
dándole fieros bocados.
Ya Píramo se venía
a do habían de ser hallados,
y por la luz de la luna,
que daba por los sembrados,
conoció el manto de quien
fué por sus dedos trenzado.
En ver rasguños tan fieros,
y de sangre señalados
dijo:—Leona ha de presto
mis placeres conturbado,
y pues sus carnes y huesos
en su vientre ha sepultado
de mi tan querida Tisbe,
sean mis días abreviados.—
Hirióse con el puñal,

fueron de presto acabados.
Volviendo allí Tisbe, vido
a sus amores finado:
con el mesmo puñal, dióse
en sus pechos delicados.
Murieron ambos a dos
como amantes desdichados.
y de alabastro en sepulcro
juntos fueros sepultados.

LEANDRO Y HERO

Por el brazo del'Esponto
Leandro va navegando:
sale del puerto de Abido
hacia Sesto caminando:
su lindo cuerpo es navío.
el amor le va animando,
sus brazos sirven de remos,
qu'el agua van apartando,
y los pies por gobernalle
a su trabajo ayudando:
por aguja su cabeza
del norte no va curando:
la lumbre es la que le llama.
por ella se va guiando.
Derribara el viento aquélla
triste curso señalando;
soltó los vientos Neptuno:
el mar anda rodeando.
Júpiter rompió sus sellos
muy grande furor mostran-
do,
y el esforzado amador
va con ánimo nadando.
La fortuna lo maltrata,
con las ondas va luchando:
tanto esforzaron los vientos
qu'el triste se va cansando,
do empezó con gran dolor

d'este modo lamentando.
—¡Oh la mi tierra de Abido!
¿Qué pensarás yo faltando?
¡Oh mis parientes y amigos!
No me esperéis paseando:
¡Oh la mi señora Hero!
¿Qué harás, dime tú, cuando
verás este triste cuerpo
que t'estaba contemplando?
Leandro estando en aquesto,
su vida se iba apocando:
zabullóle l'agua al hondo,
murió el triste suspirando.
Y con decir:—¡Hero! ¡He-
[ro!—
Su vivir se fué acabando.

ENEAS Y DIDO

Por la mar navega Eneas
después de Troya perdida;
va buscando nuevas tierras
adonde habitar podría.
Quiso Dios y su ventura
que al mar africano iba,
dond'está la gran ciudad
que Cartago se decía,
que fundó la reina Dido,
hija del rey de Fenicia,
la cual ella gobernaba,
y en gran justicia regía
la gente toda sin armas,
por la gran paz que tenía.
Parecióle bien a Eneas
la costumbre en que vivía:
subióse al templo de Juno,
qu'entonces allí se hacía,
mirando por todas partes
por ver lo que en él vería.
Vido estar pintada Troya

postrera vez destruída;
 vió pintado al rey Priamo
 y a Hector cuando moría;
 vido a Aquiles en el templo
 y a Paris cuando l'hería;
 vió la gran Pantalisea,
 y a Pirro que la seguía;
 vido al hijo de la Aurora
 que rey Menon se decía;
 desde se viera a sí mismo
 d'esta manera decía:

—¡Troya, mi desventurada!
 ¡Troya, la desdicha mía,
 tu memoria y mi destierro
 me atormentan noche y día!
 ¡Oh, quién nunca más te vie-
 [ra
 después que te vi perdida!
 ¿Qu'es de tí, reina troyana?
 ¿Has perdido ya la vida?
 Según el fin de tus males
 ¡Gran descanso te sería!—

ROMANCES HISTORICOS CONCERNIENTES A LA HISTORIA DE ROMA

EL RAPTO DE LAS SABINAS

Aquel heroico romano,
 fuerte, fraticida y fiero,
 de quien toma nombre Roma
 y su edificio soberbio,
 después de habella fundado,
 la máquina insigne viendo,
 como mujeres faltaban,
 dió traza a su pensamiento.
 Con los romanos concierta
 que tengan públicos juegos
 y a los sabinos conviden
 para que vengan a vellos.
 A la fama de las fiestas
 júntanse los extranjeros;
 que siempre la novedad
 hace livianos los pechos.
 cual deja la casa propia,
 cual a su padre siguiendo,
 tras sus pisadas camina
 hasta que en Roma se ha
 [puesto.
 Los codiciosos romanos,

su fortuna lograr viendo,
 mas divulgaban su fama
 desde el turco hasta el fla-
 menco.

Muchos en Roma se juntan,
 unos por el vencimiento,
 otros por ver de la fiesta
 el no pensado suceso.
 En sus casas los reciben,
 y en sus propios aposentos;
 que traen huéspedes consigo
 que se han de quedar de
 asiento.

Salen al anfiteatro
 los gladiadores primero,
 vestidos del cuerpo abajo
 blancos calzones de lienzo.
 Trábanse los fuertes brazos,
 y con los carnudos miembros
 cada cual forceja aprieta
 para no venir al suelo,
 ya con el fiero león
 o el elefante soberbio:
 del que queda vencedor

quedaba el contrario muerto.
 Aún no lograron su vista,
 que del murmurio en el me-
 los prevenidos romanos [dio
 desnudan el blanco acero.
 Crece la confusa grita,
 el alarido y estruendo,
 ya de la doncella casta,
 y ya del anciano viejo.
 Este la casada coje,
 aquél, la soltera viendo,
 tras la presa se abalanza
 para matrimonio honesto.
 Cual a la temprana viuda
 hace mil prometimientos,
 y cual, para que conceda,
 le pone un puñal al pecho.
 Ya con voz delgada y ronca
 una dice: esposo tierno,
 otra hermano y padre llama
 para que vuelva a su ruego.
 No aprovechan los gemidos;
 que el nieto deja al abuelo,
 desampara el hijo al padre
 en sangre y en polvo envuel-
 [tos.

Allí el celoso marido
 abre la puerta a sus celos
 viendo a la casta mujer
 ser de otro tálamo dueño
 Crece más el alboroto,
 suben las quejas al cielo,
 y los romanos alegres
 su fortuna van siguiendo.
 Queda Rómulo señor,
 con mujeres queda el pueblo,
 dando principio al principio
 de tantos triunfos soberbios.

EL CADAVER DE SERVIO TULIO,
 HOLLADO POR SU HIJA

Tulia, hija de Tarquino
 qu'en Roma rey residía,
 viendo aquesta mala hembra
 qu'el padre mucho vivía,
 por codicia de reinar,
 que otro sucesor no había,
 a su padre hiza matar
 a puñaladas un día.
 Matáronle en una calle,
 y en medio el suelo yacía.
 Tulia, yendo con su carro,
 como siempre ir solía,
 uno le trujo las nuevas,
 d'ellas recibió alegría:
 quiso pasar por do estaba,
 porque aún no lo creía.
 Los caballos que tiraban
 cada cual se retraía;
 también de vello, espantado
 l'auriga que los regía
 conmovido de piedad
 por otra parte los guía.
 porqu'el rey no fuese holla
 [do

y que acato merecía.
 Tulia con voces supremas
 al aúriga persuadía
 que pasase encima d'el
 y no torciese la vía.
 En fin, encima del padre
 pasó el carro cual venía.
 ¿Quién vido tanta crueldad,
 ni cual Dios lo consentía?
 ¡Una hija que a su padre
 desmembralle le quería!

ROMANCES HISTORICOS RELATIVOS A LA HISTORIA
Y TRADICIONES DE ESPAÑA

EPOCA DE LA DOMINACION ROMANA

ANIBAL SOBRE SAGUNTO
(De Juan de la Cueva.)

Cercados tenía Aníbal
a los fieros saguntinos,
dándoles duros combates,
y batiéndolos contino,
sin desistir de su intento,
que era sólo el destruíllos.
Los de Sagunto resisten
el africano desinio,
dando y recibiendo muertes,
con ánimo no vencido.
Sucedió qu'en un asalto,
Aníbal fué mal herido,
por lo cual, los africanos
a nuevo furor movidos,
tornan al fiero combate,
renuevan y mudan sitios;
hacen ingenios de fuego,
para que sea destruído
el gran pueblo de Sagunto,
que fué tan ennoblecido.
Creciendo el combate fiero
fué un prodigio horrible vis-
[to,
que pariendo una mujer
un hijo, y siendo nacido,
y visto, se volvió al vientre
de donde había salido.
Acuden los agoreros
al gran Júpiter Olimpo,
a consultar la extrañeza
del caso jamás oído.
El aurís'pice Metelo,

siendo por Mucio elegido
para consultar a Jove,
por ser en esto el más digno,
le sacrifica animales,
de los cuales ha entendido
la horrible saña, que mues-
[tra
contra el pueblo saguntino,
y puesto en un lugar alto,
de donde era bien oído,
dijo:—Los celestes dioses
sé muestran encruelecidos
contra el pueblo de Sagunto,
que otro tiempo fué temido:
no aceptan su humilde rue-
[go,
ni admiten su sacrificio,
porque yo he visto señales
que confirman lo que digo;
que a la res sacrificada,
como fué de todos visto,
acudieron dos serpientes
y le comieron el hígado.
Segunda y tercera vez,
esto mismo ha sucedido:
el vino en las sacras tazas
en sangre fué convertido;
vistes llover gruesas piedras,
y dos escudos bruñidos
de claro y luciente acero
de sangre fueron teñidos;
en las fértiles campañas,
en los panes ya cogidos,
se volvieron las espigas
en sangre, y sangre los ríos;

los silvestres animales,
sin razón y sin sentido
imitaban nuestras voces,
de lo cual he colegido,
que es sin duda el fin de to

[dos

y que habernos defendido
es muy ciega pertinacia
habiendo de ser vencidos,
por las señales tan claras,
y prodigios que os he dicho:
y entended sólo una cosa,
y d'ella estad advertidos:
que son sin fruto las armas,
siendo contrario el destino,
y que servirán de poco
cuantos hoy somos nacidos,
y las tiernas criaturas
no verán días cumplidos,
qu'es lo que declara el caso
del niño, que se ha escondi-

[do,

tornando al materno vientre
de donde había ya salido.—
Cesó Metelo, quedando
todos supensos de oïllo,
conociendo la ruina
del gran pueblo saguntino,
que de los bárbaros era
con toda porfía batido,
sin serle sólo un momento
de descanso concedido;
y al fin, entrada su fuerza,
d'ellos no quedó hombre vi-

[vo,

unos muertos del contrario,
y otros qu'ellos a sí mismos
se dieron la cruda muerte,
por no darse a su enemigo,

cumpliéndose en todos ellos
lo que dijo el adivino.

SITIO E INCENDIO DE NUMANCIA

Ya de Escipión las bande-
[ras

llegan a ver las murallas
de aquella cabeza antigua
de la invencible Numancia,
cuando a todas sus legiones,
bien compuestas y ordena-
[das,

aquel valeroso Alcides
de aquesta suerte les habla:
—Hoy las águilas de Roma
hasta los cielos levantan
sus plumas, porque vosotros
habéis de servirles de alas;
hoy, para inmortal memo-

[ria

habéis de triunfar, dejando
que publicar a la fama:
mostrad, milites famosos,
lo que hoy pueden vuestras
[armas;

que si a Numancia vencéis
podrán alzaros estatuas.—
No pudo pasar de aquí,
porque de una y otra banda
comenzaron a dar voces
apellidando su patria.

«Alarma, alarma;
los unos viva Roma, otros,
[Numancia;

y viendo a Escipión tan bra-
[vo y fuerte

todos por no entregarse se
[dan muerte.»

Los numantinos, que miran

del contrario la pujanza,
acuerdan antes morir
que no de entregar su pa-
[tria.]

Y como para el sustento
mantenimientos les faltan,
de conformidad de todos
niños y mujeres matan.
Cual en brazos de su esposa
ofrece a la muerte parias,
y cual a sus propios hijos
con violenta mano trata.
Un horrible fuego encienden
en medio de la gran plaza,
do queman todos sus bienes,
cada cual con mano franca.

Unánimes todos dicen
que no se entregue la patria;
que mueran, pues que mu-
[riendo]

hacen inmortal su fama.
Y así solamente se oye,
entre las voces turbadas
de la una parte y la otra,
razones mal concertadas:
«Alarma, alarma.
Los unos viva Roma; otros,
[Numancia;
y viendo a Escipión tan bra-
[vo y fuerte,
todos por no entregarse se
[dan muerte.]]»

EPOCA DE ATANAGILDO

MILAGRO DE UN CRUCIFIJO A
QUIEN ULTRAJO UN JUDIO
(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Atanagildo, rey godo,
de España el reinado había;
hace bien por Jesucristo;
gran creencia en El tenía.
Contárase aquí un milagro
que en su tiempo acontecía.
Un judío entró en un tem-
[plo]

llamado Santa María;
en él está un crucifijo
muy pequeño en demasía;
el judío lo firió
con un dardo que traía,
y a excusa de los cristianos,
so el vestido lo metía
para quemarlo en su casa:

mas cuando lo descubría,
traía todos sus paños
sangrientos de la ferida
que le dió al crucifijo:
¡muy gran pavor le ponía!
No lo osara quemar,
mas escondido lo había.
Los cristianos no lo hallan
allí donde estar solía;
hallaron rastro de sangre,
y por el rastro seguían
hasta dar en la posada
donde el judío vivía;
halláronlo por la sangre,
que mucha estaba vertida.
Volviéronlo a la iglesia,
y al judío lo prendían;
vivo lo apedrearon
por el delito que hacía.

EPOCA DE WAMBA

ENTRADA DE WAMBA EN TOLEDO
PARA CORONARSE REY

Por la puerta del Cam-
[brón.
una de las más nombradas
que adornan la gran Toledo
imperial ciudad de España,
con grande acompañamiento
entra el valeroso Wamba
a recibir la corona
con su mujer, doña Sancha.
Por humildad quiso el rey
que el alcaide de su alcázar
en vez de la espada lleve,
delante de él su hijada.
Hombres, niños y mujeres,
por balcones y ventanas,
mirando los santos reyes,
les dicen en voces altas:
«Toledo, España por Wamba,
y por la reina Sancha;
y el Tajo les responde manso
[y ledo,

unas veces España, otras To-
[ledo.»

La melena rubia el rey
lleva compuesta, atusada,
porque no estorbe a los ojos;
peinada y ancha la barba.
Sobre un vestido morado
con alcachofa de plata,
a manera de tusón.
lleva una cruz colorada.
La reina, de tela verde
lleva una saya bordada;
el cabello suelto al viento,
la mitad a las espaldas.
Donde llega el palafrén
cubren el patio las damas
de flores y bendiciones,
y dicen en voces altas:
«Toledo, España por Wamba,
y por la reina Sancha;
y el Tajo les responde manso
[y ledo.
unas veces España, otras To-
[ledo.»

EPOCA DEL REY DON RODRIGO

RODRIGO VIOLA A LA CAVA

De una torre de palacio
se salió por un postigo
la Cava con sus doncellas
con gran gusto y regocijo.
Metiéronse en un jardín
cerca de un famoso hombrío
de jazmines y arrayanes,
de pámpanos y racimos.
Sentadas a la redonda,
la Cava a todas las dijo

que se midiesen las piernas
con un listón amarillo.
Midiéronse las doncellas,
la Cava lo mismo hizo,
y en blancura y lo demás
grandes ventajas les hizo.
Pensó la Cava estar sola,
pero la ventura quiso
que por una celosía
mirase el rey don Rodrigo.
Puso la ocasión al fuego,
y sacóla cuando quiso,

y amor batiendo las alas
 abrasóle de improviso.
 Fueron del jardín las damas
 con la que había rendido
 al rey con su hermosura,
 con su donaire y su brío.
 Luego la llamó al retrete,
 y estas palabras le dijo:

—Sabrás, mi florida Cava,
 que de ayer acá no vivo;
 si me quieres dar remedio
 a pagártelo me obligo
 con mi cetro y mi corona,
 que a tus aras sacrífico.—
 Dicen que no respondió,
 y que se enojó al principio,
 pero al fin de aquesta plá-

[tica

lo que mandaba se hizo.
 Florinda perdió su flor,
 el rey quedó arrepentido,
 y obligada toda España
 por el gusto de Rodrigo.
 Si dicen quién de los dos
 la mayor culpa ha tenido,
 digan los hombres «la Ca-
 [va»,
 y las mujeres, «Rodrigo».

EL CONDE JULIAN JURA VENGAR
 DE RODRIGO LA VIOLENCIA HE-
 CHA A SU HIJA

—¡Oh canas ignominiosas,
 dice el señor de Tarifa,
 provocadas a venganza,
 y de su rey ofendidas!—
 Cantidad esparce al viento
 cual hebras de plata lisa,
 que con rigurosa mano

de barba y cabeza quita;
 hiere el venerable rostro,
 donde dos fuentes se vían
 que con abundante vena
 hacen mayor su desdicha.
 Ya mira ofendido al suelo,
 ya con altas manos mira
 al estrellado dosel
 testigo de su fatiga.

—¡Oh mísera suerte!, dice;
 ¡afrentosa, ejecutiva!,
 ¡villana sin exempción,
 que a la nobleza aniquila!
 ¡Oh rey inconsiderado,
 tan obediente a tu vista,
 cuan presto a mi deshonor
 y al de mi cuitada hija!
 Déme la justa venganza
 quien de mi diestra limita
 el poder, que justo pide
 quien pide al cielo justicia.
 No se espanten los que oye-

[ren

alguna cosa indebida;
 que rey tirano y aleve
 vasallos traidores cría.
 ¡Vive el cielo que ha de ser
 de España total ruina
 la torpeza de mi rey
 en mi sangre cometida!
 Pagarán los inocentes
 de su señor la malicia;
 que no aguarda menos, reino
 do rey tirano administra,
 que éstos suelen ser verdu-

[gos,

por disposición divina,
 muchas veces de sus gentes
 como fueron Mario y Sila.
 Yo tomara. Dios lo sabe,

si me fuera concedida,
de otra suerte esta venganza,
no tan atroz ni sanguina;
mas no me será posible:
entre el libio por Tarifa,
tale, robe, asuele y mate
en mi estado y tierras mis-

[mas.

Ya la suerte va rodando
para siniestra o propicia;
el dado va por la tabla,
no hay quien el correr le im-

[pida.

¡Vive Dios, que el torpe rey
por bien que le acuda y diga,
que ha de dejar d'esta vez
la honra, el cetro y la vida!
¿No hay más de hacer sinra-

[zones

y ejecutar sus delicias,
fiados con que en el suelo
su maldad no se castiga?

¡Cielo, que enmiendas agra-

[vios

con balanza justa y lisa,
los d'este agraviado viejo
con piadosos ojos mira!—
Esto el conde don Julián
leyendo un papel decía
que recibió de la Cava
contándole sus desdichas.

DE COMO EL REY RODRIGO PER-
DIO LA BATALLA DE GUADALETE
Y LOS MOROS GANARON LA
ESPAÑA

De lo más alto de un
[monte,
a quien Guadalete baña,

mirando estaba Lisberto
la temerosa batalla.
Mira que los españoles
y bravos godos desmayan,
no pudiendo resistir
la mahomética saña.

Dice con cansada voz
el infante estas palabras,
contemplando la ruina
de toda la gente hispana:
«¡Ay, España, España,
que culpa no mereces y te
[abrasas!»

¡Oh cruda causa,
y más traidor Rodrigo,
que por tu torpe amor fué tal
[castigo!

¡Ay dulce patria querida,
de tantos grados honrada
a costa de noble sangre
en su amparo derramada!
¡Ay madre honrada del
[mundo,

y de un hijo deshonrada,
que sin ser nada, le hiciste
rey, para hacerte nada!

El sér le diste de rey,
y desconocido paga
tan subido beneficio
con deshonar a la Cava.

«¡Ay España, etc.»

¡Oh traidor conde Julián!
¿En qué te ofendió tu pa-
[tria?

Di ¿por qué el pecado ajeno
lo haces su propia causa?
Si Rodrigo te ofendió,
matárasle, y abrasaras
su linaje, sus parientes,
su vida, su honor, su casa;

mas en efecto un traidor
ningunos respetos guarda
a patria, padre, ni rey,
si la traición es pensada.
«¡Ay España, España,
que culpa no mereces y te
[abrasas!»

RODRIGO FUGITIVO Y DERROTADO

De las batallas cansado
se sale el rey Don Rodrigo,
la cabeza sin almete
y el arnés todo rotpido,
la una rienda en una mano,
y el un estribo perdido.
Por do el caballo lo lleva
por allí va sin sentido.
Por un arroyo zarzoso
el caballo lo ha metido.
Eché la corona en tierra
y aquesto habie referido:
—¡Desdichado caballero!
¡Desdichado rey Rodrigo!
¡Ayer eras rey de España,
y hoy no tienes un castillo!
Por un pequeño placer
metiste a España a cuchillo.

LAMENTO SOBRE LA PERDIDA
DE ESPAÑA

Volved los ojos, Rodrigo,
volvedlos a vuestra España;
mirad cómo os la destruyen
vuestros amores y Cava;
mirad la sangre que vierten
vuestras gentes en batalla,
castigo de la inocente
que fué por vos derramada.
«¡Ay, España,
perdida por un gusto y por
[la Cava!»

La honra de los antiguos
por tantos siglos ganada,
vos solo por un momento
perdéis reino, cuerpo y alma.
Acabóse vuestro bien
y vuestros males no acaban,
que el mal suele acabar hon-
[ras
que acaban la vida y fama.
«¡Ay, España,
perdida por un gusto y por
[la Cava!»

EPOCA DEL REY DON PELAYO

DE COMO DON PELAYO VENCIO
A LOS MOROS EN COVADONGA
(De Gabriel Lobo Laso de
la Vega.)

Por nunca usados caminos
el godo infante Pelayo
con diligentes talones
el caballo aflige en vano,

cuyos abiertos ijares
iban sangre destilando;
mas no el temer de la es-
[puela
apresura el paso tardo.
Iba huyendo del rigor
del sanguinoso contrario,
que en su seguimiento iba
con gran gana de alcanzarlo.

Mas como Dios le guardaba para negocios más arduos, quiso de un aprieto tal por bien de España librarlo. Llegó al río de Pionfa, el cual muy crecido hallando, puso la espada en la boca, y atravesándole a nado con increíble presteza se puso del otro cabo.

Los moros, que le seguían, visto un caso tan extraño, no se atreviendo ninguno a lo que el godo esforzado, se quedaron a la orilla, no sin razón admirados. Caminó al valle de Cangas el infante Don Pelayo, adonde de España y godos fué luego por rey jurado, y recogiendo las gentes, de que hizo grueso campo, los exhortó de manera que al más tímido hizo

[osado,

el valor al valeroso con esfuerzo acrecentando. Tanto pueden las palabras dichas con fervor honrado, que la victoria consiguen, más que el vigor de los bra-

[zos.

Pues como estuviese ya de moros cubierto el campo, cuyo caudillo Abrahen era, y Don Oppas el malo, arzobispo de Sevilla y del rey Vetiza hermano, que de los julianistas era capitán nombrado,

tornándose de pastor lobo contra sus rebaños, con sangriento proceder, de Dios y de sí olvidado; viendo el notorio peligro en que estaba el rey Pelayo, mil soldados escogió de los más disciplinados en el bélico ejercicio, y en un cóncavo peñasco que una honda cueva hacía, se metió, y por lo más alto de los intratables riscos dejó los demás soldados. Baten la cueva los moros con piedras, flechas y dardos mas como al intento bueno nunca Dios niega la mano, quiso mostrar su grandeza con un notorio milagro, y fué: que todos los tiros, que los moros indignados a los cristianos tiraban, resultaban en su daño. Y volviéndose a los moros, más de treinta mil mataron. Conociendo esta merced, y el favor del cielo grato, sale apriesa de la cueva con su gente el rey Pelayo, no dejando moro vivo de todos, en poco espacio. Mató al caudillo Abrahen, Don Pelayo peleando, y al arzobispo traidor prendió por su propia mano. Fué parte aquesta victoria de otras que aquí no señalo, con que, de la ya perdida, alguna tierra ganaron,

venciendo muchas batallas
de moros en campo raso.
Pues como el rey Alcoral
de España supo el estrago,
primero rey que fué d'ella,
hizo que al conde malvado
le cortasen la cabeza,
que fuese causa, pensando,

con los dos Sisberto y Evas
hijos de Vetiza el malo;
y a su mujer la condesa
los moros apedrearon,
y un hijo, que el conde tuvo
pequeño, le despeñaron.
En esto pararon todos,
¡de su traición justo pago!

EPOCA DE LOS REYES DON FAVILA Y RAMIRO I DE LEON

MUERTE DE FAVILA

(De Lorenzo de Sepúlveda)

Muerto era ese buen rey,
Don Pelayo era llamado,
que ganó de lo perdido
por Rodrigo desdichado.
Enterráronlo dentro en Can-

[gas,

su hijo heredó el reinado;
Don Favila se llamaba,
nieta del otropreciado.
Dos años lo tiene no más,
porque era muy liviano;
amaba mucho la caza,
más que conviene a su es-

[tado;

corriendo la montería
un gran oso había hallado;
matarle quieren los suyos;
Favila les ha mandado
que ninguno mate al oso,
que él sólo quiere matarlo.
Luego arremetió con él,
a los brazos han llegado;
mas por la su desventura
el oso lo había matado,

RAMIRO I QUITA EL FEUDO DE
LAS CIEN DONCELLAS

En consulta estaba un día
con sus grandes y consejo
el noble rey Don Ramiro
varias cosas discurriendo,
cuando sin pedir licencia
se entró por la sala adentro
una gallarda doncella
de amable y hermoso gesto.
Vestida toda de blanco,
a quien el rubio cabello
bordaba de oro los hombros,
a causa de venir suelto.
Ponen los ojos en ella,
y poniéndolos en ellos
ella comenzó a hablar,
y ellos a darle silencio.
—Perdóname, dice, rey,
si tu Consejo atropello,
aunque si te le dan malo,
antes soy digna de premio.
No sé si de rey cristiano
te dé nombre, porque en-
[tiendo
que con fingida apariencia
debes ser moro encubierto;

de quien da a los que lo son
 las doncellas ciento a ciento,
 si ya no es moro, a ellas
 las soborna para serlo.

Si por darle muerte oculta
 vas desangrando tu reino,
 por harto mejor tuviera
 de una vez pegarle fuego;
 o si no en tributo y parias
 dieras hombres a lo menos,
 que era dalles enemigos,
 de quien vivieran con miedo.
 Pero si les das doncellas,
 allá, en dejando de serlo,
 nacerán de cada una
 cinco o seis contrarios nues-
 [tros.

Más bien acordado está
 que tus hombres se estén
 [quedos,
 porque puedan engendrar
 hijas que paguen en feudo:
 que sólo para engendrallas
 deben de tener súgeto
 de hombres, que en lo de-
 [más

yo por mujeres los tengo.
 Si te acobardan las guerras,
 las mismas doncellas creo
 que han de venírtela a dar
 por el mal que las has hecho,
 y sin duda vencerán,
 si lo ponen en efecto,
 que ellas son mujeres hom-
 [bres.
 y hombres mujeres aque-
 [tos.—

Alborotáronse algunos,
 y el rey, corrido y suspenso,
 determinó de morir
 o libertar a su reino.
 Juntó su gente de guerra,
 y prestádoles su esfuerzo
 el glorioso Santiago,
 dió la batalla y vencieron.
 Quedó medroso Almanzor,
 y el rey con aqueste hecho
 dió libertad a Castilla,
 y así mesmo honroso pre-
 [mio.

ROMANCES SOBRE BERNARDO DEL CARPIO

NACIMIENTO DE BERNARDO DEL CARPIO

En los reinos de León
 el Casto Alfonso reinaba:
 hermosa hermana tenía,
 Doña Jimena se llama.
 Enamorárase de ella
 ese conde de Saldaña,
 mas no vivía engañado,

porque la infanta lo amaba.
 Muchas veces fueron juntos,
 que nadie lo sospechaba;
 de las veces que se vieron
 la infanta quedó preñada.
 La infanta parió a Bernardo,
 y luego monja se entraba;
 mandó el rey prender al
 [conde
 y ponerle muy gran guarda.

CUENTAN A BERNARDO
EL SECRETO DE SU NACIMIENTO

Contándole estaba un día,
al valeroso Bernardo,
Elvira Sánchez, su aya,
que de niño le ha criado:
—Sabrédes, fijo, sabrédes
por lo que habéis pregun-
[tado,
que non sois bastardo, non,
como dijo Alfonso el Cas-
[to.—
Bernardo replica: —Pues
algún padre me ha engen-
[drado.
—Padre fidalgo habéis, fijo,
fidalgo, que non villano.
El conde Don Sancho Díaz,
que en Saldaña es su con-
[dado,
os hovo en Doña Jimena,
en casa del rey estando;
y como su hermana era,
por vengares del agravio,
en el castillo de Luna
puso al conde aprisionado,
y a vuestra madre también
reclusa y a buen recaudo,
porque aunque público, non
fué el matrimonio aclarado.
Casáronse los dos solos,
por lo que non sois bastardo,
y para más se vengar
y faceros mayor daño,
da sus reinos al francés,
faciéndós desheredado;
por lo cual parece mal,

fijo, al mundo que tu brazo
consienta que esté el buen
[conde

afligido, preso y cano.
—La culpa tenéis vos, ma-
[dre,

en habérmelo callado,
pues si lo hobiera sabido
ya le hobiera libertado.

—Si todo este largo tiempo
que conmigo habéis estado,
hemos callado el secreto,
fué por temor del tirano.

Fincad en esto, vos digo,
y notad que abaldonado
estáis del vulgo parlero,
que ha entendido y sabe el
[caso.—

Bernardo le dice: —Basta,
mi madre, ya lo fablado,
para servir de acicate
al fijo del padre honrado.—
Al cielo vuelve los ojos,
y en mil lágrimas bañando
su hermosa afrentada faz,
dice, mordiendo los labios:
—No se honren mis amigos
de me llevar a su lado,
y quede entre fieros moros
preso, muerto o mal llagado,
y arrástrame mi trotón
fasta me facer pedazos,
y cuando esté en más aprieto
se me canse el diestro brazo,
que si por bien no me da
Alfonso a mi padre amado,
que le tengo de seguir
como a cruel y tirano.

BERNARDO, VENCEDOR EN RONCESVALLES, CON LA MUERTE DE ROLDAN Y DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA

Con crespas y dorada crin,
de las undosas campañas
tascando rojos bocados,
presurosos se levantan
ya los caballos del sol
haciendo las nubes grana,
cuando el galo altivo asoma
con sus copiosas escuadras
por las pedregosas sendas
de Roncesvalles más agrias;
que a tomar va posesión
de la corona de España.
Mas como a los confiados
es cosa tan ordinaria
mostrar la varia fortuna
su vaivén y vueltas varias,
no quiso que le quedase
el francés a deber nada,
cuyas cosas hasta allí
favoreció con faz grata,
y que de Bernardo quede
en el mundo eterna fama;
que ya con haces copiosas
el paso al francés ataja,
ayudado de Marsilio
y de la goda pujanza.
Muévense los gruesos cam-
[pos
con marciales consonancias,
y con tal furia se mezclan,
que las vecinas montañas
temblaron por todas partes
batidas con tantas plantas,
y en sus tortuosos senos
hace eco el son de las armas.

La confusa vocería
del aire las nubes baja,
y del polvo espesas nubes
la vista ofuscan y atajan,
y del sol el paso impiden
montones de gruesas astas.
El clamor de los heridos
mueve a compasión las plan-
[tas,
y el grito de los caídos
hiere al cielo en quejas altas.
Búscanse los corazones
en las ocultas entrañas,
con las aceradas puntas
a dar muerte encaminadas:
no hay golpe que no pro-
[meta
victoriosas esperanzas,
ni soldado que no entienda
que aquella difícil causa
tiene el cielo prometida
para entregarle a la fama
el efecto de su diestra
con el de otras muy más ar-
[duas.
Todos con valor pelean,
no se conoce ventaja;
si el uno al otro retira;
su daño en breve restaura
bien como cuando en el
[campo
dos contrarios vientos andan,
a quien las inhiestas mieses
siguen con cabezas varias,
que en aflojando algún tanto
el uno al otro, se bajan;
así el valeroso iberio
y el valiente galo andaban,
mas tanto Bernardo hizo,
y Bravonel por las lanzas,

que con victoriosa trompa
 el ibero el aire rasga.
 Oyese del sarraceno
 una orgullosa algazara,
 y entre varios instrumentos
 suenan acordes dulzainas,
 con que las varias reliquias
 de la francesa arrogancia,
 las flores de lis marchitas
 con que el campo desampa-
 [ran.

LOGRA BERNARDO QUE LE ENTRE-
 CUEN SU PADRE, MAS CUANDO
 YA ERA CADAVER

—Antes que barbas tuvie-
 [se,
 rey Alfonso, me juraste
 de darme a mi padre vivo,
 y nunca me das mi padre.
 Cuando nací de tu hermana,
 que nunca fuera mi madre,
 le metiste en la prisión,
 y aun dicen que meses antes.
 Acuérdate, Alfonso rey,
 ya que no dél, por mi parte,
 que es tu hermana sangre
 [tuya,
 y que es mi padre mi sangre.
 Si yerros fueron los suyos,
 bien de hierros le cargaste;
 que los que son por amor
 alcanzan perdón de balde.
 Prometido me lo tienes,
 no de tu palabra faltes,
 que no es oficio de reyes,
 que de lo dicho se extrañen.
 A tu cargo es la justicia,
 y a mi cargo el libertarle;

pero si yo soy mal hijo
 no debo, rey, de culparte.
 Todos mis amigos dicen
 que soy guerrero cobarde,
 sabiendo que padre tengo,
 y que no conozco padre.
 Después que espada me ciño
 la he puesto por tí en mil
 lances,
 y cuanto más la ejercito,
 menos mercedes me haces.
 Si de mi padre te extrañas,
 no es justo d'ella te extra-
 [ñes;

que algún galardón merece
 quien buenos servicios hace.
 Si en premio d'ello merezco
 el premio que el mundo sabe,
 tiempo es ya que me lo des,
 buen rey, o me desengañes.
 —Calledeis vos, don Bernar-
 [do.

no temáis que yo vos falte.
 que la merced de los reyes,
 si se cumple, nunca es tarde;
 que antes que mañana oiga
 misa en San Juan de Letra-
 [ne.

veréis vuestro padre libre
 de su persona y mi carcel—
 Cumplióle el rey la palabra,
 mas fué con engaño grande,
 porque sin ojos y muerto
 mandó que se lo entregasen.

BERNARDO INCREPA AL REY POR
 SU INGRATITUD

—;Inhumano rey Alfonso!
 De tus tierras me despido,

porque no es rey natural
 rey ingrato a los servicios.
 A Francia quiero pasarme,
 donde tienen cierto aviso,
 que quien honró tu león
 honrará también sus lirios.
 Ya parece veo a Carlos
 piadoso, aunque mi enemigo,
 porque lo que te amparé
 no puedes gozar conmigo.
 Menospreciaste mi espada;
 mas cuando en ella o en pino
 tremolen lunas de plata
 echarás de ver sus filos.
 Saldrá de mí tu león
 menos soberbio y altivo,
 las cuatro garras sin uñas,
 y la boca sin colmillos:
 no tan altiva la frente,
 menos bravo el cuerpo erizo,
 y la cabeza doliente
 con la fiebre de mi olvido.
 Y si, lo que Dios no quiera,
 lidiando entre sarracinos,

te mataren el caballo,
 acuérdate d'este mío,
 que un día en el Romeral
 te libró de gran peligro,
 y en dar la muerte a mi pa-
 [dre
 pagaste este beneficio.
 De peón te hice rey.
 y tú, desagradecido.
 como si fueras peón
 cumpliste lo prometido.
 Mi noble padre mataste,
 sin pensar que su delito
 te dió el cetro y la corona
 con hacerme tu sobrino.
 Más te valió en Roncesvalles
 contra tantos paladinos
 el retrato de mi padre,
 que te valieras tú mismo.—
 Esto le dijo Bernardo
 al rey de León, su tío;
 valiente siempre de manos,
 y esta vez sólo de pico.

ROMANCES SOBRE LOS INFANTES DE LARA Y EL BASTARDO MUDARRA

BODAS DE RUY VELAZQUEZ CON
 DOÑA LAMBRA Y ODIOS CONTRA
 LOS LARAS

¡Ay Dios, que buen caba-
 [llero

fué don Rodrigo de Lara,
 que mató cinco mil moros
 con trescientos que llevaba!
 Si aqueste muriera entonces,
 ¡Que gran fama que dejara!
 No matara sus sobrinos
 los siete infantes de Lara,

ni vendiera sus cabezas
 al moro que las llevara.
 Ya se trataban las bodas
 con la linda doña Lambra:
 las bodas se hacen en Bur-
 [gos.
 las tornabodas en Salas:
 las bodas y tornabodas
 duraron siete semanas;
 las bodas fueron muy bue-
 [nas,
 las tornabodas muy malas.
 Ya convidan por Castilla,

por Castilla y por Navarra:
 tanta viene de la gente
 que no hallaban posadas,
 y aún faltaban por venir
 los siete infantes de Lara.
 —Helos, helos por do vienen
 por aquella vega llana.
 Sáuelos a recibir
 la su madre doña Sancha.

—Bien vengades, los mis fi-
 [jos

buena sea vuesa llegada,
 —Norabuena estéis, señora,
 nuesa madre doña Sancha.—
 Ellos le besan las manos,
 y ella a ellos en la cara.

—Huelgo de veros a todos,
 que ninguno no faltara,
 porque a vos, mi Gonzalvico,
 y a todos mucho os amaba;
 tornad a cabalgar, hijos,
 y tomad las vuestras armas,
 y allá os iréis a posar
 al barrio de Cantarranas.

Por Dios os ruego, mis hijos,
 no salgáis de las posadas,
 porque en semejantes fiestas
 se urden buenas lanzadas.—
 Ya cabalgan los infantes
 y se van a sus posadas;
 hallaron las mesas puestas,
 viandas aparejadas.
 Después que hubieron comi-

[do

pidieron juegos de tablas,
 si no fuera Gonzalvico
 que su caballo demanda,
 y muy bien puesto en la silla
 se sale para la plaza,

en donde halló a don Rodri-
 [go

que a una torre tira varas,
 y con fuerza muy crecida
 a la otra parte pasaban.
 Gonzalvico que esto viera,
 las suyas también tiraba:
 las suyas que pesan mucho
 a lo alto no llegaban.

Doña Lambra qu'esto vido,
 d'esta manera le hablaba:

—Amad, o dueñas, amad
 cada cual en su lugar;
 más vale mi caballero
 que cuatro de los de Salas.—
 Cuando Sancha aquesto oyó
 respondió muy enojada:

—Calledes, Lambra, calledes,
 non digáis la tal palabra,
 que si mis fijos lo saben
 ante tí te lo mataran.

—Calledes vos, doña Sancha,
 que tenéis por que callar,
 pues paristes siete fijos,
 como puerca en muladar.—
 Gonzalvico qu'esto oyera
 esta respuesta le da:

—Yo te cortaré las faldas
 por vergonzoso lugar,
 por cima de las rodillas
 un palmo y mucho más.—
 Al llanto de doña Lambra
 don Rodrigo fué a llegar:

—¿Qu'es aquesto, doña Lam-
 [bra?

¿Quién os pretendió enojar?
 Si me lo dices, yo entiendo
 que te lo he de bien vengar,
 porque a dueña tal que vos
 todos la deben honrar.

DOÑA LAMBRA INJURIA A LOS
LARAS

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Acabadas son las bodas
que allá en Burgos se hacían
de Ruy Velázquez de Lara
con la que Lambra decían.
Doña Lambra y su cuñada
de Burgos ambas partían:
con ellas van los infantes,
que de Lara se apellidan,
hijos de Gonzalo Gustios,
caballeros de valía:
también va Nuño Salido
que los infantes regía.
Llegaron a Barbadillo,
que Ruy Velázquez tenía.
Los siete infantes hermanos
por her placer a su tía
por aquese río Arlanza
cazando con aves iban.
Después que hobieron caza-
do,
a Barbadillo volvían;
entraron en una huerta
que de placer ende había.
A sombra del arboleda
los infantes se ponían:
el menor de los hermanos,
que don Gonzalo decían,
un azor tomó en su mano,
en el agua lo ponía;
con sabor de lo alegrar
mucho regalo le hacía.
Doña Lambra que lo vido,
como muy mal lo quería,
llamado había un criado,
d'esta suerte le decía:

—Toma agora tú un cohombro,
bro,

fínchelo de sangre viva,
y arrójaselo a Gonzalo,
aquel que el azor tenía:
vente luego para mí,
que yo te mampararía.—
El hombre tomó un cohombro

bro
y de sangre lo teñía,
dió con él a don Gonzalo;
en sangre untado lo había.
Sus hermanos que lo vieron
muy gran pesar recebían,
duéleles el corazón,
vengarlo mucho querían,
y con crecido pesar
d'esta manera decían:
—Ciñamos nuestras espadas,
que nadie nos las vería
debajo de nuestros mantos,
y vayamos por la vía
contra de aquel peón
que hizo tal villanía,
y si viéremos que atiende
y no muestra cobardía,
tendremos que con locura
lo hizo y albardonía;
mas si fuere a doña Lambra,
y ella en sí lo recibía,
por su consejo lo hizo,
no se nos escape a vida.—
Fuéronse para el palacio;
el hombre cuando los vía
acogióse a doña Lambra,
so su brial se metía:
los infantes que lo vieron
a doña Lambra decían:
—Cuñada quitaos afuera,
no amparéis quien mal hacía.

—Mi vasallo es este hombre, doña Lambra respondía, si algo contra vos hizo yo vos lo castigaría: mientras yazca en mi poder ninguno lo feriría.— Los infantes con braveza, sin hacer lo que decía, mataron al hombre allí ante ella que lo veía, y con la sangre del hombre sus tocas se las teñían. Los infantes cabalgaron; para Salas se volvían: llevaron a doña Sancha su madre en su compañía.

MUERTE DE LOS LARA

Saliendo de Canicosa por el val de Arabiana donde don Rodrigo espera a los hijos de su hermana, por campo de Palomares vió venir con gran compañía muchos yelmos reluciendo, mucha adarga bien labrada, mucho caballo ligero, muchas lanzas aceradas. La seña que viene en ellas es media luna cortada; Alá traen por apellido, a Mahoma a voces llaman. Tan altos daban los gritos que los campos atronaban: lo que las voces decían grande mal significaban: —¡Mueran, mueran, van diciendo, los siete infantes de Lara!

¡Vengüemos a don Rodrigo pues tiene con ellos saña!— Allí está Nuño Salido, el ayo que los criara; como ve la gran morisma d'esta manera los habla: —¡Oh los mis amados hijos! ¡Quién vivo no se hallara por no ver tan gran dolor como agora se esperaba! Si no os hubiera criado no sintiera tanta rabia; mas quieroos tanto, mis hijos, que ya se me arranca el alma. ¡Ciertamente nuestra muerte

está bien aparejada! No podemos escapar de tanta gente pagana; vengüemos bien nuestros cuerpos, y miremos por las almas; peleemos como buenos, las muertes queden vengadas; ya que lleven nuestras vidas, que las dejen bien pagadas. No nos pese de la muerte pues va también empleada, y morimos todos juntos como buenos, en batalla.— Como los moros se acercan, a cada uno por sí abraza; cuando llega a Gonzalvico en la cara lo besara: —¡Hijo de Gonzalo González, de lo que más me pesara

es de lo que lo sentiría
 vuestra madre doña Sancha!
 crades su claro espejo;
 más que a todos os amaba,
 y agora perderos tiene
 sin tener más esperanza.—
 En esto los moros llegan,
 traban con ellos batalla,
 los infantes los reciben
 con sus adargas y lanzas:
 «Santiago, Santiago, cierra»,
 a grandes voces clamaban:
 muy muchos moros mataron,
 mas ellos allí quedarán.

PRESENTA ALMANZOR A GUSTIOS
 LAS CABEZAS DE SUS HIJOS

Yantando con Almanzor
 está don Bustos de Lara,
 que bien puede con los reyes
 comer el señor de Salas.
 En Córdoba tiene el cuerpo
 preso, y en Burgos el alma,
 do fincan sus siete hijos
 y su mujer doña Sancha:
 y después de haber servido
 mil manjares a su usanza,
 dice el rey:—Gonzalo amigo,
 un costoso plato falta.—
 Respóndele el noble hidalgo,
 descubriendo honradas ca-

[nas:

—En la tu mesa, señor,
 non puede haber mengua en
 [nada.—

En esto vino una fuente,
 que cubría una tohalla,
 y en ella siete cabezas,

de aquel tronco muertas ra-
 [mas.

Mira la fuente Gonzalo,
 y dice:—¡Ay fruta temprana!
 [na!

¿Quién vos trasportó de Bur-
 [gos

a los campos de Arabiana?
 Mas ¡ay mis hijos! que son
 mis preguntas excusadas,
 que con sangre viene escrito
 que es Rodrigo y doña Lam-
 [bra.

¿Quién d'este plato pudiera
 dar la mitad a mi Sancha;
 que los mis ojos no pueden
 cumplir con desdichas tan-
 [tas!

Si Narciso en una fuente
 se arrojó viendo su cara,
 yo que en tí veo siete, y ta-
 [les,

¿Cómo no me arrojó? aguar-
 [da.

Ya, fuente, perdiste el nom-
 [bre

en el mar de mis desgracias:
 huye, Almanzor, no te ane-
 [gue,

que sale de padre el agua
 A todos lloro igualmente
 con sangre, aunque sale blan-
 [ca,

que lágrimas de mis ojos
 es sangre que vierte el alma.
 León seré, yo os prometo,
 mis fijos, en la venganza,

Mas ¡ay! que aunque soy
 [león
 mi cautiverio es cuartana.

¡Ay ovejas sin pastor!
 Que también murió la guar-
 [da;
 y porque los perros se har-
 [ten
 en Córdoba el perro guardan.
 Guárdate, Almanzor, que
 [suele
 a veces morder con rabia
 en la carne del señor,
 cuanto y más si es quien le
 [agravia.

GUSTIOS PARTE DE CORDOBA PA-
 RA SALAS, DEJANDO PREÑADA A
 AXA, HERMANA DE ALMANZOR

Ese buen Gonzalo Gustios
 de Córdoba se partía
 para Salas su heredad;
 ¡Pasión es de ver cuál iba!
 Las cabezas de sus hijos
 a gran recaudo ponía,
 y la de Nuño Salido
 su ayo que los regía.
 Despidióse de Almanzor;
 su hermana así le decía:
 —Don Gonzalo, soy preñada
 de la vuestra compañía;
 decidme lo que haré
 que yo bien lo cumpliría.
 —Que si fuere hijo, digo,
 don Rodrigo respondía,
 que lo hagades bien criar
 como manda la hidalguía,
 y después que sea criado
 para Salas me lo envía.—
 Del dedo se había sacado
 un anillo que tenía;
 por medio lo había partido;

la mitad dado le había.
 Díjole:—Tomad señal,
 qu'el moro así llevaría,
 para que yo lo conozca
 si para mí se venía.—
 El se partió para Salas
 que en gran favor lo había.

MUDARRA, HIJO BASTARDO DE
 GUSTIOS Y DE AXA, CONOCE EL
 SECRETO DE SU NACIMIENTO Y
 PARTE A VENGAR A SU PADRE
 Y SUS HERMANOS

Gonzalo Gustos sacado
 de captiverio y prisión,
 para volver a su tierra,
 con toda moderación
 licencia le pidió al moro:
 dióla sin contradicción.
 La hermana de Almanzor
 sintió d'ello turbación:
 llamáralo, en puridad
 descubrió su corazón,
 diciendo:—¡Gonzalo Gustos,
 habed de mí compasión!
 ¡Mirad que quedo preñada
 por seguir vuestra opinión!
 Respondióle:—Mi señora,
 d'ello no tengáis pasión;
 pariréis secretamente,
 y mirad que si es varón
 le daréis buenas costumbres:
 y en llegar a discreción
 enviármelo heis a Salas,
 donde está mi habitación;
 y para que le conozca
 por más certificación,
 veis este anillo partido,
 el medio os do en posesión,

para que vos se lo deis
a su tiempo y con sazón.—
Pártese Gonzalo Gustos
con tal deliberación.
Al cabo de pocos días
parió un niño en perfección;
Almanzor se holgara d'ello;
mostró gran contentación
por haber nacido hijo,
y de tal generación:
Mudarra mandó llamarle,
y por más satisfacción
Gonzalo de sobrenombre,
cual el padre, y con razón.
Mudarra ya de diez años,
por su esfuerzo y condición
armóle el rey caballero;
dióle para defensión,
de su persona, cien moros,
que todos hidalgos son.
Siendo ya de más edad,
de linda disposición,
la madre le contó el caso
de la perversa traición,
que Ruy Velázquez hiciera
y de su padre y prisión.
Entrególe el medio anillo,
tomóle con intención
de ir a verse con su padre.
y vengar tan gran baldón.
Pidió licencia a su tío
diciendo qu'era razón
de buscar tierras extrañas:
dióle el rey su bendición.

MATA MUDARRA A RUY VELAZ-
QUEZ

A cazar va don Rodrigo,
y aún don Rodrigo de Lara

con la gran siesta que hace
arrimádose ha a una haya,
maldiciendo a Mudarrillo,
hijo de la renegada,
que si a las manos le hubie-
se,

jura de sacarle el alma.
El señor estando en esto
Mudarrillo que asomaba:
—Dios te salve, caballero;
debajo la verde haya.
—Así haga a tí, escudero;
buena sea tu llegada.
—Dígame tú, el caballero,
¿Cómo era la tu gracia?
—A mí dicen don Rodrigo,
y aún don Rodrigo de Lara,
cuñado de Gonzalo Bustos,
hermano de doña Sancha;
por sobrinos me los hube
los siete infantes de Lara.
Espero aquí a Mudarrillo
hijo de la renegada;
si delante lo tuviese
yo le sacarí el alma.
—Si a ti dicen don Rodrigo,
y aún don Rodrigo de Lara,
a mí Mudarra González,
hijo de la renegada,
de Gonzalo Bustos hijo,
y alnado de doña Sancha:
por hermanos me los hube
los siete infantes de Lara:
tú los vendistes, traidor,
en el val de Arabiana;
mas si Dios a mí me ayuda
aquí dejarás el alma.
—Espérame, don Gonzalo,
iré a tomar las mis armas.

—El espera que tú diste
a los infantes de Lara:

«Aquí morirás, traidor,
»enemigo de doña Sancha.»

ROMANCES SOBRE FERNAN GONZALEZ Y LOS CONDES DE CASTILLA

PROFETIZA UN MONJE A FERNAN
GONZALEZ SU SUERTE Y SUS
VICTORIAS, Y EL CONDE HACE
VOTO DE FUNDAR EL MONASTERIO
DE SAN PEDRO DE ARLANZA

De Salas salió el buen conde

Fernán González nombrado:
señor era de Castilla
y d'ella conde llamado.
Sólo iba a montar,
ninguno lo ha acompañado,
en tanto que llega el día
de la lid, que ha aplazado
para lidiar con el moro
Almanzor, el rey pagano.
El conde va por un monte
muy espeso y enramado;
un puerco saliera del,
él lo sigue apresurado.
El puerco huyó corriendo,
en una ermita se ha entra-
do:
de yedra estaba cubierta,
cosa d'ella es devisado.
En la ermita había tres mon-
jes,
que la pobreza han buscado:
por ser la montaña espesa,
el conde se había apeado;
el caballo ató a una rama,
en la ermita se ha entrado,
do vido yacer el puerco.

y al altar está llegado.
No lo quiso el conde herir,
por ser un lugar sagrado.
Llorando está de sus ojos,
de aquesta manera hablando
—¡Oh Señor, Dios poderoso!
A quien teme lo criado,
si contra vos yo erré,
sea de vos perdonado:
hícelo por no saber
fuédeses aquí honrado,
que si yo lo tal supiera,
aquí no fuera llegado;
ni entrara en la ermita,
ni en este lugar sagrado,
a matar aqueste puerco
que en ella se había entrado.
Viniera yo en romería
y ofrendas hubiera dado.
Esfuerzo me dad, Señor,
contra aqueste renegado,
que viene por destruir
a Castilla, mi condado,
si de vos no es amparada,
Almanzor la habrá ganado:
non querades que se pierda
tal tierra y tanto cristiano.—
Estando en la su oración,
a él un monje ha llegado:
Fray Pelayo se llamaba,
el que al conde ha pregunta-
do
quien era o a quien buscaba
en lugar tan apartado.

Todo se lo dijo el conde.
 —Hoy seréis mi convidado;
 hacedlo por Dios del cielo
 pues que sois tan mesurado,
 comeréis del pan de hordío,
 que otro no es hallado.—
 El conde tuvo por bien
 lo que el monje le ha rogado.
 Allí estuvo aquella noche;
 otro día es levantado.
 Dijo el monje: — Fernán
 González,
 verdad será lo que os hablo;
 guiará Dios vuestra hacienda,
 porque sois bueno y honrado.
 A Almanzor lo vencerás,
 y a los moros de su estado:
 gran batalla habrás con él,
 d'ellos serás bien vengado.
 Tantos d'ellos matarás
 que no podrán ser contados:
 de la tierra qu'es perdida
 grande parte habrás cobrado;
 verterás sangre de reyes,
 y de hombres de alto estado:
 muy buena será tu andanza;
 serás del mundo loado,
 por ser tu caballería
 encumbrada en alto grado:
 tú serás preso dos veces,
 y presto puesto en cuidado,
 por el signo que verás,
 que a tu gente habrá espantado.
 D'ellos no habrá ninguno
 que no quede desmayado:
 conhortarlos has tú, conde.
 con palabras de esforzado.

declararles has el signo
 que los tiene amedrentados;
 el miedo perderán luego
 que del signo habrán cobrado.
 Vete a tu buena ventura,
 que tu gente está en cuidado;
 tú los hallarás muy tristes,
 por tí haciendo gran llanto;
 todos temen qu'eres muerto,
 o de moros captivado,
 o que fincan sin señor,
 de guarda desamparados.
 Yo te ruego que te acuerdes
 d'esta ermita do has entrado:
 después que venzas los moros
 algún bien nos habrás dado
 para mí y estos dos monjes,
 que estamos todos lacerando.
 —Pelayo, respondió el conde,
 creedme lo que vos hablo,
 que el servicio que a mí he-
 cistes
 vos será muy bien pagado.
 Si Dios me deja vencer
 la lid que tengo aplazado,
 todo cuanto yo ganare
 aquí, será ello dado;
 y cuando yo me muriere
 seré en ella sepultado,
 y aqúeste santo lugar
 por mí será mejorado.
 En él haré gran iglesia,
 do habrá convento honrado;
 darles he yo con que vivan:
 de bienes será dotado.

llamarémosle San Pedro
de Arlanza, el muy nombra-
do.

EL CABALLO Y EL AZOR, Y LI-
BERTAD DEL FEUDO DE CASTILLA
POR FERNAN GONZALEZ

En los reinados de León
don Sancho el Gordo reína-
ba:

al conde Fernán González
mensajeros le enviaba
que luego venga a sus cortes,
que en León las celebraba;
el conde cumpliera luego
lo que el rey así mandaba,
diciendo:—Gran rey del cie-
lo,

gran Señor, a tí rogaba
que me quieras ayudar,
y el favor que te demandaba
de que saques a Castilla
de la gran premia en que es-
taba,

y que en ella otro no mande,
sino yo, que la amparaba.—
El rey que supo que el conde
a sus cortes ya llegaba,
saliéralo a recibir
como a persona estimada.

Un azor el conde lleva
que de muda lo sacaba,
y un caballo muy hermoso,
que al moro Almanzor gana-
ra.

D'ello se pagaba el rey,
al conde lo demandaba;
el conde lo da de balde,
no el rey lo quiere sin paga.

Gran haber por ello ofrece
si el conde se lo fiaba:
pusieron entre sí el plazo
en que el rey haría la paga,
y si al plazo no pagase
la moneda se doblaba.
Acabadas ya las cortes,
el buen conde se tornaba.
Siete años son pasados
que el rey don Sancho reína-
ba;

cartas enviara al conde
en que en ellas le mandaba
que ¿por qué venir a cortes
tanto tiempo dilataba?

Que si venir no quería
y a obedecer se negaba,
que dejase su condado,
y que luego del se salga.
El conde que oyó el mensaje
cumplió luego la embajada.
Llegado era ya a León,
adonde don Sancho estaba;
ante el rey se hincó de hino-
[jos,

las manos le demandaba;
el rey no las quiso dar,
lejos de sí lo arredraba,
diciendo:—Quitadvos, conde,
que no quiero vuestra fable,
porque estáis vos muy loza-
[no

por vencer tantas batallas.
Dos años ha que a mis cortes
no vais, aunque os llamaba:
con mi condado os alzasteis,
que yo a vos lo diera en
[guarda,

otros tuertos me fecisteis

de que yo agora habré pa-
[ga.—

El conde dijo:—Señor,
con la tierra no me alzaba,
ni vengo de tal lugar,
ni linaje que lo obrara,
que en lealtad y mañas fue-

[nas
por muy bueno me contaba,
y por tan buen caballero
como el mejor que se halla.
Otra vez vine a León
do la vuestra corte estaba,
y de vuestros leoneses
gran deshonra yo cobraba,
y esta fué la causa, el rey,
que a ellas no continuaba;
y si me alzo con la tierra
yo tengo razón y causa,
ca me tenedes robado

gran haber y gran ganancia.
Tres años ha lo debéis,
y a mí no se me pagaba:
dadme, rey, vos, fiadores
que a mí me será pagada;
yo dárvoslos he también
de pagar si en algo erraba.—

El rey recibiera enojo
d'esto qu'el conde hablaba,
echóle en fuertes prisiones,
mas su mujer lo sacaba.
El conde sacó sus gentes,
la tierra del rey estraga,
prendiérale muchos hombres
muchos ganados llevaba:
hasta que le de su haber
mal al rey amenazaba,
el rey dió de sus haberes,
y a un hombre le mandaba

que luego le pague al conde
lo que a pagar se obligara:
el hombre fué para el conde,
y el haber luego le daba;
pero no basta a pagallo
porque muy mucho sumaba.
El rey de muy congojado
con los suyos acordaba
que libre le de el condado
si el haber le perdonaba.
El conde lo hubo por bien
porque mucho le pesaba
de besar mano a ninguno,
y a Dios muchas gracias da-
[ba
por sacar de subjeción
de León, a Castilla honrada.

MUERTE DE LOS TRAIADORES VELAS

Los hijos del conde Vela
de traiciones han usado:
mataron con gran aleve
al primer rey castellano.
don García había por nom-
[bre,

postrer conde muy lozano:
matáronlo allí en León
donde estuvo desposado
con la infanta doña Sancha.
Don Ramiro, qu'es su herma-
[no,

de León había salido
muy armado y a recado,
y puso cerco a Monzón,
que de Castilla es reinado.
El alcaide que lo tiene,
Fernán Gutiérrez llámado.
dentro los ha recibido,

a su pesar, mal su agrado.
 Cuando supo la traición,
 mucho se les humillando,
 convidólos a comer;
 muy bien los había engaña-

[do.

Escribió luego secreto
 a ese buen rey don Sancho
 que viniese a socorrerlo
 que lo tenían cercado
 los hijos del conde Vela,
 esos traidores malvados.

Luego el buen rey de Nava-

[rra,

con sus dos hijos hermanos,
 y mucha gente consigo,
 en Monzón los han cercado.

Prendieron a todos tres,
 vivos los habían quemado.

Hernán Flayno, ese traidor,
 se les había escapado:

mudárase los vestidos,
 cabalgó sobre un caballo

sin llevar silla ni freno,
 un capote cobijado,

la capilla en la cabeza,
 en piernas iba el malvado.

Entróse dentro en los mon-

[jes;

no se halla aunque es busca-
 [do.

El rey bueno de Navarra,
 su hijo, había casado
 con la infanta doña Sancha,
 con la cual fué desposado
 el otro infante García,
 que a traición habían mata-

[do,

y la infanta doña Sancha
 a su suegro así ha hablado:
 —Buen rey, si no me ven-

[gáis

del traidor Fernán Flayno,
 que fué en matar al infante,
 que mucho a mí ha lastima-

[do.

Don García vuestro hijo
 jamás me verá a su lado.—

El rey don Sancho mandó
 que el monte sea cercado:

prendido lo había en él
 al alevoso malvado.

Trujéronlo do es la infanta,
 a ella lo han entregado,

y fizo en él tal justicia
 que lo mató por su mano.

EPOCA DE ALFONSO V DE LEON

ALFONSO V CASA A SU HERMANA
 TEREА CON AUDALLA, REY MORO
 DE TOLEDO, QUIEN CASTIGADO DE
 UN ANGEL POR HABERLA GOZADO,
 LA DEVUELVE A SU HERMANO'

En los reinos de León
 el quinto Alfonso reinaba:

una hermana tiene el rey;
 doña Terea se llama.
 Audalla, rey de Toledo,
 por mujer se la demanda,
 y el rey con muy mal conse-

[jo

lo que le pide otorgaba.
 Movióse el rey a hacerlo

porque el moro le ayudaba
 contra otros reyes moros
 de quien él se recelaba.
 Mucho a la infanta le pesa
 en se ver tan denostada,
 de la casar con un moro,
 siendo la infanta cristiana.
 No aprovechan con el rey
 las lágrimas que lloraba,
 ni los ruegos que le ruegan
 para revocar la manda.
 El rey la envió a Toledo
 adonde Audalla estaba:
 recibíola bien el moro;
 en la ver mucho se holgaba.
 Procuró de haber su amor;
 quiere gozar de la infanta:
 ella con crecido enojo
 aquesta razón hablaba:
 —Yo te digo que no llegues
 a mí, porque soy cristiana,
 y tú, moro, de otra ley
 de la mía muy lejana.
 No quiero tu compañía,
 tu vista no me agradaba;
 si pones manos en mí,
 y de tí soy deshonorada,
 el ángel de Jesucristo,

a quien él me ha dado en
 [guarda
 herirá ese tu cuerpo,
 con su muy tajante espada.—
 No se le dió nada al moro
 de lo que la infanta habla-
 [ba:
 cumplió en ella su querer,
 dueña el moro la tornaba.
 Dende a muy poco rato
 el ángel de Dios lo llaga:
 dióle grande enfermedad,
 sobre el moro cae gran pla-
 [ga.
 Cuidó el rey ser d'ella muer-
 [te,
 y que de tal mal no escapa:
 llamó a sus ricos-hombres,
 con la infanta los enviaba
 a León, donde está Alfonso:
 gran presente le llevaban
 de oro y piedras preciosas,
 que en gran va'lor estimaban.
 Llegados son a León,
 la infanta monja se entraba,
 do vivió sirviendo a Dios
 honesta vida, muy santa,
 en aquesse monasterio,
 el que de las Huelgas llaman.

ROMANCES DEL CID

PRUEBA DIEGO LAINEZ A SUS HI-
 JOS PARA SABER A CUAL FIARA
 LA VENGANZA DE LA AFRENTA
 QUE LE HIZO EL CONDE LOZANO

Cuidando Diego Lainez
 en la mengua de su casa,
 fidalga, rica y antigua

antes que Iñigo Abarca;
 y viendo que le fallescen
 fuerzas para la venganza,
 porque por sus luengos días
 p'or sí no puede tomalla.
 no puede dormir de noche,
 nin gustar de las viandas,
 ni alzar del suelo los ojos,

ni osar salir de su casa,
 nin fablar con sus amigos,
 antes les niega la fabla,
 temiendo que les ofenda
 el aliento de su infamia.
 Estando, pues, combatiendo
 con estas honrosas bascas,
 para usar d'esta experiencia,
 que no le salió contraria,
 mandó llamar a sus hijos,
 y sin decilles palabra
 les fué apretando uno a uno
 las fidalgas tiernas palmas,
 no para mirar en ellas
 las quirománticas rayas,
 que este fehcicero abuso
 no era nacido en España.
 Mas prestando el honor fuer-

[zas,

a pesar del tiempo y canas,
 a la fría sangre y venas,
 nervios y arterias heladas,
 les apretó de manera
 que dijeron: —Señor, basta,
 ¿qué intentas o qué preten-

[des?

Suéltanos ya, que nos ma-

[tas.—

Mas cuando llegó a Rodrigo,
 casi muerta la esperanza
 del fruto que pretendía,
 que a do no piensan se halla,
 encarnizados los ojos,
 cual furiosa tigre hircana,
 con mucha furia y denuedo
 le dice aquestas palabras:

—Soltedes, padre, en mal

[hora;

soltedes. en hora mala,

que a no ser padre, no hi-
 [ciera
 satisfacción de palabras,
 antes con la mano mesma
 vos sacara las entrañas,
 haciendo lugar el dedo
 en vez de puñal o daga.—
 Llorando de gozo el viejo
 dijo: —Fijo de mi alma,
 tu enojo me desenoja,
 y tu indignación me agrada.
 Esos bríos, mi Rodrigo,
 muéstralos en la demanda
 de mi honor, que está per-

[dido,

si en ti no se cobra y gana.—
 Contóle su agravio y dióle
 su bendición y la espada
 con que dió al conde ia
 [muerte
 y principio a sus fazañas.

RETO DEL CID AL CONDE LOZANO Y MUERTE DE ESTE

—Non es de sesudos ho-
 [mes

ni de infanzones de pro
 facer denuesto a un fidalgo,
 que es tenuto más que vos;
 non los fuertes barraganes
 del vuestro ardid tan feroz
 prueban en homes ancianos
 el su juvenil furor;
 no son buenas fechorías
 que los homes de León
 fieran en el rostro a un viejo
 y no el pecho a un infan-
 [zón.
 Cuidárais que era mi padre

de Laín Calvo sucesor,
y que no sufren los tuerfos
los que han de buenos bla-

[són,

mas ¿cómo vos atrevisteis
a un home que sólo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otro non?

La su noble faz ñublasteis
con nube de deshonor,
mas yo desfaré la niebla,
que es mi fuerza la del sol;
que la sangre dispercude
mancha que finca en la ho-

[hor,

y ha de ser, si bien me lem-

[bro,

con sangre del malhechor;
la vuesa, conde tirano,
lo será, pues su fervor
os movió a desaguisado
privándovos de razón.

Mano en mi padre pusisteis
delante el rey con furor,
cuida que lo denostasteis,
y que soy su fijo yo.

Mal fecho fecisteis, conde,
yo vos reto de traidor,
y catad si vos atiendo
si me causaréis pavor.

Diego Laínez me fizo
bien cendrado en su crisol;
probaré en vos mi fiereza
y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,

pues para vos combatir
traigo mi espada y trotón.—
Aquesto al conde Lozano
dijo el buen Cid Campeador,

que después por sus fazañas
este nombre mereció.

Dióle la muerte, y vengóse,
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinójo.

CASAMIENTO DEL CID CON JIMENA

A Jimena y a Rodrigo
prendió el rey palabra y

[mano

de juntarlos para en uno
en presencia de Laín Calvo.

Las enemistades viejas
con amor las olvidaron,
que donde preside amor
se olvidan muchos agravios.

El rey dió al Cid a Val-

[duerna.

a Saldaña y Belforado,
y a San Pedro de Cardeña,
que en su hacienda vincula-

[ron.

Entróse a vestir de boda
Rodrigo con sus hermancs;
quitóse gala y arnés

resplandeciente y grabado;
púsose un medio botarga

con unos vivos morados,
calzas, balona tudesca
de aquellos siglos dorados,
eran de grana de polvo,

y de vaca los zapatos,
con dos hebillas por cintas
que le apretaban los lados:

camisón redondo y justo,
sin filetes ni recames.

que entonces el almidón

era pan para muchachos;
 con jubón de raso negro,
 ancho de manga, estofado,
 que en tres o cuatro batallas
 su padre lo había sudado.
 Una acuchillada cuera
 se puso encima del raso,
 en remembranza y memoria
 de las muchas que había

[dado.

Una gorra de Contray,
 con una pluma de gallo;
 llevaba puesto un tudesco
 en felpa todo forrado;
 la tizona rabitiesa,
 del mundo terror y espanto,
 en tiros nuevos traía,
 que costaron cuatro cuartos.
 Más galán que Gerineldos
 baja el Cid famoso al patio,
 donde rey, obispo y grandes
 en pie estaban aguardando.
 Tras esto bajó Jimena
 tocada en toca de papos,
 y no con estas quimeras
 que agora llaman hurracos.
 De paño de Londres fino
 era el vestido bordado,
 unas garnachas muy justas
 con un chapín colorado,
 un collar de ocho patenas
 con un San Miguel colgado,
 que apreciaron una villa,
 solamente de las manos.
 Llegaron juntos los novios,
 y al dar la mano y abrazo,
 el Cid mirando la novia
 le dijo todo turbado:
 —Maté a tu padre, Jimena,
 pero no a desaguisado;

matéle de hombre a hom-
 [bre
 para vengar cierto agravio.
 Maté hombre, y hombre doy,
 aquí estoy a tu mandado,
 y en lugar del muerto padre
 cobraste marido honrado.—
 A todos pareció bien,
 su discreción alabaron,
 y así se hicieron las bodas
 de Rodrigo el castellano.

JIMENA SALE A MISA DE PARIDA.
 DESCRIBESE SU CORTEJO

Salió a misa de parida
 a San Isidro en León
 la noble Jimena Gómez,
 mujer del Cid Campeador.
 Para salir, de contray
 sus escuderos vistió;
 que el vestido del criado
 dice quién es el señor.
 Un jubón de grana fina
 la bella dama sacó,
 con fajas de terciopelo
 picadas de dos en dos;
 de lo mismo una basquiña
 con la misma guarnición,
 donas que la diera el rey
 el día que se casó,
 y con los cabos de plata
 un muy rico ceñidor,
 que a la condesa su madre
 el conde en donas le dió.
 Lleva una cofia de papos
 de riquísimo valor,
 que le dió la infanta Urraca
 el día que se veló;
 dos patenas lleva al cuello

puestas con mucho primor,
con San Lázaro y San Pe-
[dro,

santos de su devoción,
y los cabellos que al oro
disminuyen su color,
a las espaldas echados,
de todos hecho un cordón.
Lleva un manto de contray,
porque las dueñas de honor,
mientras más cubren su ros-

[tro,
más descubren su opinión.
Tan hermosa iba Jimena,
que suspenso quedó el sol
en medio de su carrera
por podella ver mejor,
y a la entrada de la iglesia
al rey Fernando encontró,
que para metella dentro
de la mano la tomó.

Dijo el rey: —Noble Jimena,
pues el buen Cid Campea-
[dor,

vueso dichoso marido
y mi vasallo el mejor,
que por estar en las lides
hoy de la iglesia faltó,
a falta del brazo suyo,
yo vuestro bracero soy;
y a aquesa ferosa infanta
que el cielo divino os dió,
mando mil maravedís
y mi plumaje el mejor.—
Non le agradece Jimena
al rey tanto su favor,
que le ocupa la vergüenza,
y a sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
besarle, y él las huyó:

acompañala en la iglesia
y a su casa la volvió.

MUERE DON SANCHO SOBRE ZA-
MORA A MANOS DEL TRAIADOR
BELLIDO DOLFOS

Guarte, guarte, rey don
[Sancho,
no digas que no te aviso
que de dentro de Zamora
un alevoso ha salido:
llámase Bellido D'Olfos,
hijo de Dolfos Bellido;
cuatro traiciones ha fecho,
y con ésta serán cinco.
Si gran traidor fué el padre,
mayor traidor es el fijo.
Gritos dan en el real,
que a don Sancho han mal
[herido:
muerto le ha Bellido D'Olfos,
gran traición ha cometido.
Desde que le tuviera muerto,
metióse por un postigo,
por las calles de Zamora
va dando voces y gritos:
—Tiempo era, doña Urraca,
de cumplir lo prometido.

TOMA EL CID LA JURA AL REY
ALFONSO Y ESTE, ENOJADO, DES-
TIERRA AL CABALLERO

En Santa Gadea de Burgos
do juran los fijosdalgo,
allí le toma la jura
el Cid al rey castellano.

Las juras eran tan fuertes,
que a todos ponen espanto;
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo:

—Villanos matente, Alfonso,
villanos, que non fidalgos,
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos.

Mátente con agujadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas,
que non zapatos con lazos;
capas traigan aguaderas,
non de contray, ni frisado;
con camisones de estopa,
non de holanda, ni labrados;
vayan cabalgando en burras,
non en mulas ni caballos;
frenos traigan de cordel,
non de cueros fogueados;
mátente por las aradas,
non por villas ni poblados,
y sáquente el corazón
por el siniestro costado,
si non dijeres verdad
de lo que te es preguntado,
si fuiste, ni consentiste
en la muerte de tu herma-

[no.—

Jurado tiene el buen rey,
que en tal caso no es ha-

[llado;

pero con voz alterada
dijo muy mal enojado:

—Cid, hoy me tomas la jura,
después besarme has la ma-

[no.—

Respondiérale Rodrigo:
d'esta manera ha hablado:

—Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.

—Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me estés más en ellas
desde este día en un año.—

—Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado:
tú me destierras por uno,
yo me destierro por cua-

[tro.—

Ya se despide el buen Cid,
sin al rey besar la mano,
con trescientos caballeros,
esforzados fijosdalgo;
todos son hombres mance-

[bos,

ninguno hay viejo ni cano;
todos llevan lanza en puño
con el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.

COSAS TENEDES, EL CID...

Hablando estaba en el

[claustro

de San Pedro de Cardeña
el buen rey Alfonso al Cid,
después de misa una fiesta.
Trataban de las conquistas,
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo,

que amor disculpa y conde-
 [na.
 Propuso el buen rey al Cid
 el ir a ganar a Cuenca;
 y Rodrigo mesurado
 le dice de esta manera:
 —Nuevo sois, el rey Alfonso,
 nuevo rey sois en la tierra:
 antes que a guerras vayades
 sosegad las vuestras tierras.
 Muchos daños han venido
 por los reyes que se ausen-
 [tan,
 que apenas han calentado
 la corona en la cabeza,
 y vos no estáis muy seguro
 de la calumnia propuesta
 de la muerte de don Sancho
 sobre Zamora la Vieja:
 que aún hay sangre de Be-
 [llido,
 magüer que en hidalgas ve-
 [nas,
 y el que hizo aquel venablo
 si le pagan hará treinta.—
 Bermudo, en lugar del rey.
 dice al Cid: —Si os aquejan
 el cansancio de las lides
 o el deseo de Jimena,
 idos a Vivar, Rodrigo,
 y dejadle al rey la empresa,
 que hombres tiene tan hidal-
 [gos
 que no volverán sin ella.—
 —¿Quién os mete—dijo el
 [Cid—
 en el consejo de guerra,
 fraile honrado, a vos ahora
 la vuestra cogulla puesta?

Subid vos a la tribuna,
 y rogad a Dios que venzan,
 que no venciera Josué
 si Moisés no lo hiciera.
 Llevad vos la capa al coro,
 yo el pendón a las fronteras,
 y el rey sosiegue su casa
 antes que busque la ajena,
 que no me harán cobarde
 el amor, ni la mi queja,
 que más traigo siempre al
 [ladc
 a Tizona que a Jimena.—
 —Hombre soy—dijo Bermu-
 [do—
 que antes que entrara en la
 [regla
 si no vencí reyes moros,
 engendré quien los venciera,
 y ahora en vez de cogulla,
 cuando la ocasión se ofrezca,
 me calaré la celada
 y pondré al caballo espue-
 [las.—
 —Para huir—dijo el Cid—,
 podrá ser, padre, que sea,
 que más de aceite que san-
 [gre
 manchado el hábito muestra.
 —Callede—le dijo el rey—,
 en mala hora, que no en
 [buena,
 acordárevos debía
 de la jura y la ballesta:
 cosas tenedes, el Cid,
 que farán hablar las piedras,
 pues por cualquier niñería
 facéis campaña la Iglesia.
 Pasaba el conde de Oñate.

que llevaba la su dueña,
y el rey, por hacer mesura,
acompañóla a la puerta.

DESTIERRO DEL CID

Grande saña cobró Al-
[fonso
contra el buen Cid caste-
[llano,
porque le tomó la jura
de la muerte de su her-
[mano;
encubrió la su enemiga,
aguardó a hacerse vengado.
El rey moro de Toledo,
que Alimaimón es llamado,
del Cid se quejara al rey
que en su reino se había en-
[trado,
y hasta dentro de Toledo
sus moros ha cautivado;
siete mil son los cautivos,
sin otro mucho ganado.
Mucho al rey Alfonso pesa,
contra el Cid estaba airado;
mucho más que antes estaba,
con el rey lo habían mez-
[clado
por envidia que le tienen
los grandes de su reinado.
Escribióle el rey al Cid
que salga de su reinado
dentro de los nueve días,
que más no le da de plazo.
El buen Cid a sus parientes
las cartas les ha mostrado:
todos se quejan del rey
de haberlo tal mal mirado

desterrando un caballero,
tan valiente y esforzado,
que muy bien había servido
a él, a su padre y su her-
[mano.

Ofrécense de ir con él
a lo servir muy de grado,
y que todos morirían
con él juntos en el campo.
El Cid les agradecía
la palabra que le han dado,
y otro día salió el Cid
de Vivar, que era su estado,
con toda su compañía
con ánimos esforzados:
volvióse a sus caballeros
y esto les está fablando:
—Amigos, si a Dios plu-
[guiese
que a Castilla nos volvamos,
dígovos que tornaremos
todos muy ricos y honrados.

EL CID, PARA PAGAR SU GENTE,
SACA CON ASTUCIA DINERO
A UNOS JUDIOS

Don Rodrigo de Vivar
está con Doña Jimena
de su destierro tratando,
que sin culpa le destierran.
El rey Alfonso lo manda,
sus envidiosos se huelgan,
llórale toda Castilla,
porque huérfana la deja.
Gran parte de sus haberes
ha gastado el Cid en guerra,
no halla para el camino
dinero sobre su hacienda.

A dos judíos convida,
 y sentados a su mesa
 con amigables caricias
 mil florines les pidiera.
 Díceles que por seguro
 dos cofres de plata tengan,
 y que si dentro de un año
 no les paga, que la vendan,
 y cobren la logrería
 como concertado queda.
 Dióles dos cofres cerrados,
 entrambos llenos de arena,
 y confiados del Cid
 dos mil florines le prestan.
 —¡Oh necesidad infame
 a cuántos honrados fuerzas
 a que por salir de ti
 hagan mil cosas mal hechas!
 ¡Rey Alfonso, señor mío,
 a traidores das orejas,
 y a los fidalgos leales
 palacios y orejas cierras!
 Mañana saldré de Burgos
 a ganar en las fronteras
 algún pequeño castillo
 adonde mis gentes quepan;
 mas según son de orgullosos
 los que llevo en mi defensa,
 las cuatro partes del mundo
 tendrán por morada estre-
 [cha.
 Estarán mis estandartes
 tremolando en las almenas;
 caballeros agraviados
 hallarán guarida en ellas;
 y por conservar el nombre
 de tus reinos, que es mi tie-
 [rra,
 los lugares que ganare
 serán Castilla la Nueva.

EL CID CONQUISTA DE LOS MOROS
 A ALCOCER, POR MEDIO DE UNA
 ESTRATAGEMA

(De Gabriel Lobo Laso de
 la Vega.)

Estando cumpliendo el Cid
 el destierro en que yacía,
 aquel a quien don Alfonso
 mandó salir de Castilla,
 por siniestras relaciones
 que envidiosos hecho habían
 contra el Cid, cosa ordinaria,
 su propicia suerte vista,
 porque siempre al semejante
 cuyas hazañas se estiman
 le hacen fieros contrarios
 del efecto d'ellas mismas,
 viendo que en él y no en
 [ellos
 con razón ponen la vista,
 y que escurece sus nombres
 el que ayer no le tenía,
 como si de sus principios
 no se tuviese noticia
 de que fueron adquiridos
 d'estas tres por una vía:
 o por privanza con reyes,
 o por letras, o milicia,
 y que al que hoy da su valor
 [nombre
 verle ensalzado se admiran.
 sin por qué, pues no es ven-
 [taja
 la antigüedad de algún día,
 y deben de presumir
 que es de sangre ilustre y
 [limpia,
 porque la que no lo es
 nobles acciones no cría.

El sugeto valeroso
 es paraje de la invidia,
 do hacen presa las lenguas
 por mil diferentes vías;
 que como ven que a la fama
 con sus hazañas obligan,
 y las inútiles suyas
 hacen el fin con sus vidas,
 procuran que las ajenas
 no se celebren y digan,
 que las ignoren los reyes,
 pretendiendo con malicia,
 queriendo tragarlo todo
 estas inmundas harpías:
 Digo, pues, que como el Cid
 con la paz no se entendía,
 y en los peligros mayores
 puesta llevase la mira,
 cercó a Alcocer, que de mo-

[ros

era una fuerza escogida,
 y la de más importancia
 en las partes fronterizas;
 pero no pudiendo entrarla
 con ásperas baterías,
 echó mano de la industria,
 que no es de menos estima
 que el vaolr y fortaleza
 ni de menor gloria digna,
 cosa loable en la guerra,
 codiciada y permitida.
 Hizo, pues, para cebarlos,
 que con su gente huía,
 y que levantaba el cerco
 por hambre, sed y fatigas,
 dejándose muchas tiendas
 con preseas varias, ricas,
 porque el codicioso moro
 salga, y el alcance siga,
 trayendo para robarlas

menos orden con más prisa,
 dejando la fuerza sola
 sin quien la entrada resista.
 Y fué así, que como viesen
 la repentina huída,
 desamparando el castillo
 en su seguimiento tiran;
 pero a pequeña distancia
 vuelve con suerte propicia
 el famoso de Vivar,
 que una gruesa lanza cim-
 [bra.
 y en el bravo sarraceno
 haciendo sangrienta riza,
 sin aventurar soldado
 entró la fuerza y la villa.

CONSEJOS Y ENCARGOS DEL CID
 A SU ÉSPOSA, AL PARTIR PARA
 LA GUERRA

Fablando estaba en celada
 el Cid con la su Jimena
 poco antes que se fuese
 a las lides de Valencia:
 —Bien sabéis, dice, señora,
 cómo las nuevas querencias
 en fe de su voluntad
 muy mal admiten ausencia;
 pero piérdese el derecho
 adonde interviene fuerza,
 que el servir al rey lo es
 quien noble sangre semeja.
 Faced en la mi mudanza
 como tan sesuda fembra,
 y en vos no sea vea ninguna
 pues venís de honrada cepa.
 Ocupad las cortas horas
 en catar vuestas haciendas;
 un punto no estéis ociosa,

pues es lo mismo que muer-
[ta.

Guardad vuestros ricos pa-
[ños

para cuando yo dé vuelta,
que la fembra sin marido
debe andar con gran llaneza.

Mirad por las vuestas fijas,
celadlas; pero no entiendan
que algún vicio presumen,
porque faréis que lo entien-
[dan:

no las apartéis un punto
de junto a vuesa cabeza,
que las fijas sin su madre
muy cerca están de perderla.
Sed grave con los criados,
agradable con las dueñas,
con los extraños sagaz,
y con los propios severa.

Non enseñéis las mis cartas
a la más cercana dueña,
porque no sepa el más sabio
cómo paso yo las vuestas:
mostraldas a vuestas fijas,
si non tuvierdes prudencia
para encubrir vuestro gozo,
que suele ser propio en fem-
[bras.

Si vos consejaren bien
faced lo que von consejan,
y si mal vos consejaren
faced lo que más convenga.
Veinte y dos maravedís
para cada día os quedan,
tratadvos como quien sois,
non enduréis la despensa.
Si dineros vos faltaren
faced como no se entienda,
enviámelos a pedir,

non empenéis vuestras pren-
[das:

buscad sobre mi palabra,
que bien fallaréis sobre ella
quien a vuestra cuita corra,
pues yo acudo a las ajenas:
Con tanto, señora, adiós,
que el ruido de armas re-
[suena.—

Y tras un estrecho abrazo,
lijero subió en «Babieca».

PREDICE UN MORO A LOS SUYOS
LA PERDICION DE VALENCIA

Apretada está Valencia,
puédesse mal defensar,
porque los almoravides
no la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro vie-
[Jo,

que solía adivinar,
subiérase a un alta torre
para bien la contemplar.
Cuanto más la mira hermosa,
más le crece su pesar;
sospirando con gran pena,
aquesto fué a razonar:
—¡Oh Valencia! Oh Valen-
[cia,

digna de siempre reinar.
Si Dios de ti no se duele
tu honra se va apocar,
y con ella las holganzas
que nos suelen deleitar:
Las cuatro piedras caudales
do fuiste el muro a sentar,
para llorar, si pudiesen,
se querrían ayuntar.
Tus muros tan preminentes.

que fuertes sobre ella están,
de mucho ser combatidos
todos los veo temblar:
las torres que las tus gentes
de lejos suelen mirar,
que su alteza ilustre y clara
los solía consolar,

poco a poco se derriban
sin podellas reparar;
y las tus blancas almenas,
que lucen como el cristal,
su lealtad han perdido
y todo su bel mirar:
tu río tan caudaloso,
tu río Guadalaviar,
con las otras aguas tuyas
de madre salido ha:
tus arroyos cristalinos
turbios ya siempre vendrán,
tus fuentes y manantiales
todos secados se han:
tus verdes huertas viciosas
a ninguno gozo dan,
que la raíz de sus yerbas
bestias roído las han:
tus prados de cien mil flores
olores de sí no dan,
mustios andan y marchitos,
sin color ni olor están:
aquel honrado provecho
de tu playa y de tu mar,
en deshonra y daño torna.
¡mal te puede aprovechar!
Los montes, campos y tie-

[rras

que tú solías mandar,
el humo de los sus fuegos
tus ojos cegado han:
Es tan grave tu dolencia
y tanta tu enfermedad,

que los hombres desesperan
de salud poderte dar,
¡Oh Valencia! Oh Valencia,
Dios te quiera remediar,
que muchas veces predije
lo que agora veo llorar.

GANADA VALENCIA, EL CID VA
A DAR GRACIAS A DIOS EN SAN
PEDRO DE CARDEÑA

Victorioso vuelve el Cid
a San Pedro de Cardeña
de las guerras que ha tenido
con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
por dar aviso que llega,
y entre todos se señalan
los relinchos de «Babiaca».
El abad y monjes salen
a recibirlo a la puerta,
dando alabanzas a Dios
y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,

y antes de entrar en la igle-
[sia
tomó el pendón en sus ma-
[nos,

y dice de esta manera:
—Salí de ti, templo santo,
desterrado de mi tierra;
mas ya vuelvo a visitarte
acogido en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
porque allá en Santa Gadea
le tomé el su juramento
con más rigor que él qui-
[siera.
Las leyes eran del pueblo.

que no excedí un punto
[d'ellas.

Pues como leal vasallo
saqué a mi rey de sospecha.
¡Oh envidiosos castellanos,
cuán mal pagáis la defensa
que tuvistes en mi espada
ensanchando vuestra cerca!
Veis aquí os traigo ganado
otro reino y mil fronteras,
que os quiero dar tierras
[mías,
aunque me echais de las
[vuestras.

Pudiera dárselo a extraños;
mas para cosas tan feas
soy Rodrigo de Vivar,
castellano a las derechas.

GALANTEA BUCAR A URRACA, HI-
JA DEL CID, QUE DESDE UNA AL-
MENA LE ENTRETIEENE MIENTRAS
SU PADRE SE ARMA. BARRUNTA
EL MORO SU VENIDA, HUYE Y SE
EMBARCA

Hélo, hélo por do viene,
el moro por la calzada,
caballero a la gineta
encima una yegua baya;
borcegués marroqués
y espuela de oro calzada;
una adarga ante los pechos,
y en su mano una azagaya;
mira y dice a esa Valencia:
—¡De mal fuego seas que-
[mada!

Primero fuiste de moros
que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente

a moros serás tornada,
y a aquel perro de aquel Cid
prenderélo por la barba:
su mujer Doña Jimena
será de mí captivada,
y su hija Urraca Hernández
será la mi enamorada;
después de yo harto d'ella
la entregaré a mis compa-
[ñas.—

El buen Cid no está tan lejos
que todo no lo escuchara.

—Venid vos acá, mi fija,
mi fija Doña Urraca;
dejad las ropas continas,
y vestid ropas de pascua,
a aquel moro hi-de-perro
detiénemelo en palabras,
mientras yo ensillo a «Ba-
[bieca],

y me ciño la mi espada.—
La doncella muy fermosa
se paró a una ventana;
el moro desque la vido
d'esta suerte le fablara;
—¡Alá te guarde, señora,
mi señora Doña Urraca!
—¡Así faga a vos, señor,
buena sea vuestra llegada!
Siete años ha, rey, siete,
que soy vuestra enamorada.
—Otros tantos ha, señora,
que os tengo dentro de mi
[alma.—

Ellos estando en aquesto,
el buen Cid ya se asomaba.

—Adiós, adiós, mi señora,
la mi linda enamorada,
que del caballo «Babieca»
yo bien oigo la patada.—

Do la yegua pone el pie
 «Babieca» pone la pata.
 El Cid fablara al caballo,
 bien oiréis lo que fablaba:
 —¡Reventar debía la madre
 que a su hijo no esperaba!—
 Siete vueltas la rodea
 al derredor de una jara;
 la yegua, que era ligera,
 muy adelante pasaba
 fasta llegar cabe un río
 adonde una barca estaba.
 El moro desde que la vido
 con ella bien se folgaba;
 grandes gritos da al barque-

[ro
 que le allegase la barca;
 el barquero es diligente
 túvosela aparejada;
 embarcóse presto en ella,
 que no se detuvo nada.
 Estando el moro embarcado
 el buen Cid se llegó al agua,
 y por ver al moro en salvo
 de tristeza reventaba;
 mas con la furia que tiene
 una lanza le arrojaba,
 y dijo: —¡Coged, mi yerno,
 arrecogedme esa lanza,
 que quizá tiempo verná
 que os será bien demandada!

HISTORIA DE LOS CONDES DE
 CARRION CON EL CID Y SUS
 HIJAS

Rodrigo Díaz de Vivar,
 nombrado el Cid castellano,
 después que ganó Valencia
 como bueno guerreando,

vivía a placer en ella
 siendo temido y honrado,
 teniendo en su compañía
 su mujer, que tanto ha
 [amado,
 llamada Jimena Gómez,
 hija del conde Lozano,
 que don Gómez de Gormaz
 por todos era llamado,
 con sus dos hijas doncellas,
 hermosas en igual grado.
 Daba a Dios crecidas gracias,
 y al apóstol Santiago,
 porque lo ha favorecido,
 y tenido de su mano.
 en vencer tantas batallas,
 y en salir d'ellas tan salvo,
 ganando tanto a los moros
 cuanto ninguno ha ganado.
 Estas nuevas en Castilla
 mucho se han publicado.
 Los condes de Carrión
 ambos tienen acordado
 de pedirle al réy Alfonso,
 hijo del rey Don Fernando,
 qu'el rey hubiese por bien
 al Cid enviar mandado
 pidiéndole sus dos hijas
 para estos dos hermanos,
 que se casarán con ellas
 porque son de alto estado,
 de los buenos de la tierra,
 y aun de los más mejorados.
 Por bien ha tenido el rey
 de hacer lo suplicado:
 mensajeros hizo al Cid
 con quien envió su recado;
 rogábale que en Requena
 ambos se hayan juntado.
 El Cid, que vido las cartas,

hase bien aparejado,
y el día que mandó el rey
a Requena había llegado.
El rey, que vido al buen Cid,
luego lo había abrazado;
preguntó el rey a Rodrigo
de las guerras en que ha an-

[dado;

dióles d'ellas larga cuenta
como su vasallo honrado.

El rey le dijo: —Buen Cid,
mucho por cierto he holgado
de vuestras grandes victo-

[rias

y haberes que habéis ganado,
y de veros que estáis viejo
me hago maravillado.

—Buen rey, respondiera el

[Cid,

los trabajos lo han causado
que me han dado tantas gue-

[rras,

y las lides en que he andado,
que un día no he yo tenido
que pueda llamar descanso.

Gané, buen rey, a Valencia,
donde hobe muy gran algo;
todo es vuestro, buen señor.

todo está a vuestro man-

[dado.

—Dios os lo guarde, buen

[Cid,

pues tan bien fuera ganado.
Muy bien me puedo alabar
que los reyes que han pa-

[sado

no han tenido en los sus

[tiempos

tal vasallo y tan honrado,
valiente por su persona,

ni tan bien afortunado.
Lo que agora os quiero, Cid,
por mí vos será contado.

Los condes de Carrión,
ambos me han suplicado,
que a Doña Sol y a Elvira
se las entreguéis de grado
para que casen con ellas,
por ser hijas de hombre hon-

[rado.

No rehuséis, Cid, mi ruego,
pues que veis que yo las caso;
que si mal casadas fueren,

yo me terné por culpado.—

El Cid respondió: —Señor,
ellas son so el vuestro man-

[do:

d'ellas y de mí podréis
hacer muy bien vuestro gra-

[do.

Vos, buen señor, las caséis
como lo habéis razonado;
yo d'ello soy muy contento,

alegre soy y pagado.—

Mucho el rey se lo agradece,
y los condes han llegado;
besan las manos al Cid

por esto que ha otorgado.

El rey se vuelve a Castilla,
el Cid se tornó a su Estado
a la muy noble Valencia,

que a moros hobo ganado.

Los condes llevó consigo,
y al que los había criado,
para celebrar las bodas

qu'el buen rey ha concer-

[tado.

Andando por sus jornadas
a Valencia habían llegado,
y Doña Jimena Gómez

muy gran placer ha cobrado,
y gran placer ambas hijas,
con el buen Cid han tomado.
Aquese buen Alvar Fáñez
las doncellas ha entregado
a los dos hermanos condes,
como el rey se lo ha man-
[dado.

Dos Hierónimo, arzobispo,
luego los ha desposado.
Fechos ya los casamientos,
fiestas se habían ordenado
de justas y de torneos:
los moros con los cristianos
todos están con placer
en muy sublimado grado.
La fortuna, que es aviesa,
no deja cosa en su estado:
El Cid tiene un gran león,
muy grande es, y denodado,
y estando el buen Cid dur-
[miendo

el león se había soltado
por descuido de su guarda
y no por serle mandado.
El león con muy gran furia
donde está el Cid había en-
[trado,

y donde estaban los condes
ambos las tablas jugando:
como vieron al león,
a huir habían echado.
Al ruido de las voces
el buen Cid ha recordado;
antes estaba durmiendo
echado sobre su escaño.
Visto por él el león
una gran voz le había dado;
el león lo conoció,
donde estaba se ha tornado;

los condes quedan corridos,
y ambos muy afrentados
creyendo qu'el Cid hubiese
hecho lo que es ya contado,
y con muy mal pensamiento
del buen Cid han murmu-
[rado.

Hablan los dos en secreto;
con su tío habían hablado,
que se despidan del Cid
para Castilla su estado,
y que lleven sus mujeres
con quien se habían despo-
[sado:

y pues no pueden del padre
de la afrenta ser vengados,
se venguen en sus dos hijas,
y quedarán bien pagados.
Con aqueste mal acuerdo
al buen Cid así han hablado:
—Licencia nos dad, señor,
que tenemos acordado
de nos volver a Castilla
a estar en nuestro condado,
con ambas nuestras mujeres,
nuestro padre lo ha man-
[dado.—

El Cid les dió la licencia,
aunque se hubo recelado
de que estos dos yernos su-
[yos

no hubiesen concertado
de matarle sus dos hijas,
u otro desaguisado,
porque los tiene por hom-
[bres

no bien acondicionados;
mas por cumplir lo que debe
en ello no puso embargo,
y con sus gentes guarnidos

su camino han comenzado. Como el Cid tiene recelo a questo había acordado: llamó a su sobrino Ordoño, y luego le había mandado que vaya, tras de sus hijas, cubierto, disimulado, y que vea muy bien visto lo que hubiese pasado, porque el corazón le dice el mal que le está guardado. Los condes con sus mujeres por su camino han andado; por los lugares do van eran muy bien hospedados, porque los señores d'ellos del buen Cid eran vasallos. Andando por sus jornadas a Tormes habían llegado y entre los robledos dél las damas han apeado; de las mulas en que van al suelo las han bajado. Mandan primero a su gente se hubiese adelantado. Por los cabellos las toman, habiéndolas desnudado arrastrándolas por el suelo, tráenlas de uno a otro lado, danles muchas espoladas, en sangre las han bañado; con palabras injuriosas mucho las han denostado. Los cobardes caballeros por muertas las han dejado, diciendo:—Hijas del Cid, en vos seremos vengados, que vosotras no sois tales para con nusco casaros: pagaréisnos las deshonras

que el Cid a nos hubo dado. cuando soltara el león y procuraba matarnos.— En medio de aquel robledo atadas habían quedado. Siguen ambos su camino, a sus gentes han llegado; las gentes a sus señores por ellas han preguntado: ambos condes respondieron que quedan a buen recaudo. Las señoras muy cuitadas muy gran llanto han comen-
[zado,
alaridos dan al cielo su desdicha lamentando, diciendo: — ¡Condes traído-
[res,
cuán mal que lo habéis usado siendo nos hijas del Cid a quien habéis deshonrado! ¡Tal es él que vengará la traición que habéis obra-
[do!—
El llanto que están haciendo don Ordoño lo ha escuchado, y a las voces que ambas dan donde están había llegado, y cuando vido a sus primas la cara se está arañando. Mesaba los sus cabellos, grandes voces está dando, a los condes alevosos a grandes gritos llamando, porque a las tales señoras se hace tal desaguizado, mayormente siendo hijas de un padre tan estimado: ¡De tan grande alevosía

él se hará muy bien vengá-

[do!

En las ramas de los robles
a las damas había echado,
cubriólas con su vestido,
allí las había dejado;

a buscar va do las ponga
para que estén a recado.

Ventura le deparó
casa de un labrador honrado,
y muy servidor del Cid,
que veces lo hubo hospedado.

Ordoño y el labrador
al robledo habían tornado,
y donde dejó sus primas
allí las había hallado.

llévanlas a aquel lugar,
que es secreto y apartado:
allí son bien acogidas

d'este labrador honrado,
y de su mujer e hijos;
todos hacían su mandado.

Don Ordoño habló con ellas,
d'esta suerte ha razonado:

—Señoras, yo quiero ir
a Valencia nuestro Estado
a decir al vuestro padre
esto que os ha pasado,
y que vengue vuestra inju-

[ria,

pues que tanto le ha tocado.

Ellas lo hubieron por bien;
su viaje ha comenzado.

Andando por sus jornadas
a Valencia había llegado,

y en presencia del buen Cid
grande llanto ha comenzado:

contóle lo acaecido

sin palabra haber faltado.

El buen Cid como discreto

muy bien lo ha disimulado,
que lo que espera venganza
no conviene ser llorado.

Su mujer Jimena Gómez
es quien más pena ha mos-

[trado;

lloraba de los sus ojos,
fuentes se le habían tornado.

Mucho la consuela el Cid
como discreto y honrado;
con las cosas que le ha dicho
mucho la ha consolado.

Despachó sus mensajeros
para ese rey castellano,
al cual le hace saber
aqueste hecho malvado.

Pidióle que haya por bien
que d'ello se haya vengado
y para que haya efecto

licencia le ha demandado
para venir a Toledo,

do el rey está aposentado.

El rey que supo el negocio
gran enojo había cobrado

de los condes, y su tío,
que los hubo aconsejado:

la licencia que el Cid pide
el rey se la había otorgado,

y el Cid con sus caballeros
a Toledo había llegado:

fué del rey bien recibido

cual merece tal criado.

Propuso el Cid su razón

como hombre sabio y honra-

[do:

—Bien sabéis, rey mi señor,
que soy yo vuestro vasallo;

crióme el rey vuestro padre,

y don Sancho vuestro herma-

[no.

a ambos yo los serví
 como muy leal criado:
 muchos servicios les hice,
 y fuí por vos desterrado.
 Por vuestro mando, señor,
 mis hijas hube casado
 con los condes de Carrión,
 do se cumplió vuestro grado.
 Diles yo de mis haberes
 con que fueron muy honra-
 [dos,
 diles Tizona y Colada,
 las espadas de mi lado:
 ellos sin causa ninguna
 muy mal me habían deshon-
 [rado:
 dejaron las mis dos hijas
 de fuera de lo poblado,
 y como a malas mujeres,
 no hijas de padre honrado.
 A vos, buen rey y señor,
 conviene me hagáis vengado.
 Vos fuiste quien las casastes,
 yo hice vuestro mandado,
 que no a mi sólo los condes,
 más a vos, han injuriado.
 Hacedme, buen rey, justicia,
 que a vos sólo es esto dado,
 que si por las armas fuera
 ya ellos fueran castigados.—
 El rey respondió:—Buen Cid
 vos lo habéis bien razonado,
 en lo pedir por justicia,
 sin haber muertes ni ban-
 [dos,
 qu'esta tanto se os hará
 como quedéis bien vengado.
 El Cid las manos al rey
 por la merced le ha besado,
 y para que se cumpla esto

a Cortes había llamado,
 mandaron que en treinta
 [días
 todos se hubieran juntado.
 Dentro del tiempo que es di-
 [cho
 a Toledo son llegados
 los condes con sus parientes,
 que son muy emparentados.
 Estando allí todòs juntos
 el buen Cid ha razonado:
 —Ante vos, buen rey Alfon-
 [so
 pido a los conde mi algo,
 pido a Tizona y Colada
 que yo les hube prestado,
 pues que no hay causa nin-
 [guna
 las tenga contra mi grado.—
 Los condes dicen tenerlo,
 y el rey ha determinado
 que todò se vuelva al Cid,
 pues es suyo, y bien ganado.
 Esto fué luego cumplido
 como el Cid lo ha demanda-
 [do,
 y luego se puso en pie
 y así está razonando
 echando mano a su barba,
 con semblante denodado:
 —Condes, ante el rey pre-
 [sente,
 y grandes de su reinado,
 vos repto por alevosos,
 pues que d'ello habéis usado
 en deshonrarme mis hijas,
 señoras de alto estado,
 sin tener causa ninguna
 de así las haber tratado
 como, condes, las tratastes

en Tormes, ese collado;
 pero pagármelo heis,
 y el que os hubo aconsejado.—
 Los dos condes y su tío
 andan excusas buscando;
 pero no las hallan tales
 que se hagan disculpados.
 El rey oídas las partes
 aquesto ha determinado:
 «Que los condes y su tío
 con otros tres en el campo
 lidien como caballeros,
 que allí se verá el culpado.»
 Aquestos fueron Bermúdez.
 con sus dos primos herma-
 [nos.

El Cid se volvió a Valencia
 siendo aquesto ya acordado,
 en el plazo que el rey puso
 aquellos han batallado:
 los condes quedan vencidos
 con su tío ya nombrado;
 confiesan ser alevosos,
 y por tales fueron dados.
 Quedaron tan abatidos,
 que hasta agora son repta-
 [dos,

y por esta alevosía
 el rey les quitó el Estado.
 Los caballeros del Cid
 a Valencia se han tornado;
 son del Cid bien recibidos
 como quien los ha criado:
 cuéntanle de la justicia
 que el rey Alfonso ha usado
 con los condes y su tío,
 y todo lo que es pasado.
 El Cid da infinitas gracias
 a Dios que lo había vengado;
 agradeció mucho al rey

lo que con él se ha usado.
 Estando el Cid muy temido.
 sus hijas le han demandado
 un infante de Navarra,
 y otro de Aragón, reinado,
 y del su ayuntamiento
 un hijo se ha procreado.
 D'este proceden linajes
 que hoy vienen más sublima-
 [dos;
 donde podemos notar
 el mal ser bien castigado,
 y a aquel que usa del bien
 por Dios es galardonado:
 lo mismo conteció al Cid
 en el caso que es contado.

TESTAMENTO DEL CID

—La que a nadie no per-
 [dona,

a reyes ni a ricos-homes,
 a mí, fincado en Valencia,
 llegó a mi puerta y llamóme;
 y fallándome dispuesto
 a su voluntad conforme,
 fago así mi testamento,
 y mi voluntad al postre.
 «Yo Rodrigo de Vivar,
 llamado por otro nombre
 el bravo Cid Campeador
 de las morismas naciones,
 el alma encomiendo a Dios
 que en su reino la coloque;
 y el cuerpo fecho de tierra
 mando que a su centro tor-
 [ne;
 y después que sea finado,
 con los untos de los botes

que me endonó el rey de Per-
[sia
le unten, compongan y ado-
[ben,
y puesto sobre Babieca
tras mi seña y mis pendones,
lo enseñedes al rey Búcar
y a todos sus valedores.

Y mando que a mi Babieca
lo sotierren y lo afoden,
non coman canes caballo
que carnes de canes rompe.

Y para facerme obsequias
se junten mis infanzones,
los de mi pan y mi mesa
los buenos conqueridores:

y a la santa cofradía
del rico Lázaro pobre,
mando el prado de Vivar,
ende aquende y su quiñones;
item, mando que no alquilen
plañideras que me lloren.
bastan las de mi Jimena
sin que otras lágrimas com-
[pre.

Y en San Pedro de Cardeña
junto al santo Pescadore
me fabriquen un fosal
con su túmulo de bronce.

Item, mando que al judío,
que engañé estando tan po-
[bre,

lo que pesare el de arena
le den de plata otro cofre.
Y a Gil Díaz tornadizo,
que de moro a Dios volvióse,
le mando mis femolarias,
mis corazas y quijotes.

El noble rey don Alfonso,

y el buen obispo don Lope.
y mi sobrino Alvar Fáñez
sean mis cabezadores:
y los demás de mi haber
se reparta entre los pobres,
que son entre el hombre y
[Dios
padrinos y valedores.

MUERTE DEL CID

(De Lorenzo de Sepúlveda)

La era de mil y ciento
y treinta y dos que corría,
a quince días de mayo
doliente el buen Cid yacía
en Valencia la nombrada,
que de moros conquería.
Su mujer está presente
y privados que tenía;
haciendo está testamento:
lo primero que así decía:
«En San Pedro de Cardeña
mi cuerpo se enterraría:
mando a cada hijodalgo
que a mi servicio había
quinientos maravedís;
a otros, mil les daría;
a doña Jimena Gómez
cuantos bienes yo tenía;
muy honradamente en ello
es mi voluntad que viva;
estará en el monesterio,
de Cardeña se decía.
Gil Díaz, que es mi privado,
mando que la honre y sirva.
cabezaleros que nombro,
doña Jimena sería,
y don Jerónimo, obispo,

Alvar Fáñez en compañía;
 mi primo Pero Bermúdez
 gran cargo d'ello tenía.»
 Demandaba el Sacramento,
 ya se le acaba la vida;
 con crecida devoción
 el buen Cid lo recibía;
 llorando de los sus ojos
 muchas lágrimas vertía;
 acostárase en su cama,
 a Cristo llama por guía;
 dijo:—Tuyo es el poder,
 hijo de Virgen María,
 todos los reinos son tuyos,
 el mundo te obedecía,
 todo es a tu mandado,
 tu voluntad se cumplía,
 pídotte yo por merced
 mi alma no sea perdida,
 y la pongas en la fin,
 que ninguna fin había.—
 Y diciendo estas palabras
 el noble varón moría;
 Dios la había recibido,
 que va limpia de mancilla.

LOS DEL CID, LLEVANDÓ SU
 CUERPO SOBRE BABIECA, VENCEN
 A BUCAR, QUE SITIABA A
 VALENCIA

Mientras se apresta Jimena
 con alguño de los suyos
 para partir de Valencia
 con el silencio nocturno,
 y los nobles castellanos,
 más valerosos que muchos,
 con finjidas alegrías
 velan los soberbios muros;
 Alvar Fáñez de Minaya,

don Ordoño, y don Bermu-
 do,
 para la batalla aprestan
 del Cid el cuerpo difunto.
 No le visten la loriga
 que él en las lides trujo,
 por cumplir lo que mandó
 en su postrimero punto.
 De pergamino pintado
 le ponen yelmo y escudo,
 y en medio de los tablones
 el embalsamado bulto,
 y de un cendal claro verde
 vestido un tabardo justo,
 al pecho su roja insignia,
 honor y asombro del mundo.
 Unas calzas de colores,
 guarnecidas de dibujo,
 en lienzo crudo pintadas,
 y ellas son de lienzo crudo.
 El derecho brazo alzado,
 al menos cuanto se pudo,
 en la mano su Tizona
 el limpio fierro desnudo.
 D'esta guisa le aprestaron,
 y cuando aprestado estuvo
 pavor les dió de miralle,
 ¡Tal se muestra de sañudo!
 Trujeron pues a Babieca,
 y en mirándole se puso
 tan triste como si fuera
 más razonable que bruto.
 Atáronle a los arzones
 fuertemente por los muslos,
 y los pies a los estribos
 porque fuesen más seguros.
 y a la lumbré del lucero,
 que por verle se detuvo,
 con su capitán sin alma
 salieron al campo juntos,

donde vencieron a Búcar y acabando la batalla,
sólo porque a Dios le plugo, el sol acabó su curso,

EPOCA DE DOÑA URRACA, HIJA DE ALFONSO VI

LEALTAD DE PEDRO ANZURES
(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Muerto es el rey Alfonso,
el que a Toledo ganara,
y por ser el rey tan bueno
su muerte fué muy llorada.
Por ser querida de toda
esa gente castellana,
esa doña Urraca Alfonso
los sus reinos heredaba.

No ha el rey otro heredero;
segunda vez la casara
con ese rey de Aragón;
mas juntos poco duraban,
por ser parientes cercanos,
y la Iglesia lo vedaba.

El rey se vuelve a Aragón,
en Castilla ella quedara.

La reina pidió sus tierras,
que del su padre heredara,
a aquellos que las tenían
y les fuera dado en guarda;
y ellos luego se las dieran,
y el homenaje quebraran
que al rey de Aragón hicie-

[ron
cuando a ella se juntara.

El conde don Pedro Anzu-
[res
quebrantara su palabra.

Vistióse de paños buenos,
pañños nobles de escarlata,
encima un caballo blanco,

una soga a su garganta:
con él muchos caballeros
que iban en la su guarda.
Se partió para Aragón,
adonde el buen rey estaba,
a quien hiciera homenaje
por tierra que dél tomara.
Ante el rey había llegado
y grandes de su mesnada,
y díjole: —Rey Alfonso,
aquí fué la mi llegada
a ponerme en vuestra mano,
como aquel que mal obraba.
Póngome a vuestra medida,
pues yo quebré mi palabra:
la tierra que vos me distes
dila yo a doña Urraca,
mi señora natural,
a quien no podía negalla.
Ahora entrego a vos mis ma-
[nos.

y mi boca os entregaba,
y mi cuerpo, que os hicieron
el homenaje y palabra.
Vos bien me podéis matar,
y en mí vengar vuestra sa-
[ña.—

Grande enojo tomó el rey
de aquesto que le contaba:
luego lo quiso matar;
mas los suyos lo estorbaban.
Dijeron al rey, que el conde
no dañó su buena fama
en haber dado a la reina
las tierras que demandaba.

a su natural señora
 hiciera muy bien en darla,
 y con darle su persona
 el conde muy bien obraba.

El rey loa mucho al conde,
 a Castilla lo enviaba;
 diérale de sus haberes
 con que contento quedara.

EPOCA DE SANCHO III EL DESEADO

DON PEDRO VELEZ, SORPRENDIDO
 EN LANCE DE AMORES CON LA
 PRIMA DE SANCHO III, ES CON-
 DENADO A PRISION PERPETUA Y
 A SER LENTAMENTE MUERTO

Alterada está Castilla
 por un caso desastrado,
 que el conde don Pero Vélez
 en palacio fué hallado
 con una prima carnal
 del rey Sancho el Deseado,
 las calzas a la rodilla
 y el jubón desabrochado:
 la infanta estaba en camisa
 echada sobre un estrado,
 casi medio destocada,
 con el rostro desmayado,
 de modo que estaba el rey
 suspenso y muy alterado.
 En fin, por darle castigo
 a muerte le ha condenado
 los grandes dice que cese
 el juicio acelerado;

el caso pide castigo,
 no lo permite el Estado,
 porque era el conde en Cas-
 tilla
 gran señor y emparentado;
 de suerte que por el rey
 fué el juicio conmutado
 de darle perpetua cárcel,
 para lo cual fué llevado
 en el castillo de Ureña,
 adonde fuera entregado
 a Peranzules Osorio,
 Merino mayor llamado,
 y con gran solemnidad
 juramento le han tomado
 que no le muestre a persona
 sino al rey o a su mandado;
 no le den cosa ninguna
 donde pueda estar echado,
 y de cuatro en cuatro meses
 le sea un miembro quitado,
 hasta que con el dolor
 su vivir fuese acabado.

EPOCA DE ALFONSO VIII EL NOBLE

BATALLA DE ALARCOS PERDIDA
 POR ALFONSO VIII CONTRA EL
 MORO ABENYUZA, Y MUERTE DEL
 ADELANTADO DON NUÑO

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

De allende la mar, el rey
 Abenyuza se partía:

para contra los cristianos,
 con gran pujanza venía.

Muchos moros trae consigo
 de a caballo y peonía.

Don Nuño, el Adelantado
 en toda la Andalucía,

por ese buen rey Alfonso
 que en Córdoba residía,

salido le había al encuentro
 junto a Ecija, esa villa,

y los moros de Abenyuza
 muchos son en demasía.

Don Nuño trae sus vasallos,
 los que con él residían,

que por no perder la tierra
 trae poca caballería;

no quiso aguardar las gentes
 d'esa buen rey de Castilla.

Don Nuño, como es discreto,
 excusar la lid quería,

viendo su poder ser poco
 contra tanta morería;

mas algunos caballeros
 que están en su compañía,

dijeron que pues las haces
 están juntas, que se vían

los pendones desplegados,
 les será gran cobardía

no pelear con los moros;

que era bien perder la vida,
 y que si no peleaban
 los moros ciertos serían
 que van huyendo y los de-
 [jan

gran corazón cobrarían.

A esta causa Don Nuño,
 con él toda su valía,

firieron recio en los moros;
 mas todos pierden la vida.

Don Nuño y sus caballeros
 muertos en el campo fincan.

después de haber peleado
 con crecida valentía.

Abenyuza llegó al campo
 do la lid hecho se había;

halló a Don Nuño muerto,
 y al rededor de él yacían

muertos muchos caballeros,
 los que su guarda tenían.

Mucho le pesó al rey moro:
 de Don Nuño se dolía;

quisiera tomarle vivo
 según su gran valentía.

Cortárale la cabeza,

a Granada al rey la envía:
 dijo que era la su parte

de esta lid, que se vencía.

Al rey le pesaba mucho,
 que a Don Nuño bien quería.

BATALLA DE LAS NAVAS

El Octavo rey Alfonso
 con muy gran caballería
 batalla tiene aplazada
 que fué de gran nombradía.

con el Miramamolín
 que muy gran gente tenía.
 En las Navas de Tolosa
 comenzaron la porfía.
 Los cristianos se levantan
 un lunes antes del día.
 misa habían oído todos,
 Sacramento recibían.
 Armados están en campo
 cada cual en su cuadrilla.
 Una cruz muy colorada
 en el cielo parecía,
 hermosa, resplandeciente,
 ¡Gran consuelo les ponía!
 Tiénenlo a buena señal,
 adorado la habían.
 Don Diego López de Haro
 a su padre le decía:
 —Díóos el rey la delantera,
 yo por merced os pedía
 como ansí padre y señor,
 peléis con valentía,
 y no me digan las gentes
 que de traidor decendía.
 Miémbreseos la prez y hon-
 ra,
 que en Alarcos se perdía;
 cobradlo os ruego por Dios,
 y por su Madre María:

haréis a Dios gran emienda
 y él vos lo perdonaría
 el gran yerro en que caistes
 cuando tal lid se vencía.—
 Don Diego volvió sañado
 de lo qu'el hijo decía.
 —Hijo te dirán de puta,
 que yo traidor no sería,
 que con la merced de Dios
 pelearé de tal guisa,
 que no haya causa ninguna
 de decir lo que decías;
 mas yo veré como tú
 hoy a mí me aguardarías
 en este lugar do estamos,
 pues engendrado te había.—
 Don Diego besó sus manos,
 muy gran perdón le pedía.
 Díjole:—Padre y señor,
 en esta lid que hoy se hacía
 seredes de mí aguardado
 cuanto padre no sería
 de ningún hijo que hubiese,
 como veréis este día.
 Entremos en la batalla,
 ya en ella verme quería.
 «¡Dios ayuda y Santiago,
 seguidme, que a ello iba!—»

EPOCA DE FERNANDO III EL SANTO

CONQUISTA DE CORDOBA POR EL
 REY DON FERNANDO III
 (De Lorenzo de Sepúlveda.)

Mal contentos son los mo-
 [ros
 que en Córdoba residían,
 de Abenfué que era su rey,

al cual muy mal lo querían.
 Caballeros hijosdalgo,
 fronteros de Andalucía,
 adalides y almogaves,
 y cristianos que ende había,
 en Andújar se juntaban,
 contra Córdoba venían.
 Hicieron gran cabalgada,

a muchos moros captivan;
 de los captivos supieron
 cómo está de mala guisa.
 No se vela ni se guarda,
 que deferencia tenían
 los moros con sus mayores,
 y a cristianos no temían:
 Los moros les prometieron
 que un muro les darían,
 y romper el arrabal
 que se nombra el Axarquía;
 y habidas estas dos cosas,
 cierta a Córdoba tenían.
 Ordenaron sus escalas
 y sus señales ponían
 para escalarles el muro,
 por cualquier manera o vía.
 Una noche muy oscura,
 que a todos quita la vista,
 muy aseoseadamente,
 que nadie no los sentía,
 don Alvar Pérez de Castro,
 Pero Ruiz en compañía
 y con Martín Ruiz de Argote,
 con otra caballería,
 quedos llegaron al muro,
 mirando si los espían:
 unos a otros dijeron
 que cuidaban, o qué harían.
 Diego Martín Adalid,
 respondido les había:
 —Pues aquí somos llegados
 caballeros de valía,
 hagamos todos la cruz,
 nos la tomemos por guía,
 encomendémonos a Dios,
 cierto él nos ayudaría,
 y pugnemos de acabar
 esto que hacerse quería.
 Gran servicio era de Dios,

el rey nos lo pagaría,
 echemos nuestras escalas,
 las que más nos armarían,
 y los más algarabiados
 suban por ellas arriba;
 lleven vestidos de moros
 que no los conocerían,
 tomen la primera torre,
 luego ayudados serían.—
 Buen consejo pareció
 aqieste que dado había:
 echado habían tres escalas,
 luego por ellas subían;
 uno es Alvaro Colodro,
 Benito Baños seguía,
 tras ellos otros cristianos,
 que saben algarabía;
 ganaron luego una torre:
 cuatro moros que ende ha-

[bía,

a todos los habían muerto
 que ninguno finca a vida.
 Llegaron luego a otra torre,
 los que la guardan derriban
 por cima de las almenas,
 muerte luego recibían;
 hasta la puerta de Martos,
 todo el muro conquerrían.
 Los cristianos han ganado,
 antes que viniese el día,
 todo el muro con las torres,
 y también el Axarquía.
 Abrieron luego una puerta
 por la cual entrado había
 don Pedro Ruiz Tafur,
 con otra caballería.
 Los moros dejan sus casas,
 huyendo van a la villa;
 los cristianos van tras ellos,
 a muchos quitan la vida.

Gran pelea había con ellos,
ningún reposo tenían;
cuitados son los cristianos,
ayuda les fallecía,
despachan sus mensajeros,
a ese buen rey de Castilla
don Fernando, su señor,
que en Benavente yacía,
también a don Alvar Pérez
que de Castro se decía,
que estaba dentro de Martos,
de allí tenía el alcaldía.
Apellidara Alvar Pérez,
los cristianos que podía;
a Córdoba parten todos,
a socorrer su cuadrilla.
el rey recibió el mensaje,
cuando ya comer quería;
recibió mucho placer,
muy gran placer y alegría;
no se quiso detener,
para Córdoba partía;
tras del van los sus vasallos,
que mandado se lo había.
Seis caballeros llevaba,
al cerco llegado habían;
gran placer han los cristia-
[nos,
que lacerados vivían;
que a no venir el buen rey,
los que ganaron perdían.
Tuvo a Córdoba cercada,
hasta que la conquistaría
el rey con sus ricos hombres,
caballeros de valía,
obispos y arzobispos,
y los que al buen rey se-
[guían,
todos juntos de consuno,
entraron en la Mezquita.

y don Juan, obispo de Osma,
templo de Dios la volvía;
consagróla el buen obispo,
llamóla Santa María;
cantaron en ella oficios
en gran placer bendecían
a Dios, que fuera servido,
que se ganase tal villa,
tan noble como la más,
que en las Españas había:
Dióle el rey muy grandes
[rentas,
obispo en ella ponía.

CERCO DE JEREZ, DONDE DIEGO
PEREZ DE VARGAS GANA EL APE-
LLIDO DE MACHUCA

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Jerez, aquesa nombrada,
cercada era de cristianos:
cercóla el infante Alfonso,
hijo de Fernando el Santo.
Allí está don Alvar Pérez
que de Vargas es llamado,
y Diego Pérez de Vargas,
y otros nobles hijosdalgo.
La tierra toda la corren,
a Palma habían ya ganado,
captivaron muchos moros,
de muertos cubren el campo.
Abenyud, ese rey moro,
muy gran dolor ha tomado:
apercibiera su gente
los de pie y los de caballo:
tantos eran de los moros.
que hay veinte para un cris-
[tiano.
Trabaron sangrienta lid,
muy recio se van matando.

muy ferida es la batalla,
 los moros huyen del campo.
 Santiago, el buen apóstol,
 es el que los va matando:
 gran compañía trae consigo,
 las armas todas de blanco.
 Tras dellos va Diego Pérez,
 por fuerte se ha señalado;
 andando por la batalla
 la lanza se le ha quebrado;
 también se quebró su espada,
 no tiene armas en su mano.
 Llegado se había a un olivo,
 un grueso ramo ha quebrado
 hecho a manera de porra;
 a la lid había tornado.
 Matando iba en los moros
 mal los iba lastimando,
 al moro que una vez hiere,

no es menester ser curado
 discurre por la batalla,
 hiriendo iba y matando:
 cuando lo vido Alvar Pérez,
 gran placer había tomado;
 agradábanle los golpes,
 que Diego Pérez va dando,
 díjole:—Diego, machuca,
 machuca como esforzado,
 no nos quede moro a vida,
 todos mueran a tu mano.
 Vencidos quedan los moros,
 vencidos y amedrantados,
 jamás alzaron cabeza,
 ni esfuerzo contra cristianos.
 Llamáronle a Diego Pérez,
 de Machuca el afamado;
 de aquel día en adelante,
 este renombre le han dado.

EPOCA DE ALFONSO X EL SABIO

ALFONSO X DICE A SU MERINO
 COMO HAN DE MANDAR LOS REYES
 PARA SER OBEDECIDOS Y AMADOS

Al sabio rey don Alfonso
 por vello tan humilde
 y afable con sus compañías
 su Merino así fablólo:

—¿Por qué, noble señor nue-
 [so,

siendo rey tan poderoso,
 a guisa de hombre llano
 vos endonáis todo a todos?—
 Conocida su calofía
 el sabio rey replicólo:

—Atended, el mi Merino,
 non calofíeis de ese modo:
 porque todos se me endonen,

amigo, a todos me endono;
 que la aspereza en el rey
 mezcla homecillos e odios.
 Non lo quiera el Señor Dios
 que el que a muchos manda.

[sólo

con pocos se comuniqué
 dejando a muchos quejosos.
 Amor del buen infanzón
 al señor tiene en reposo,
 pues gravedad non conserva
 lo que faz trato gracioso.
 Tenudo es dar sojeción
 al rey su gentío acucioso,
 y el rey hará igual justicia
 con trato manso, honoroso.
 En las leyendas de Roma
 departía un Marco Porcio.

ser aquel pueblo perpetuo,
sin perder jamás su trono,
do falla el rey obediencia
por su talante amoroso;
que del amor del caudillo
nace el siervo fiel cuidadoso.

ALFONSO X Y LA DUQUESA DE
LORENA

Ante el noble rey Alfonso
igual justicia demanda
la gran duquesa llorando
de su desdichas la causa,
de su estado la fortuna
temerosa y envidiada,
y temiendo el daño inmenso
aquestas razones habla.

«¡Ay mujer desdichada,
que temerosos hados te acom-
pañan!»

Víme en el excelso trono
donde la nobleza para,
ajena de propios daños,
que ajenos daños lloraba;
pero ya lloro los míos,
y si entonces los lloraba,
agora lloro de veras,
que lloro burlas del alma.

«¡Ay mujer desdichada!» etc
No es ausencia el mayor mal,
que si estriba mi esperanza,
suele durar tanto el bien
cuanto el desengaño tarda:
es que siendo yo quien soy,
quiera el cielo y mi desgra-
cia

qu'en ajenas manos viva
mi fortuna y mi desgracia.
«¡Ay mujer desdichada!» etc

Libre fuí, cautiva vivo,
tan señora, como esclava;
vendíome mi propia sangre
y compróme mi propia alma,
esclava del alma soy,
y en sujeción tan honrada,
los hierros que me pusieron
son yerros de una mudanza.
«¡Ay) mujer desdichada!»

[etc.
Sólo un bien hallo en mis
[males,
que me consuela y me mata,
verme sujeta a mi gusto
y antes viuda que casada.
Al fin son lances forzosos
los que del cielo se aguardan,
y la prudencia es gran bien
en las mayores desgracias.

«¡Ay mujer desdichada!»
[etc.

Yo sólo soy la que lloro
de tantos males la carga:
duélete de mi, buen rey,
que como mujer soy flaca.
Si en dura prisión me affli-
[ges
hoy con lo que ayer me hon-
[rabas.

¡Ayer casada y hoy viuda!
¡Puede haber mayor desgra-
[cia!
«¡Ay mujer desdichada!»
[etc.

Dame, católico rey,
mi marido, luz del alma,
flor de la misma nobleza,
firme columna de España;
y si como juzgas cuerpos
las bellas almas juzgaras,

sabiendo de alma y de bien
 vieras que es bien mi alma.
 «¡Ay mujer desdichada,
 que inexorables daños te
 [acompañan!»

HUYE ENRIQUE DE SU HERMANO
 ALFONSO X, Y EL REY DE TUNEZ
 LE ACOGE, MAS DESPUES INTENTA
 MATARLE

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Gran querella tiene el rey
 ese rey Alfonso el Sabio,
 del infante don Enrique,
 que del buen rey era her-

[mano.

Hanlo mezclado con él,
 sin ser en nada culpado.
 Dijéronle que ha hecho liga
 con grandes de su reinado,
 que no era en su servicio.

El rey luego había mandado
 que lo prendiese don Nuño,
 que del rey es muy privado.
 Don Enrique está en Lebrija,
 que ha sabido lo pasado:

al camino había salido,
 a don Nuño su contrario.
 Cada uno trae sus gentes
 bien armadas a recado:

viéronse unos a otros,
 lid ferida han comenzado.

Don Nuño con don Enrique,
 ambos se han encontrado:
 ferido estuvo en el rostro
 don Nuño, y muy quebranta-

[do

estuvo por se vencer
 con todos los sus llegados,

si no llegara el socorro,
 que el buen rey le ha envia-
 [do;

don Enrique con los suyos,
 dejado habían el campo.
 Tornados son a Lebrija,
 por ser muchos los contra-
 [rios:

a Santa María del Puerto,
 esa noche son llegados;
 no osan allí aguardar
 que el lugar no era poblado.
 Entrado se ha en un navío,
 para Cádiz se ha embarcado:
 no osa aguardar al rey,
 que gran pavor le ha cobra-
 [do.

De Cádiz partió a Valencia,
 luego a Aragón ha llegado;
 fué para el rey don Jaime,
 que era suegro de su herma-
 [no.

No lo quiso recibir,
 ni tener en su reinado,
 por no enojar a su yerno
 Alfonso, rey castellano.
 Proveyólo de navíos,
 a Túnez había pasado.
 Acogiólo bien el rey
 sabiendo qu'es de alto esta-
 [do:

diérale muchos haberes,
 con él viviera cuatro años.
 Muy bien sirve don Enrique
 al rey moro ya nombrado,
 en las guerras que ha tenido
 con los moros comarcanos.
 ganó mucha honra y prez,
 de todos es muy loado;
 en toda tierra de moros,

es temido y muypreciado.
Los moros con gran envidia,
gran traición le han levanta-

[do;

Dicen al rey que el infante
es de todos muy amado,
y que consigo trae gentes
esforzadas, de cristianos,
y que si el infante quiere
su reino le había quitado;
que lo despida le ruegan,
por excusar tanto daño.

Mucho le pesaba al rey,
por esto que le han contado;
no osa decirlo a Enrique,
porque tiene averiguado
que le alborote su reino,
o se vaya a sus contrarios,
de arte que el reino pierda.
Acordado ha de matarlo,
mas no lo osaba hacer,
por temor de sus criados,
que son fuertes caballeros,
y en armas bien aprobados.
El rey tiene dos leones,
feroces, crecidos, bravos,
metidos dentro en su casa
en un lugar apartado.

Consejéronle sus moros,
que el rey muy disimulado
llamase al buen don Enri-

[que,

y ambos se vayan hablando
junto a do están los leones,
y que allí lo haya dejado,
diciendo que lo aguardarse,
que luego habría tornado,
y quedando Enríque sólo

d'esto no se recelando,
soltarían los leones,
y fuera despedazado.

Muy bien pareció al rey mo-

[ro

el consejo que le es dado:
envió por el infante,
luego vino a su llamado.

Juntos entraban los dos
al corral que es ya contado;
fuera quedaban los suyos,
no lleva ningún cristiano,
que así lo mandaba el rey
como fementido ingrato.

Dejara al infante solo
con la traición encelado;
los leones fueron suetlos,
y el buen infante esforzado,
arrancara de su espada,
que siempre trae a su lado.
Corrió contra los leones,
mas ellos no han osado
aguardar al buen infante,
do salieron se han tornado.
don Enrique salió fuera;
los moros quieren matarlo,
mas su rey no consintió,
y de muerte lo ha librado.

Para Roma se partió,
a la guerra que han armado
los romanos con los reyes,
de Apulla, ese reinado,
y también el de Calabria,
y de Provenza el condado,
do fincó en aquestas guerras,
las armas ejercitando;
hizo allí grandes hazañas
y mucho se ha señalado.

LIGASE ALFONSO X CON EL REY
MORO ABENYUZA, PARA RECUPERAR
EL REINO QUE SU HIJO REBELDE
LE USURPABA

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Aquese infante don San-
[cho

hizo lo que no debía,
alzóse contra su padre
que Alfonso el Sabio decían.
Tomóle todas sus rentas,
sus ciudades y sus villas,
diciendo es pródigo el rey
y que d'ello usado había
por haber hecho moneda
que buen valor no tenía,
y quitado el vasallaje
que a Castilla le debía
ese rey de Portugal
casado con la su hija,
y que diera mucha plata
que una reina le pedía
para sacar de prisión
a un marido que tenía.
Muy triste está el rey Alfon-
[so,

muy gran pobreza tenía,
y con desesperación
su corona allende envía
a Abenyuza ese rey moro,
y emprestado le pedía.
Dióle sesenta mil doblas,
y el buen rey las recibía
Estando un día Abenyuza
con la su caballería
mostrándoles la corona,
dijéales d'esta guisa:
—Voluntad grande me viene
de ir, y hacerlo quería.

a ayudar a ese buen rey
que su mal hijo afligía;
todo el reino le ha quitado
sola le queda Sevilla.—
Los suyos le respondieron
que era bien lo que decía,
por que haría mal a cristia-
[nos

y a su amigo ayudaría.
Envió sus mensajeros
a ese buen rey de Castilla
ofreciendo de ayudarle
con persona y morería.
El rey se lo agradeció
la promesa que le hacía
pasó Abenyuza la mar
con gran flota que traía,
pasaba la mar con bien,
descendiera en Algecira.
Recibiólo el rey Alfonso
con muy crecida alegría
ambos sobre los asientos
estaban en gran porfía.
Abenyuza, ese rey moro,
por hacer más cortesía,
a los pies del rey Alfonso
sentarse el moro quería.
el buen rey no lo consiente,
so que estén en igualía
sentados en un estrado;
más el moro respondía;
—No es razón, buen rey Al-
[fonso,
ni en la crianza cabía
ser igual en los asientos
yo con la tu señoría,
porque a tí de luengo tiem-
[po
el reinado te venía;

yo lo era desde hoy
que Dios dado me lo había,
don Alfonso dijo al moro,
d'esta suerte respondía:
—No da Dios honra ni reinos
sino a quien lo merecía,
y ansí te los dió a tí, rey,
porque en ti muy bien ca-

[bía.—

Ambos firman su amistad.

y Abenyuza se partía.
Combatió muchos lugares
que al buen rey no obedecían
ganara muchas batallas
que ninguna se perdía.
Alfonso cobró los reinos
que don Sancho le impedía
por el socorro que el moro
con gran voluntad le hacía.

EPOCA DE SANCHO IV EL BRAVO

ALONSO PEREZ DE GUZMAN EL
BUENO

(De Lucas Rodríguez.)

Por los muros de Tarifa
vi a don Alonso asomado
que miraba en las barreras
a don Pedro el hijo atado,
que lo tenían los moros
para querer degollarlo
si no entregaba la villa
do lo tenían cercado.

Háblales d'esta manera
como hombre apasionado:
—Si queréis joyas de oro,
yo os las daré de buen gra-

[do;

o si hay algún caballero
que haga conmigo campo,
uno a uno, o dos a dos
tres a tres, o cuatro a cuatro,
Entraréis luego en Tarifa
en habiéndola ganado:
que el buen alcaide no suele
la villa qu'el rey le ha dado
entregársela a los moros
sin quedar despedazado;

y aunque me matéis mi hijo
no viviré deshonorado,
antes con crecida honra
la defenderé doblado.

Si la gloria de mi hijo
fué mayor que mi pecado,
tomá con qué le matéis,
mi puñal, ensangrentadlo
con esa sangre inocente
que no cometió pecado.—
Estas palabras diciendo
del muro se había quitado.
Dan voces en el real
viendo al niño degollado.

Vuelve, diciendo:—¿Qué es
[esto?

Con el semblante alterado,
creí que entraban los moros
sobre caso no pensado.—
Asomóse a la muralla
vido su hijo degollado,
y vuelve alegre diciendo,
el corazón sosegado:
Envidia te tengo, hijo,
de ver cuán presto has lle-
[gado

a merecer tanta honra
como tú hoy has ganado,
por tu patria y por tu rey
dejándome tan honrado.

Todos te alebemos, hijo,
no mereces ser llorado,
pues que tan tierna niñez
tan bien la has empleado.

EPOCA DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO

MUERTE DE LOS CARVAJALES

Válasme, nuestra Señora,
cual dicen, de la Ribera,
donde el buen rey don Fer-

[nando

tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo
hasta el jueves de la Cena,
que el rey no se hizo la barba
ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,
un canto por cabecera,
los cuarenta pobres comen
cada día a la su mesa.
De lo que a los pobres sobra
el rey hace la su cena,
con vara de oro en su mano
bien hace servir la mesa.
Dícenle sus caballeros
donde irá a tener la fiesta
—A Jaén, dice, señores,
con mi señora la reina.—
Después que estuvo en Jaén
y la fiesta hubo pasado,
pártese para Alcaudete
ese castillo nombrado:
el pie tiene en el estribo,
que aún no se había apeado,
cuando le daban querella
de dos hombres hijosdalgo,
y la querella le daban
dos hombres como villanos.

Abarcas traen calzadas
y agujadas en las manos.
—Justicia, justicia, rey,
pues que somos tus vasallos
de don Pedro Carvajal
y don Alfonso su hermano.
que nos corren nuestras tie-

[rras;

y nos rababan el campo,
y nos fuerzan las mujeres
a tuerto y desaguisado.
Comíannos la cebada
sin después querer pagallo,
hacen otras desvergüenzas
que vergüenza era contallo.
—Yo haré d'ello justicia,
tornáos a vuestro ganado.—
Manda pregonar el rey
y por todo su reinado,
que cualquier que los hallase
le daría buen hallazgo.
Hallólos el Almirante
allá en Medina del Campo
comprando muy ricas armas,
jaeces para caballos.
—Presos, presos, caballeros
presos, presos, hijosdalgo.
—No por vos, el Almirante,
si de otro no traes mandado.
—Estad presos, caballeros,
que del rey traigo recaudo.
—Plácenos, el Almirante,

por cumplir el su mandato.—
Por las sus jornadas ciertas
en Jaén habían entrado.

—Manténgate Dios, el rey,
—Mal vengades, hijosdalgo.
Mándales cortar los pies.

Mándales cortar las manos,
y mándalos despeñar
de aquella peña de Martos.
Allí hablara el uno d'ellos:
el menor y más osado.

—¿Por qué lo haces, el rey?
¿Por qué haces tal mandado?
Querellámonos, el rey.
para ante Dios soberano,
que dentro de treinta días

vais con nosotros a plazo;
y ponemos por testigos
a San Pedro y a San Pablo:
por escribano ponemos
al apóstol Santiago.—
El rey no mirando en ello
hizo cumplir su mandado
por la falsa información
que los villanos le han dado,
y muertos los Carvajales,
que le habían emplazado,
antes de los treinta días
él se hallara muy malo:
y desque fueron cumplidos,
en el postrer día del plazo
fué muerto dentro en León
do la sentencia hubo dado.

EPOCA DE DON PEDRO I DE CASTILLA, LLAMADO EL CRUEL

MATA DON PEDRO A SU HERMANO
DON FADRIQUE, Y PRENDE A DO-
ÑA MARIA, SU TIA, PORQUE LLO-
RABA LA MUERTE DEL MAESTRE

—Yo me estaba allá en
[Coimbra
que yo me la hube ganado,
cuando me vinieron cartas
del rey don Pedro mi her-
[mano
que fuese a ver los torneos
que en Sevilla se han arma-

[do.
Yo Maestre sin ventura,
yo Maestre desdichado,
tomara trece de mula,
veinticinco de caballo.
todos con cadena de oro
y jubones de brocado:
jornada de quince días

en ocho la había andado.
A la pasada de un río,
pasándole por el vado,
cayó mi mula conmigo,
perdí mi puñal dorado,
ahogáraseme un paje
de los míos más privado,
criado era en mi sala
y de mí muy regalado.
Con todas estas desdichas
a Sevilla hube llegado;
a la puerta Macarena
encontréme un ordenado,
ordenado de Evangelio,
que misa no había cantado:
—Manténgate Dios, Maestre,
Maestre, bien seáis llegado,
hoy te ha nacido un hijo,
hoy cumples veinte y un
[años.

Si te pluguiese, Maestre,
volvamos a baptizallo,
que yo sería el padrino,
tú, Maestre, el ahijado.—
Allí hablará el Maestre,
bien oiréis lo que hablado:
—No me lo mandéis, señor,
Padre, no queráis mandallo,
que voy a ver qué me quiere
el rey don Pedro mi herma-
do. [no.—

Di de espuelas a mi mula
en Sevilla me hube entrado;
de que no vi tela puesta
ni vi caballero armado,
partíme para el alcázar
del rey don Pedro mi her-
mano. [do,

En entrando por las puertas
las puertas me habían cerra-
do,
quitáronme la mí espada,
la que yo traía al lado,
quitáronme mi compañía
la que me había acompaña-
do. [do,

Los míos desde que vieron
de traición me han avisado,
que me saliese por fuera
que ellos me pondrían en
salvo. [salvo,

Yo como estaba sin culpa
de nada hube curado,
fuíme para el aposento
del rey don Pedro mi her-
mano: [mano:
—Manténgaos Dios, el buen
rey,
y a todos de cabo a cabo.

—En mal hora vengáis, Ma-
estres, Maestre mal seáis llegado:
nunca nos venís a ver
sino una vez en el año,
y esa que venís, Maestre,
es por fuerza o por manda-
do.

Vuestra cabeza, Maestre,
mandada está en aguinaldo.
—¿Por qué es aquesto, buen
rey?

Nunca hice desaguisado,
ni os dejé yo en la lid,
ni con moros peleando.

—Venid acá, mis porteros,
hágase lo que he mandado,—
Aun no lo hubo bien dicho,
la cabeza le han cortado;
a doña María de Padilla
en un plato la han enviado,
qu'asi hablaba con ella
cual si viva hubiera estado.
Las palabras que le dice
d'esta suerte está hablando;
—Así pagaréis, traidor,
lo de antaño y lo de hogaño,
y el mal consejo que diste
al rey don Pedro tu herma-
no. [no.—

Asióla por los cabellos,
echósela a un alano;
el alano es del Maestre,
púsola sobre un estrado,
y a los aullidos que daba
atronó todo el palacio.
Allí demandara el rey:
—¿Quién hace mal a ese ala-
no?—
Allí respondieron todos

a los cuales ha pesado:
—Con la cabeza lo ha
del Maestre vuestro herma-

[no.—

Allí hablara una su tía
que tía era de entrambos:
—¡Cuán mal lo mirastes, rey!
rey ¡qué mal lo habéis mira-

[do!

Por una mala mujer
habéis muerto un tal herma-

[no.—

Aún no lo había bien dicho,
cuando ya le había pesado.

Fuése para doña María,
d'esta suerte le ha hablado:

—Prendedla, mis caballeros,
ponédmela a buen recaudo.

Yo la daré tal castigo
que a todos sea sonado.—

En cárceles muy oscuras
allí la había aprisionado;

él mismo le da a comer,
él mismo con la su mano:

no se la fía a ninguno
sino a un paje que ha criado,

LLORA DOÑA BLANCA EL RIGOR
CON QUE LA TRATA SU ESPOSO
EL REY DON PEDRO, ATRIBUYEN-
DOLO A HECHIZOS QUE LE DIO
LA PADILLA

Doña Blanca está en Sido-
[nia

contando su historia amar-
[ga:

a una dueña se la cuenta
que en la prisión la acompa-

[ña.

—De Borbón, dice, soy hija;
de Carlos, Delfín, cuñada,
y el rey de la flor de lis
pone en su escudo mis ar-

[mas.

De Francia vine a Castilla,
¡Nunca dejara yo a Francia!

Y al tiempo que la dejé
el alma al cuerpo dejara,

Pero si pueden desdichas
venir a ser heredadas,

según desgraciada soy,
hija soy de la desgracia.

Caséme en Valladolid
Con don Pedro, rey de Espa-

[ña.

el semblante tiene hermoso,
los hechos de tigre hircano.

Dióme el sí, no el corazón,
¡Alevosa es su palabra!

Rey que la palabra miente
¿Qué mal habrá que no lo

[haga?

Posesión tomé en la mano,
mas no la tomé en el alma,

porque se la dió primero
a otra más dichosa dama;

a una tal doña María
que de Padilla se llama,

y deja su mesma esposa
por una manceba falsa.

Por consejo de los grandes
le vi una vez en mi casa;

ocho días estuvo en ella,
cien mil ha que d'ella falta.

Caséme en un día aciago,
martes fué por la mañana,

y el miércoles enviudaron
el tálamo y la esperanza.

Dile una cinta a don Pedro

de mil diamantes sembrada,
pensando enlazar con ella
lo que amor bastardo enlaza:
húbola doña María,
que cuanto pretende alcan-

[za;

entrególa a un hechicero
de la hebrea sangre ingrata;
hizo parecer culebras
las que eran prendas del al-

[ma.

Y en este punto acabaron
la fortuna y mi esperanza.

A RUEGO DE LA PADILLA HACE
EL REY DON PEDRO MATAR A
SU ESPOSA DOÑA BLANCA

—Doña María Padilla,
n'os mostréis tan triste vos,
que si me casé dos veces
hícelo por vuestra pro,
y por hacer menosprecio
a esa Blanca de Borbón,
que a Medinasidonia envío
a que me labre un pendón.
Será el color de su sangre,
de lágrimas la labor.
Tal pendón, doña María,
yo lo haré hacer para vos.—
Llamó luego a Iñigo Ortiz,
un excelente varón:
díjole fuese a Medina
a dar fin a tal labor
Respondiera Iñigo Ortiz:
—Aqueso no lo haré yo,
que quien mata a su señora
face aleve a su señor.—
El rey d'aquesto enojado

a su cámara se entró,
y a un balletero de maza
el rey su ordenanza dió.
Aqueste vino a la reina
y hallóla en oración.
Cuando vido al balletero
la su triste muerte vió.
Aquel le dijo:—Señora,
el rey acá me envió
a que ordenéis vuestra alma
con aquel que la crió,
que vuestra hora es llegada,
no puedo alargalla yo.
—Amigo dijo la reina,
mi muerte os perdono yo:
si el rey mi señor lo manda.
hágase lo que ordenó.
Confesión no se me niegue
porque pida a Dios perdón.—
Con lágrimas y gemidos
al macero eterneció,
y con voz flaca, temblando,
esto a decir comenzó:
—¡Oh Francia, mi noble tie-
rra!
¡Oh mi sangre de Borbón!
Hoy cumplo dezisiete años
y en los deziocho voy:
el rey no me ha conocido,
con las vírgenes me voy.
Castilla, dí, ¿qué te hice?
Yo no te hice traición.
Las coronas que me diste
de sangre y suspiros son;
mas otra terné en el cielo,
que será de más valor.—
Y dichas estas palabras
el macero la hirió:
los sesos de su cabeza
por la sala los sembró.

LAMENTAN LOS LEALES CASTELLANOS LA MUERTE DE SU REY DON PEDRO, Y LOS TRAIADORES PARTIDARIOS DEL BASTARDO DON ENRIQUE LA CELEBRAN

(Atribuído a D. Luis de Góngora.)

A los pies de don Enrique yace muerto el rey don Pedro, más que por su valentía, por voluntad de los cielos. Al envainar el puñal el pie le puso en el cuello, que aun allí no estaba seguro de aquel invencible cuerpo. Riñeron los dos hermanos, y de tal suerte riñeron, que fuera Caín el vivo a no haberlo sido el muerto. Los ejércitos movidos a compasión y contento, mezclados unos con otros corren a ver el suceso: «Y los de Enrique cantan, repican y gritan: Viva Enrique; y los de Pedro clamorean, doblan, lloran su rey muerto.» Unos dicen que fué justo, otros dicen que mal hecho, que el rey no es cruel si en tiempo que importa serlo, y que no es razón que el con el rey entre a consejo.

a ver si casos tan graves han sido bien o mal hechos; y que los yerros de amor son tan dorados y bellos, cuanto la hermosa Padilla ha quedado por ejemplo. Que nadie verá sus ojos que no tenga al rey por [cuerdo, mientras que como otro Rodrigo no puso fuego a su reino; «Y los de Enrique», etc. Los que con ánimos viles, o por lisonja o por miedo, siendo del bando vencido al vencedor siguen luego, valiente llaman a Enrique, y a Pedro tirano y ciego, porque amistad y justicia siempre mueren con el muerto. [to.

La tragedia del Maestre, la muerte del hijo tierno, la prisión de Doña Blanca, sirven de infame proceso. Algunos pocos leales dan voces, pidiendo al cielo justicia, pidiendo al rey, y mientras que dicen esto, «Los de Enrique», etc. Lloro la hermosa Padilla el desdichado suceso como esclava del rey vivo, y como viuda del muerto. ¡Ay, Pedro, que muerte infame te han dado malos consejos, confianzas engañosas, y atrevidos pensamientos!

con perlas, piedras precio-
[sas
de valor muy estimado.

Ceñíala el rey Don Pedro
con placer, de muy buen
[grado,

porque se la dió la reina,
que dél era muy amado.

Doña María de Padilla
la cinta hobiera en su mano.

Dióla en poder de un judío
que era mágico y sabio;

puso en ella tales cosas
que al rey mucho han es-

[pantado,
que en ciñéndola en su cuer-

[po
culebra le ha semejado.

Cobró de ella gran pavor;
qu'era aquello ha pregunta-

[do;
los parientes de su amiga
al rey habían engañado:

dijéronle que la reina
con ella quería matarlo;

mucho la desama el rey,
luego d'ella se ha apartado.

Contra ella hizo proceso;
a sus grandes ha pesado,

mayormente a don Enrique
y también a sus hermanos.

Determinan todos juntos
de poner la reina en salvo,

porque estaba inocente
de lo que le es levantado.

El rey tiene enojo d'ello,
luego los ha desterrado;

mató muchos caballeros
los más nobles y estimados.

Uno fuera el buen maestre

de Calatrava llamado
Garcí Laso de la Vega
caballero muy honrado;

y en Córdoba, esa ciudad
mató a veinte jurados,
otros muchos caballeros,

y a Don Fadrique, su her-

[mano,
a don Diego y a don Juan,

niños, sus propios herma-

[nos,
también los hizo matar
sin ser en nada culpados;

y al buen don Juan de Le-

[desma
y a don Pedro ha degollado,
y a doña Leonor, su tía,

que de Aragón ha el reinado.
Y allá en Medina Sidonia

a su mujer ha matado,
esa reina doña Blanca,
sin haber en nada errado.

Quemara a doña Urraca,
y también fuera asolado

todo el linaje de Lara,
tan antiguo y sublimado.

Don Gutierre de Toledo
fuera muerto, y desterrado

don Basco, el arzobispo
de Toledo, ese obispado.

Degolló a don Alfonso,
que coronel fué nombrado,

que fuera ayo del rey,
¡muy mal pago le había da-

[do!
Y a Perálvarez de Osorio

también le quitó su estado;
degollólo en Villa-nueva;

también degolló a don San-

[cho,

y a don Tello y don Fadri-
 [que,
 sus hermanos son llamados.
 Doña Leonor de Guzmán
 también murió por su mano,
 y en presencia de su madre
 cuatro había descabezado,
 caballeros de valía
 de España muy estimados
 Pero Estevan el maestre
 de Calatrava maestrazgo;
 Ruy González Castañeda;
 Alonso Téllez honrado,
 y Martín Alonso Tello.
 Su madre, que lo ha mirado,
 turbada de tal crueldad
 como muerta había quedado.

Espantada está muy triste,
 desconsolada pasando;
 murió desde poco tiempo,
 vivió siempre lamentando
 la crueldad que su hijo
 hizo como mal cristiano.
 Mas estando en Montiel
 lo ha muerto ese su her-
 [mano:
 Don Enrique se llamaba,
 y por rey se ha coronado.
 Fué España muy alegre,
 a Dios está alabando:
 los que él viviendo eran tris-
 [tes,
 con su muerte se han gozado.

EPOCA DEL REY DON JUAN II, CON LOS ROMANCES DEL DUQUE
 DE ARJONA Y DE DON ALVARO DE LUNA

PRISION DEL DUQUE DE ARJONA

.En Arjona estaba el du-
 [que,
 y el bue rey en Gibraltar;
 envióle un mensajero
 que le viniese a hablar.
 Malaventurado el duque
 vino luego sin tardar;
 jornada de quince días
 en ocho la fuera a andar.
 Hallaba las mesas puestas
 y aparejado el yantar,
 y desde hubieron comido
 vanse a un jardín a holgar.
 Andándose paseando
 el rey comenzó de hablar:
 —De vos, el duque de Ar-
 [jona,

grandes querellas me dan,
 que forzades las mujeres
 casadas y por casar;
 que les bebiades el vino,
 y les comiades el pan;
 que les tomáis la cebada,
 sin se la querer pagar.
 —Quien os lo dijo, buen rey,
 no os dijera la verdad.
 —Llamaisme a mi camarero
 de mi cámara real,
 que me trajese unas cartas,
 que en mí barjoleta están.
 Védeslas aquí el duque,
 no me lo podéis negar.
 Preso, preso, caballeros,
 preso de aquí lo llevad:
 entregadlo al de Mendoza
 ese mi alcalde real.

PRESENTIMIENTOS QUE ANUNCIAN A DON ALVARO DE LUNA SU CAIDA DE LA PRIVANZA DEL REY

A don Alvaro de Luna, condestable de Castilla, el rey don Juan el segundo con mal semblante le mira. Dió vuelta la rueda varia, trocó en saña sus caricias, el favor en amenazas: privaba, mas ya no priva. Ejemplo dejó en la tierra porque el hombre mire arriba: no hay seguridad humana sin contradicción divina. Una siesta, el condestable, que dormilla no podía, con su secretario a solas d'esta manera platica: —Hoy el rey no me ha ha-

miróme de mala guisa, dejáronme venir solo las gentes que me seguían: Traidores me quieren mal y con el rey me malsinan; él es fácil, falsos ellos, vencéranlo si porfían. —Condestable, mi señor, el mar brama, el aire arrima tu nave a enemigas rocas, amaina porque no embista. Sigue, cual la sombra al

[cuerpo, a la privanza la envidia; aprisa subiste al trono, ¡guarda no bajas aprisa! La pompa humana tú sabes

que engendra ambición mal-
[quista, pesadumbre, que en el aire está de un cabello asida, a los pies del rey te arroja, dile: —Señor, resucita este muerto a la tu gracia, pues fué tu gracia su vida.— Grande amor nunca se acaba sin dejar grandes reliquias, que disculpen del amado agravios y demasías. Tendrán tus amigos gloria, tus enemigos desdicha, tu verdad vitorias claras, claras penas sus mentiras. La humildad todo lo vence con los reyes, las porfías son vaivenes peligrosos, dan miserable caída.— Esto dijo el secretario; triste el maestre suspira, diciendo que a Dios ensaña el hombre que en hombre

[fía.

UN PAJE DE DON ALVARO LE ACONSEJA QUE HUYA LAS IRAS DE SUS ENEMIGOS Y DEL REY, MAS EL DESDEÑA EL AVISO

—Subid, señor Condestable, en ese trotón aprisa, fugiréis del rey la saña que a daros la muerte incita. Non vos fieis de fortuna, que cuido que horrible os mi-

[ra, y es sin prudencia su rueda

y os puede abatir de arriba.
Inconstantes son los hom-
[bres,

sus palabras son fingidas,
cautelosas sus mercedes
y sus falagos mentiras.

Volved los ojos, señor,
a las pasadas ruinas,
y furtad el cuerpo agora
a la que vos viene encima.
Tenedes espejos claros
de mil pasadas desdichas;
el tiempo vos da lugar,
las señales vos avisan.

De los privados lisonjas
son afeitadas mentiras,
y cuido que han de ser som-
[bra,
pues el rey su gracia os qui-
[ta.

A las pasadas mercedes
non miréis, que ya declinan,
y enredan un hombre bueno;
non vos fieis más: fugildas,
que a la corriente furiosa
la saña del rey imita,
con cuyo raudal veloz
lo más alto se derriba.

Pensad que habedes subido
a extremo de la desdicha:
la levantada privanza
vos amenaza caída.

La muerte viene con alas
puestas las faldas en cinta:
non hay plazo que non lle-
[gue,

ni deuda que non se pida.
De envidia una oscura nube
vuestros reflejos eclipsa,

y d'esos divinos rayos
la luz de privanza quitan.
Muchos grandes conocéis
que vos tienen grande invi-
[dia:

el rey es fácil, vos solo,
guardad non vos fagan mi-
[nas;

que en la casa de los reyes
como la ambición domina,
anda solapado el odio
y causa grandes ruinas.

La reina os quiere dar muer-
[te

el rey el segur afila;
dalde lugar en que quiebre
el tiempo sus graves iras.

Non vos sujetéis a fierrós
de las cárceles esquivas,
que enemigo aherrojado
más a su contrario aviva.

Non seáis en vuestras cosas
la flor de la maravilla,
que crece al salir el sol,
y el mismo sol la marchita.

Activad la aguda espuela,
mirad non vos falten cin-
[chas,

que más que ruego de bue-
[nos

os importa la fugida.
Dañ oído a mis razones,
que el amor la lengua incita:
dejad la corte y fugid,
que esperar non acredita.—

Esto dijo al gran Maestre
un paje que le servía;
non curó de él, y durmióse
recostado en una silla.

PRISION DE DON ALVARO.—PIDE
VER AL REY, SIN CONSEGUIRLO

El rey se sale de misa
de Santa María la Blanca;
don Alvaro el condestable
con otros lo acompañaba.
Díjole el rey en llegando,
con enojo estas palabras:
—Partíos de aquí, Condesta-

[ble,
que por vos me desacatan:
por creer vuestros consejos
mal me quieren en España;
si por ende hacedes otro
haríades en ello saña.—
Ya se parte el Condestable,
ya se vuelve a su posada,
amenazando a los grandes
que al rey tan mal informa-
[ran.

En la noche a la su cena
Diego Goter recio entrara;
díjole:—Catad, señor,
que por todo Burgos anda
como habedes de ser preso
el miércoles, que es mañana:
cabalgá en la mi mula
que yo vos sacaré en ancas
a la puerta de San Juan
cubierto con la mi capa.—
El Maestre se turbó,
díjole que bien hablara;
pidió una copa de vino
con unas peras asadas:
como las hubo comido
adormido se quedara.
Díjole Diego Goter
saliese, que se tardaba:
díjérale. anda, vete,

que voto a tal que no es na-
[da.

A la mañana otro día
Cartagena se levanta:
vió venir don Alvar Zúñiga
con doscientos hombres d'ar-

[mas
fué a despertar al Maestre;
el Maestre luego s'arma.
Díjole:—Tu padre avisa
que por él cercan la casa:
Castilla, viene diciendo,
libertad el rey demanda.—
El Maestre al gran ruido
asomóse a una ventana.

Dijo: —¡Hermosa gente es
[esta!
Mas luego dentro s'entrara,
que le tiró un balletero,
y por muy poco le errara.
El combate fué tan recio
que no hay cosa que le val-
[ga.

Acordó darse a prisión,
así como el rey lo manda.
El rey pasaba a comer,
iba allí el obispo de Avila;
vióle asomar el Maestre,
y como le vió así l'habla;
el dedo puesto en la frente
dijera con voz muy alta:
—Para esta, don Obispillo,
que la paguéis bien dobla-
El obispo respondiera [da.—
con miedo al velle con saña:
—Por las órdenes que tengo,
señor, yo no os culpo en na-
[da,
ni os tengo más cargo d'esto

que os tiene el rey de Gra-
[nada.—

Envió el Maestre al rey
le escuchase una palabra:
el rey envió a decir
se acuerde le aconsejara
que a hombre que prendiese
nunca le muestre la cara.

SENTENCIA A SU PESAR EL REY
A MUERTE A DON ALVARO DE LU-
NA, Y ESTE OYE SU SENTENCIA

En el tribunal supremo,
un lunes triste y amargo,
está don Juan el Segundo
justicia representando.

Doce jueces de su reino,
de su consejo de Estado,
hacen relación del hecho
con un proceso de agravios;
y después de haber leído
lo de pro y lo de contrario,
a don Alvaro sentencian
a un funesto cadahalso;
y pidiendo el rey la pluma
dice:—¡Ay tiempo contra-

[rio,
cuántas veces te tomé
para darte honrosos cargos,
y ahora por sólo uno,
que sabe el cielo si es falso,
buen Condestable, te quito
honra, vida, ser y estado!—
Fué a firmar, cayó la pluma;
y en el YO paró la mano,
y no pudo EL REY poner,
porque estaba el rey lloran-
[do;
y limpiándose los ojos

le dijo a su secretario:
—Extiéndase mi poder,
mas que a ser un rey, huma-

[no.
¡Mas cómo, si humano soy,
hoy el cielo he sentenciado
a que le quiten la luna?

¡Cruel sentencia y duro fa-
[llo!
¡Mas ay, que entre ella y el

[sol
se ha puesto un negro nu-
[blado,
que los vapores de envidia
no pueden romper sus ra-
[yos!—

Firmó la sentencia el rey,
y dejando sus estrados
en su real retrete llora
a su amigo y fiel vasallo.

Después de esto el fiel Maes-
[tre
de aquel gran pastor Santia-
[go,

en lugar de la venera
y del precioso lagarto,
se echó luego las cadenas,
para andar sólo dos pasos
que hay de la cama a la cruz,
consuelo de sus naufragios.
Sintió que abrían las puertas
que cierran cuatro candados,
y dice:—Hoy, Luna, feneces,
pues entra el sol en tu cuar-
[to.

En esta obscura prisión
tus rayos me han alumbrado,
y pues ya sobre el sol miras
sin dudá es el postrer cuar-
[to.

Hoy, Luna, importa que des
al mundo mayores rayos,
pues siempre la luz más lu-

[ce
cuando alumbra por mila-
[gros.

Cuando era nuevo en favores
creció mi curso tan alto,
que dijeron: «Nunca llena»
los envidiosos: «abajo.»—

Los que en la privanza sois
estrellas del cielo cuarto,
¡Mirad, que en mi tiempo

[tuve
señal del mal fin amargo!—
Con esto aplicó la oreja
a la voz del secretario,
y oyó la injusta sentencia,
sin apelación ni embargo.

EL REY FIRMA VACILANTE LA
SENTENCIA DE MUERTE CONTRA
DON ALVARO

El segundo rey don Juan
turbado toma la pluma
para firmar la sentencia
de don Alvaro de Luna,
y viendo que siete letras
son en deshacer su hechura
que con mercedes tan altas
tan igual hizo las suyas,
la real mano le tiembla,
la veloz lengua le turba;
que el amor que está en el

[pecho
mal los hombres disimulan.
—¡Ay!, dice, ¿cómo es posi-

[ble
el cielo permita y sufra

que quien tantas firmas hizo
sólo las deshaga en una?

¡Ay don Alvaro mezquino!
¡Grande fué tu desventura,
pues aunque te amó un rey
todo su reino te culpa!

Bien te librara del reino
que en perseguirte se aúna;
mas sois, don Alvaro, solo,
y sus envidias son muchas.
Sobre la mar de mi gracia
te alzaste cual blanca espu-

[ma,
que lo que tarda en hacerse.
eso solamente dura.

Confiastes en el tiempo
que a los confiados burla,
que es, con los males, de

[plomo,
y con los bienes de pluma.
Esta sentencia que firma,
hoy contra mí se ejecuta;
que si eres hechura mía,
hoy se deshace mi hechura-

[ra.—
Firmó poniendo la D,
vióla, y dijo: —Letra dura,
borrarte quiero...; mas no,
que el horror tristeza anun-
[cia.—

Puso la O y la N.
y como vió parte junta,
dijo: —No es don, y sí lo es,
es desdicha y no ventura.—
Acabó poniendo el JUAN,
y luego arroja la pluma,
diciendo: —Quiebro esta fle-

[cha
que me ha muerto con la
[punta.—

No pudo hablar más palabra,
que la garganta le añudan
las lágrimas que pretenden
salir de su pecho juntas.
Echó el proceso en el suelo,
y en su retrete se oculta,
y el secretario con eso
parte a la prisión oscura.

DESCRIBESE EL APARATO Y CON-
CURSO QUE HUBO EN EL SUPLI-
CIO DE DON ALVARO DE LUNA

(De D. Francisco de Que-
vedo.)

«Hagan bien para hacer
[bien
por el alma d'este hombre.»
Al son de las campanillas
van diciendo en altas voces:
—Dén para enterrar el cuer-
[po
del rico ayer, y hoy tan po-
[bre,
que si no le dan mortaja,
no la tiene, ni hay de dónde.
Mueva a compasión su muer-
[te;
socorrelde, pretensores,
pues que tanto dió y dar
pudo
a tantos de los que le oyen.
El que daba dignidades,
haciendo duques y condes,
grandes, marqueses, prela-
[dos,
maestres, comendadores;
el que con la voluntad
pudo hacer y hizo hombres.

como delincuente muere:
«Dalde limosna, señores.»
Ayer el mundo mandó;
hoy de un bochín sucio y
[torpe
se sujeta al proceder,
y humilde a sus pies se pone.
Por estas calles que hoy pasa
entre confusos pregones,
le vimos acompañado
del mismo rey y su corte,
y ¡dichoso el que alcanzaba
su lado, o ponerse adonde
con su vista le alcanzase,
ya que no con sus razones!
Hoy a este mismo acompa-
[ñan

mil populares montones
de gente ociosa, perdida,
vagamundos, malhechores.
El que pudo lo que quiso
con los dados por tutores,
como delincuente hoy muere.
«Dalde limosna, señores.»
¡Oh mundo vano, caduco,
cómo pagas a quien pone
sus esperanzas en ti!
¡Y cuán pocos te conocen!—
Esto un cofrade decía
de la caridad a voces,
cuando por la Costanilla
un tropel de gente rompe.
La guardia del rey don Juan
se divide en escuadrones,
para que de su justicia
la ejecución no se estorbe:
Gran cantidad de alguaciles,
dos alcaldes de su corte,
tres capitanes con gente

por las calles y cantones:

«Plaza, aparte, aparte», cla-

[man

diciendo los muñidores:

«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este hombre.»

En medio viene el de Luna

rompiendo los corazones,

en una mula enlutada,

capuz hasta los talones,

una caperuza negra,

agravado con prisiones,

a los lados uno y otro

un par de predicadores.

Todos se conmueven de él,

ni hay quien de vello no

[llore,

y al preguntar por qué mue-

[re

todos los hombros encogen:

Los pregoneros lo dicen,

unos a otros lo responden.

Llegaron a un cadahalso,

encima del cual le ponen,

teatro de su tragedia,

donde lo que dicen oye:

«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este pobre.»

MUERTE DE DON ALVARO DE LUNA

Con triste y grave semblan-

oyendo está la sentencia [te

el condestable de Luna,

sin género de flaqueza.

No le ha turbado el temor

de la muerte, ni el afrenta

del acusado delito;

antes dice con paciencia:

—Justo pago ha dado el cielo

a mi privanza soberbia,

que de servicios humildes

favores de un rey la engen-

[dra,

pues como hiedra en sus bra-

[zos

creció, y en fin como hiedra

en faltándole su sombra

no hay cosa que no la ofen-

Nadie procure privar [da.

con los reyes, porque sepan

que quien más con reyes pri-

[va

tiene la muerte más cerca;

que la privanza en el suelo

es una insaciable fiera,

tósigo que sin sentirse

se derrama por las venas:

es blanco donde la envidia

todos sus tiros asesta;

terrero de las malicias,

fortaleza sin defensa.

Púsome a mí la fortuna

en la cumbre de su rueda;

mas como es rueda, rodó

hasta bajarme a la tierra.

¡Ah segundo rey Don Juan

y qué contento muriera,

si por servirte este día

me quitaras la cabeza!

Más siento perder la fama

que me quita tu grandeza.

que el castigo que me das,

puesto que lo mereciera.

No me espantará la muerte,

pues no es morir cosa nueva.

Mas morir en tu desgracia,

más que el morir me ator-

[menta.

Si jamás en dicho o hecho
ofendí tu real grandeza,
no me perdone mis culpas
Dios, a quien voy a dar cuen-

[ta;

si no es que el hado infelice,
mi clima y fatal estrella
quiso, porque el cielo quiso,
que con voz de traidor muera.
Luna fuí que allá en tu cielo
tanto crecí, que pudiera
cual otro Faetón al mundo
abrasar, si traidor fuera;
pero mientras no vencieron
las invidiosas tinieblas
de tu sol las confianzas
en la fe de mi nobleza,
mi luna dió tanta luz
con la tuya acá en la tierra,
que de invidia se turbaron
en tu cielo mis estrellas,
do hicieron tales efectos
en el sol de tu grandeza,
que hacen menguar a mi luna
antes que se viese llena.

Erró la ventura el tiro,
desenfrenaron las lenguas
los émulos, y acertaron
en dalles tu grata audiencia;
y como todo es finito
el bien que nos da la tierra,
en tierra me vuelvo yo
con esta inmortal afrenta.

Crezcan contentos agora
los que mi menguante espe-

[ran;

mas miren que acaba el mío
cuando a llenarse comien-
Quiso pasar adelante, [zan.—

mas no pudo, porque entraron
el de Zúñiga y seis frailes,
que ya ha rato que le espe-
[ran.

Acompañóle gran gente,
como amiga de novelas,
hasta que en el cadahalso
vió el verdugo que le espera.
Abrazóse a un crucifijo
vertiendo lágrimas tiernas;
que un pecho que está sin

[culpa

con facilidad las echa.
Vuelos los ojos al cielo
y las rodillas en tierra,
dijo: —Dulce Señor mío,
mi alma se os encomienda.—
Cortó el astuto verdugo
de los hombros la cabeza,
que por el aire decía:
—Credo, credo, esfuerza, es-
[fuerza...

ENTIERRO DE DON ALVARO

Dividida de los hombros
aquella cabeza hidalga
donde la muerte interpuso
contra la vida su espada;
oscuros sus rayos bellos
de aquella luna muy clara
que el que su creciente vido
jamás creyó que menguara;
derribada por el suelo
la torre de la privanza
que cargó los fundamentos
sobre humanas esperanzas;
el gran Condestable puesto

en una pequeña caja
 a vista de varios ojos
 como joya de importancia,
 en la mano del verdugo -
 por sus cabellos colgada,
 para que sirva de ejemplo
 en medio de la gran plaza
 el que a todos dió favores
 puesto en tierra, tierra aguar-
 a verle viene la gente: [da
 admíranse, piensan, callan;
 que el verle d'esta manera
 es lengua que en todos habla.
 Algunos le dan limosna
 para hacer bien por su alma:
 el vulgo estaba espantado,
 viendo una cosa que espan-

[ta;
 pues lo que le sobró en vida
 agora en muerte le falta.
 No hay vasallo ni escudero,
 ni gentil-hombre, ni guarda,
 que solamente desdichas
 le rodean y acompañan,
 porque es peste la miseria,
 que aun a los padres espan-

[ta;
 son los amigos cual sombra
 que el próspero sol aguarda,
 y deshace y aniquila
 la noche de la desgracia.
 En hombros de palanquines
 las andas y el cuerpo cargan,
 que por ser cuerpo de pobre

es carga horrible y pesada.
 A San Benito lo llevan
 donde la tierra le aguarda,
 que como madre de todos
 tiene para todos gracia.
 Dichos todos los oficios
 con humilde voz y baja,
 que las exequías del pobre
 muy pocas veces se cantan;
 plantanle al fin en la tierra,
 que fué del hombre plantada,
 a do tienen de dar fruto
 sus obras buenas o malas.
 Sobre el humilde sepulcro
 le ponen piedra pesada,
 que como hombre aborreci-

[do
 tienen miedo que se salga.
 Con letras grandes y negras
 el duro mármol entallan,
 que dicen: «Fué hombre, y
 [estas
 son de hombres las privan-
 [zas.»

Y fué menester ser piedra
 la que dijo estas palabras;
 que para sufrir y hablar
 necesario es que se hagan
 piedras los bronces, que así
 dirán todo lo que pasa.
 Mirè el hombre que confía,
 al fin, que todo se acaba,
 y que solamente Dios,
 al que le sirve, honra y paga.

EPOCA DE DON ENRIQUE IV EL IMPOTENTE

CASASE LA INFANTA ISABEL DE
CASTILLA CON FERNANDO V DE
ARAGON

En corte del rey Enrique
muy grandes fiestas se hacen,
que las damas son hermosas
y avisados los galanes:

d'ellos muestran sus cuida-

[dos

en las fiestas de reales;

d'ellos en motes y en letras,

d'ellos en otras señales,

d'ellas les dan disfavores,

d'ellas favores muy grandes,

d'ellas les piden cabezas

de los morillos de Tanger.

No tiene el reino heredero,

mas poquito se les da,

pues tienen a la princesa,

qu'es doña Isabel la Grande:

tráenle muchos casamientos,

mas tres son los principales:

el gran duque de Milán,

y ese rey Guercho de Nápo-

[les,

y el príncipe de Aragón,

sin otros muchos muy gran-

[des.

La princesa, que es discreta,

quiso vellos si eran tales:

ha mandado a un gran pintor

que los pinte naturales,

y los tome descuidados,

por ver la vida que hacen.

El pintor, que sabio era,

con tal recaudo se parte.

Al cabo de sus jornadas

llega al reino de Nápoles,

adonde hallara al rey

en jardines con joglares,

entre dueñas y doncellas,

burlando con albardanes.

Pintáralo así el pintor,

y para Milán se parte.

El duque había comido;

hallóle que se retrae

con un privado abrazado

que mucha fiesta le hace.

Dende allí torna a España,

y en Fraga halló al infante,

al infante don Fernando,

acompañado de grandes,

armado de todas armas,

que comenzaba a justar.

El pintor lo sacó al vivo,

y con los retratos va.

Halos dado a la princesa,

cada cual muy natural.

Como al de Nápoles vido

con los truhanes burlar,

dijo arrojándolo lejos:

—Vicioso rey no me place.

Pues el duque de Milán

menos qu'el me satisface,

qu'el príncipe deshonesto

muy poquito precio vale.—

Descogiendo al de Aragón,

en viéndolo, dijo:—Baste,

este quiero por marido,

que bien inclinado sale.—

EPOCA DE LOS REYES CATOLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL

UN LOCO HIERE EN BARCELONA
AL REY CATOLICO DON FERNAN-
DO V

Estando el rey don Fer-
ese tan esclarecido, [nando,
en Barcelona la grande,
en gran ditado subido,
amado de sus vasallos,
de sus contrarios temido,
querido de los extraños
y de Dios favorecido
holgándose en su palacio,
un caso le ha sucedido;
y fué que bajando del,
ya después de haber comido,
en el último escalón,
bravamente fué herido
de revés, por el pescuezo,
sin poder ser defendido;
que a no llevar su cadena,
quedaba muerto e tendido.
El rey, muy maravillado,
mirando al hombre atrevido,
dijo de muy piadoso,
valeroso y entendido:
—¡Tate! ¡tate! no le maten,
porque el caso sea sabido,
y que vista la presente,
en prisión sea metido.
No lo digan a la reina,
que mucho lo habrá senti-
Castellanos, catalanes, [do.—
malamente se han asido:
los castellanos decían:
—Catalanes lo han urdido.—
Los catalanes responden

que d'ellos había salido.
El rey, en ver la revuelta,
en un caballo ha subido
con el duque de Cardona,
apaciguando el ruido.
El hombre que hizo el caso,
de locura convencido,
era Juan de Cañamares,
hombre tonto y sin sentido,
plebeyo y de baja suerte,
y en Cataluña nacido,
que pensó si al rey mataba
que por rey sería tenido;
porque de una noble dama
de amores estaba herido,
y de casarse con ella
se lo había requerido;
baronesa de la Roca
tenía por apellido,
a la cual dijo:—Señora,
¿si por rey fuese elegido,
no me tomárades vos
por esposo y por marido?—
Ella, burlándose d'el,
d'esta suerte ha respondido:
—Por ser reina, podrá ser,
aunque eres loco perdido.—
Con esta imaginación
hizo el caso referido.
La ciudad dice que muera;
el rey nunca ha consentido,
viendo que por necedad
el caso había cometido:
pero por honra del pueblo,
que muriese ha consentido;
sacáronlo a justiciar,
do pagó bien lo debido.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN

Estrecha cuenta le toman por parte del rey de España al gran capitán famoso, grande llamado por fama, sobre un bufete cubierto de muchos libros de caja, dos secretarios, más diestros en el papel que en las armas, delante de sus capitanes, con quien sujetó la Italia, dolientes aun todavía de las heridas no sanas. Cuidado le da una pluma a quien no se le da Francia, ni las montañas de gentes puestas delante su espada. Sacó un papel viejo y roto por descuidado en las calzas, y alargándolo a la mesa, así les advierte y habla: —La del alma es de temer, que la cuenta del que vive, buena o mala se recibe, cual la mía habrá de ser.

Gran dinero he recibido; pero téngolo gastado en el reino conquistado, con que a mi rey he servido.

Busquen debajo de tierra mis tesoros encubiertos, quizá los tendrán los muer-

[tos que aún blasfeman de la guerra.]

Porque el que más trabajó con el posible que pudo,

le sepultamos desnudo por paga que no alcanzó;

O vayan a mi posada, hallarán racimos de oro del granjeado tesoro en la tierra conquistada;

Que aún tienen de mí que-
[rella,

porque, siendo necesario, antes que la del contrario, permití a saco ponella;

Y de mi estado se entienda en cuánto estoy empeñado, porque ellas, rey heredado, se restituya mi hacienda.

Y así digo que al alcance se acabe de averiguar, porque tengo de cobrar cuando en un real sólo alcan-

[ce;

Porque atendiendo a que con el alma trabajé, [yo ni al rey lo perdonaré, ni al padre que me engendró

Salió el rey a esta ocasión, porque oyendo lo que pasa, y que el papel que presenta en más que un reino le al-

[canza,

puso a las cuentas silencio, y estrechamente le abraza, mandándole que se cubra para principio de paga;

que es propio de la virtud el querer verse apretada, y como el oro en crisol quiere lucir con ventaja.

EPOCA DE CARLOS I DE ESPAÑA

LA BATALLA DE PAVIA Y LA
PRISION DEL REY FRANCIS-
CO I DE FRANCIA

Pensativo el rey francés
da señales de indignado
de ver que el campo de Espa-
ña

hasta Marsella ha calado,
y para vengarse d'esto,
muy gran hueste ha congre-
Camina para Pavía, [gado.
allí su campo ha parado,
ordena sus escuadrones,
en dos partes se ha alojado:
asaltos le da crueles,
señálase el más osado.
Dentro está Antonio de

Leiva
capitán muy esforzado;
resistiendo va al francés;
una puente le ha quebrado,
porque no pudiese entrar
do tenía determinado.

El francés de enojo de esto
los molinos le ha asolado:
Leiva, poniendo atahonas,
este daño ha remediado.
Por tres partes a Pavía
muy gran combate le ha da-
do:

cierta parte, en el batir,
del muro se ha derribado:
con terraplenes y pozos
Leiva todo ha reparado.
Ese marqués de Pescara
a socorrer ha llegado
con infantería española

y gran gente de a caballo.
Y cuando que el campo supo
que el francés había mudado,
marchó, y animosamente
a Sant Angelo ha tomado.
Allí un bravísimo encuentro
con franceses ha logrado:
la victoria en la refriega
por España había quedado,
do caballos setecientos,
de franceses, ha tomado.
De una pérdida tan grande
quedó el rey temorizado.
Con tal victoria los nuestros
en el parque se han entrado;
a la vuelta de Pavía
sin resistencia han marcha-

[do,
y no pudiendo entrar dentro,
el campo han aposentado.
Aviso, Antonio de Leiva,
de allí al marqués ha enviado
qu'en oír tirar los tiros
todo hombre está avisado
de salir presto en campaña
contra el francés, mal su gra,
encamisados: la causa, [do
porque así estaba ordenado.
Hecha la señal, de presto
los dos campos se han tra-
bado.

Salido Antonio de Leiva
de su campo acompañado,
vieras arneses tendidos,
cual con pecho atravesado,
cual sin brazo, cual sin pier-
na.

cual rompido y destrozado:
cual rompe, cual huye y co-

[rre,

cual cae bajo su caballo.

Disparan artillería,
del humo el cielo añublando,
las banderas sin concierto,
todo el campo ensangrenta-

[do.

Al cabo de muchas horas
de día tan fortunado
por España la victoria
a voces ha divulgado;
a do fueron tantos muertos,
que es imposible contarlo,
y presos muchos señores
franceses de gran estado.

El triste rey, que se vió
roto y tan desamparado,
intentaba de salvarse;
mas su intento fué excusado,
que luego fué conocido,
como iba señalado.

Los soldados le rodean,
del estoque se ha ayudado.
No queriéndose rendir,
Anoyeron ha llegado,
capitán, y en conocerle,
d'esta suerte le ha hablado:
—Ríndase su Majestad.—

Esta respuesta le ha dado:
—Anda, llámame a Lanoy,
visorey tan señalado,
que en sus manos quiero dar-

[me.—

Al momento fué llamado.
Venido, con cortesía
ante el rey se ha arrodilla-

[do:

el estoque le dió el rey,

del suelo le ha levantado;
dióse por su prisionero;
la manopla le ha quitado,
y dióla a Vila, porque
fué quien la hubo acosado.
Dichoso el que allí podía
quitarle encima el caballo,
cual espuela, cual el cinto,
cual de sobreropa un palmo
D'esta suerte el rey francés
fué preso a España llevado.

HERNAN CORTES QUEMA SUS NA-
VES PARA NO DEJAR A LOS SUYOS
OTRA ESPERANZA QUE LA
VICTORIA

Donde se crespa madeja
reclina el sol y su carro,
donde empieza el nuevo mun-
y el imperio mejicano, [do
mira Cortés sus navíos
ya en el puerto deseado,
con tanto afán descubierto
para temer mayor daño.
Los trabajos considera
de su moderado campo,
y como muchos rehusan
la cerviz a casos varios
que les ofrece fortuna,
más duros que los pasados.
a quien no falta razón
sus fines considerando,
mira que salir no puede
con su pretensión, en tanto
que estén las naves en pie,
y a Iberia abiertos los pasos.
Acaba de resolverse,
tras vacilar breve espacio,
el dar al través con todas,

como lo hizo, dejando
la más pequeña en el puerto
para los ánimos flacos,
a quien la sombra acobarda
de los pensamientos altos.

Amotinólos el hecho
al parecer temerario,
a quien dice con voz grave:

—El navío que he dejado
es para el que irse quisiere
con todo lo necesario;
que no pelean los muchos,
sino los pocos honrados.

Este tal se embarque luego
dejando el bélico ornato,
que el que de la guerra huye
no ha menester ir armado:
goce de su dulce patria
y del lecho regalado:

si d'esta suerte se adquiera
la opinión y nombre claro,
no dilate su partida

ni inficione más mis hados,
que de Cortés no tropieze
la suerte en pecho tan bajo.
Una cosa siento mucho,
y es que sepa el quinto Car-

[los

que dejáis sus estandertes
victoriosos, ya manchados,
no del contrario abatidos,
sino en su tierra erbolados,
destrozando la ocasión
que pudiera eternizarlos,
porque a la diestra fortuna
dais nombre de adverso ca-

[so;

lo que en las manos os pone
a las ajenas dejando,
así como el labrador

que cobija el rojo grano
para ser a la cosecha
perezoso y descuidado.

¿Queréis que otros se coro-

[nen

con ramas de vuestro lauro,
y que ciña el fuerte robre
indigna sien de tocarlo?

Advertid bien que la fama
canta lo bueno y lo malo;
que si ensalza al valeroso,
abate al cobarde y bajo.

¡Pésame de que se diga
que fué Cortés tan liviano
en elegir compañeros

de quien no estaba enterado!
Pero todo aquesto cesa

con morir solo y honrado,
pues al vil temor se entrega
el autor de tan mal caso.—

Esto dijo por tentar

el ánimo acobardado
de los que intentaron irse;
mas sus razones notando

todo el campo, con voz alta
el alto hecho loando,

alzan de nuevo las diestras
de morir con él jurando.

Dió con la nave al través,
que de industria había deja-
con ella el flaco temor [do,
de los pechos desterrado.

ROMANCE DEL SACO DE ROMA,
POR LAS TROPAS DEL CONDES-
TABLE DE BORBÓN

Triste estaba el Padre San-

[to,

lleno de angustia y de pena

en Sant Angel, su castillo,
 de pechos sobre una almena,
 la cabeza sin tiara,
 de sudor y polvo llena,
 viendo a la reina del mundo
 en poder de gente ajena.
 Los tan famosos romanos,
 puestos so yugo y melena;
 los cardenales atados,
 los obispos en cadena;
 las reliquias de los santos
 sembradas por el arena;
 el vestimiento de Cristo,
 el pie de la Madalena,
 el prepucio y Vera-Cruz
 hallada por Santa Elena,
 las iglesias violadas,
 sin dejar cruz ni patena.
 El clamor de las matronas
 los siete montes atruena,
 viendo sus hijos vendidos,
 sus hijas en mala estrena.
 Cónsules y senadores
 de quejas hacen su cena,
 por faltalles un Horacio,
 como en tiempo de Prosená.
 La gran soberbia de Roma
 hora España la refrena:
 por la culpa del pastor
 el ganado se condena.
 Agora pagan los triunfos

de Venecia y Cartagena,
 pues la nave de Sant Pedro
 quebrada lleva la entena,
 el gobernalle quitado,
 la aguja se desgobierna:
 gran agua coge la bomba,
 menester tiene carena,
 por la culpa del piloto
 que la rige y la gobierna.
 ¡Oh Papa, que en los Cle-
 [mentes

tienes la silla suprema,
 mira que tu potestad
 es transitoria y terrena!
 Tú mismo fuiste el cuchillo
 para cortarte tu vena.
 ¡Oh fundador de los cielos,
 dadnos paz, pues es tan bue-
 [na!

Que si falta a los cristianos,
 huelga la gente agarena,
 y crece la secta mala
 como abejas en colmena.
 La justicia es ya perdida;
 virtud duerme a la serena;
 quien más puede come al
 [otro,
 como en el mar la ballena:
 fuerza reina, fuerza vale,
 dice al fin mi cantilena.

EPOCA DE FELIPE II

DON JUAN DE AUSTRIA SALE DE GRANADA, CON EL DUQUE DE SESA, CONTRA LAS ALPUJARRAS
(De Ginés Pérez de Hita.)

El hijo de Carlos Quinto se salía de Granada, con él, el duque de Sesa para ir a la Alpujarra. Veinte mil soldados lleva, toda gente aventajada; lleva también mil caballos con la nobleza de España. Ricas banderas tendidas, que el aire las tremolaba, a Guejar hacen camino junto a la Sierra-Nevada, porque se tiene noticia que hay de moros grande es-
[cuadra.

El de Austria hace dos cam-
[pos,
por marchar fácil la entra-
toda la noche caminan [da:
hasta que ya vino el alba.
El duque llegó primero a Guejar; moros no halla, que se salieron de allí en la misma madrugada, porque tuvieron aviso de los moros de Granada que un gran campo va sobre
[ellos

a recorrer la Alpujarra. Algunos viejos hallaron que pasaron por la espada. Tras de los moros camina el buen capitán Quesada

y corriendo muy apriesa alcanzó la retaguardia. Trabaron escaramuza; los cristianos nada ganan; unos y otros se retiran, y cada bando se aparta. Los moros a los cristianos hicieron una emboscada, vestidos como mujeres, y en un llano los aguardan. Quesada con su escuadrón pensó coger la manada; más cuando llegan a ella les dan una rociada de buena arcabucería, mostrando furia muy brava. Los cristianos se retiran dejando muerto a Quesada, y con él ocho soldados por codicia desdichada. A Valor se van los moros, donde Avenábo estaba, el cual muy mal los recibe; Buena fraterna les daba, porque dejaron a Guejar sin valerse de las armas! Mas un turco muy famoso le ha salido a la parada, diciendo que es cosa jutsa tener a Guejar en nada. Audalla con mal designio a Almuñecar caminaba, y a tomar la Salobreña, por ser puesto de importan- para que salte la gente [cia que del Africa esperaba. Almuñecar se defiende, Salobreña no va en zaga,

porque tienen de presidio
 gente valerosa y brava.
 Avenabo se retira
 sin la presa que pensaba:
 a Valor se torna el moro
 con acuerdo que tomara;
 el de Austria se parte luego
 a Galera, que está alzada,
 dejando gran campo al du-
 [que,
 que queda en el Alpujarra.
 A Huéscar llegó su Alteza,
 donde el de Vélez estaba,
 y al cual se holgó de ver,
 porque era mucha su fama.

DESCRIBESE LA BATALLA NAVAL
 DE LEPANTO, GANADA POR DON
 JUAN DE AUSTRIA A LOS TURCOS,
 DE CUYA ARMADA SOLO SE SALVA
 EL OCHALI REY DE ARGEL, CON
 ALGUNAS GALERAS

Con gran poder de Sicilia
 la armada real salía;
 rígelala don Juan de Austria,
 príncipe de gran valía,
 hermano del rey Felipe,
 que por general lo envía.
 Doscientas y once galeras
 el buen príncipe regía;
 treinta y seis naves armadas,
 seis galeazas había;
 capitanes muy famosos,
 soldados en demasía,
 duques, condes y marqueses
 llevaba en su compañía,
 y un estandarte dorado
 en su galera traía
 con un Cristo figurado.

al cual llevaban por guía,
 que el Padre Santo de Roma
 a don Juan dádole había:
 y a los tres días de octubre
 se salían de Mesina,
 pífanos y atambores
 retumbando melodía,
 en busca van de la armada
 de la gente de Turquía;
 búscanla de puerto en puerto
 sin punto de cobardía;
 sus bergantines delante
 uno va y otro venía;
 y a los seis días de octubre,
 a la que el alba rompía,
 una fragata tomaron,
 la cual nueva dado había
 de la armada de los turcos
 que a buscar don Juan venía.
 Trescientas velas de remos,
 entre las cuales había
 doscientas ochenta galeras
 con lucida infantería;
 veinte galeotas ligeras
 con gente de Esclavonía.
 Pialí-Bajá, general
 de aquella armada venía,
 que en el golfo de Lepanto
 el turco dejado había.
 El de Austria qu'esto oyó,
 en la mar alto hacía:
 mandó llamar generales,
 qu'en guerra más entendían,
 y en el real ayuntados,
 el de Austria así decía:
 —¿Qué os parece, mis seño-
 [res?
 Vuestro parecer se diga.
 ¿Será bien que acometamos
 a la gente de Turquía?—

Algunos dijeron no, que cierto no convenía que pusiesen tan en riesgo armada de tal valía; porque esta tan gran armada la Cristiandad defendía. El príncipe no habló más, y a lo bajo decendía. Llama al veneciano; no tardó en su venida, y le dijo:—Buen conjunto, dinos, ¿en la santa Liga qué es lo que se ha de hacer contra la gran paganía? —Buen señor, demos en

[ellos,

Barbariego respondía.— Llamara al general al esforzado Juan Doría, y le dijo:—Buen hermano, amigo, ¿qué os parecía?— Las rodillas por el suelo el ginovés respondía: —Buen señor, acometamos a la gente de Turquía.— A don Alvaro Bazán a llamar también envía, y le dijo:—Buen marqués, vuestro voto se me diga.— El valeroso español con ánimo respondía: —Demos, señor, la batalla, que Dios nos ayudaría, y yo más quiero ser muerto que volver atrás la vía.— El Comendador mayor, sin llamarlo se venía, y le dijo:—Gran caudillo, espejo que relucía, la honra del rey de España

y la vuestra nos decía que no volvamos atrás por ningún orden ni vía.— El de Austria muy gozoso a la popa se subía, y en voz alta dijo a todos: —Magnánima compañía, cada uno se halle a punto para hacer lo que debía.— Todos dicen:—Gran señor, cada cual os prometía de hacerlo allí como bueno y de vender bien su vida.— Cada uno a su galera prestamente se volvía: pónense a punto de guerra, y luego tomaron vía para el golfo de Lepanto con gran placer y alegría, y a los ocho de octubre a las ocho horas del día descubrieron el armada, que próspero viento traía. Mas Dios, como es piadoso, a los suyos nunca olvida: por su gran misericordia la mar calma luego hacia; y metiéndose en orden el turco lo mismo hacía. A don Juan toman en me- el estandarte tendían, [dío; y el príncipe con esfuerzo en la fragata se metía. Va de galera en galera como aquí se contaría: en la su mano siniestra un crucifijo traía, y en la otra la su espada, que grande ánimo ponía, animando a los soldados,

los jefes y artillería,
y les decía:—Hermanos,
esforzada gente mía,
mirad el cruel tirano
que delante parecía:
hoy se muestre vuestro es-

[fuerzo,

vuestra sobrada osadía
en defensión de la fe,
y morir en este día
por Cristo crucificado,
por su Madre esclarecida.—
Allí un santo teatino
qu'el Papa enviado había,
les publica un jubileo
qu'el Papa les concedía;
que cualquier que allí mu-
a la gloria se iría. [riese

Todos se arrodillaron,
el príncipe se arrodilla,
los ojos en el crucifijo,
d'esta manera decía:

—Poderoso rey del cielo,
mi fe grande en tí confía
que me darás hoy victoria
por tu piedad muy cumpli-

Y volvióse a la real, [da.—
que león bravo parecía,
y mandó tocar el arma;

Saboya y Malta acometían,
a Cambey y a Barbaroja
al encuentro le salían.

Diéronse gran rociada
de flechas y escopetería:
aquí se hizo gran guerra
y mortal carnicería.

Caracosa luego entró
y Baleato en compañía,
y don Alvaro Bazán
delante se le metía.

Quince galeras le echa
a fondo con su venida.
Mustafá, turco famoso,
que las señas conocía,
embistió a los venecianos
dando muy gran vocería.
Venecianos con esfuerzo
pelean qu'es maravilla;
con galeras y galeazas
espanto al turco metían.
Pialí-Bajá espantado,
que puesto en mira se había,
vió su armada desbaratada
y que iba de vencida;
muchos turcos a la mar,
mucha galera rendida;
de puro coraje llora,
su fortuna maldecía,
no porque punto desmayer,
que ni la muerte temía;
mas la fuerza le forzaba
lo que la razón decía;
y ansí arremete el turco
con gran saña y mortal ira.
El príncipe don Juan,
príncipe en la monarquía,
entró con muy gran pujanza,
con fe firme y no fingida,
disparando gruesos tiros
contra la gente agarina.
Encontró con el Bajá
;Bravamente le embestia!
Júntanse proa con proa:
peleaba el que más podía;
juegan de los arcabuces,
flechas y escopetería:
el humo era muy grande,
el fuego iba y venía;
no parece sino infierno
según el estruendo había.

Los unos decían: ¡Austria!
 Otros decían: ¡Turquía!
 Cada uno procuraba
 de llevar la mejoría;
 mas los nuestros hasta el ár-
 a puro pecho y herida [bol
 la ganaron cinco veces
 con esfuerzo y valentía.
 Los turcos como leones
 cada cual lo defendía:
 cinco galeras dan gente
 que no hay lengua que lo di-
 y a la nuestra solo dos, [ga,
 y en el nombre de María
 los cristianos belicosos
 asalta el que más podía,
 y rindieron la turquesca
 por la voluntad divina.
 Quinientos turcos mataron;
 el estandarte se abatía,
 y el de nuestra fe alzaron
 y vitoria se apellida.
 El príncipe venturoso
 a todas partes corría,
 y do era el más trabajo
 en un punto socorría,
 Juan de Andría a su lado,
 que dejarle no quería,
 y vieron al buen maltes
 su galera ya perdida,
 de siete otras cercado
 de aquella gente maligna.
 Sus soldados caballeros
 vivo ninguno tenía,
 sino es él, con solos cinco
 que la popa defendían,
 y los tres habían muerto;
 él rendirse no quería;
 mas viendo tan buen socorro
 de la popa se salía,

y empieza a decir:—¡Victo-
 [ria!
 ¡Viva Austria! ¡viva, viva!
 Los turcos desde esto oye-
 cada uno se rendía, [ron,
 sino Ochalí, rey de Argel,
 que se puso en huída
 con las doce galeotas
 que de Argel sacado había.
 El marqués de Santa Cruz
 y el de Uría le seguían,
 y tomáronle las cinco;
 su persona fué herida.
 El perro con solas siete
 escapado se había,
 porque era ya muy tarde
 y la noche le encubría.
 Cuatro horas duró el comba-
 [te,
 que no hay lengua que lo
 [diga:
 doscientas y ocho galeras
 se ganaron aquel día;
 las demás fueron a fondo,
 sin decir cosa fingida.
 Veinte mil turcos mataron
 de la gente más lucida,
 y doce mil cautivaron
 belicosos de valía,
 y quince mil libertaron
 de cristianos que allí había.
 La cabeza del Bajá
 por trofeo la traía
 el de Austria en una lanza,
 como el rey David hacía
 cuando mató al gigante
 que Golias se decía.
 Y en señal de la victoria
 qu'el buen Dios dado le ha-
 [bía,

cada cual con gran contento
d'esta manera decía:

Canción del fin del romance.

«Felipe, pastor chapado,
el ganado entrega a Juan,
que según fama la dan,
es zagal aventajado.

Es un zagal repolido,
hijo de Carlos, pastor,
y su hermano querido,
que no puede ser mejor.

Los turcos miedo le han
al de Austria muy nombrado
que según fama le dan,
es zagal aventajado.

Felipe sabe por qué
nos dió tan noble zagal,
que lo digo y lo diré
que en el mundo no hay su
[par.

Lleva la cruz por cayado.
y a su Dios por capitán,
con que nos libre de afán
y recuente su ganado.

Roguemos al Soberano
que lo tenga en su memoria
y le guarde de su mano,
dándole siempre victoria.

¡Oh, bien haya el rabadán
que tal zagal nos ha dado!
Que por siempre le dirán
qu'es zagal aventajado.»

DON JUAN DE AUSTRIA NOTICIA
A FELIPE II EL EXITO FELIZ DE
LA BATALLA NAVAL

Gallardo entra un caballe-
[ro
en corte del rey de España:

corriendo viene a caballo,
en palacio se apeara;
entró donde estaba el rey
y las manos le besara.

El rey, que le ha conocido,
del brazo le levantara:
preguntale con deseo
de Levante y de su armada.

Oyendo esto el caballero,
albricias le demandara:
metió la mano en el seno,
sacó una carta sellada,
y besándola en el sello,
con la cabeza hizo salva.

Alargó la mano el rey,
con gran gozo la tomaba:
leyendo el primer renglón,
la cruz de encima besaba.

—Decidme, buen caballero,
¿quién acabó la batalla?

—Señor, el favor de Dios
y fuerza de vuestra España,
y astucia del general
que gobierna vuestra arma.
Hala tornado a leer, [da.—
y en un momento la pasa,
siguiéndole el caballero,
adonde la reina estaba.

Sentóse el rey en su silla
y a la reina dió la carta,
y mientras la está leyendo
otra vez le preguntaba:

—Decidme, mi buen amigo,
¿cuánta gente me costara?

—Señor, pocos son los muer-
[tos,

y muchos ganaron fama,
porque el morir fué vivir,
siendo en tan justa deman-
da.—

El rey despachó correos que lleven esta embajada por las ciudades del reino, la cual luego fué llevada; y a tan noble embajador mil mercedes le otorgaba: la honra y gloria de todo el buen rey a Dios le daba.

EL DUQUE DE ALBA, VENCEDOR DE LOS REBELDES DE FLANDES, LES IMPONE DURAS CONDICIONES

Después que Carlos famoso, sumo emperador romano, de su estado victorioso subió al reino soberano a veinte y cuatro de junio, en la fuerza del verano, cuando el villano se ensan-

[cha de ver muy fértil su campo y estar las mieses crecidas, y en todo muy lleno el gra-

[no: vi gran compañía de gente, y entre ellos un viejo anciancabello y barba vellida, [no, blanca del nacer temprano, armado de todas armas, a lo divino y humano: la fe lleva por bandera, como fiel y buen cristiano, que según las gentes dicen, es el duque de Alba hispano, que el rey don Felipe envía, mayor que Alejandro Magno, para castigar la secta del malvado luterano. Pasa por la alta Borgofia.

deja a Alemania a una ma-
atravesaba a Turín, [no;
y también al saboyano.
Entre Bruselas y Amberes
meten mucho castellano;
reedificanse los templos
de aquel tùmulo inhumano.
Los condes mete en prisión,
oye misa el qu'es cristiano,
lo que antes no se hacía,
que era todo luterato.
Después degolló los condes
y otros muchos hijos-dalgo;
sólo el príncipe de Orange
por las uñas se ha escapado.
Metídose ha en Alemaña,
y un gran campo había jun-

[tado
para venir contra el duque,
a ver si podrían pescallo.
Pasan de cuarenta mil
los que van a ejecutallo;
son los treinta mil infantes
y los diez mil de caballo.
Por las tierras donde vienen
van arruinando y matando:
templo y ermita que topan,
lo roban y echan abajo;
mas este varón que digo,
del ejército cristiano,
se los sale a recibir
con ansia de aposentallos
y dalles banquete y cena
que a los condes había dado.
El príncipe finalmente
se tuvo en este costado
por tiempo de cuatro meses;
mas no pudo sustentallo.
Después contra voluntad
y muy mal de su grado.

con gran pérdida de gente
 a Alemaña se ha tornado,
 y mostrando gran tristeza,
 a solas se ha retirado.
 Unos dicen que era muerto,
 otros, loco se ha tornado,
 hasta que después se supo
 que en Francia ha resucita-
 en su ser tan diferente [do,
 como de rey a vasallo,
 porque acá a todos mandaba,
 y allá iba a ser mandado.
 Volvamos al gran caudillo
 del ejército cristiano,
 que acabado todo esto
 a Bruselas se ha tornado,
 y a los estados de Flandes
 a cortes había llamado.
 De cada cabeza viene
 un burgomaestre honrado,
 que defendiese las partes
 de lo que claro ha pasado.
 El duque les representa
 cuan mal que se han susten-
 así en servicio del rey [tado,
 como en el culto crisitano,
 y que es muy bien que pa-
 [guen
 lo qu'el buen rey ha ganado,
 así en santos que han des-
 [hecho
 y templos que han derriba-
 como en vasallos y gente [do,
 con que aquesto se ha aquis-
 [tado;
 y aunque les pareció duro,
 vinieron en aceptarlo,
 por el miedo que tenían
 al buen duque de Alba his-
 [pano.

DE COMO EL REY DON FELIPE II
 MURIO

El sol esconda sus rayos,
 el esplendor que tenía;
 la luna su claridad,
 que Dios dado le había;
 el cielo vista de negro,
 luto haga cada día,
 con todo el polo estrellado
 que escurecerse debía.
 Todos los cuatro elementos
 pelean a más porfía:
 aire, fuego, tierra y agua
 hagan señal de agonía.
 todos hagan sentimiento
 tal cual sentirse debía.
 por causa d'este monarca
 que Dios llevado se había.
 Llore toda la España,
 llore Aragón y Castilla,
 lloremos los catalanes,
 que aficción nos tenía.
 Llore el buen Papa Clemen-
 el que la Iglesia regía, [te,
 pues que perdió tan buen la-
 que también la defendía. [do,
 Roguemos los cristianos
 a Dios y Santa María,
 qu'el rey nuevo que nos que-
 [da
 haga como el padre hacía.
 Señores, si estáis atentos,
 con brevedad contaría
 esta muerte dolorosa
 qu'el buen monarca sentía
 Año de mil y quinientos
 a los postreros de julio,
 muy mala gana tenía
 noventa y ocho corría.

esta majestad real
 que Felipe se decía,
 Envíale Dios un correo,
 se prepare a la otra vida;
 esto es, la enfermedad:
 quien peleó noche y día,
 quien hizo temblar al turco.
 la enfermedad lo vencía.
 No aprovechan los doctores
 del arte de medicina,
 ni la ciencia de Galeno,
 que poco provecho hacía:
 no aprovechan los cordiales,
 ni médicos, ni gallinas,
 pues Dios ha determinado
 el llevarlo a la otra vida.
 A los diez días de agosto
 tan cansado se sentía,
 que recibió el sacramento
 de la santa Eucaristía.
 A los doce ya entrados
 por muerto ya le tenían.
 Tres días estuvo echando
 sobre un cuerpo de valía,
 que es un santo glorioso
 de la orden agustina:
 si queréis saber su nombre,
 San Guillermo se decía.
 A los quince de agosto
 el buen rey en sí volvía,
 en su acuerdo y memoria
 y juicio que tenía.
 Manda luego que le traigan
 la Santa Unción que quería.
 y con mucha devoción
 el buen rey la recibía.
 Estuvo el buen rey penando
 cincuenta y cinco días,
 sin moverle de un lado
 para mudarle camisa,

por causa de estar llagado:
 treinta agujeros tenía.
 Por poco que le tocasen
 muy grande dolor sentía;
 mas con toda la paciencia
 el buen rey lo recibía,
 invocando a San Lorenzo,
 cuya devoción tenía.
 A los trece de setiembre,
 tres horas antes del día,
 entró allí una gran señora
 que muy flaca parecía.
 ¿Queréis ver el gran poder
 qu'esta señora traía?
 Pues d'esta el mismo Jesús
 d'ella temblaba y temía
 en la noche de la cena,
 cuando a los suyos decía:
Tristis est anima mea,
 hasta tanto que moría.
 Esta señora es la muerte,
 si alguno no lo entendía.
 Entra sin pedir licencia,
 porque de Dios la tenía:
 va derecha al aposento
 donde Felipe dormía;
 hablóle muy rigurosa
 al oído, y le decía:
 —Vamos, vamos, rey d'Espa-
 [ña,
 vamos, que la hora es veni-
 [da
 para que vos deis la cuenta
 a la Majestad divina.
 Es menester que vengáis
 hoy conmigo a la otra vida.
 —¿Quién sois vos, responde
 [el rey.
 qué habláis con tal osadía?
 —Felipe, yo soy la Muerte,

que a nadie perdonaría:
 todos me dan vasallaje
 desde Adán pecado había.

—Si eso es verdad, dijo el
 [rey,

buena sea vuestra venida:
 dejadme ordenar mis cosas
 lo que a mí me convenia.

—Soy contenta, que me pla-
 la Muerte le respondía; [ce
 solamente que ordenéis
 lo que a vos os parecía.—

Manda llamar confesores,
 doctores de gran valía,
 prelados con arzobispos
 y padres de santa vida.

Mandó llamar a la infanta
 y al príncipe en compañía.
 desde los tuvo delante,
 bien oiréis lo que decía:

—Doña Isabel de la Paz,
 discreta en sabiduría.

que aconsejéis vuestro her-
 como regirse debía, [mano
 porque entra mozo en el
 [mundo.

poca experiencia tenía.
 Encágoos la Santa Iglesia,
 que sea bien defendida;

plegue al encarnado Verbo
 y a la sagrada María
 que lo hagáis mejor que yo:
 mi alma descansaría.

A vos os digo, hijo mío,
 no os fiéis de monarquías,
 ni del estado del rey,
 ni de tener señoría:

ya veis qu'esta majestad
 y autoridad que tenfa,

Dios, que me la había pres-
 [tado,
 me la pide en este día.

Mira, a los pobres de Cristo
 no les hagáis descortesía,
 ni perjuicios, ni agravios,
 porque a Dios no le placía,
 y a questo cuerpo llegado,
 hijo, la voluntad mía
 es que no sea enterrado
 con pompas ni galanías.

Allá en el Escorial,
 do mi cuerpo enterrarían,
 no quiero que los cantores
 prosigan su cantoría;
 bástame su canto llano:
 mi alma descansaría.—

Diciendo aquestas palabras
 la bendición les daría.
 los dos príncipes lloraban,
 y el buen padre les decía:

—No lloréis ya, hijos míos.
 que llorar no os convenía.—

Estando en aqueste estado,
 el rey un Cristo pedía:
 adora devotamente,
 con devoción le decía:

—¡Oh perdón de los culpa-
 [dos,

doleos d'esta alma mía!
 Perdonadme si la Iglesia
 no la he bien defendida.
 Perdona por la pasión,
 por vuestra sangre vertida,
 por bofetones y clavos,
 tormentos, cruz y agonía.

¡Oh San Lorenzo y San Die-
 [go

de quien mi alma confía!
 alcanzadme ahora perdón

vosotros en este día.
 Rogad a la Virgen pura,
 beatísima María,
 que es madre de pecadores,
 que a su hijo rogaría.
 buen Señor, en vuestras ma-

[nos

encomiendo el alma mía:
 no me juzguéis mis pecados
 así como merecía.—

Con esto y decir—Jesús,—
 l'alma del cuerpo salía,
 dióla ya a su Criador,
 a quien dársela debía.

Veis un segundo Sansón
 quién Israel defendía;
 veis ahí la luz del mundo,
 que se eclipsa en aquel día,
 veis la majestad real,
 la muerte la deshacía:
 la autoridad de Felipe
 echada en polvo y ceniza.

No quiero contar el llanto
 que en el palacio había;
 diré que a quinientos pobres
 de luto el buen rey vestía.

No quiero contar la cera
 ni las hachas que ardían
 por la muerte de un tal rey
 que mucho más merecía.

Allí lloraba la infanta,

y el príncipe lloraría;
 lloraban los cortesanos
 cuantos en la corte había;
 lloraban señores de salva,
 que mercedes recibían:
 la emperatriz con sus damas
 muy grandes llantos hacían.
 Hiciéronle las obsequias
 como a rey pertenecía,
 cual convenía a su estado,
 ansí hacer se debía,

SEGUIDA

Señores, ya habéis oído
 esta mi flaca poesía;
 si está algo mal limada,
 confieso la culpa mía:
 suplico a vuestras mercedes
 con toda honra y cortesía,
 que si hay falta, disimulen,
 si hay quien presume poe-
 Y este católico rey, [sías.
 que en cristiandad relucía,
 que lo encomienden a Dios
 con algún Ave-María,
 suplicando al rey del cielo
 y a la sagrada María,
 que le haya hallado en gra-
 [cia
 y le de gloria cumplida.

EPOCA DE FELIPE III

DE COMO Y POR QUE EL REY DON
FELIPE III EXPELIO A LOS MO-
RISCOS DE ESPAÑA, Y DE LA PENA
QUE LES CAUSO ESTE DESTIERRO

Gran revuelta hay en Es-
los reinos alborotados [pañã.
de la morisca nación,
enemigos de cristianos.
Viva Dios y viva el rey
a pesar de los paganos;
v la Santa Inquisición
téngala Dios de su mano.

Castíguese al que es hereje,
conózcase al que es cristiano,
y todos vivamos unos
como muy fieles hermanos.
Viva Margarita de Austria
y gócela muchos años
el León, que con su nombre
tiene al gran turco temblan-

[do.

Tiemblen nuestros enemigos,
lloren con ojos entrambos,
que más vale que ellos lloren
que no leales vasallos.

Y aquel cuchillo sangriento,
y el corvo alfange afilado
que tenían para nosotros,
sea en ellos ejecutado.

Pasen presto a Berbería,
tomen sitio reformado,
que aquí se comen las capas,
otro poquito a otro cabo.

El morisco que ponía
duro alpargate de esparto,
ahora trae borceguíes
argentados alosados,

vestido de terciopelo
en tafetán aforrado,
y espada muy plateada,
y puñal sobredorado.

Y el morisco que solía
estar sujeto a su amo,
quiere ahora que le sirvan
criados de cuatro en cuatro.

Tan arrogantes andaban
por las calles paseando,
que miraban con donaire
al cristiano desgarrado,
que por ellos no se pone
si un vestidillo de paño:
por ser mucha su pobreza
andan contino arrastrados.

Y la morisca tendera
que solía fregar platos,
saca barretas de plata
en los chapines dorados,
con gran vestido de seda

collaretes extremados,
y gran cadena de oro
eslabones esmaltados;
no sólo salen con amas,
más en coches adornados,
que parecen ser mujeres
de señores veinticuatro.

Los adornos de sus casas
de criadas y criados,
y el estrado de un asiento
de brocados muy preciados.

Las bodas y los bautismos
regocijos extremados,
los celebran con las zam-
[bras
compuestas a lo gallardo.

Era tanta ya su pompa
y triunfo demasiado,
que por ellos no conocen
el caballero y hidalgo.
Estaban ya por España
con punto tan remontado,
que cada cual ya pretende
oficios de mucho cargo.
Había muchos doctores,
d'ellos muchos escribanos,
procuradores a vueltas
y muy peritos letrados.
Los tratos y mercancías
estaban tan de su mano,
porque en solo su poder
estaban ya los estancos,
y el hombre que era de plaza
paseaba tan lozano,
con tal ser y gravedad
cual si fuera un veinticuatro,
yendo a la iglesia por fuerza
por minuta los llamando,
vestidos de oro y seda,
de telas y de brocados;
mas no por la devoción
sino para ser mirados,
en su grande triunfo y
[pompa
con que estaban levantados.
Aquestos polvos, señores,
estos lodos han causado;
la desorden pone orden
al que está más descuidado.
Tantos años de secreto
el mortal tiempo operando
del hilo de nuestras vidas,
¡quién pudiera imaginarlo!
No vive más el leal
de lo que quiere el contra-
[rlo,

y este lance fué lanzada
que a vosotros se ha tornado.
¡No confiéis en Mahoma!,
¡mirad que es profeta falso,
y que es ahora el que os
[tiene
a todos juntos llorando!
A todos los de Valencia
y Aragón que viven cautos;
los de Madrid y Tolèdo,
los de Córdoba y Hornachos,
de Sevilla y de Granada,
por traidores publicados
a la corona real
que Dios guarde muchos
[años,
y la insigne Andalucía
y sus pueblos comarcanos,
todos juntos van a un tiempo
pues en un tiempo pecaron.
¡Sabe Dios cuánto nos pesa
siquiera por ser criados,
nacidos en nuestra patria
y en nuestra fe confirmados!
Quiero el remedio decir
de los que vais embarcados,
de la muy noble Sevilla,
que por copia se han sacado.
Treinta mil y más van jun-
[tos
hombres, mujeres, mucha-
[chos,
de grande y pequeña edad,
de pobre y de rico estado.
Del Aljarafe vinieron
cinco mil y veinticuatro:
otros cabos que no cuento
casi llegan a otros tantos;
embarcados juntos llevan
que a quien los está mirando,

le quiebran el corazón
por ser forma de cristianos.
Unos dicen: —¡Ay mi tie-

[rra!
¿Quién d'ella me ha deste-
[rrado?,
mas no hay que lo pregun-
[tar,
pues lo han hecho mis pe-
[cados.—

Y las moriscas mujeres,
torciendo las blancas manos,
alzando al cielo los ojos
a voces dicen llorando:

—¡Ay Sevilla, patria mía!
¡Ay iglesia de San Pablo,
San Andrés, Santa Marina,
San Julián y San Marcos!—
Otros lloran por los sitios
donde tenían sus tratos:
unos dicen el Alfafa;
otros, la puerta el Osario,
la Macarena y Carmona,
el Arenal y su trato,
la de Jerez y la Carne,
la del Sol que se ha eclip-
[sado.

Otros lloran por la feria
con sus cambios y recam-
[bios,
sus tratos y sus comercios,
con los del Caño-Quebrado.
Plaza de San Salvador,
la famosa cal de Francos,
cal de Génova y las Arenas.
lo público y cultivado.
Otros llamaban a voces
a la Virgen del Rosario
y a la Virgen de Belén:
ella sea en nuestro amparo.

Tanto es su sentimiento
que a los niños en los bra-
[zos,

que criaban a sus pechos,
por leche les daban llanto
Las insignas que llevaban
gran devoción provocando,
todas mantellinas blancas
compuestas a lo cristiano.
Cada cual lleva sus cuentas,
que son devotos rosarios;
va con ellos un pendón
dibujado y esmaltado
un devotísimo Cristo,
adonde van contemplando:
y muchos de los moriscos,
antes de ser embarcados,
dejaron muy ricas mandas
a los templos señalados.
Hubo entre ellos mercader
que en San Julián es nom-
[brado,

que a la Virgen de la Inies-
[tra
dejó cuatro mil ducados.
Otros dejan para misas,
otros hacen cabo de año,
celebrando por sus almas
las obsequias de cristianos
Aquesto, señores, basta
para los que acá quedamos,
a que roguemos a Dios
que los tenga de su mano.
Al marqués de San Germán
prospérele Dios su estado,
y sobre todo la vida,
pues así cumple el mandado
de su real majestad,
tercer Felipe llamado,

que como buenos pastores
tan bien guardan su ganado,
apartando del que es bueno
el que es insolente y malo.
Con esto quedará España
limpia del mahometo bando

y acrisolada la fe
cual oro de Dios formado.
Con esto, señores, basta,
aunque corto me he quedado,
porque vean por lo menos
lo más de lo que he tratado.

EPOCA DE FELIPE IV

PRESO DON RODRIGO CALDERON,
DECLARA HABER SIDO HOMICIDA
DE MUCHOS, PERO NO DE LA REI-
NA. DE CUYA MUERTE LE
ACUSABAN

Aprieta devana y coge
la parca envidiosa y fiera
el hilo del triste fin
del marqués de Siete Igle-
[sias.

Del arco y flechas se arma,
responde d'esta manera:
—¡Dicen que maté a la rei-
[na!

Falsedad es por mi honor.
¡Otras culpas me condenan,
que la de la reina, no!

Antes en la otra vida
otros se quejan a Dios.
Un paje que a media noche
medio vivo enterré yo,
que me da grandes aullidos
por donde quiera que voy.

Donde quiera que estoy solo
oigo me dice una voz:

«Señor, ¿por qué me ma-
[taste,

pues no tuve culpa yo?»

Y a un alguacil de corte,
y a la mujer de un oidor,

y a un gentilhombre del du-
[que,

que es de Lerma, mi señor;
y al príncipe de Saboya,
que en Valladolid murió,
y al cardenal de Toledo,
y al otro predicador;

en treinta y tres otras muer-
[tes

que he hecho y consentido
[yo;

estas muertes yo confieso,
mas la de la reina no,
que pecados que no ha hecho
no confiesa un pecador;
de la reina, mi señora,
nada sé, a fe de quien soy.

PREPARASE A LA MUERTE DON
RODRIGO CALDERON

Quedando ya triste y solo
don Rodrigo Calderón,
al paje que está de guardia
d'esta manera le habló:

—Bien sabrás, amigo mío,
triste y pensativo estoy
desde aquel día en que oí
en Montancho aquel cantor:
dijo que maté a la reina
¡Ay Dios que grande traición

pagaré yo con la vida!
pero no la debo, no.—
Para quitarle la cruz,
el comendador mayor
al marqués de Siete-Iglesias
d'esta manera le habló:
—Perdone vuesefñoría,
que manda el rey mi señor
que le quite esta encomien-

[da:

¡Péname, a fe de quien soy!
Y viendo el de Siete-Iglesias
resuelto al comendador,
la cruz que traía al pecho
de presto se la quitó;
que los nobles caballeros
han de mostrar el valor,
y al hábito que vestía
d'esta manera le habló:
—¡Perdonad, hábito santo,
que no he merecido yo
que se adornara mi pecho
con vuestro sagrado honor!
Mientras aquí habéis estado,
cruz pareciste en rincón,
y porque todos me pisen
os me mandan quitar hoy.
Mas perdóname, cruz santa,
si es que os hice traición,
y entre tantos enemigos,
¿Qué haré yo, mi cruz, sin

[vos?—

Estando en estas razones,
una triste voz oyó
a la puerta de la sala,
que llaman con un cordón
dos frailes de San Francisco.
de la orden qu'es menor.
díjoles: —Deo gracias, pa-
[dres.—

Y el hábito les besó.
Díjoles que se sentasen;
respondieron:—Gran señor,
ya no es hora de sentarnos,
vuestra vida se acabó,
y venimos a exhortarle
que ponga firme su amor
en Cristo, rey soberano,
que a todos nos redimió,
que las diez son ya del día,
y en este punto las dió,
y a las once, según dicen,
ya habréis dado cuenta a

[Dios.—

Sacó un Cristo de la manga.
y dióselo a Calderón,
y tomándole en sus manos
d'este manera le habló:
—Vos sois el rey de los re-
vos el supremo Señor; [yes,
que los reyes d'este mundo
de polvo y ceniza son.—
Esto dijo don Rodrigo,
y a los padres se volvió:
—Las mercedes de los reyes
dineros prestados son,
que se piden a su tiempo
con soberbia ejecución.—
—Caldero inútil he sido,
que ya no soy Calderón.
¿Qué me importó ser mar-

[qués

de Siete-Iglesias, pues hoy
ninguna iglesia me vale
aun para hacer oración?
Que no me apena morir
ya, pues condenado estoy;
a Felipe Cuarto temo
que me ha de hacer cuartos
[hoy

mas los cuartos son de cobre,
yo me llamo Calderón,
y muchos contrarios tengo:
solo a la defensa estoy.

Duelo me hace la marquesa:
queda viuda y sin honor;
también me duelen mis hijos,
que quedan sin padre hoy,
y los llevo atravesados
en medio del corazón,
porque los dejo sin padre,
sin hacienda y sin honor.
Mucho me duele mi padre,
que, cuando el rey me pren-

[dió.

con lágrimas de sus ojos
mi triste rostro bañó,
y me dijo:—Hijo mío,
con vuestra alma vaya Dios.
que si al rey servisteis bien,
él os dará el galardón;
mas si le servisteis mal
no alcanzáis mi bendición,
que perdéis hijos y hacienda,
mujer y reputación.

DE COMO MURIO DON RODRIGO
CALDERON EN EL PATIBULO

A veinte y uno de octu-
[bre,

las diez, poco más o menos,
sacan al triste marqués
todo de luto cubierto.

Sale de su misma casa,
y de un angosto aposento,
que primero fué gran sala
de aplauso y recibimiento.
No va en jaeces bordados,
ni en caballo, como es cierto,
sino ensillada una mula,

como justiciado y reo;
no acompañado de pajes,
ni menos de alabarderos,
sino de padres devotos
que le adiestran para el cie-
no campanillas de plata [lo;
lleva en el bozal y el freno;
sí Cristos y campanillas
con que se entierran los

[reos.

Sesenta y más alguaciles
van en su acompañamiento.
todos en fuertes caballos,
con otros tantos porteros.

Los pregoneros delante
pregonan y van diciendo:
—Esta es la justicia, dicen,
esto es del rey mandamiento,
que manda hacer a este hom-

[bre.—

¡Ay tragedias! ¡Ay caso ho-
[riendo!

Y las damas cortesanas
muestran grande sentimien-

[to;

unas dicen: —Dios te ayude,
Rodrigo, y dé sacro asien-

[to.—

Otras, viendo su humildad,
dicen: —Dios te lleve al cie-

[lo.—

No entra en la escaramuza,
como solía algún tiempo;
sólo sube cinco pasos
de un cadahalso funesto,
y al postrero escalón
es bien que al recibimiento
le salga el verdugo, pues
ha de hacer su oficio presto,
con cinco padres devotos

de la orden del Carmelo;
y desviando el capuz,
sacado un papel del pecho,
dándole sus propias manos
al confesor de sus yerros
le dijo: —Padre mío,
lo que le suplico y ruego,
que en estando yo sin vida
que me desengañe al pueblo,
que la muerte de la reina
cierto es que no la debo.—
Humilde abrazó al verdugo,
por dar de humildad ejem-

;plo,

y en atar los pies y manos
andó el verdugo ligero.

—Atad, amigo, le dice,
las manos, que sueltas fue-

[ron

a manchar mi propia san

[gre:

manchad vos con ella el sue-

[lo.—

Y teniendo ya los ojos
cubiertos de un velo negro.
al crucifijo le dijo

en voz baja estos requie-

[bros:

—¡Alto Dios y Señor mío!
¡Oh alto Dios y Señor nues-
Yo soy la oveja perdida[tro!
que por el despeñadero
de los deleites del mundo
me despeñé; mas confieso
que sois Dios del cielo y tie-

[rra,

uno, Trino y Dios eterno.
y en vuestras manos, Señor,
mi espíritu os encomiendo.
Llevad, Señor, a esta alma
con los santos en el cielo;
perdóname, Jesús mío;

Jesús, Jesús, Jesús bueno.—

Y en oyendo esto el verdugo
tiñó en sangre el fuerte

[acero.

Unos dicen: —¡Dios te ayu-

[de!—

Otros dicen: —¡Credo, cre-

[do!—

No confíe el más subido
en la torre de los vientos,
que aquél que más presto

[sube

dan con él más presto al

[suelo.

ROMANCES REFERENTES A LAS CRONICAS Y TRADICIONES
DE NAVARRA, ARAGON, CATALUÑA Y PORTUGAL

MILAGRO DE SAN ANTOLIN CON
DON SANCHO EL MAYOR, REY
DE NAVARRA

(De Lorenzo de epúlveda.)

A caza salió don Sancho,
rey que en Castilla reinaba;
allá donde es hoy Palencia

una gran cueva hallaba,
y dentro de aquella cueva
un altar antiguo estaba
a honor de San Antolín;
otro tiempo en él se honra-

[ba:

junto a él estaba un puerco
de catadura muy brava.

En el sagrado lugar
 matarlo el rey acordaba:
 alzó el brazo para darle,
 el brazo se le secaba:
 el buen rey muy afligido
 devota oración rezaba;
 en ella rogaba a Dios
 de sobre él quite su saña:
 tomaba por su abogado
 al Santo que ya nombrara:
 por los ruegos del buen már-

[tir

Dios al rey sano tornaba.
 Allí do estaba la cueva
 a Palencia la fundara,
 y encima de aquella ermita
 un gran templo edificaba:
 El rey le dió muy gran renta
 con que bien se sustentaba:
 puso en ella su arzobispo,
 y catedral se llamaba.
 Hizo Dios este milagro
 por darnos muestra muy
 [clara,
 que quiere que a los sus tem-
 [plos
 gran reverencia se haga.

LA CAMPANA DE HUESCA

Don Ramiro de Aragón,
 el rey monje que llamaban.
 caballeros de sus reinos
 asaz lo menospreciaban,
 qu'era muy sobrado manso
 y no sabidor en armás,
 por lo que no le obedecen,
 por lo que le desacatan.
 Enviado ha un mensajero
 al monje que lo criara,

a San Ponce de Tomeras
 donde el buen abad moraba,
 porque él le diese consejo
 en la bajeza en que estaba.
 El mensajero se parte
 y al abad le da una carta.
 El abad no le responde;
 en la huerta sólo entraba
 el mensajero con él,
 que respuesta le demanda.
 El abad le despachó
 sin hablarle una palabra.
 La respuesta que le diera
 fuera cifra bien cerrada,
 que sacando allí un cuchillo,
 las ramas altas cortaba.
 Despedido el mensajero,
 mal contento se tornaba.
 Como fué llegado al rey,
 le dijera estas palabras:

—Mal recaudo os traigo,

[rey,

que el monje no vos pre-

[ciaba,

ni me quiso dar respuesta;
 creo que de vos burlaba:
 entróse luego a una huerta
 en leyendo vuestra carta,
 y afilando allí un cuchillo,
 las ramas emparejaba.—
 Oyendo aquestas razones,
 el rey las disimulara:
 entendió bien la respuesta
 y el consejo que le daba.
 Hizo llamar a las Cortes,
 a Cortes que celebraba:
 dice que hacer quería
 una solemne campana
 que se oyese por el reino
 y sonase en toda España.

Viérades d'esto gran risa;
 los grandes d'ello mofaban.
 En esa ciudad de Huesca
 muchas gentes se juntaban:
 llamó un día a los señores,
 y en su cámara les habla,
 y a sus hijos herederos
 hizo quedar en la sala.
 En entrando, todos ellos
 viéronse entre gente de ar-

[mas;
 mandó cortar las cabezas
 a los que más se burlaban.
 Quince fueron sentenciados,
 a los otros perdonara.
 Mandó sacar las cabezas
 a los mozos de la sala:
 díjoles que eran de sus pa-

[dres
 todas las que allí miraban,
 porque le tenían en poco
 y en su presencia burlaban:
 que viesen aquel ejemplo,
 y ellos mojasen la barba.
 Así fué temido el monje
 con el son d'esta campana.

EL CONDE DE BARCELONA Y LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA

En el tiempo que reinaba
 y en virtudes florecía
 este conde don Ramón,
 flor de la caballería,
 en Barcelona la grande,
 que por suya la tenía,
 nuevas ciertas de dolor
 de un extranjero sabía,
 que allá en Alemania
 grande llanto se hacía

por la noble emperatriz
 que en virtud resplandecía,
 que dos malos caballeros
 la acusan de alevosía
 ante el gran emperador
 que más que a sí la quería,
 diciendo:—Sepa tu alteza,
 gran señor, si te placía,
 que nosotros hemos visto
 a la emperatriz un día
 holgar con un camarero,
 no mirando que hacía
 traición a tí, señor,
 y a su gran genealogía.—
 L'Emperador muy turbado
 d'esta suerte respondía:
 —Si es verdad, caballeros,
 esa tan gran villanía,
 yo haré un tal castigo
 cual conviene a la honra

[mía.—
 Mandóla luego prender
 y en prisiones la ponía,
 hasta ser cumplido el plazo
 que la ley le disponía.
 Búscanse dos caballeros
 que defiendan la su vida
 contra los acusadores,
 que en el campo se vería
 la justicia cuya era,
 y a quien Dios favorecía.
 Pues sabido por el conde
 la nueva tan dolorida,
 determina de partir
 a librarla si podía
 con no más de un escudero.
 de quien él mucho se fía.
 Andando por sus jornadas
 sin parar noche ni día,
 llegado es a las cortes

que el Emperador tenía
 para dar la gran sentencia
 de allí al tercero día
 que quemar l'Emperatriz,
 cosa de muy gran mancilla!
 pues no había caballero
 en tan gran caballería
 que por una tal señora
 quiera aventurar su vida,
 por ser los acusadores
 de gran suerte y gran valía.
 Pues el conde ya llegado,
 preguntó si ser podría
 hablar con la Emperatriz
 por cosa que le cumplía.
 Supo que ninguno entraba
 do estaba su señoría,
 sino es su confesor,
 fraile de muy santa vida.
 Vase el conde para él,
 d'esta suerte le decía:
 —Padre, yo soy extranjero;
 de lejas tierras venía
 a librar, si Dios quisiese,
 o morir en tal porfía,
 a la gran Emperatriz
 que sin culpa yo creía;
 mas primero, si es posible,
 gran descanso me sería
 hablar con su majestad,
 si esto hacerse podía.
 —Yo daré orden, señor,
 el buen fraile respondía:
 tomará vuestra merced
 hábito que yo tenía,
 y vestirse ha como fraile
 y irá en mi compañía.—
 Ya se parte el buen conde
 con el fraile que lo guía.
 Llegados que fueron dentro

en la cárcel do yacía,
 las rodillas por el suelo,
 el buen conde así decía:
 —Yo soy, muy alta señora,
 de España la ennoblecida,
 y de Barcelona conde,
 ciudad de gran nombradía.
 Estando en la mia corte
 con solaz y alegría,
 por muy cierta nueva supe
 la congoja que tenía
 vuestra real majestad,
 de lo cual yo me dolía
 y por eso yo partí
 a poner por vos la vida.—
 La Emperatriz qu'esto oyera
 de gozosa no cabía;
 lágrimas de los sus ojos
 por su linda faz vertía;
 tomárale por las manos,
 d'esta suerte le decía:
 —Bien seais venido, conde,
 buena sea vuestra venida:
 vuestra nobleza y valor,
 vuestro esfuerzo y valentía
 ya me hacen ser muy cierta
 que mi honra librarían.
 Vuestra vida está segura,
 pues que Dios bien lo sabía
 que es falsa la acusación
 que contra mí se ponía.—
 Ya se despide el buen conde,
 ya las manos le pedía
 para haberlas de besar,
 mas ella no consentía.
 Vase para su posada;
 ya qu'el plazo se cumplía,
 armado de todas armas
 bien a punto se ponía,
 y él como era muy discreto

¡Oh cuan bien que parecía!
 su escudero iba con él
 bien armado que salía
 en un caballo morcillo
 muy rijoso en demasía.
 Yendo por la grande plaza
 con orgullo que traía,
 encontró con un muchacho
 que de vello era mancilla,
 en ver que luego murió
 sin remedio de su vida.
 L'escudero qu'esto vido,
 con temor que en él había,
 comenzó luego a huir
 cuanto el caballo podía,
 y quedó el conde solo,
 no de esfuerzo y valentía.
 Y como era valeroso
 no dejó de hacer su vía,
 y puesto entre los jueces
 dijo que él defendería
 ser maldad y traición,
 ser envidia y ser falsía
 la acusación que le ponen
 a su alta señoría;
 y que salgan uno a uno
 pues está sin compañía.
 Estas palabras diciendo,
 ya el acusador venía
 con trompetas y atabales,
 con estruendo y gallardía.
 Parten el sol los jueces,
 cada cual tomó su vía,
 arremeten los caballos,
 gran encuentro se hacía;
 del acusador la lanza
 en piezas volado había
 sin herir a don Ramón
 ni menearlo de la silla:
 don Ramón a su contrario

de tal encuentro lo hería,
 que del caballo abajo
 derribado lo había.
 El conde, que así lo vido,
 del caballo descendía;
 va para él con denuedo
 donde le quitó la vida.
 El otro acusador,
 que vió tanta valentía
 en l'extraño caballero,
 gran temor en sí tenía;
 y viendo que falsamente
 el acusador hacía,
 demandó misericordia
 y al buen conde se rendía
 don Ramón con gran noble-
 d'esta suerte respondía: [za
 —No soy parte, caballero,
 para yo daros la vida,
 pedidla a su majestad
 que es quien dáros la podía.—
 Y preguntó a los jueces
 si más hacer se debía
 por librar la Emperatriz
 de lo que se l'imponía:
 respondieron que la honra
 él ganada la tenía,
 que en su libertad estaba
 de hacer lo que querría.
 Desde aquesto oyera el con-
 del palenque se salía: [de,
 vase para su posada,
 no reposa hora ni día,
 mas encima de su caballo
 desarmado se salía:
 el camino de su tierra
 en breve pasado había.
 Tornando al Emperador,
 grande fiesta se hacía:
 sacaron la Emperatriz

con grandísima alegría,
 con los juegos y las fiestas
 la ciudad toda se hundía.
 Todos iban muy galanes,
 cada cual quien más podía.
 L'Emperador muy contento
 por el vencedor pedía,
 para hacerle aquella honra
 que su bondad merecía.
 Desde supo que era ido
 gran dolor en sí tenía;
 a la Emperatriz pregunta
 le responde por su vida
 quien era su caballero
 que tan bien la defendía.
 Respondiérale:—Señor,
 yo jurado lo tenía;
 no decir quien era él
 dentro del tercero día.—
 Mas después de ser pasado
 ante muchos lo decía,
 como era el gran conde
 flor de la caballería,
 y señor de Cataluña
 y de toda su valía.
 El Emperador que lo supo
 de contento no cabía
 viendo que tan gran señor
 de su honra se dolía.
 La Emperatriz determina.
 y el Emperador lo quería,
 de partirse para España,
 y así luego se partía
 para ver su caballero
 a quien tanto ella debía.
 Con trescientos de a caballo
 comenzó de hacer su vía;
 dos cardenales con ella,
 por tenerle compañía;

muchos duques, muchos con-
 [des,
 con muy gran caballería.
 El buen conde que lo supo
 gran aparato hacía,
 y cerca de Barcelona
 a recibirla salía
 acompañado de grandes
 de su grande señoría;
 y una legua de camino,
 y otros más dicen que había,
 mandó poner grandes mesas
 de comer muy bastecidas,
 pues, recibida que fué
 con muy grande cortesía,
 entraron en Barcelona,
 la cual estaba guarnida
 de muy ricos paramentos
 y de gran tapicería.
 Hacen justas y torneos
 y otras fiestas de alegría.
 d'esta manera el buen conde
 a la Emperatriz servía,
 hasta que para su tierra
 de tornarse fué servida.

DON PEDRO I DE PORTUGAL
 Y DOÑA INES DE CASTRO.—I
 (De Gabriel Lobo Laso de
 la Vega.)

El valeroso Don Pedro,
 gran príncipe lusitano,
 hijo del rey Don Alonso,
 sucesor en sus estados,
 de una doncella en Galicia,
 dicha Doña Inés de Castro
 y Valladares, fué preso
 de su hermosura forzado
 cuya recta descendencia

fué del tronco claro y alto
de los antiguos de Lemos,
que resplandecen hoy tanto.
hija bastarda que fué
de Pedro Hernández de Cas-
un valiente caballero, [tro,
del príncipe primo hermano.
Digo, pues, que como fuese
este príncipe casado,
dió grandes muestras de es-

[tar
d'esta Doña Inés prendado,
a quien con sola la vista
iba su mal declarando,
no gozando aun todas veces
d'esto, que a nadie es negado
que de amor cualquier afecto
ofende a un intento casto.
Hizo muchas diligencias
de hablarla, y todas en vano,
que la bella Doña Inés
da a su pretensión de mano,
viendo que el mejor suceso
tiene de ser en su daño.

Mas como es víspera el bien
del acaecimiento malo,
sucedió pues que murió
la princesa en este estado.
Hallóse Don Pedro libre,
y a su mal medio buscando,
se casó con Doña Inés
en Berganza con recato;
en la cual tuvo tres hijos,
de que fué el rey avisado,
a quien pesó por extremo;
y de tres malos vasallos
fué inducido con instancia
a hacer un hecho villano,
que prosiguiendo adelante
se dirá el suceso infausto.

DON PEDRO I DE PORTUGAL
Y DOÑA INES DE CASTRO.—II
(De Gabriel Lobo Laso de
la Vega.)

Contento con Doña Inés
está Don Pedro en Coimbra:
no en tanto el futuro cetro
como el poseerla estima,
y le paga Doña Inés
con esta voluntad misma;
y como en el buen estado
la constancia está abscondi-
ofreciósele a Don Pedro [da,
una ausencia hacer precisa,
cosa que el que bien amare
sabrà bien cuánto lastima.
Sabiendo el rey Don Alonso
de su hijo la partida,
con los tres crueles vasallos
que al mal, mal le persua-

[dían,
do está Doña Inés de Castro
con gran secreto camina,
confuso, atemorizado,
porque los tres le decían
que sería el casamiento
del reino total ruina,
y que el morir Doña Inés
era lo que convenía.
Hízosele duro al rey
su inocente culpa vista,
de que los tres indignados,
como suprema justicia
que eran del reino, tomaron
sobre sí aquesta malicia.
Finalmente, Doña Inés
rindió a sus dagas la vida;
cuya lastimosa muerte
por el príncipe sabida,

mueve guerra contra el pa-
 [dre,
 el cual murió en pocos días
 de pesadumbre, y los tres
 se huyeron para Castilla.
 Coronóse el portugués,
 según su fuero, en Coimbra,
 coronando juntamente
 por reina y mujer legítima
 los huesos de Doña Inés,
 que desenterrar hacía.
 Funestas bodas y exequias
 celebrando un mismo día;
 y de los tres, dos cogiendo,
 hizo d'ellos cruel justicia.

DON PEDRO I DE PORTUGAL
 Y DOÑA INES DE CASTRO.—III

Don Pedro, a quien los
 [cruelles
 llaman sin razón Cruel,
 desde Coimbra a Alcobaza,
 cien mil hachas hizo arder.
 Todas arden, más que todas
 arde el corazón del rey,

lo que va de amor a luces
 y de cera al querer bien.
 Sentóse a su lado, y luego
 los fidalgos y la plebe
 y el reino besó en cenizas
 la mano que nieve fué.
 Para obrar tan gran fineza
 no le faltó a Amor ser rev,
 sin juntarse con las armas
 del monarca portugués.
 El sol desconoce el día
 cuando por tierra la ve
 en la noche de sus luces,
 todo el firmamento en pie.
 La muerte, que sólo es fénix,
 estas bodas supo hacer,
 donde en la vida y la muerte
 reinan marido y mujer.
 Los clarines y clamores
 dan pésame y parabién,
 al vivo, de su firmeza,
 y al cadáver, de su fe.
 Lo que sobró del sepulcro
 cubre funesto dosel;
 tálamo y túmulo cubren
 a Don Pedro y Doña Inés.

ROMANCES DE LA HISTORIA DE ITALIA

JUAN BORJA, PRIMER DUQUE
 DE GANDIA, HIJO DEL PAPA
 ALEJANDRO VI Y DE SU CONCU-
 BINA VANOSIA, MUERE ASESI-
 NADO POR SU HERMANO CESAR
 EN EL AÑO DE 1492

A veinte y siete de julio,
 un lunes, en fuerte día,

allá en Roma la santa
 grande llanto se hacía
 por la muerte del buen du-
 [que
 que se llama de Gandía.
 Lloran duques, lloran con-
 lloraba la clerecía [des,
 por tres días con sus noches
 qu'el duque no parecía.

Mandan pregonar por Roma,
y el pregón así decía:

—Que cualquier que al du-
[que hallase
mil ducados llevaría.—

Visto por los españoles
que tal pregón se hacía,
buscaban de casa en casa
al gran duque de Gandía.

Al Papa vino un barquero
que en Tíber pescar solía;
las rodillas por el suelo,
d'este modo proponía:

—Oigame tu Santidad,
gran señor, si te placía.

—Di, barquero, tu embajada,
que oída bien te sería:

¿Traes nuevas por ventura
d'ese duque de Gandía?

—Yo no traigo nueva cierta,
aunque traerla quería;

y es que estando aquí esta
casi la una sería, [noche,

vi tres hombres abrazados
que lidiaban a porfía

todos tres en una puente,
y después vi que caía

uno d'ellos en el agua:
esto es lo que yo sabía.—

En oír aquesto el Papa
muy turbado se sentía:

mandó juntar los barqueros
y a todos les prometía

que a cualquier que lo ha-
[llase

grandes dones le daría.

Toman barcos y bateles,
cuantos en el río había:

río arriba, río abajo,
búsca le quien más podía.

Mas aquel mismo barquero
que la relación hacía,
echó los garfios al agua;
con ellos al duque asía.

Desde que le hubo sacado
muy gran mancilla ponía.

Siete puñaladas tiene
todas de mortal herida,

por el cuello degollado
aunque no lo merecía.

Una piedra a la garganta
con que el cuerpo le sumía.

Un alcarchofado sayo
su lindo cuerpo vestía;

un jubón de raso negro,
que se vistiera aquel día;

una gran cadena al cuello,
que mil ducados valía;

otros tantos en la bolsa,
y otras joyas de valía.

Entonces de verlo así
toda la gente decía:

—Aquel que al duque mató
por dineros no le había,

sino por el malogrado
del buen duque de Gandía.—

Visto por el Padre Santo
a Dios oración hacía:

—¡Malditos sean de Dios,
también de Santa María,

los que a mi hijo mataron.
todo mi bien y alegría!—

Ahí estaba un arzobispo,
que de la traición sabía:

respondiendo al Padre Santo.
d'esta suerte respondía:

—No los maldigáis, señor,
que no es cosa que cumplía,

que los que al duque mata-
[ron

ya pasan de Lombardía.—
 Oyendo esto el Padre Santo,
 a su oración se volvía;
 las rodillas por el suelo
 d'esta suerte proseguía:
 —Benditos sean de Dios,

también de Santa María,
 los que a mi hijo mataron
 con tan grande alevosía;
 absuélvolos desde aquí,
 pues Dios así lo quería.—

ROMANCES JUDIOS

UN HIJO TIENE EL BUEN CONDE

Un hijo tiene el buen conde,
 un hijo tiene y no más.
 Se lo dió al señor rey
 por deprender y por embe-

[zar.

El rey lo quería mucho
 y la reina más y más.
 El rey le dió un caballo,
 la reina le dió un calzar.
 El rey le dió un vestido,
 la reina le dió media ciudad.
 Los consejeros se celaron
 y lo metieron en mal:
 que lo vieron con la reina
 en hablar y platicar.

—Que lo vaigan, que lo ma-
 que lo llevan a matar. [ten,
 —Ni me maten ni me to-
 ni me dejo yo matar. [quen,
 sino iré donde mi madre
 dos palabras, tres hablar.
 —Buenos días, la mi madre.
 —Vengáis en buena, mi re-
 Asiéntate a mi lado, [jal.
 cántame una cantica
 de las que cantaba tu padre
 en la noche de la Pascua.—

Tomó tacsim en su boca
 y empezó a cantar.

Por allí pasó el señor rey
 y se quedó oyendo.

Preguntó el rey a los suyos:
 —¿Si ángel es de los cielos
 o sirena de la mar?—

Saltaron la buena gente:
 —Ni ángel es de los cielos
 ni sirena de la mar,
 sino aquel mancebico
 que lo mandasteis a matar.

—Ni lo maten, ni lo toquen.
 ni lo dejo yo matar.—
 Tomólo de la mano
 y junto se fué al serrallo.

IR ME QUERO, LA MI MADRE

Ir me quero, la mi madre,
 ir me quero, y me iré,
 y las yerbas de los campos
 por pan me las comeré.
 Las lágrimas de los ojos,
 por agua me las beberé.
 Y en medio del camino,
 una kulé fraguaré.
 Por adentro kaulí-katil,

por afuera serrallo del rey. Si los suyos salen los mun-
 Todo quien pasa y torna, [chos,
 arriba los llamaré. a paciencia yo los tomaré.
 Ellos que canten sus males, Si los míos salen más mun-
 más y más yo les cantaré. a la mar me echaré. [chos,

ROMANCES FRONTERIZOS O DE LAS GUERRAS Y BATA-
 LLLAS ENTRE LOS CRISTIANOS Y LOS MOROS DE
 LAS FRONTERAS DESDE LA EPOCA DEL REY DON
 JUAN I DE CASTILLA AL FIN DE LA DE LOS REYES
 CATOLICOS DOÑA ISABEL Y DON FERNANDO

ROMANCE DE ABENAMAR

—¡Abenámar, Abenámar,
 moro de la Morería,
 el día que tú naciste
 grandes señales había!
 Estaba la mar en calma,
 la luna estaba crecida:
 moro que en tal signo nace
 no debe decir mentira.—
 Allí respondió el moro,
 bien oiréis lo que decía:
 —Yo te la diré, señor,
 aunque me cueste la vida.
 Porque soy hijo de un moro
 y una cristiana cautiva;
 siendo yo niño y muchacho
 mi madre me lo decía,
 que mentira no dijese,
 que era grande villanía:
 por tanto pregunta, rey,
 que la verdad te diría.—
 —Yo te agradezco, Abená-
 aquesa tu cortesía: [mar,

¿Qué castillos son aquellos?
 ¡Altos son, y relucían!
 —El Alhambra era, señor,
 y la otra la Mezquita;
 los otros los Alixares,
 labrados a maravilla.
 El moro que los labraba
 cien doblas ganaba al día,
 y el día que no los labra
 otras tantas se perdía.
 El otro es Generalife,
 huerta que par no tenía;
 el otro Torres-Bermejas,
 castillo de gran valía.—
 Allí habló el rey Don Juan,
 bien oiréis lo que decía:
 —Si tú quisieses, Granada,
 contigo me casaría;
 daréte en arras y dote
 a Córdoba y a Sevilla.
 —Casada soy, rey don Juan.
 casada soy, que no viuda;
 el moro que a mí me tiene
 muy grande bien me quería.

MAHOMAD, REY DE GRANADA,
SITIA A BAEZA QUE ESTA
DEFENDIDA POR PEDRO DIAZ

Moricos, los mis moricos,
los que ganáis mi soldada,
derribédesme a Baeza,
esa villa torreada,
y a los viejos y a los niños
la traed en cabalgada,
y a los moros y varones
los meted todos a espada,
y a ese viejo Pero Díaz
prendédmelo por la barba,
y aquesa linda Leonor
será la mi enamorada.
Id vos, capitán Vanegas,
porque venga más honrada,
que si vos sois mandadero,
será cierta la jornada.

BATALLA DE LOS ALPORCHONES,
EN QUE QUIÑONERO QUEDA CAU-
TIVO

Allá en Granada la rica
instrumentos oí tocar
en la calle de los Gomeles,
a la puerta de Abidbar,
el cual es moro valiente
y muy fuerte capitán.
Manda juntar muchos moros
bien diestros en pelear,
porque en el campo de Lorca
se determina de entrar;
con él salen tres alcaides,
aquí los quiero nombrar:
Almoradí de Guadix,
este es de sangre real;
Abenacizes el otro,

y de Baza natural;
y de Vera es Alabez,
de esfuerzo muy singular,
y en cualquier guerra su gen-
bien la sabe acaudillar. [te
Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán;
el campo de Cartagena
acuerdan de saquear.
A Alabez, por ser valiente.
lo hacen su general;
otros doce alcaides moros
con ellos juntado se han,
que aquí no digo sus nom-
por quitar prolijidad. [bres
Ya se partían los moros,
ya comienzan de marchar
por la fuente de Pulpé,
por ser secreto lugar,
y por el puerto los Peines,
por orillas de la mar.
En campos de Cartagena
con furor fueron a entrar;
cautivan muchos cristianos,
que era cosa de espantar.
Todo lo corren los moros
sin nada se les quedar;
el rincón de San Ginés
y con ellos al Pinátar.
Cuando tuvieron gran presa
hacia Vera vuelto se han,
y en llegando al Puntarón,
consejo tomado han
si pasarían por Lorca,
o si irían por la mar.
Alabez, como es valiente
por Lorca quería pasar,
por tenerla muy en poco
y por hacerle pesar;
y así con toda su gente

comenzaron de marchar.
 Lorca y Murcia lo supieron;
 luego los van a buscar,
 y el comendador de Aledo,
 que Lisón suelen llamar,
 junto de los Alporchones
 allí los van a alcanzar.
 Los moros iban pujantes,
 no dejaban de marchar;
 cautivaron un cristiano,
 caballero principal,
 al cual llaman Quiñonero,
 que es de Lorca natural.
 Alabez, que vió la gente,
 comienza de preguntar:
 —Quiñonero, Quiñonero,
 dígame tú la verdad,
 pues eres buen caballero,
 no me la quieras negar;
 ¿Qué pendones son aquellos
 que están en el olivar?—
 Quiñonero le responde,
 tal respuesta le fué a dar:
 —Lorca y Murcia son, señor,
 Lorca y Murcia, que no más,
 y el comendador de Aledo,
 de valor muy singular,
 que de la francesa sangre
 es su prosapia real.
 Los caballos traían gordos,
 ganosos de pelear.
 Allí respondió Alabez,
 lleno de rabia y pesar:
 —Pues por gordos que los
 [traigan,
 la Rambla no han de pasar,
 y si ellos la Rambla pasan,
 ¡Alá, y qué mala señal!—
 Estando en estas razones
 allegara el mariscal

y el buen alcaide de Lorca,
 con esfuerzo muy sin par.
 Aqueste alcaide es Faxardo,
 valeroso en pelear;
 la gente traen valerosa,
 no quieren más aguardar.
 A los primeros encuentros
 la Rambla pasado han,
 y aunque los moros son mu-
 allí lo pasan muy mal. [chos.
 Mas el valiente Alabez
 hace gran plaza y lugar.
 Tantos de cristianos matan,
 que es dolor de lo mirar.
 Los cristianos son valientes,
 nada les pueden ganar;
 tantos matan de los moros,
 que era cosa de espantar.
 Por la sierra de Aguaderas
 huyendo sale Abidbar
 con trescientos de a caballo,
 que no pudo más sacar.
 Faxardo prendió a Alabez
 con esfuerzo singular.
 Quitáronle la cabalgada,
 que en riqueza no hay su
 [par.
 Abidbar llegó a Granada,
 y el rey lo mandó matar.

LA PERDIDA DE ANTEQUERA

La mañana de Sant Joan
 al punto que alboreaba,
 gran fiesta hacen los moros
 por la Vega de Granada.
 Revolviendo sus caballos,
 jugando iban las cañas,
 ricos pendones en ellas
 labrados por sus amadas,

y sus aljubas vestidas
de sedas finas y granas:
el moro que tiene amores
señales d'ello mostraba,
y el que amiga no tiene
allí no escaramuzaba.
Moras los están mirando
de las torres del Alhambra,
por ver que tienen amores,
y quien más se aventajaba.
También los miraba el rey
de los Alixares do estaba,
cuando vino un moro viejo
sangrienta toda la cara,
las rodillas por el suelo,
d'esta manera hablara:
—Con tu licencia, el rey,
diré una nueva muy mala:
qu'ese infante don Fernando
tiene a Antequera ganada;
ha muerto allí muchos mo-
[ros,
yo soy quien mejor librara,
y cuatro lanzadas traigo,
la menor me llega al alma:
los que conmigo escaparon
en Archidona quedaban.—
Cuando el rey oyó tal nueva
la color se le mudaba:
mandó tocar sus trompetas
y sonar todos al arma.
Juntados mil de a caballo
para hacer gran cabalgada,
cuando llegan a Alcalá,
que la Real se llamaba,
cortando viñas y panes,
una escaramuza traban.
Los cristianos eran muchos,
mas llevaban orden mala;
los moros, que son de guerra

tómanles la cabalgada.
Con tal victoria, los moros
vuélvense para Granada.

SALEN LOS MOROS DE GRANADA
CON MUZA Y BOABDIL A RECO-
BRAR JAEN

—Redúan, bien se te acuer
[da,

que me diste la palabra
que me darías a Jaén
en una noche ganada.
Redúan si tú lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada.
Echarte he en una frontera,
do no goces de tu dama.—
Redúan le respondía
sin demudarse la cara:
—Si lo dije, no me acuerdo;
mas cumpliré mi palabra.—
Redúan pide mil hombres,
el rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada:
¡Cuánto del hidalgo moro!
¡Cuánta de la yegua baya!
¡Cuánta de la lanza en puño!
¡Cuánta de la adarga blanca!
¡Cuánta de marlota verde!
¡Cuánta aljuba de escarlata!
¡Cuánta pluma y gentileza!
¡Cuánto capellar de grana!
¡Cuánto bayo borceguí!
¡Cuánto lazo que le esmalta!
¡Cuánta de la espuela de
[oro!
¡Cuánta estribera de plata!

Toda es gente valerosa
y experta para batalla:
en medio de todos ellos
va el rey Chico de Granada.
Míranlo las damas moras
de las torres del Alhambra.
La reina mora su madre
d'esta manera le habla:
—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaén
libre, sano y con ventaja,
y te de paz con tu tío,
señor de Guadix y Baza.—

PRISION DEL ALCAIDE DE JAEN

Desde el campo a la mura-
[lla
dixóle un moro al Alcaide:
—Cristiano, tengo un captivo
que al mi rey ha de mostrar-
como vine hasta Jaén [le,
y en lucha tuve a su Alcaide.
Prenda es de honra el capti-
[vo
y aquesta prenda bien vale,
pues para el rey será siervo.
quien para tí, fué tu padre
—Moro,—díxole el cristiano.
si mis razones te valen,
fabla mejor como fijo
que como a ferir fablaste.
Dígote yo que si un viejo
prendiese, y el fijo valme
suplicándome a las plantas
con lágrimas que no salen,
porque en homes como en-
[trambos
las lágrimas son de sangre,

tendríame por hircano,
tendríame por cobarde.
¡Pide, por Sancta María,
pídeme, moro, rescate,
pero déxame al buen viejo
y tómame por mostrarme
que no por tu espada, no,
pero me doy por mi padre!
—Cristiano,—díxole el moro,
bien pudiste aquí ablandar-
[me
y por ser más caballero
yo devuélvote a tu padre.
Mas, por cosa de Jaén
que al mi rey he de mostrar-
[le,
con tu escudo en la gualdra-
[pa,
tu caballo habrás de darme.
Le diré al mi rey, ques es
[prenda
y es presente, por su padre,
del cristiano de Jaén,
que no quise más rescate.
Dióle el caballo y los brazos.
El moro dióle a su padre
;Y a Jaén, dióse la vuelta
con aquel viejo el Alcaide!

MUERTE DADA A LOS ABENCERRAJES

En las torres del Alhambra
sonaba gran vocería,
y en la ciudad de Granada
grande llanto se hacía,
porque sin razón el rey
hizo degollar un día
treinta y seis Albencerrajes
nobles y de gran valía

a quienes Cegríes y Gomeles
 acusan de alevosía,
 Granada los llora más
 con gran dolor que sentía,
 que en perder tales varones
 es mucho lo que perdía,
 Hombres, mujeres y niños
 lloran tan grande pérdida;
 lloran todos los demás,
 cuantos en Granada había.
 Por las calles y ventanas
 mucho luto parecía;
 no había dama principal
 que luto no se ponía,
 ni caballero ninguno
 que de negro no vestía,
 si no fueran los Cegríes,
 do salió su alevosía,
 y con ellos los Gomeles,
 que les tienen compañía,
 y si algún luto llevaban,
 es por los que muerto habían
 los Gazules y Alavezes
 con gran valor y osadía
 en el cuarto de los Leones,
 por vengar la villanía;
 y si hallaran al rey Chico,
 le privaran de la vida,
 por consentir la maldad
 que allí consentido había.

ROMANCE DEL REY MORO QUE
 PERDIO ALHAMA

Paseábase el rey moro
 por la ciudad de Granada
 desde la puerta de Elvira
 hasta la de Vivarambla.
 «¡Ay de mi Alhama!»
 Cartas le fueron venidas

que Alhama era ganada:
 las cartas echó en el fuego,
 y al mensajero matara.
 «¡Ay de mi Alhama!»
 Descabalga de una mula,
 y en un caballo cabalga;
 por el Zacatín arriba
 subido se había al Alhambra.
 «¡Ay de mi Alhama!»
 Como en el Alhambra estu-
 [vo,
 al mismo punto mandaba
 que se toquen sus trompetas,
 sus añfiles de plata.
 «¡Ay de mi Alhama!»
 Y que las cajas de guerra
 aprisa toquen al arma,
 porque lo oigan sus moriscos
 los de la Vega y Granada.
 «¡Ay de mi Alhama!»
 Los moros que el son oyeron
 que al sangriento Marte lla-
 [ma,
 uno a uno y dos a dos
 juntado se ha gran batalla.
 «¡Ay de mi Alhama!»
 Allí habló un moro viejo,
 d'esta manera hablara:
 —¿Para qué nos llamas, rey,
 para qué es esta llamada?—
 «¡Ay de mi Alhama!»
 —Habéis de saber, amigos,
 una nueva desdichada:
 que cristianos de braveza
 ya nos han ganado Alhama.
 «¡Ay de mi Alhama!»
 Allí habló un Alfaqui
 de barba cruda y cana:
 —¡Bien se te emplea, buen
 [rey

¡Buen rey, bien se te em-
[pleara!

«¡Ay de mi Alhama!»
Mataste los Abencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.

«¡Ay de mi Alhama!»
Por eso mereces, rey
una pena muy doblada;
que te pierdas tu y el reino;
y aquí se pierda Granada.—
«¡Ay de mi Alhama!»

EL REY CHICO PRISIONERO DEL
CONDE DE CABRA

Junto al vado de Genil,
por un camino seguido
viene un moro de a caballo
de polvo y sangre teñido,
corriendo a todo correr
como el que viene huído.
Llegado junto a Granada,
da gran grito y alarido,
publicando malas nuevas
de un caso que ha aconteci-

[do:

—Que el rey Chico se perdió
y los que con él han ido,
y que no escapó ninguno,
preso, muerto o mal herido;
que de cuantos allí fueron
yo sólo me he guarecido,
a traer nueva tan triste
del gran mal que ha sucedi-

[do.

Los que a vuestro rey ven-
[cieron
sabed, si no habéis sabido,

que fué aquel Diego Hernán-
[dez,

de Córdoba es su apellido,
Alcaide de los Donceles,
hombre sabio y atrevido,
y aquel gran conde de Cabra,
que en su ayuda ha venido:
y éste venció la batalla
y aquel trance tan reñido;
y otro, Lope de Mendoza,
que de Cabra había salido.
que andaba entre los peones
como un león atrevido.

Y sabed que el rey no es
[muerto;
mas que está en prisión ren-
[dido.

que le vide ir en trailla
con acto muy abatido,
y llévanlo derecho a Lucena,
junto adonde fué vencido.—
Lloraba toda Granada
con grande llanto y gemido:
lloraban mozos y viejos
con algazara y ruido;
lloraban todas las moras
un llanto muy dolorido;
mesan sus cabellos negros,
desgarrando sus vestidos,
arañan sus blancas caras
y sus rostros tan lucidos:
unas lloran hijos, padres;
otras hermano o marido;
lloran tanto caballero
como allá se hubo perdido;
lloraban por su buen rey
tan amado y tan querido.
Queréllanse de Mahoma,
que así ha desfavorecido
a su ejército y su rey,

que fuese así destruído.
Prometen todas sus joyas,
sus ajorcas y tejillos,
y con estas y otras cosas
dar su rescate cumplido.

SITIO Y TOMA DE LOJA, POR LAS
TROPAS DE FERNANDO V
(De Gabriel Lobo Lazo de
la Vega.)

En Loja estaba el rey Chi-
con gran copia de soldados [co
porque con el rey Zagal,
su tío, andaba encontrado,
sobre el tener cada cual
solo y sin igual su Estado:
cosa dura de llevar
en quien alcanza algún man- [do.

Puso sitio en este tiempo
el Católico Fernando
sobre la fuerte ciudad,
aunque no tan a su salvo,
que primero no tuviese
mil rencuentros porfiados
en que murió mucha gente
del uno y del otro bando,
sobre asentar las estancias
en lugar acomodado,
que de la ciudad salían
muchos moros a estorbarlo;
que los prácticos del reino,
que al rey estaban guardando
que al fin con dificultad
la sitió por todos lados,
unos con otros por horas
escaramuzas trabando;
en algunas la persona

del rey moro peleando.
Pues de ver tanta ruina
Martín de Alarcón cansado,
y de que el buen don Rodri- [go

Téllez Girón, el nombrado.
Maestre de Calatrava,
murió en el cerco pasado,
haciendo por su persona
lo que el fiero Marte airado.
de dos veloces saetas
por el pecho atravesado,
la delantera tomó,
y con ánimo indignado,
osando lo más difícil,
hizo por la espada tanto,
que por el mayor aprieto
de los moros abrió paso,
sin ser bastante a impedirlo
el escuadrón más cerrado,
hasta que en los arrabales
de Loja entró peleando,
a todas partes hiriendo,
lijero cual suelto pardo,
a quien sigue mucha gente
viendo un hecho tan extra- [ño;

el cual puso a la ciudad
el cerco más apretado,
dándole de allí adelante
un asalto y otro asalto,
hasta que el aprieto viendo
el rey moro, movió trato
en que libre le dejó
la ciudad al rey Fernando.

EL CERCO DE MALAGA

Málaga está muy estrecha
en gran quebranto y fatiga.

por todas partes cercada,
 muy gran hambre padecía.
 No quiere ningún partido
 el Cegrí que la tenía,
 y lo mismo los Gomerés,
 moros que la defendían.
 Visto por el Alfaquí,
 que el Alhariz se decía,
 junto con Alí-ben-amar
 y el Dordux en compañía,
 como su necesidad
 era mayor cada día,
 y que no tenían remedio
 ni socorro no atendían,
 convocaron la ciudad,
 y con gran gente que había
 hablaron así al Cegrí,
 y el Alfaquí le decía:
 —Ruégote, Hamet, Cegrí,
 yo y aquesta compañía
 que entregues esta ciudad,
 pues defensa no tenía.
 Contempla cuantos guerreros
 el cuchillo muerto había;
 no quieras que mate a eso
 [tros
 la gran hambre que tenían.
 Nuestras mujeres y hijos
 muy gran dolor nos ponían,
 porque nos demandan pan
 y de hambre se morían;
 y tú más daños nos haces
 que los cristianos hacían;
 que ellos nos matan a hierro,
 tú por más áspera vía.
 dí, ¿son más fuertes los mu-
 [ros
 que aquesta ciudad tenía,
 que son aquellos de Ronda,
 que ya entregado se había?

¿Ni vosotros sois más fuer-
 ni tenéis más valentía [tes,
 que aquella gente de Loja
 que a aquestos reyes se hu-
 [milla?

Dí, ¿qué esperanza te queda,
 pues tienes tal rebeldía?
 Granada perdió su fuerza,
 su gente no es cual solía,
 los capitanes su orgullo,
 porque rey les fallecía.
 Deja vanas esperanzas
 que poco al caso hacían.—
 El Cegrí muy obstinado,
 con enojo respondía:
 —Que por manera ninguna
 la ciudad no entregaría,
 y que tuviesen por cierto
 que primero moriría.—
 Los moros muy fatigados
 unas cartas escribían
 al rey por algún partido;
 sola libertad pedían:
 pero ya a questo concierto
 el rey no les concedía,
 publicada ya la hambre
 que la ciudad padecía.
 Un Abrahen Angelí,
 el cual santo se decía,
 pensó de quitar el cerco
 que Málaga en sí tenía.
 Juntó cuatrocientos moros,
 con esto que les decía.
 Vánse a Málaga secretos,
 abscondiéndose de día,
 y un día muy de mañana,
 ya que casi amanecía,
 por la parte de la mar
 el real acometían
 para entrar por las estancias

que en aquella parte había;
y al fin, saltando por ellas,
peleando a maravilla,
entraron doscientos de ellos
en la ciudad a porfía,
y los demás fueron muertos
por la gente que ocurría.
En aquesto el moro santo.

por hacer lo que quería,
salióse de la batalla
y púsose de rodillas
alzadas ambas las manos,
como que oración hacía,
y d'esta suerte fué preso:
el cual a todos decía
como era moro santo,
y que muy cierto sabía
la toma de la ciudad
en qué tiempo se haría,
y que aquesto a solo al rey,
y no a otro lo diría.
Mandólo traer el rey
para ver lo que decía;
pero a su tienda llegados,
hallaron que el rey dormía,
y lleváronlo a otra tienda,
en la cual residía
el nuevo marqués de Moya
y su mujer Bobadilla;
el ilustre portugués
don Alvaro se decía.
Entrando en la tienda el mo-
como a nadie conocía, [ro,
don Alvaro pensó que era
el rey, que verlo quería,
y la reina la marquesa,
que muy rica se vestía.
Sacó muy disimulado
un terciado que traía,
y a don Alvaro le dió

con él una gran herida
en medio de la cabeza,
peligrosa a maravilla,
y a la marquesa tiró
otras como más podía;
pero luego lo mataron
la gente que lo traía.

ENTRADA TRIUNFAL DE LOS REYES EN GRANADA.—EL REY CHICO SALE HUMILLADO Y VENCIDO DE LA CIUDAD, LAMENTANDO SU DESGRACIA: LA REINA SU ESPOSA QUISIERA MATARLE PARA QUE NO VIVIESE CON AFRENDA

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

En la ciudad de Granada
grandes alaridos dan;
unos llaman a Mahoma,
otros a la Trinidad:
por un cabo entraban cru-
[ces,
de otro sale el Alcorán;
donde antes oían cuernos,
campanas oyen sonar.
El *Te Deum laudamus* se oye
en lugar del Alha-alha.
No se ven por altas torres
ya las lunas levantar;
mas las armas de Castilla
y de Aragón ven campear.
Entra un rey ledo en Grana-
el otro llorando va; [da,
mesando su barba blanca,
grandes alaridos da.
—¡Oh mi ciudad de Granada,
sola en el mundo, sin par,
donde toda la morisma
se solía contigo honrar!

Bien ha setecientos años
 que tienes cetro real
 de mi famoso linaje,
 qu'en mí se vino acabar.
 Madre fuiste venturosa
 de gente muy singular,
 de valientes caballeros,
 amigos de pelear,
 enemigos de Castilla,
 daño de la Cristiandad,
 madre de gentiles damas
 de gran valor y beldad,
 amigas de caballeros
 en armas dignos de honrar,
 por quien los galanes de Afri
 se venían a señalar; [ca
 por quien se vencían batallas
 por ellas las desear,
 y se honraban los galanes
 por sus señales llevar.

En tí se acabó Mahoma,
 mas que dios de allen d'el
 [mar;

en tí estaba la milicia,
 la gentileza y bondad;
 de soberbios edificios
 solías mucho ilustrar,
 a jardines, huertas, campos
 de la tu vega real
 secas las veo sus flores,
 árboles altos no hay.
 Rey que tal corona pierde
 no se tiene de acatar,
 ni cabalgar en caballo,
 ni hablar en pelear;
 mas do no le vean las gentes
 su vida en llanto acabar
 con esto el rey de Granada
 en una fusta se va
 la vía de Berbería

y estrecho de Gibraltar,
 do a la reina su mujer
 halló con tan gran pesar,
 qu'en velle se ha levantado,
 y con él se fué abrazar,
 diciendo a muy grandes gri-
 [tos
 que el cielo hacía temblar:
 —¡Oh desventurado rey,
 que hace tal poquedad,
 que a Granada dejar pueda
 y no se quiere ahorcar!
 Por el bien que te deseo,
 yo, rey, te quiero matar,
 que quien tal reino ha deja-
 poco es la vida dejar.— [do,
 Y con sus airadas manos
 al rey procuraba ahogar:
 el rey, de desesperado,
 a ello le fué ayudar.

CUENTANSE DOS ACTOS DE HU-
 MILDAD DEL REY CHICO CUANDO
 SALIO VENCIDO DE GRANADA, Y
 LA ASPERA RECONVENCION QUE
 SU MADRE LE HIZO INCREPAN-
 DOLE DE COBARDIA

Año de noventa y dos,
 por enero de este año,
 en el Alhambra, en Granada,
 pendones han levantado,
 d'ellos del rey de Castilla,
 d'ellos son de Santiago.
 de encima dan grandes voces
 que se oyen en el campo,
 las cuales dicen:—¡Granada,
 Granada por don Fernan-
 [do!—
 El rey moro congojoso

desque la hubo entregado,
 dos autos de gran tristeza
 este día hubo mostrado:
 uno, pasando el Genil
 cabalgando en su caballo,
 yendo a recibir al rey
 para besarle la mano,
 no permitió que los suyos,
 de quien iba rodeado,
 le cubriesen los estribos,
 porque no fuesen mojados;
 porque d'esta cirimonia
 siempre el rey había usado.
 Otro, después de venido
 y en su posada apeado,
 subiendo por la escalera,
 las alpargas dejó abajo,
 y subiéndolas contino
 el moro más señalado,
 no permitió que ninguno
 d'ello tomase cuidado.
 Partido a las Alpujarras,
 como estaba concertado,
 ya de Granada salido,
 pasando un cerro muy alto,
 mirando estaba a Granada
 muy agramente llorando,
 viendo como ya dejaba
 la ciudad do había reinado.
 sus riquezas y frescuras,
 publicando con gran llanto
 como ya no esperaba
 poder alcanzar su estado,
 ni ver aquella ciudad
 adonde se había criado,
 y cómo de rey se veía
 muy pobre y desheredado.
 Los caballeros del rey
 de quien iba acompañado,
 visto su gran sentimiento.

todos estaban llorando,
 su pérdida y desventura
 cada cual d'ellos contando.
 En estas contemplaciones
 habiendo mucho tardado,
 la reina, que iba delante,
 viéndolos estar parados,
 preguntaba la ocasión,
 le fué dicho y declarado
 el sentimiento que el rey
 por Granada había mostrado.
 que al despedirse de vella
 muy de recio había llorado.
 La reina le respondía
 con aspecto muy airado:
 —Justo es que como mujeres
 lloren y estén acuitados
 los que como caballeros
 no defendieron su estado;
 que más ganara en ser muer-
 en Granada peleando, [to
 que no salir vivo d'ella,
 tan pobre y desheredado.

MUERTE DE DON ALONSO DE
 AGUILAR

Estando el rey don Fer-
 [nando
 en conquista de Granada,
 donde están duques y condes
 y otros señores de salva,
 con valientes capitanes
 de la nobleza de España,
 desde que la hubo ganado,
 a sus capitanes llama.
 Cuando los tuviera juntos,
 d'esta manera les habla:
 —¿Cuál de vosotros, amigos,
 irá a la sierra mañana

a poner el mi pendón
 encima del Alpujarra?—
 Mirábanse unos a otros,
 y ninguno el sí le daba,
 que la ida es peligrosa
 y dudosa la tornada,
 y con el temor que tienen,
 a todos tiembla la barba,
 si no fuera a don Alonso
 que de Aguilar se llamaba.
 Levantóse en pie ante el
 rey;

d'esta manera le habla:
 —Aquesa empresa, señor,
 para mí estaba guardada,
 que mi señora la reina
 ya me la tiene mandada.—
 Alegróse mucho el rey
 por la oferta que le daba.
 Aún no era amanecido
 don Alonso ya cabalga
 con quinientos de a caballo,
 y mil infantes llevaba.
 Comienza a subir la sierra
 que llamaban la Nevada.
 Los moros, cuando lo vieron,
 ordenaron gran batalla,
 y entre ramblas y mil cues-
 se pusieron en parada, [tas
 la batalla se comienza
 muy cruel y ensangrentada;
 porque los moros son mu-
 [chos,
 tienen la cuesta ganada:
 aquí la caballería
 no podía hacer nada,
 y así con grandes peñascos
 fué en un punto destrozada.
 Los que escaparon de aquel

vuelven huyendo a Granada.
 Don Alonso y sus infantes
 subieron a una llanada;
 aunque quedan muchos
 muertos
 en una rambla y cañada,
 tantos cargan de los moros,
 que a los cristianos mataban.
 Solo queda don Alonso,
 su campaña es acabada:
 pelea como un león;
 pero poco aprovechaba,
 porque los moros son mu-
 [chos
 y ningun vagar le daban,
 en mil partes ya herido
 no puede mover la espada;
 de la sangre que ha perdido
 don Alonso se desmaya
 Al fin cayó muerto en tierra,
 a Dios rindiendo su alma:
 no se tiene por buen moro
 el que no le da lanzada.
 Lleváronle a un lugar
 que es Ojúcar la nombrada;
 allí le vienen a ver
 como cosa señalada.
 Míranle moros y moras,
 de su muerte se holgaban.
 llorábale una cautiva,
 una cautiva cristiana,
 que de chiquito en la cuna
 a sus pechos le criara.
 A las palabras que dice,
 cualquiera mora lloraba:
 —Don Alonso, don Alonso,
 Dios perdone la tu alma,
 que te mataron los moros,
 los moros de la Alpujarra.

HISTORIA DE ABINDARRAEZ, JARIFA Y RODRIGO DE NARVAEZ
(De Juan de Timoneda.)

Por el ausencia de Febo la tierra se entristecía, y la hermana casta y bella mostrar su rostro quería, cuando la encubierta noche mayor silencio tenía, se salen juntos de Alora ilustre caballería.

Diez solos son los guerreros, y el capitán que regía es Rodrigo de Narvéez,

que espanto a Marte ponía, que de Alora y Antequera es Alcaide de valía,

que el infante don Fernando le diera aquella alcaldía, pues por su esfuerzo sobramuy bien la merecería, [do porque él ayudó a ganarlas cuando a los moros vencía.

Para mejor defendella en Alora residía

con valientes hijosdalgo que le hacían compañía.

Con ellos estaba hablando, que grande amor les tenía:

—Paréceme, caballeros, pues que la noche venía tan serena, clara y bella como si fuese de día,

que nuestros vecinos sepan que los que guardan la villa de Alora no están durmien-

[do,

como alguno pensaría.—

Todos dicen a una voz

con ánimo y osadía, que él hiciese y ordenase lo que a su honra cumplía, que todos estaban prestos de seguir su compañía.

Luego el valeroso Alcaide, como acordado tenía, hizo armar los nueve d'ellos, que llevar más no quería.

Ya salen los caballeros con esfuerzo y gallardía, por una escondida puerta que en la fortaleza había.

Nueve son, diez con Narvéez no hay en ellos cobardía; cada cual para tres hombres, y aun para cuatro valía.

A poco trecho pararon, porque el campo dividían dos caminos, y el Alcaide d'esta suerte les decía:

—Vamos cinco por aquí, cinco por esotra vía:

si por ventura topamos contrarios en demasía, y vencerlos no podemos,

lo que a mí me parecía, toquemos una corneta, y aquesto señal sería

que se demanda socorro, y acuda quien más podía.—

Aquesto así concertado, el Alcaide se partía

con los cuatro compañeros, y se fué por la una vía;

los otros cinco por otra, con ánimo y osadía,

hablando en cosas de guerra lo que bien les parecía.

A poco trecho que fueron.

el delantero decía:
 —Teneos atrás, caballeros,
 escuchemos que sería
 el rumor que viene allí.—
 Lo cual luego se hacía.
 Métense en una arboleda
 muy espesa que allí había.
 Desde a poco tiempo vieron
 venir con gran lozanía
 un valiente y gentil moro,
 de hermosa fisonomía,
 en un caballo ruano
 poderoso a maravilla,
 amenazando los vientos
 con la furia que traía.
 y la silla con el freno
 eran de grande valía,
 con muchas borlas de grana,
 demostrando él alegría
 que llevaba el fuerte moro;
 y en lo demás que traía,
 las cabezadas de plata
 labradas como en Turquía;
 un caparazón bordado
 de aljófar que relucía,
 y los estribos dorados,
 arzones de plata fina.
 El moro venía vestido
 con extraña galanía,
 marlota de carmesí
 bordada de pedrería;
 un albornoz de damasco
 verde, con gran gallardía;
 una fuerte cimitarra
 a su costado ceñida,
 el puño de una esmeralda,
 pomo de piedra zafira,
 la guarnición era de oro,
 la vaina de pedrería,
 una adarga entre sus pechos,

de fuerte piel granadina
 a la morisca labrada,
 una luna por divisa.
 El brazo lleva desnudo,
 que muy fuerte parecía;
 una lanza con dos hierros.
 que veinte palmos tenía.
 Con aquel hercúleo brazo
 fuertemente la blandía;
 rica toca en la cabeza,
 que tunecí se decía;
 con las vueltas que la daba.
 de armadura le servía,
 con rapacejos colgando
 de oro de Alejandría.
 Parecía el fuerte moro
 un Héctor en valentía:
 iba en todo tan gallardo
 y tan lleno de alegría,
 que con una voz graciosa
 aqueste cantar decía:
 —En Granada fuí nacido
 de una mora de valía,
 y en Cártama fuí criado
 por triste ventura mía;
 tengo dentro de Coín
 la cosa que más quería,
 que es mi bien y mi señora
 la muy hermosa Jarifa.
 Ahora voy por su mandado
 do muy presto la vería,
 si le placiera a Mahoma,
 antes que amanezca el día.—
 Con tanta gracia cantaba,
 porque en todo la tenía,
 tanta, que a un corazón tris-
 bastaba a dar alegría. [te
 Los caballeros salieron,
 que elevados los tenía.
 El moro cuando los vió

de presto se apercibía,
y en un espacioso llano
sin temor los atendía.
Estando el moro aguardando,
a él solo uno venía,
y los cuatro se quedaron,
usando de cortesía.
Escaramuzan los dos
sin muestra de cobardía,
dale el moro dos lanzadas,
y al punto al suelo caía.
Los caballeros que vieron
como el moro se regía,
arremeten los dos d'ellos,
el moro los atendía.
Fuertemente le combaten,
pero bien se defendía,
porque trae mejor caballo,
y entraba cuando quería,
y con la misma destreza
a sus tiempos se salía.
Enojado andaba el moro,
a uno d'ellos derriba;
los otros dos, que miraban,
sin usar más cortesía,
arremeten todos juntos;
cada cual como podía
ayuda a su compañero;
el moro con los tres lidia.
Aunque cualquier de los tres
tanto como tres valía,
y aunque los tres iban jun-
el moro no los temía. [tos,
El un caballero d'ellos
herido al moro tenía
de una lanzada en un muslo,
de que muy mal se sentía.
Con rabia de verse así,
al que le hirió le decía:
—¡Espera, verás qué pago

te dará esta lanza mía!—
Arremetió al caballero
como fiera embravecida,
y con sobrada presteza
fuertemente le hería
de otra lanzada en los pe-
[chos,
el cual en tierra caía:
con la furia que le dió
la lanza quebrado había,
y como quedó sin ella,
en gran peligro se vía;
porque los dos que quedaban
eran de gran valentía.
Empero el moro brioso
de los dos se defendía.
el uno arremetió al moro
aburrido de la vida;
el otro, con muy gran fuerza
el cuerno tocado había,
por dar señal a Narváez
del socorro que pedía.
El moro, que lo sintió,
mirando que se perdía,
usó de un ardid de guerra;
hizo como quien huía.
Los caballeros le siguen
pensando que se les iba.
Cuando se vido apartado
de los que él herido había,
arremetió a su caballo,
con gran furia le corría
y en llegando a los caídos
del caballo se reclina,
y con mucha lijereza
tomó una lanza que vía
estar entre aquellos muertos
y a la batalla volvía,
y como un león furioso
al uno d'ellos derriba.

Ya tiene cuatro en el suelo,
el quinto se defendía.
En esto llegó Narváez,
que ya el ruido oído había;
mirándole está el Alcaide
al moro y su valentía;
miraba los caballeros
que cerca de sí tenía
en el suelo derribados,
y cómo se defendía.

En esto al moro valiente
d'esta suerte le decía:
—Vente á mí, moro valiente,
y deja a mi compañía,
que d'ella yo te aseguro
sobre fe y palabra mía
que si no fuere yo solo,
ninguno te enojaría.—

De que aquesto oyera el mo-
a Narváez se volvía, [ro,
y Narváez para él,
que verlos es maravilla.
¡Con qué destreza y primor
cada cual arremetía!

El moro cansado andaba
y el caballo que traía;
mas Rodrigo de Narváez,
que de refresco venía,
fatigaba tanto al moro,
que valerse no podía.
El valiente moro, viendo
que le va la honra y vida,
arremete con gran furia,
y una lanzada le tira
al Alcaide, con tal fuerza,
que pensó que acabaría
con aquesto la batalla;
mas no fué como quería,
que la adarga le pasó
y otro mal más no le hacía.

El valeroso Narváez
para el moro arremetía:
hirióle el brazo derecho,
que desnudo le traía.
Luego se abrazó con él,
y sacóle de la silla,
y con la fuerza que pudo
en el suelo le derriba,
diciendo:—Date a prisión,
si no quitarte he la vida.
—Quitármela, cierto, puedes,
el moro le respondía,
mas yo no seré vencido,
ni lo tal consentiría,
pues que ya lo soy de aque-

[lla

que primero me vencía.—
Narváez no le entendió,
por ser en algarabía,
y usando de su virtud,
al moro otorga la vida.
Ayudóle a levantar
y apretóle la herida
que en el brazo le había da-
do,

y otra que el moro tenía.
El y toda su compañía
para Alora se volvían.
Caminando todos juntos,
el moro entre sí gemía.
Don Rodrigo de Narváez,
que junto, cabe él venía,
los ojos puestos en él,
miraba su lozanía,
su gentil disposición,
que por extremo tenía.
Consideraba lo hecho,
su ánimo y osadía,
su traje y su vestido
y lo demás que traía,

y considerando aquesto,
entre sí mismo decía:
—La tristeza d'este moro,
según mostró su osadía,
no la causa la prisión
ni las llagas que tenía.—
Determinó de le hablar,
d'esta suerte le decía:
—Caballero el más valiente
que jamás yo vi en mi vida,
¡gran flaqueza me parece
la que en ti al presente vía,
que siendo tan valeroso,
cuanto varón se podía,
demuestras tanta flaqueza,
y tristeza y agonía,
y hagas tanto sentimiento,
qué lástima me ponía!
Dar suspiros dolorosos.
de verdad, no parecía
de valiente caballero,
ni tal creerse podía;
y si os duele la prisión,
también pudiera ser mía.
Si es otro el dolor secreto,
decídmelo, si os placía;
bien podéis fiar de mí
sobre fe y palabra mía.—
El moro alzó la cabeza,
que al suelo mirando iba,
y respondiendo a Narváez,
d'este modo le argüía:
—¿Cómo os llaman, caballe-
cierto saber lo quería. [ro?,
porque os doléis de mi mal
y del dolor que sentía.
—Soy Rodrigo de Narváez,
para lo que te cumplía.—
Respondió el moro en oírlo
con muy sobrada alegría:

—A Alá doy gracias porque
a vuestro poder venía.
Yo he oído vuestra fama,
y virtud y valentía,
y tengo d'ello experiencia
hoy en este mismo día;
y porque creáis, señor,
que el dolor que yo sentía,
los suspiros y tristeza
y lo que más padecía,
ni las llagas ni prisión
causarme tal no podía;
estadme atento y oiréis
la triste ventura mía.
Yo soy Abindarraez el Mozo,
y así me llaman hoy día,
a causa que un tío mío
el mismo nombre tenía.
Soy de los Abencerrajes,
que en Granada haber solía,
do resplandecían las armas,
el saber, la valentía,
la virtud y la prudencia.
el ánimo y la osadía.
Si más te contase, Alcaide,
de dolor reventaría;
basta que el rey informado,
con traición y alevosía
los mandó descabezar,
doce que eran, en un día,
diciendo que todos ellos
le querían quitar la vida
y entre sí partir el reino,
y fué traición y mentira.
Al fin, que murió sin culpa
la flor de caballería.
El mandó que si en Granada
un Abencerraje había,
saliese de la ciudad
sin detenersé ni un día;

y a todos sus descendientes
puso pena de la vida
si en la ciudad se hallase
de aquella genealogía.
En fin, ya de Abencerrajes
en Granada no había
memoria, sino mi padre,
que allí vivir consentía,
porque sin culpa le halló,
y el rey así lo creía,
con tal que si hubiese hijos,
a los varones, decía,
no se críen en Granada
ni asistiesen en su vida.
Cuando yo nací, cuitado,
luego mi madre me envía
para que fuese criado
en Cartama, aquesa villa.
Encargárame al alcaide,
que mi padre le tenía
por grande amigo, y lo era,
y en obras lo parecía.
Con una hija sola, suya,
me criaba y le servía;
ella me llamaba hermano,
y yo a ella hermana mía,
y como amados hermanos
pasábamos nuestra vida;
el amor entre los dos
diferencia no ponía:
como a hermano me amaba,
como a hermana la quería.
Tanto creció en hermosura,
que par con ella no había.
Vila una vez en la fuente
que en nuestro jardín corría
peinándose los cabellos
como oro de Alejandría;
a la hermosa Salmacia
en belleza parecía.

Díjela: —¡Quién fuera tron-
[co
para estar junto a esta ninfa,
sin quitarme jamás d'ella
ni de noche ni de día!—
Con su gracia y hermosura,
corriendo a mí se venía,
y abrazándome me dijo:
—¡Ay hermano de mi vida,
decidme, ¿de do venís?,
que yo buscado os había.
—Yo también a vos, her-
[mana,
que sin vos no hay alegría.
¿Pero vos cómo sabéis
que seáis hermana mía?
—No más que del grande
[amor
que como hermano os tenía,
y el ver también que mi pa-
[dre
como a sus hijos nos cría.—
Otras mil cosas pasamos
que el amor nos insistía,
y como el tiempo descubre
las cosas, yo supe un día
cómo no era mi hermana,
y holguéme con demasía.
En el tiempo que Cupido
esas marañas urdía
mandara el rey al alcaide,
para mayor pena mía,
que de Cartama pasase
a Coin, aquesa villa,
y que me dejase a mí
en Cartama todavía,
y que él se fuese a Coin,
que era mejor alcaldía.
¡Oh valeroso Narvéez,
y cómo te contaría

el dolor y la tristeza
 que mi ánima sentía
 cuando tales nuevas supe,
 y viendo lo que ella hacía!
 Un día que nos hablamos
 d'esta suerte me decía:
 —Mi querido Abencerraje
 sábetete que en esta ida
 y en apartarme de ti
 se me aparta el alma mía
 d'estas afligidas carnes,
 que sufrir no lo podía,
 que ya parece que estoy
 en la última agonía:
 yo quiero, mi Abencerraje,
 ser tuya toda mi vida;
 tuya será mi hacienda,
 tuyo cuanto yo tenía,
 y tuya será mi honra,
 mi bien, mi ser y alegría.
 Quiero que seas mi esposo,
 pues fortuna así lo guía.
 Para confirmación d'esto
 en el punto, hora y día
 que llegada sea a Coin,
 do al presente me tenía,
 habiendo lugar y tiempo,
 por cualquier manera o vía
 te promeso de avisar,
 sobre fe y palabra mía,
 y vayas allí a hablarme,
 donde se concertaría
 nuestro negocio del todo,
 así como convenía.—
 Luego la besé las manos
 por la merced que me hacía,
 y así se partió mi bien
 luego en el siguiente día.
 ¡Lo que yo pasé en ausencia
 digo, el mal que yo sentía

aquel poderoso Alá
 solamente lo sabía!
 Hoy con una su criada,
 de quien ella mucho fía,
 me ha enviado a llamar
 que esta noche sea mi ida.
 De la manera que ves
 a ver mi señora iba;
 empero quiso la suerte
 y triste ventura mía
 apartarme tanto bien,
 y contento y alegría.
 Iba agora el más alegre
 Abencerraje que había,
 de Cartama adonde vivo,
 a Coin, aquesa villa,
 a casar con mi señora
 y a gozar su lozanía,
 y ya me veo cautivo,
 mal herido, aunque con vi-
 [da;
 que más quisiera perder,
 que verme como me vía.
 Déjame, agora, cristiano,
 lamentar la suerte mía
 con suspiros y con lloros,
 pues pierdo el bien que te-
 [nía.
 No pienses que los suspiros
 los echo de cobardía,
 ni las heridas que tengo
 me dan pesar ni fatiga.—
 En diciendo aquesto el moro,
 tan gran tristeza tenía,
 que abajada la cabeza
 lloraba cuanto podía.
 Don Rodrigo de Narvárez
 d'esta manera decía:
 —Afligido Abencerraje,
 pues fortuna así lo guía,

quiérote mostrar que puede más tu virtud y valía que no tu adversa fortuna; por tanto ten alegría. Si me prometes volver dentro del tercero día a mi poder y prisión en aquesta villa mía, yo te daré libertad para que sigas tu vía.— El Abindarraez, oyendo lo que Narváez decía, quiso arrojarse a sus pies; Narváez no lo consentía, pero tomóle la mano, y otra vez le persuadía: —Abindarraez, ¿prometes, en fe de caballería, de volver a mi prisión, como dicho te tenía? —Sí prometo, respondió aunque yo pierda la vida. —Anda y sigue tu ventura, el Alcaide respondía, y mira, si es necesario iré yo en tu compañía; si te falta alguna cosa, pide, pues te la daría.— El moro, con rostro alegre, mucho se lo agradecía; cabalgó en otro caballo, porque el suyo herido iba, y apriesa se va a Coin y Narváez a su villa. Caminando Abindarraez con grandísima alegría, a Coin, como está cerca, muy presto llegado había, donde le estaba aguardando triste la hermosa Jarifa.

Empero, cuando la vido gran consuelo recibía; tomárale por la mano. requebrándole decía: —¿En qué, di, te has dete mi señor y vida mía? [nido, ¡Cierto que tu negligencia gran recelo me ponía! —Señora, respondió el moro, negligencia en mí no había, mas suelen suceder cosas que el hombre ver no que-
[rría.—

La plática resumieron; por la mano le ponía en un muy rico aposento; junto a sí sentar le hacía en una extremada cama que aderezada tenía, y con voz dulce y suave, dándole amor osadía, dijo: —Abindarraez sepas que d'esta suerte cumplía aquesta cautiva tuya la fe que dado te había, y por hacerte señor de mí y cuanto poseía, aquí te mandé venir y estar en mi compañía debajo nombre de esposo, y esto es lo que convenía a tu estado y a mi honra, si lealtad en ti había. — El moro, casi de empacho de ver que se descubría, la fué a tomar en los brazos, y con mucha cortesía besaba sus blancas manos por la merced que le hacía. y ser su esposo promete;

su boca a la suya unía,
y ella, por consiguiente,
al moro se sometía.
Suplicóle que cenase,
que ella también cenaría.
Asentáronse los dos
en una pieza do había
viandas aparejadas
y una moza que servía.
Ya después de haber cenado,
porque amor les convencía,
incitó a que se acostasen,
y allí, con mucha alegría,
les enseñó a dar requiebros
y a hacer lo que convenía.
Cansados, ella durmióse,
y él pensando que tenía
de volver a ser cautivo,
de congoja no dormía
revolviéndose en la cama,
tanto, que ella lo sentía,
por lo cual estuvo atenta,
que nada se revolvía,
para entender a su querido
de qué quejaba o gemía.
Al cabo de rato el moro,
como el pesar le vencía,
fué a echar un gran suspiro;
ella, en ver que no podía
sufrir tan notable afrenta
de su honra y lozanía,
asentárase en la cama
y con la voz que sentía
de no publicar tristeza,
aunque el alma la afligía,
díjole al moro:—¿Qué tie-
[nes,
o de qué se entristecía
tu corazón, o en qué cosa
mi corazón te ofendía?

Pues si yo soy, cual tú dices,
tu contento y alegría,
¿por qué suspiras agora?
Y si no lo soy, querría
saber, ¿por qué me enga-
[ñaste,
o qué fué tu fantasía?
Di si sirves a otra dama,
o quién es por cortesía,
porque si es más hermosa,
yo también la serviría.—
El entonces de consuelo
con un suspiro acudía,
diciendo:—Luz de mis ojos,
mi esperanza, amparo y guía,
es mi pena y sentimiento
que si de vos me partía
he de quedar prisionero
de un cristiano de valía,
que se llama Don Rodrigo,
el que en Alora vivía.—
Luego entonces le contó
lo que sucedido había,
y añadió más:—Si suspiros
salieron d'esta alma mía,
de lealtad eran sobrada,
no cierto de alevósia.—
Y acabando estas razones,
doblado la entristecía.
Ella, por más consolarle,
como que se sonreía,
y dijo:—No te congojes,
Abindarraez, por tu vida,
que yo tomaré a mi cargo
de remediar tal fatiga,
cuanto más, que pues cau-
[tivo
fuiste por mí en este día,
quiero tases tu rescate,
que yo se lo enviaría

a ese tan noble Alcaide,
 pues los tesoros tenía
 de mi padre a mi mandado,
 y en el tuyo los pondría
 para que dispongas d'ellos
 a tu gusto y fantasía.—

El Abencerraje moro
 respondió:—Bien parecía
 que el amor que tú me tie-
 [nes

te da esfuerzo y osadía
 para haber de aconsejarme
 lo que a mí no me cumplía;
 has de saber que tal yerro
 nunca lo cometría.

Yo me iré derecho a Alora,
 y en sus manos me pondría
 del Alcaide tan piadoso,
 cual ofrecido le había.

Y tras hacer lo que debo,
 Fortuna siga su vía.

—¡Ay! nunca consienta Dios
 dijo la hermosa Jarifa,
 que yendo tú a ser cautivo
 no vaya en tu compañía.—

Con este pacto y acuerdo,
 antes que fuese de día
 ya parten los dos amantes
 al punto que amanecía.

Fuéron llegados a Alora,
 y Narváez los recibía
 con un entrañable amor,
 que de virtud procedía.

El moro dijo al Alcaide:

—¡Ves, Narváez, si cumplía
 la palabra que te he dado,
 que a tu mano volvería?

Un preso te prometí,
 y dos presos te traía,
 que el uno basta a prender

cuantos cristianos había;
 que si yo viniera solo,
 cuerpo sin alma vendría.

Agora haz de los dos
 lo que te parecería.

Esta que conmigo traigo
 es mi señora Jarifa:
 yo fío de ti mi honra,
 que bien guardada tendría.—

Narváez holgó en extremo
 de lo que el moro decía:

Fueron luego aposentados
 como a los dos convenía,
 curando el Abencerraje
 las dos heridas que había
 recibido en la batalla,
 que enconadas las tenía.

Don Rodrigo de Narváez,
 que en virtudes florecía,
 escribió al rey de Granada
 lo que sucedido había

con el moro Abencerraje,
 y de cómo lo tenía
 en la su villa cautivo,
 casado a su fantasía

con la hija del alcaide
 de Coín, que allí asistía;
 que si su alteza quisiese,
 todo se remediaría,

que alcanzase allá perdón
 de su parte, y que él daría
 por libre al Abencerraje.

Al rey mucho le placía,
 por ser Don Rodrigo hon-

[rado

lo que en su carta ofrecía:

Y así, vista la presente,
 esta provisión hacía,
 que mandó a su padre d'ella
 luego se parta aquel día,

y los recibía en su gracia,
 que a su servicio cumplía,
 por contentar a Narváez,
 que mucho lo merecía.
 Sintiólo en el alma el padre;
 mas viendo que no podía
 traspasar el mandamiento,
 humildemente obedecía.
 Para Alora se fué luego,
 como aquel que lo sabía,
 a do fué bien recibido
 del Abencerraje y su hija,
 y le besaron las manos,
 y el padre les bendecía;
 dándoles el parabién,
 a su hija le decía:
 —Vos escogistes marido,
 el mejor que ser podía.—
 Don Rodrigo de Narváez
 de contento no cabía:
 hízoles solemnes fiestas,
 banquetes de gran valía,
 y acabando de comer,
 en un señalado día,
 estando los tres presentes,
 Narváez les proponía:
 —Perdonadme, mis señores,
 si no he hecho lo que debía
 en serviros y agradaros,
 según es vuestra valía.—
 Respondió el padre por to-
 [dos,
 por saber bien la aljemía:
 —Antes tenemos acepta
 la sobrada cortesía.—
 Don Rodrigo de Narváez
 al moro y dama decía
 se vayan cuando quisiesen,
 que en libertad los ponía.
 Los dos le dieron las gracias,

cada cual como sabía,
 y sin detenerse más
 se parten luego aquel día.
 Narváez los acompaña
 un gran trecho de la villa,
 y despidiéndose d'ellos,
 para Alora se volvía.
 Caminan los desposados,
 que el pesar no le sentían.
 Allegaron a Coín,
 do grandes fiestas hacían
 al padre d'ella en las bodas,
 cual su estado requería.
 Acabadas, tomó aparte
 a los dos en compañía,
 y díjoles:—Hijos míos,
 pues de cuanto yo tenía
 sois señores, si vivís
 con quietud, paz y alegría,
 gran razón es que cumpláis
 lo que a la honra convenía,
 con este alcaide de Alora,
 do la virtud residía,
 y es que se le dé el rescate
 que tan justo se debía;
 mi parecer es aqueste,
 aunque no nos le pedía.
 Cuatro mil doblas jaenes
 veis aquí de parte mía,
 y tenedle por amigo,
 porque a todos convenía.—
 El Abencerraje, viendo
 lo que el suegro le ofrecía,
 aceptándolas las puso
 en un cofre de valía,
 y seis hermosos caballos
 ornados a maravilla;
 seis adargas emborladas
 de plata y de seda fina;

MUERTE DEL MAESTRE DE CALATRAVA DON RODRIGO TELLEZ DE GIRON, EN EL SITIO DE LOJA

De Córdoba partió el rey don Fernando de Castilla: el año de cuatrocientos y ochenta y dos se cumplía. Con él la flor de sus reinos y muy gran caballería, vanse camino de Loja, porque cercarla quería. Hizo sentar su real en parte do no cumplía, entre unos olivares do grandes cuestan había, cerca de Guadajenil que juntos de ellos corría; y por más seguridad del real que allí tenía, mandó a don Rodrigo Téllez, que de Girón se decía, Maestre de Calatrava, esforzado a maravilla: también al conde de Ureña, su hermano, que allí venía, y lo mismo a don Alonso de Aguilar y de Montilla, que en una crecida cuesta que allí cerca se hacía más cercana a la ciudad, peligrosa a maravilla, que de Santo Albohacen por los moros se decía, pusiesen allí su estancia porque más peligro había. Viendo aquesto el Alatar, el cual a Loja tenía, un moro muy esforzado de extremada valentía,

salió luego con su gente, que tres mil moros había, por herir en los cristianos que las estancias tenían: y en todos estos rencuentros muy gran daño les hacía, por estar mal asentado el real, como se vía, y no poder socorrerse, porque el sitio lo impedía. Los moros muy orgullosos salieron al cuarto día a la cuesta que el Maestre y esotros grandes tenían, y trabaron la pelea con las guardas que allí ha- Visto por estos señores [bía. el daño que recibían, muy aprisa cabalgando a su gente socorrían. Los moros con gran cautela dieron muestra de que huían, y apartaron los cristianos de la estancia que tenían. Luego salió un escuadrón, que en una celada había, y suben presto la cuesta con grita y con alegría, y entrados en esta estancia, que nadie la defendía, matando muchos cristianos robaban lo que querían. Visto por el buen Maestre el daño que se hacía, por hallarse el más cercano y el primero que venía, recogiendo los que pudo, con los moros se envolvía, donde con muy poca gente mostró su caballería.

y hasta donde llegaba
su esfuerzo y gran osadía.
Pero aventuróse allí
más que a un señor conve-

porque se puso en lugares
que los moros detenía,
do recibió tantas llagas
que todo sangre corría,
entrando en las grandes prie-

donde más peligro había.
Entretuvo la batalla
muy a costa de su vida,
hasta que toda la gente
de tras los moros volvía,
y allí cayó luego muerto
de las llagas que tenía,
y en especial dos saetadas
muy graves a maravilla.
Así murió el buen Maestre
en lo mejor de su vida,
por ser de edad de veinte

fué su muerte muy sentida
por el rey y por la reina
porque mucho le querían
por su extremado valor,
el cual mostró en este día,
que el postrero de los suyos
la fortuna hecho había.

PULGAR CLAVA EL ROTULO DEL
AVE-MARIA EN LA MEZQUITA DE
GRANADA

¡Santa Fe, qué bien pare-
en le vega de Granada, [ces
toda cercada de moros,
de torres bien torreada,

una cava a la redonda,
que toda te cerca y baña!
Fundóte el rey don Fernan-
[do,

doña Isabel en compañía,
y otros muchos caballeros
de la nobleza de España.
Con el secreto silencio
y resplandor de Diana,
una noche que hacía
muy resplandeciente y clara,
noche que huelgan los moros
y la estiman más que el al-

[ma.
más que el sábado el judío,
más que el cristiano la Pas-
del venturoso Bautista, [cua
a quien la Iglesia señala
por uno de los mayores
que en los nacidos se halla
aquesta noche los moros
hacen grande fiesta y zam-
[bra,

no en la Vega ni el Jenil,
como era su antigua usanza,
porque de temor las fiestas
hacen a puerta cerrada;
y luego al siguiente día
una zuriza gallarda
de moros y de cristianos,
toros y juegos de cañas,
que resplandece en la Vega
la luz de sus luminarias.
Parte Fernando el Pulgar
desde Santa Fe a Granada,
en una yegua, por posta,
tres horas antes del alba,
que pretende hallarse en ella,
aunque por punta de lanza,
y aunque va de Santa Fe,

nunca de la fe se aparta,
 Las señas que Pulgar lleva
 diré, si bien me acordaba:
 una jacerina cota
 fina, y de tan fina malla,
 que cabe dentro de un puño
 de menuda y de liviana.
 Lleva un pergamino escrito
 de la que es llena de gracia,
 y trujo al Verbo divino
 recogido en sus entrañas:
 lleva un colete de ante,
 que a la nieve se compara,
 sin cuchillada ni golpe,
 porque con él las repara:
 su cadena de oro al cuello
 con una cruz de esmeraldas,
 en un brahón recogida,
 y por gala y sobre gala
 llevaba un bohemio verde
 de fajas, con cuatro mangas,
 las cortas bien guarnecidas,
 y acuchilladas las largas;
 un sombrero a lo francés
 acairelado de plata,
 y entre cairel y cairel
 hilos de aljófara sembrada;
 penacho grande caído
 entre la copa y la falda,
 por cintillo una cadena,
 y un diamante por medalla.
 pendiente de la pretina
 llevaba una rica daga,
 que brocal, puño y contera
 es lo mismo que la espada.
 La hoja, no hay que pedir,
 sino el brazo que la manda,
 que ha derramado con ella
 tanta más sangre pagana
 que Altaclara y Hoyosa,

ni Tizona, ni Colada,
 ni con Durindana Orlando,
 ni el fuerte Urgel con su
 [maza.

Lleva bordado en los tiros
 dos serpientes, cara a cara,
 que parece que están vivas
 y a los vivos amenazan:
 lleva unas blancas botillas
 que revientan de apretadas,
 la de la pierna derecha
 hasta el tobillo arrugada:
 con la rosa de la liga
 lo más de la media tapa.
 Con esto llegó a dar vista
 a la invencible Granada.
 No va por la puerta Elvira,
 que sabe que está cerrada:
 va por la puerta del Rastro,
 do halló durmiendo los guar-
 [das.

Quiso Dios y la ventura
 que el Darro le diese entrada
 por el hueco de la puente
 hasta llegar a la escala,
 que a veces Dios a los suyos
 los cubre con telarañas.
 Baja por la Herrería,
 que aloja a la Vivarambla;
 entra por el Zacatín;
 con el rey moro encontraba,
 y el rey le dijo:—¿Qué gen-
 [te?—

Y él sin turbarse palabra,
 porque la arábiga lengua
 corta como la cristiana,
 le dice:—Soy Reduán,
 que soy de fiestas mañana,
 porque hago en la zuriza
 una figura gallarda.

—¿Qué figura?—dijo el rey,
no entendiendo que le enga-
[ña.

—Hago a Fernando Pulgar,
que parezco hasta en el ha-
[bla,

que este vestido que traigo
me lo hizo una cristiana,
que parece ser el mismo
que Pulgar se viste y calza.—

El rey quedó tan contento
de su bizarría y gala,

que mandó darle un caballo
para que a las fiestas salga.

Dando vuelta a la ciudad,

se vino a la Vivarambla,

do vido estar un castillo
hecho de madera y tabla,

y una casa a la redonda

que toda la cerca baña.

Preguntó en algarabía

cómo el castillo se llama:

dícenle que Santa Fe,

que han de rendirla y ganar-

Rióse d'eso Pulgar, [la.

y dice:—¡Perra canalla,

no os veréis en ese gozo,

si Dios me guarda mañana!

Y estando en estas razones

vido un moro con un hacha,

la cual hacha le quitó,

y tan gran golpe le daba

que le dejara por muerto

tendido junto a la cava,

y con el hacha encendida,

fuego a las casas pegaba.

Unos dicen: ¡Fuego, fuego!

otros dicen: ¡Agua, agua!

otros dicen que es rebató,

que viene del Alpujarra.

Otros dicen que es Pulgar
que estaba dentro en Grana-
[da.

y Pulgar se andaba entre
[ellos

lleno de cólera y rabia.

Fuése para la mezquita,

y hallóla desocupada.

y en lo más alto que pudo,

adonde su mano alcanza,

puso el pergamino blanco

de la que es llena de gracia,

y una antorcha junto a él

encendida, en una escarpia;

y cuando ya amanecía

en casa del rey entraba,

por cobrar aquel caballo,

que el rey entregar le man-
[da.

El rey tenía ya mandado

a los criados de casa,

que le dieran a escoger

el caballo que gustara.

escoge un caballo blanco

que a la nieve se compara

enjaezado de oro,

las herraduras de plata,

caballo que en treinta pasos

corre, galopea y para,

y con un sutil cabello

se puede tener a raya:

con una marlota azul

toda de perlas sembrada.

Bajóse a la plaza Nueva.

y de allí a la Vivarambla.

Los moros habían puesto

un rey Fernando de paja,

y un moro hecho de bulto,

que una azagaya le pasa:

allí se enojó Pulgar

con ira y cólera brava:
deja caer la marlota,
metiendo mano a la espada,
y al que encontró por delan-

[te

de claro en claro lo pasa.
Llévanle la nueva al rey
que está dentro del Alham-

[bra;

y cuando acudió con gente
Pulgar en Santa Fe estaba.

ESCANDALO EN GRANADA PORQUE
PULGAR CLAVO EL ROTULO DEL
AVE-MARIA EN LA PUERTA DE LA
MEZQUITA

(De Gabriel Lobo Lazo de
la Vega.)

Sobre el más alto collado
se muestra del monte Ida
el deseado lucero
denunciando el nuevo día.
Cuando en la fuerte Granada
discordes voces se oían,
que las daba el rey Chiquito
y la plebe granadina,
porque en las cerradas puer-

[tas

de su acatada mezquita
hallaron con un puñal
fijada la Ave-María.
Dan tormento a los captivos;
pero nada se averigua.
Corrido el rey de tal caso
por la ciudad discurría:
atajado, sin consejo
dice, el pecho lleno de ira:
—Mahoma, ¿cómo sufriste
tal afrenta contra ti?

Porque creo, y es ansí,
que evitarla no pudiste.

Bien semejante ultraje
merece tu ley pesada,
pues consentiste a Granada
quedar sin Abencerrajes.

Toma en mienda d'este

[agravio,

armate, que te conviene,
que ya Granada no tiene
quien mueva en tu casa el

[labio.

Que aunque solía tener
por quien fuiste respetado,
ya se acabó el buen estado
que dura poco en un sér.—

En estas quejas estaba
el rey, cuando se ofrecía
Tarfe, el joven más valiente
que ciñó espada morisca,
el cual con ira rabiosa
y con arrogancia altiva
del lugar adonde estaba
arrancó la Ave-María;
y a la cola del caballo
en que iba la prendía;
lanza y adarga tomando
a la frontera camina.

SALE GARCILASO DE LA VEGA
CONTRA EL MORO TARFE, Y
TRIUNFA DE EL

(De Gabriel Lobo Lazo de
la Vega.)

De hinojos puesto ante el
[rey
está el joven Garcilaso,
cuyo paje era, pidiendo
le deje salir al campo

pues del Redentor la Madre
 es causa de redención.
 D'esta enfermedad Mahoma
 que ha de morir cierta estoy,
 porque en faltándole el Ave
 la sustancia le faltó.
 Con el Ave a San Gabriel
 atrás, Laso, dejáis hoy,
 pues la sacáis del infierno
 y él del cielo la sacó.
 Favorecednos, García,
 pues hoy os pide favor
 la que favorece a todos
 en el mar de confusión.
 Con la empresa d'este día,
 ¡oh qué venturoso sois!,
 pues sustentáis en el pecho
 la que a nuestro Dios le dió.
 Sois de la corte divina
 caballero del Toisón,
 y aunque no lleváis cordero,
 lleváis la que le parió.
 Esa cadena del cuello,
 decidme, ¿quién os la dió?
 Que más que el cielo y el
 vale sólo un eslabón. [suelo
 El platero fué Dios Padre,
 Dios Hijo quien la crió,
 y Dios Espíritu Santo
 fué el toque de su valor.
 Que d'esta suerte que esta-
 considerando a los dos, [mos
 dirán que somos retrato
 hoy de la salvación.
 Mas aunque por vos sea bue-
 aquesta comparación, [na
 por mí no, que ella fué justa,
 y yo pecadora soy.
 Hoy la sangre de Mendoza
 más grandeza mereció:

si es real, hoy fué divina,
 pues a Dios ha dado honor.
 Y pues hoy en una vega
 ganaste tanta opinión,
 el nombre de Garcilaso
 con Vega dirá mejor.—
 Esto diciendo Isabel
 a Garcilaso abrazó,
 y con muestras de humildad
 le pide su bendición.
 Del suelo le alzó la reina
 y la mano le tomó,
 y d'esta suerte le lleva
 delante al rey, su señor.

COMO DON MANUEL DE LEON SACO
 EL GUANTE DE SU DAMA DE
 ENTRE LOS LEONES

Ese conde don Manuel
 que de León es nombrado,
 hizo un hecho en la corte
 que jamás será olvidado,
 con doña Ana de Mendoza,
 dama de valor y estado:
 y es, que después de comer
 andándose paseando
 por el palacio del rey,
 y otras damas a su lado,
 y caballeros con ellas
 que las iban requebrando,
 a unos altos miradores
 por descanso se han parado,
 y encima la leonera
 la doña Ana ha asomado,
 y con ella casi todos,
 cuatro leones mirando,
 cuyos rostros y figuras
 ponían temor y espanto.
 Y la dama por probar

cuál era más esforzado,
 dejóse caer el guante,
 al parecer, descuidado:
 dice que se le ha caído,
 muy a pesar de su grado.
 Con una voz melindrosa
 d'esta suerte ha proposado:
 —¿Cuál será aquel caballero
 de esfuerzo tan señalado
 que saque de entre leones
 el mi guante tanpreciado?
 Que yo le doy mi palabra
 que será mi requebrado;
 será entre todos querido,
 entre todos más amado.—
 Oído lo ha don Manuel,
 caballero muy honrado,
 que de la afrenta de todos
 también su parte ha alcan-

[zado.

Sacó la espada de cinta,
 revolió su manito al brazo;
 entró dentro la leonera
 al parecer demudado.
 Los leones se lo miran,
 ninguno se ha meneado:
 salióse libre y exento
 por la puerta do había en-

[trado.

Volvió la escalera arriba,
 el guante en la izquierda
 [mano,
 y antes que el guante a la
 [dama
 un bofetón le hubo dado,
 diciendo y mostrando bien
 su esfuerzo y valor sobra-

[do:

—Tomad, tomad, y otro día,
 por un guante desastrado,

no pornéis en riesgo de hon-
 a tanto buen fijodalgo; [ra
 y a quien no le pareciere
 bien hecho lo ejecutado,
 a ley de buen caballero
 salga en campo a demanda-
 [llo.—

La dama le respondiera
 sin mostrar rostro turbado:
 —No quiero que nadie salga,
 basta que tengo probado
 que sedes vos, don Manuel,
 entre todos más osado;
 y si d'ello sois servido
 a vos quiero por velado:
 marido quiero valiente
 que ose castigar lo malo.
 En mí el refrán que se canta
 se ha cumplido, ejecutado,
 que dice: «El que bien te
 [quiere,

ese te habrá castigado.»—
 De ver que a virtud y honra
 el bofetón ha aplicado,
 y con cuánta mansedumbre
 respondió, y cuán delicado,
 muy contento y satisfecho
 don Manuel se lo ha otor-
 [gado;
 y allí en presencia de todos,
 los dos las manos se han da-
 [do.

RETO Y DUELO ENTRE DON MA-
 NUEL PONCE DE LEON Y EL AL-
 CAIDE MORO DE RONDA

(De Lucas Rodríguez.)

A el valiente don Manuel,
 que de León se decía,
 estando con gran contento

en la ciudad de Sevilla,
 muy querido de las damas
 y de la reina su tía,
 el moro alcaide de Ronda
 un mensajero le envía,
 y con él envía una carta
 que a muerte le desafia.
 Lo que la carta contiene
 d'esta manera decía:
 «Valeroso caballero
 en esfuerzo y valentía,
 luz y espejo de las armas
 de toda la monarquía,
 a quien el mundo respeta
 por tu mucha cortesía:
 Bien sabrás y te es notorio
 que se pospone la vida
 por engrandecer la fama
 y ganar honra crecida.
 Yo, envidioso de tu honra,
 por acrecentar la mía,
 de morir o de vencerte
 mucho contento ternía;
 y de hacer contigo campo
 deseé toda mi vida,
 mas nunca ha habido lugar
 ni ocasión se me ofrecía;
 y ahora he determinado
 hacer lo que pretendía,
 y así va este mensajero
 con aquesta carta mía,
 por la cual te pido campo,
 no porque mal te quería,
 aunque de contraria ley
 eres en seguir la mía;
 y si alcanzase victoria
 y te quitase la vida,
 enviaría yo a Granada,
 a una dama que servía,
 tu cabeza presentada

con contento y alegría.
 Y si tú gustares d'ello,
 llegarás a Ronda un día,
 adonde soy yo alcaide,
 y allí la batalla haría,
 que allí se te guardará
 la lealtad y cortesía
 que a tal hombre como tú
 tan justo se le debía;
 y si no, cobra licencia
 de quien dárme la podía,
 porque yo te iré a buscar
 a la ciudad de Sevilla.
 Si la batalla me niegas,
 yo diré tu cobardía:
 de lo que determinares
 respuesta breve me envía.»
 Don Manuel leyó la carta,
 y al moro así respondía:
 «En merced te tengo, alcaide,
 la fama que me publicas;
 mas hay un inconveniente,
 el cual aquí te diría,
 y es que con un moro solo
 yo pelear no podía,
 porque jurado lo tengo
 en ley de caballería,
 y este firme juramento
 jamás le quebrantaría;
 pero saca en tu compañía
 un alguacil que tenías,
 que dicen que es fuerte moro
 y de grande valentía,
 y por tal es celebrado
 acá en el Andalucía,
 y allá con ambos a dos
 yo solo campo haría.»
 Mucho se espantó el alcaide
 cuando la carta leía,
 y el desaffo aceptando.

a llamarlo luego envía.
 Don Manuel se partió luego,
 y por Teba se venía,
 do está el conde su cuñado,
 y su hermana residía;
 y después de haber cenado,
 el caso contado había
 del desafío campal
 que en Ronda hecho tenía
 con los dos valientes moros,
 según que dicho se había;
 a lo cual respondió el conde,
 d'esta manera decía:
 —Muy bien parece, señor,
 cordura con valentía;
 puel el alcaide de Ronda
 él solo a vos desafía,
 no debe de ser el moro
 de pequeña valentía:
 Matalle no fuera poco,
 antes honra se adquiría,
 sin envialle respuesta
 tan soberbia y tan altiva.
 Quiera Dios por su pasión

que esto no os cueste la vi-
 [da.—

Don Manuel le respondió
 con extraña gallardía:
 —De matar un solo moro
 poca honra me venía,
 y si yo mato los dos
 mayor gloria me sería;
 y si quedare yo muerto,
 mi fama no se perdía;
 mas por ningún interés
 la batalla dejaría.—
 Otro día se fué a Ronda;
 con los dos campo hacía.
 Salen furiosos los moros,
 para don Manuel caminan,
 el español, que los vido
 en ellos la lanza enristra;
 mas aunque él quedó herido,
 el alcaide sin la vida,
 y el otro moro huyendo
 dentro en Ronda se metía.
 La cabeza del alcaide
 don Manuel metió en Sevilla

ROMANCES MORISCOS

ALMANZOR Y BOBALIAS

Durmiendo está el rey Al-
 [manzor
 a un sabor a tan grande;
 los siete reyes de moros
 no lo osaban acordare.
 Recordó Bobalfías,
 Bobalfías el infante.
 —Si dormides, el mi tío,
 si dormides, recordad:
 Mandadme dar las escalas

que fueron del rey mi padre,
 y dadme los siete mulos
 que las habían de llevar;
 y me deis los siete moros
 que las habían de armar,
 que amores de la condesa
 yo no los puedo olvidar.
 —«Malas mañas has, sobri-
 [no.
 no las puedes ya dejar:
 al mejor sueño que duermo,
 luego me has de recordar.»—

Ya le daban las escalas
que fueron del rey su padre;
ya le daban siete mulos,
que las habían de llevar;
ya le daban los siete moros
que las habían de armar,
a paredes de la condesa
allá las fueron a echar.

Allá al pie de una torre,
y arriba subido han,
En brazos del conde Almeni-

[que

la condesa van a hallar:
el infante la tomó,
y con ella ido se han.

BOBALIAS EL PAGANO

Por las sierras de Moncayo
vi venir un renegado:
Bobalías ha por nombre,
Bobalías el Pagano.
Siete veces fuera moro,
y otras tantas mal cristiano;
y al cabo de las ocho
engañó su pecado,
que dejó la fe de Cristo,
la de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
que de allende había pasado:
cartas le fuerón venidas
que Sevilla está en un llano.
Arma naos y galeras,
gente de a pie y de a caba-
[llo:

por Guadalquivir arriba
su pendón llevan alzado.
En el campo de Tablada
su real habían sentado,
con trecientas de las tiendas

de seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
está la del Renegado;
encima en el chapitel
estaba un rubí preciado:
tanto relumbra de noche
como el sol en día claro.

LA MORILLA BURLADA

Yo m'era mora Moraina,
morilla de un bel catar:
cristiano vino a mi puerta,
cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
como aquel que bien lo sa-

[be:—

—Abrasme las puertas, mo-
[ra,
si Alá te guarde de mal.—

—¿Cómo t'abriré, mezquina,
que no sé quien te serás?

—Yo soy el moro Mazote,
hermano de la tu madre,
que un cristiano dejó muer-
[to;

tras mí venía el alcalde.

Si no abres tú, mi vida,
aquí me verás matar.

—Cuando esto oí, cuitada,
comencéme a levantar,
vistiérame una almejía
no hallando mi brial,
fuérame para la puerta
y abrila de par en par.

LA INFANTA SEVILLA Y PERAN- ZULES

Sevilla está en una torre
la más alta de Toledo;

hermosa es a maravilla,
que el amor por ella es ciego
púsose entre las almenas
por ver riberas del Tejo,
y el campo todo enramado,
como está de flores lleno.

Por un camino espacioso
vió venir un caballero
armado de todas armas,
encima un caballo overo.
Presos siete moros traía
aherrojados con fierro:
en alcance d'este viene,
un perro moro moreno,
armado de piezas dobles
en un caballo ligero.

El continente que trae,
a guisa es de buen guerrero;
blasfemando de Mahoma,
de sobrada furia lleno.

Grandes voces viene dando:
—Espera, cristiano perro,
que d'esos presos que llevas
mi padre es el delantero,
los otros son mis hermanos,
y amigos que yo bien quie-
si me los das a rescate, [ro;
pagártelos he en dinero,
y si hacerlo no quisieres
quedarás hoy muerto, o pre-
En oírlo Peranzules [so:—
el caballo volvió luego:
la lanza puso en el ristre;
para el moro se va recio.
con tal furia y ligereza
cual suele llevar un trueno.
En el suelo lo derriba,
y a los primeros encuentros
apeárase del caballo;
el pie le puso en el cuello;

cortárale la cabeza:
ya después que hizo esto
recogió su cabalgada,
metióse luego en Toledo.

MORIANA Y GALVAN

Al pie de una verde haya
estaba el moro Galvane;
mira el castillo de Breña
donde Moriana estae;
de riendas tiene el caballo,
que non lo quiere soltare;
tiene el almete quitado
por poder mejor mirare;
cuando con voz dolorosa
entre llanto y suspirare,
comenzó el moro quejando
d'esta manera a fablare:

—Moriana, Moriana,
principio y fin de mi male,
¿Cómo es posible, señora,
non te duela mi penare,
viendo que por tus amores
muero sin me remediare?
De aquel buen tiempo pasa-
te debrías recordare [do
cuando dentro en mi castillo
conmigo solías folgare:
cuando contigo jugaba,
mi alma debrías mirare
cuando ganaba perdiendo,
porque era el perder ganare:
cuando meresci ganando
tus bellas manos besare,
y más cuando en tu regazo
me solía reclinare,
y cuando con ti fablando
durmiendo solía quedare.
Si esto non fué amor, señora,
¿cómo se podrá llamare?

y si lo fué, Moriana,
¿cómo se puede olvidare?—
A lo alto de una torre
Moriana fué a asomare,
y al enamorado moro
aquesto fué a declarar.
—Fuye de aquí, perro moro
el que me quiso matare,
el que me robó doncella,
y dueña me hubo forzare:
las caricias que te fice
fueron por de tí burlare
y atender mi noble esposo
que viniese a libertare.—
Salió de Breña el cristiano
y arremete al buen Galvane:
pasádole ha con la lanza
y el alma del cuerpo sale.

ABENAMAR

Por arrimo su abornoz,
y por alfombra su adarga,
la lanza llana en el suelo,
que es mucho allanar su lan-
[za;
colgado el freno al arzón,
y con las riendas trabadas
su yegua entre dos linderos
porque no se pierda y pazca;
mirando un florido almendro
con la flor mustia y quemada
por la inclemencia del cierzo
a todas flores contraria,
en la vega de Toledo
estaba el fuerte Abenámar,
frontero de los palacios
de la bella Galiana.

Las aves que en las almenas
al aire extienden sus alas,
desde lejos le parecen
almaizares de su dama.
Con esta imaginación,
que fácilmente le engaña,
se recrea el moro ausente,
haciendo de ella esperanzas:
—Galiana, amada mía,
¿quién te puso tantas guar-
[das?
¿Quién ha hecho mentirosa
mi ventura y tu palabra?
Ayer me llamaste tuyo,
hoy me ves, y no me hablas:
al paso de estas desdichas
¿Qué será de mí mañana?
¡Dichoso aquel moro libre
que en mullida o dura cama,
sin desdenes, ni favores,
puede dormir hasta el alba!
¡Ay, almendro! ¡cómo mues-
[tras
que la dicha anticipada
no nació cuando debiera,
y así debe, y nunca paga!
Pues eres ejemplo triste
de lo que en mi dicha pasa,
yo prometo de traerte
por divisa de mi adarga;
que abrasado y florecido
aquí como mi esperanza,
bien te cuadrará esta letra:
«Del tiempo ha sido la falta.»
Dijo; y enfrenando el moro
su yegua, más no sus ansias,
por la ribera del Tajo
se fué camino de Ocaña.

AZARQUE EL GRANADINO

Ensíllenme el potro rucio
 del alcaide de los Vélez,
 denme la adarga de Fez
 y la jacerina fuerte,
 una lanza con dos hierros
 entrambos de agudo temple:
 y aquel acerado casco
 con el morado bonete,
 que tiene plumas pajizas
 entre blancos martinetes,
 y garzotas medio pardas,
 antes que me vista denme.
 Pondréme la toca azul
 que me dió para ponerme
 Adalifa la de Baza,
 hija de Celín Amete,
 y aquella medalla en cuadro
 que dos ramos la guarnecen,
 con las hojas de esmeraldas,
 por ser los ramos laureles;
 un Adoniş que va a caza
 de jabalíes monteses
 dejando su diosa amada,
 y dice la letra: *Muere*.
 Esto dijo el moro Azarque
 antes que a la guerra fuese,
 a aquel discreto animoso,
 a aquel galán y valiente
 Almoralife el de Baza,
 de Zulema descendiente,
 caballeros que en Granada
 paseaban con los reyes.
 Trajéronle la medalla,
 y suspirando mil veces
 del bello Adonis miraba
 la gentileza y la suerte:
 —Adalifa de mi alma,

no te aflijas ni lo pienses:
 viviré para gozarte;
 gozosa vendrás a verme.
 Breve será mi jornada;
 tu firmeza no sea breve:
 procura, aunque eres mujer,
 ser de todas diferente.
 No te parezcas a Venus,
 aunque en beldad te pareces,
 en olvidar a su amante
 y no respetarle ausente.
 cuando sola te imagines,
 mi retrato te consuele,
 sin admitir compañía
 que me ultraje y te desvele:
 que entre tristeza y dolor
 suele amor entretenerse,
 haciendo de alegres tristes,
 como de tristes alegres.
 Mira, amiga, mi retrato
 que abiertos los ojos tiene,
 y que es pintura encantada
 que habla, que vive y que

[siente:

acuérdate de mis ojos,
 que muchas lágrimas vier-

[ten,

¡y fe a que lágrimas tuyas
 pocas moras las merecen!—

En esto llegó Galvano

a decirle que se apreste.

que daban prisa en la mar
 que se embarcase la gente.

A vencer se parte el moro,
 pues que gustos no le ven-

[cen;

honra y esfuerzo le animan
 cumplirá lo que promete.

GAZUL DESDEÑADO POR ZAIDA

—Si tan bien arrojas lan-
como las cañas arrojas. [zas
no pretendas por galán,
que a los Gazules deshonoras.
No las zambras ni las fiestas
de las granadinas moras,
que el nombre de fuerte pier-
[des
cuando el de cobrarde co-
[bras.

Deja el vistoso albornoz,
el azmaizar y marlota,
y no te precies del oro,
que a tu linaje desdoras:
mira que las armas son
de más honra y menos costa,
y que los que no son nobles
con ellas nobleza cobran.
Mide, Albenzaide, tu gusto
con el estado que gozas,
que a veces de altos deseos
nacen esperanzas locas.
Huye de tu pensamiento,
porque de plumas se adorna.
ligeras para subirte,
para sustentarte flojas.
No te arrojes en el mar,
donde tantos vientos soplan,
ya de furioso desdén,
ya de encubierta lisonja.
La libertad que se pierde,
con gran trabajo se cobra
y más la que va perdida
por una imposible cosa.—
Esto decía Gazul,
el que la fama pregona,
puesto en olvido por pobre
de la bella Zaida mora.

GAZUL EN LAS FIESTAS DE AL-
MANZOR

Estando toda la corte
de Almanzor, rey de Grana-
celebrando del Bautista [da,
la fiesta entre moros santa,
con ocho moros vestidos
de negro y tela de plata,
que llevan ocho rejones
y en ellos mil esperanzas,
seguros de su ventura,
de muchas pruebas pasadas,
y más en el fuerte brazo
que ha dado al mundo fian-
[zas,
que algunas veces la suerte
suele a los hombres de fama
llevarlos por los cabellos
a la fortuna contraria;
entra valiente Gazul
señoreando la plaza,
que con ir solo por ella
toda la ocupa y levanta:
hijo de sí por sus obras,
para gloria de su fama,
y para nobleza suya,
es Alcaide de Algava.
Los ojos del pueblo lleva
el caballo entre las plantas,
y en los apacibles suyos
los hermosos de las damas.
Pasa delante del rey,
del príncipe y de la infanta,
y haciendo su cortesía,
el caballo y lanza para.
Después del galán paseo
en que fué vista su gala,
los toros salen al coso
y al riesgo de su pujanza.

El moro toma un rejón
y el diestro brazo levanta:
furioso acomete y pica,
uno encuentra y otro pasa.
del toro el aliento frío
el rostro al caballo espanta,
y la espuma del caballo
al toro ofende la cara.

Admirada está la corte
del airoso brio y gracia,
porque ningún lance pierde
y mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
a la postrera le llama,
porque sale un bravo toro,
famoso entre la manada,
no de la orilla del Betis,
ni Genil, ni Guadiana,
fué nacido en la ribera
del celebrado Jarama:

Bayo, el color encendido,
y los ojos como brasas,
arrugados frente y cuello,
la frente vellosa y ancha,
poco distantes los cuernos,
corta pierna y flaca anca,
espacioso el fuerte cuello,
a quien se junta la barba;
todos los extremos negros;
la cola revuelta y larga,
duro el lomo, el pecho cres-
[po,

la piel sembrada de man-
[chas.

Harpado llaman al toro
los vaqueros de Jarama,
conocido entre los otros
por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
en la mitad de la plaza,

y casi en la blanda arena
el hendido pie no estampa.
Sale al encuentro Gazu!,
como si fuera montaña,
alzando el brazo en el hom-

[bro
vibrando al rejón el asta;
saca el codo junto al pecho,
llega el puño, el brazo saca
y picando el fuerte cuello,
cuero, carne y vida rasga.
El fiero toro derriba,
el suelo mide la espalda,
los pies que en la tierra he-
rían
al cielo vuelven las plantas;
con el furor natural

vuelve a un lado, prueba y
[alza
la tierra, que el cuerpo heri-
[do
no tiene más que arrogan-
[cia;

de cuya herida en un punto
revuelta en la sangre, esca-
[pa

la vida, dejando a muchos
envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
a quien sigue y acompaña,
oyendo los parabienes
de caballeros y damas;
porque otra cosa no escucha
desde andamios y ventanas,
sino que fué grande suerte
de aquel famoso de Algava.

ABENUMEYA

El gallardo Abenumeya,
hijo del rey de Granada,

con enemigos valiente.
discreto y galán con damas;
ausente y enamorado
de la hermosa Felisarda,
hija del bravo Ferrí,
que es capitán de la guarda,
por la vega de Genil
en una yegua alazana
parte solo, porque a solas
quiere gozar de sus ansias.
Son las colores que viste
conformes al mal que pasa,
porque si vieren sus ojos,
vean lo que sufre el alma.
Viste leonada marlota,
y en ella flores moradas,
que entre congojas y penas
florida está su esperanza;
en un albornoz pajizo
unas columnas bordadas,
por mostrar que a su firmeza
combaten desconfianzas.
Puso en la adarga una luna
con una banda morada,
por dar muestras que de
amor
nace el temor de mudanza.
Banderilla lleva azul
junto al hierro de la lanza:
que celos son ocasión
de hacer yerros quien bien
[ama.
Una toca en su cabeza
de oro y de seda encarnada,
plumas, garzotas, bonete
recoge, aprieta y enlaza,
y en el rizo de las plumas
una muerte de esmeraldas,
y de aljófar esta letra:
«Muerte es esperanza larga».

Mas aunque parte galán,
apercibido va de armas,
porque son de fino acero
los forros de aquestas galas.
suspirando va y diciendo;
—¡Mi querida Felisarda,
no borres de tu memoria
a quien te escribió en el al-
[ma!
¡Mira que por causa tuya
traigo vestida la malla,
siempre la lanza en la dies-
[tra,
siempre embrazada la adar-
[ga,
venciendo en escaramuzas,
y saliendo de batallas
herido, por ser de celos,
do acero ni fuerzas bastan!—
Diciendo esto el moro ausen-
[te
sacó del pecho una carta,
y con ella mil suspiros
con que el viento fresco a-
[brasa.
Quiso leella, y no pudo,
porque lágrimas causadas
y espesas nubes de penas
lo impiden con fuego de
[agua.
La carta, con lo que llora,
moja, enternece y ablanda,
y con suspiros la enjuga;
y aun es mucho no quemada.
Siente las frescas heridas,
y en busca de quien las cau-
[sa
vuelve a Granada los ojos,
y el alma a su Felisarda;
y mira del Albaicín,

adonde vive su dama,
los dorados chapiteles
y las antiguas murallas.

Por las de un jardín que tie-

[ne

ve que se asoma una palma,
que a pesar del grave peso
levanta sus verdes ramas.

—¡Mora de mis ojos, dice:

si, como dices, me amas,

fáciles inconvenientes

fácilmente atropellarás!

¡Mas, ay, que el tiempo des-

[cubre

mi firmeza y tu mudanza!

la firmeza de mis obras,

lo falso de tus palabras.

¡Mal haya yo, que por tí
traigo revuelta a Granada!

Mis deudos me ponen ceño,

no me pueden ver tus guar-

[das;

mas aunque enemigos crez-

[can

desdenes y ausencia larga;

nada bastará a mudarme,

que contra mí nada basta.—

En esto oyó qua a rebato

tocan en el Alpujarra,

y como a quien tanto impor-

[ta.

parte a morir o libralla.

ZAIDE EN LAS FIESTAS

Zaide ha prometido fiestas
a las damas de Granada,

porque dicen que su ausen-

[cia

de fiestas las tiene faltas;

y para poder cumplir
lo que promete a las damas,
concierta con sus amigos
de hacerles fiestas y zam-

[bras.

Entre muchas que imagina,

concierta una encamisada,

para las damas secreta,

y para el vulgo callada.

Y antes que la clara aurora

el pecho se rasgue y abra,

entra el venturoso moro

con su ilustre camarada:

hecha escuadra de cincuenta

va toda bien concertada.

Cegríes con los Gomeles,

Azarques con los Audallas.

Vanegas y Portoloses,

Abencerrajes y Mazas,

Alfarríes y Achapices,

Fordaques con los Ferraras.

madrugan para coger

a las damas descuidadas,

deseosos de ver libre

lo que encubren tocas blen

[cas.

Cabezas y cuerpos ciñen

de unas floridas guirnaldas:

muchas cañas llevan verdes.

y en las manos blancas ha-

[chas.

Ya los clarines comienzan,

ya las trompas y dulzainas.

ya los gritos y alaridos,

ya las voces y algaraza,

ya los añafles tocan,

ya les responden las cajas,

y el envidioso Albaicín

con mil ecos acompaña.

los azorados caballos

con los cascabeles andan,
 moviendo tanto ruido,
 que a la ciudad amenazan.
 Unos corren, otros gritan,
 otros dicen: Para, para,
 sigan orden, vayan todos
 la calle de la Alcazaba.
 Otros dicen: La Gereá
 no se deje, ni su plaza;
 otros, de Vavataubín
 vuelvan luego a la Alpuja-

[rra,

la calle de los Gomeles,
 la plaza de Vivarrambla.
 Corran toda la ciudad,
 viva Albolún, y el Alcázar.
 Las damas que el dulce sue-

[ño

las tiene muy descuidadas,
 al ruido despiertan todas,
 y acuden a sus ventanas.

Cual muestra suelto el cabe-

[llo

preso de una mano blanca;
 cual por descuido no cubre
 su blanco pecho y garganta.
 Descuidadas salen todas
 al cuidado alborotadas,
 aunque del cuidado nacen
 a cada mora mil ansias.
 De pechos, y en pechos pues-

[ta

a la ventana asomada,
 está tan bella una mora,
 que mil pechos abrasaba.
 Miran las moras la fiesta,
 cómo corren, cómo paran,
 y tan sólo Zaida mira
 al aposento de su alma.
 Zaide corre una carrera.

y Muza su camarada;
 luego todos a la folla
 corren la cascabelada.
 Tanto se enciende la fiesta,
 y con tantas veras anda,
 que no se viera la fin
 si el sol no les madrugara.
 Determinan recogerse,
 dejan la fiesta acabada,
 piden lugar a la gente,
 diciéndola: Aparta, aparta.

MIRA ZAIDE QUE TE AVISO
 (*Atribuído a Lope de Vega.*)

Mira, Zaide, que te aviso
 que no pases por mi calle,
 ni hables con mis mujeres,
 ni con mis cautivos trates,
 ni preguntes en qué entien-

[do,

ni quien viene a visitarme,
 ni que fiestas me dan gusto.
 ni que colores me placen.
 Basta que son por tu causa
 las que en el rostro me salen,
 corrida de haber querido
 moro que tampoco sabe.
 Confieso que eres valiente.
 que rajas, hiendes y partes,
 y que has muerto más cris-

[tianos

que tienes gotas de sangre;
 que eres gallardo ginete,
 y que danzas, cantas, tañes,
 gentil hombre, bien criado,
 cuanto puede imaginarse;
 blanco, rubio por extremo,
 esclarecido en linaje,
 el gallo de las bravatas,

la gala de los donaires;
que pierdo mucho en per-
[derte,
que gano mucho en ganarte.
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte.

Mas por este inconveniente
determino de dejarte:

que eres pródigo de lengua.
y amargan tus libertades,
y habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte,
un Alcázar en el pecho,
y en los labios un alcaide.

¡Mucho pueden con las da-
[mas

los galanes de tus partes!
Porque los quieren briosos,
que hiendan y que desga-
[rren;

y con esto, Zaide amigo,
si algún banquete les haces,
el plato de tus favores
quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hicis-
[te!

¡Venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras
como supiste obligarme!
Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe,
cuando hiciste de tus dichas
y de mi desdicha alarde,
y a un morillo mal nacido
me dijeron que enseñaste
la trenza de mis cabellos,
que te puse en el turbante
No pido que me la vuelvas,
ni tampoco que la guardes.

mas quiero que entiendas,
[moro,
que en mi desgracia la traes.
También me certificaron
como le desafiaste
por las verdades que dijo,
¡que nunca fueran verda-
[des!

De mala gana me río:
¡que donoso disparate!
tú no guardas tu secreto,
¿y quieres que otro lo guar-
[de?

No quiero admitir disculpa,
otra vez vuelvo a avisarte:
esta será la postrera
que me veas y te hable.—
Dijo la discreta mora
al altivo Abencerraje,
y al despedirle replica:
«Quien tal hace que tal pa-
[gue».

TARFE

—Católicos caballeros,
los que estáis sobre Granada,
y encima del lado izquierdo
os ponéis la cruz de grana;
si en los juveniles pechos
os toca de amor la brasa,
como del airado Marte
la fiereza de las armas;
si por las soberbias torres
sabéis volar una caña,
como soléis en la vega
furiosos volar las lanzas;
si como en ella las veras
os place el burlar de plaza.
y os cubrís de blanda seda

como de ásperas corazas:
seis sarracenas cuadrillas,
con otras tantas cristianas,
el día que os diere gusto
podremos jugar las cañas;
que no es justo que la gue-

[rra,
aunque nos quemáis las ca-

[sas,
llegue a quemar los deseos
de nuestras hermosas da-

[mas;
pues por vosotros están
con nosotros enojadas,
por vuestro cerco prólijo
y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
queréis gozar de su gracia,
como a la guerra dáis tre-

[guas,
dadlas a nuestras desgra-

[cias:
que es grande alivio del cuer-
y regalo para el alma, [po
arrimar la adarga y cota,
y echarse plumas y banda;
y al que mejor lo hiciere
doy desde aquí mi palabra,
en señal de su valor,
para que viva su fama,
de atar a su diestro brazo
una empresa de mi dama,
dada de su blanca mano,
que es tan bella como blan-

[ca.—
Esto firmó en un cartel,
y lo fijó en una adarga
el valiente moro Tarfe,
gran servidor de Daraja.

en las treguas que el Maes-
de la antigua Calatrava [tre
hizo por mudar de sitio
y mejorarse de estancia;
y con seis moros mancebos,
de su propia sangre y casa,
y algunos Abencerrajes,
se le envió a la campaña.
Recíbenlos en las tiendas,
y sabida su demanda,
dando el Maestre licencia
se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
con razones cortesanias,
hasta salir del real
a los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
y los que del juego tratan
cierran la puerta al acero,
y ábrenla al damasco y ga-
las.

Moros y moras se ocupan,
mientras el plazo se pasa,
ellos en correr caballos,
y ellas en bordarles mangas:
y los dos competidores
de la pendencia pasada,
hacen paces entre sí,
y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galán,
que Tarfe se le aventaja,
y que es señor de la mora
que es señora de su alma,
porque en público o secreto
cien mil favores le daba,
dando a entender que le quie-

[re
más que a su vida y su al-
[ma,
una noche muy oscura,

para el caso aparejada,
 se salió el gallardo moro
 al terreno del Alhambra.
 Y en llegando, que llegó,
 vió una mora a la ventana,
 a quien con joyas tenía
 de muy atrás granjeada:
 hablóla, y dijo:—«¿Señora,
 es posible que Daraja,
 aunque no me canse yo,
 de maltratarme no cansa?
 Aquellos ojos que tienen
 más que el cielo estrellas,
 [almas,
 cuya luz mata más moros
 que el Maestre con su espa-
 [da,
 ¿Cuándo los volverá man-
 [sos?
 ¿O cuándo volverá mansa,
 dejando a Tarfe que tiene
 menos manos que palabras?
 Que no soy yo como él,
 tan cumplido de arrogancias,
 pues lo que él gasta en de-
 [cirilas,
 gasto yo en ejecutarlas.
 Bien saben en la ciudad
 que por mi brazo y mi lanza
 ha sido mil veces libre
 de la potencia cristiana.—
 Esto Almoradí decía,
 cuando Tarfe, que llegaba,
 dió el oído a las razones,
 y el brazo a la cimitarra.
 Figurósele al valiente
 alguna cristiana escuadra,
 y dejando la marlota
 volvió al moro las espaldas.

Salió Daraja al ruido,
 conoció a Tarfe en el habla,
 el cual le dió la marlota,
 que era azul, con oro y pla-
 [ta.

ROMANCE DE ABENZULEMA

(De Don Luis de Gongora)

Aquel rayo de la guerra
 alférez mayor del reino,
 tan galán como valiente,
 y tan noble como fiero;
 de los mozos envidiado,
 y admirado de los viejos,
 y de los niños y el vulgo
 señalado con el dedo:
 el querido de las damas
 por cortesano y discreto,
 hijo hasta allí regalado
 de la fortuna y el tiempo:
 el que vistió las mezquitas
 de victoriosos trofeos,
 y el que pobló las mazmorras
 de cristianos caballeros;
 el que dos veces armado
 más de valor que de acero,
 a su patria libertó
 de dos peligrosos cercos:
 el gallardo Abenzulema
 sale a cumplir el destierro
 a que le condena el rey,
 o el amor, que es lo más
 [cierto.
 Servía a una mora el moro,
 por quien andaba el rey-
 muerto,
 en todo extremo hermosa,
 y discreta en todo extremo.

Dióle unas flores la dama,
 que para él flores fueron,
 y para el celoso rey
 yerbas de mortal veneno;
 pues de la yerba tocado
 le manda desterrar luego,
 culpando su lealtad
 para disculpar su yerro.
 Sale pues el fuerte moro
 sobre un caballo overo,
 que a Guadalquivir el agua
 le bebió y le pació el heno.
 Tan gallardo iba el caballo,
 que en grave y airado vuelo,
 con ambas manos medía
 lo que hay de la cincha al

[suelo;

con un hermoso jaez,
 bella labor de Marruecos,
 las piezas de feligrana,
 la mochila de oro y negro;
 sobre la marlota negra
 un blanco almaizar se ha

[puesto,

por vestirse las colores
 de su inocencia y su duelo.
 Bonete lleva turquí,
 derribado al lado izquierdo,
 y sobre él tres plumas pre-

[sas

de un preciado camafeo.
 No quiso salir sin plumas
 porque vuelen sus deseos,
 si quien le quita la tierra
 también no le quita el vien-

[to:

bordó mil fierros de lanzas
 por el capellar, y en medio
 en arábigo una letra

que dice: «Estos son mis ye-
 [rros.»

No lleva más de un alfanje
 que le dió el rey de Toledo,
 porque para un enemigo
 él le basta, y su derecho.

Destá suerte sale el moro
 con animoso denuedo,
 en medio de dos alcaldes
 de la Alhambra y Marmolejo.
 Caballeros le acompañan,
 y le sigue todo el pueblo,
 y las damas, por do pasa,
 se asoman llorando a verlo.

Lágrimas vierten agora
 de sus tristes ojos bellos,
 las que desde los balcones
 aguas de olor le vertieron.

La hermosísima Balaja
 que llorosa en su aposento,
 las sinrazones del rey
 le pagaban sus cabellos,
 como tanto estruendo oyó,
 a un balcón salió corriendo,
 y enmudecida le dijo,
 dando voces con silencio:

—Vete en paz, que no vas

[solo.

y en mi ausencia ten con-

[suelo.

que quien te echó de Jerez
 no te echará de mi pecho.—

El con la vista responde:

—Yo me voy y no te dejo:

de los agravios del rey
 para tu firmeza apelo.—

Con esto pasó la calle,
 los ojos atrás volviendo

dos mil veces, y de Andújar
tomó el camino derecho.

AMORES DE MUZA

Admirada está la gente
en la plaza Vivarambla
de verle tirar a Muza
en una fiesta una caña.
Entró bizarro y gallardo,
más que Audalla el de las
[galas,
más fuerte que Reduan
sufre al contrario en bata-
con librea berberisca [llas,
turquesada y pespuntada,
sembrada de piedras verdes
que señalan su esperanza,
aunque le matan los celos,
que todo el cuerpo le abra-
[san,
cuya causa es Bajamed,
tesorero de su alma.
Trae el brazo arremangado
con una toca leonada;
triste y trabajosa seña
de su perdida esperanza.
Trae una adarga pequeña,
con una banda encarnada,
pintado allí el dios Cupido
con una flecha dorada;
bonete con muchas plumas
de color amortiguada,
una cifra le rodea
que dió a Albenzaide la in-
una cadena de oro, [grata;
muy estrecha, al cuello ata-
[da,
con esta letra en el pecho:
«Preso tiene cuerpo y alma.»

Cuando le vieron entrar,
la gente suspensa estaba
diciendo: Ya entra Muza,
flor y honra de Granada.
Lleva una caña en la mano,
blanca más que nieve blanca.
porque la piensa teñir
antes que del juego salga.
Comenzó la escaramuza,
unos con otros se traban;
ya se vuelven y revuelven;
casi parece batalla.
Muza revuelve con ira
contra quien su amor le asal-
hízole una mala herida [ta:
con una delgada caña.
Rompióle adarga y librea,
tiñendo el caballo y plaza
con la sangre, que a porfía
sale afligiendo a Daraja.
Ella comenzó a dar gritos
desde su alta ventana,
diciendo: «Moros, libradle
de aquesta tigre de Hicar-
[nia»
Luego se deshace el juego,
acuden a ver qué pasa,
ven al Bencerraje herido,
y que Muza ufano anda.

REDUAN

Con dos mil jinetes moros
Reduan corre la tierra,
todos los ganados roba,
y amenaza las fronteras;
de los muros de Jaén
reconoce las almenas,
y entre Ubeda y Andújar
pasa como una saeta.

«Y las campanas de Baza
alarma tocan apriesa.»
Con tanto silencio pasan,
que parece que concuerdan,
con lo mudo de las trompas,
los relinchos de las yeguas;
pero al fin las atalayas,
que estaban a trechos pues-

[tas,

con las hachas encendidas
unos a otros se hacen señas

«Y las campanas... etc.»

Favoréceles la noche

con sus confusas tinieblas,
pero son tantos los fuegos
que por todas partes dejan
en las malogradas mieses
y en las humildes chozuelas,

que sirven de luminarias
de tan lastimosas fiestas

«Y las campanas... etc.»

Al no pensado rebato
se levantan y se aprestan
caballeros con sus lanzas,
peones con sus ballestas.

Los hidalgos de Jaén.

de Andújar la gente buena,
y de Ubeda los nobles.

todos hacen de sí muestra.

«Y las campanas... etc.»

Abre el sol las del oriente,
y los cristianos sus puertas:
vienen a juntarse todos,
poco más de media legua,
y puestos en son confuso
el eco y aire resuenan
armas, pífaros y cajas,
relinchos, voces, trompetas:

«Y las campanas de Baza
al arma tocan apriesa.»

BOABDIL Y ZARA

La mañana de San Juan
salen a coger guirnaldas,
Zara, mujer del rey Chico,
con sus más queridas damas,
que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida.

de fino cendal cubiertas,
no con marlotas bordadas:
sus almaizales bordados,
con muchas perlas sembra-

[das,

descalzos los albos pies,
blancos, más que nieve blan-

[ca.

Llevan sueltos los cabellos,
no como suelen tocadas,
y más al desdén la reina,
por celosa y desdeñada;
la cual, llena de dolor,
no dice al rey lo que pasa,
ni quiere que en la ocasión
su pena sea declarada.

Estando de varias flores
las moras ya coronadas,
con lágrimas y suspiros
a todas la reina habla:

—Quise, Fátima, juntaros,
porque sois amigas caras,
para quejarme a las tres
de cómo me trata Zaida,
cuya hermosura pluguiera
a Alá que no la criara,
pues en ella está mi daño
presente de cara a cara.
Sabréis cómo el rey la quiere
más que a la vida y el alma.
de do resulta mi daño,

pues veis con él soy casa-
 [da;
 el cual no creo que sabe
 que sé de esto lo que pasa,
 antes entiendo lo sufre
 receloso de enojalla.—
 Responde sin detenerse
 Zaida, perdida y turbada,
 y a veces con el color
 que tiene la fina grana:
 —Si acaso no se supiera
 quién soy por toda Granada,
 dañáranme tus locuras,
 mujer inconsiderada.
 Jamás, reina, me has creído
 antes escudriñas causas,
 mas para mi mal durables,
 que lo son para tus ansias
 Doite bastantes razones,
 y tan bastantes, que basta
 creer que no son creídas,
 aunque las ponga en la pla-
 [za;
 y en ellas te digo, reina,
 que no fueras coronada,
 que no me es más ver al rey
 de que a ti celosa airada.
 Si piensas que tu corona
 codicio, estás engañada;
 déjame ya si te place,
 o saldréme de Granada.—
 Pero el rey que no dormía,
 antes bien las escuchaba,
 sale diciendo que callen,
 con voces muy alteradas.
 La reina, que lo conoce,
 encubrió el estar turbada
 y con un aplauso afable
 le recibe, y así habla:
 —Nunca suelen los galanes

entrar donde están las da-
 [mas
 sin que primero licencia
 por ellas le sea otorgada.—
 El rey le replicó luego:
 —A mí nunca me es vedada,
 ni ha de ser donde estais vos
 y donde están vuestras da-
 [mas.—
 —Los reyes todo lo pueden.
 respondió la reina airada,
 y también sé yo que tienen
 algunos dobles palabras.—
 El rey gustó de callar
 porque la vido enojada,
 y metiendo otras razones
 se fueron para el Alhambra.

BOABDIL Y VINDARAJA

En la villa de Antequera
 cautiva está Vindaraja,
 la mora que más quería
 el rey Chico de Granada.
 Siente tanto el verse presa,
 que no la agradaba nada,
 no por el poco valor
 que en el buen cristiano ha-
 [lla,
 sino por temor y miedo,
 que la han de llevar a Baza,
 y que si a Baza la llevan
 la han de hacer tornar cris-
 [tiana.
 Tomando tinta y papel
 al rey escribe una carta:
 no le escribe como a rey,
 sino como enamorada.
 «¿Qué me sirve ser hermosa,
 y de ti, buen rey, amada,

si en aquestas ocasiones
me tienes, rey, olvidada?
Rescata el cuerpo a dinero,
pues me tienes allá el alma;
si por dineros me dejas,
moros tengo yo en Granada,
que por esta amante mora
perderán la vida y alma.»

Contento estaba el rey Chico,
grandes fiestas ordenaba
por una carta que tiene
de su amada Vindaraja;
mandó llamar a su alcaide
de quien hace confianza,
y le dijo: —Buen alcaide,
impórtame que mañana
te partas para Antequera,
al rescate de mi dama.

Llevarás cien doblas de oro,
y otra cantidad de plata;
cien caballos enjaezados,
bordados todos de plata.
Traerásla como a reina
pues es reina de mi alma.

Por las tierras do viniere
corran toros, jueguen cañas,
hagan fiestas y torneos,
toquen clarines y cajas:
Yo la saldré a recibir

legua y media de Granada
con toda mi casa y corte
para que entre más honra-

[da.—

Luego se parte el alcaide,
y a Narvárez dió la carta:
desde la hubo leído
estas razones le habla:

—Anda vete, el moro perro.
anda y vuélvete a Granada.
y le dirás al rey Chico

que si me da Vivarambla,
Zacatín y Plaza Nueva
y también las Alpujarras
comparadas con la mora
no las estimo yo en nada.—

AUDALLA

Ponte a las rejas azules,
deja la manga que labras,
melancólica Jarifa,
verás al galán Audalla,
que nuestra calle pasea
en una yegua alazana,
con un jaez verde oscuro,
color de muerta esperanza.
Si sales presto, Jarifa,
verás cómo corre y para,
que no lo iguala en Jerez
ningún jinete de fama.

Hoy ha sacado tres plumas,
una blanca y dos moradas,
que cuando corre ligero,
todas tres parecen blancas.
Si los hombres le bendicen,
¡peligro corren las damas!
Bien puedes salir a verle,
que hay muchas a las ven-

[tanas.

¡Bien siente la yegua el día
que su amo viste galas,
que va tan briosa y loca
que revienta de lozana;
y con la espuma del freno
teñidas lleva las bandas,
que entre las peinadas cri-

[nes

el hermoso cuello enlazan!
Jarifa, que al moro adora,
y de sus celos se abrasa,

los ojos en la labor
así le dice a su aya:
—Días ha, Celinda amiga,
que sé cómo corre y para:
quien corre al primer deseo,
al segundo para el alma.

No me mandes que le vea,
¡pluguiera a fortuna varia,
que como sé lo que corre.

él supiera lo que alcanza!
¡Muy corrida me han tenido
sus carreras y mis ansias:

las secretas por mi pena,
las públicas por mi fama!
Por más colores de plumas
no hayas miedo que allá sal-

[ga,

porque ellas son el fiador
de sus fingidas palabras:

por otras puede correr
de las muchas que le alaban.
que basta que en mi salud
el tiempo toma venganza.—

ZULEMA

Aquel valeroso moro,
rayo de la quinta esfera,
aquel nuevo Apolo en paces,
y nuevo Marte en la guerra;
aquel que dejó en memoria
de mil hazañas diversas,
antes de apuntalle el bozo
por punta de lanza hechas;
aquel que es tal en el mundo
por su esfuerzo y por su
[fuerza

que sus mismos enemigos
le bendicen y le tiemblan;
aquel por quien a la fama

le importa que se prevenga,
para contar sus hazañas,
de más alas y más lenguas:
Zulema, al fin, el valiente,
hijo del fuerte Zulema,
que dejó en la gran Toledo
fama y memoria perpetua;
no armado, sino galán,
aunque armado más lo era,
fué a ver en Avila un día
las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
toda se alegra y se altera,
que ver en fiestas al moro
les parece cosa nueva.

En los andamios reales
los adalifes le ruegan
que se asiente, aunque se te-

[men

que a todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veecs
su venida y su presencia,
le dan las damas asiento
dentro en sus entrañas mes-

[mas;

pero al fin Zulema en medio
de los alcaides se sienta,
que ló fueron por entonces
de la mayor fortaleza:

Cuando más breve que el
[viento,

y más veloz que cometa,
del celebrado Jarama
un toro en la plaza sueltan.
de aspecto bravo y feroz,
vista enojosa y soberbia,
ancha nariz, corto cuello,
cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
toda la más gente de ella:

sólo algunos de a caballo
 aunque le temen le esperan.
 Piensan hacer suerte en él,
 mas fuéles la suya adversa,
 pues siempre que el toro em-

[biste

los maltrata y atropella.
 No osan mirar a las damas
 de pura vergüenza dellas,
 aunque ellas tienen los ojos
 en otra fiera más fiera.
 A Zulema miran todas,
 y una disfrazada entre ellas,
 que hace a todas la ventaja
 que el sol claro a las estre-

[llas.

Le hizo señas con el alma,
 de quien son los ojos len-

[gua,

que esquite aquellos azares
 con alguna suerte buena.
 La suya bendice el moro,
 pues gusta de que se ofrezca
 algo en que a la bella mora
 de sus deseos dé muestra:
 Salta del andamio luego,
 mas no salta, sino vuela,
 que amor le prestó sus alas,
 como es suya aquesta em-

[presa,

cuando ve que a un hombre

[el toro

con pies y manos le huella,
 y siendo sujeto al hombre
 agora al hombre sujeta.

A pie se parte a librarle,
 y aunque todos le vocean,
 no lo deja, porque sabe,
 que su victoria está cierta.
 Llega al toro cara a cara,

y con la indomable diestra
 esgrime el agudo alfanje
 haciéndole mil ofensas:

Retírase el toro atrás,
 líbrase el que estaba en tie-

[rra,

grita el pueblo, brama el

[toro,

vuelve a aguardarle Zulema.
 Otra vez vuelve a embestille,
 y mejor que la primera
 le acierta, y riega la plaza
 con la sangre de sus venas;
 brama, bufá, escarba, huele,
 anda alrededor, pateá,
 vuelve a mirar quien le

[ofende

y de temelle da muestras.

Tercera vez le acomete,
 echando por boca y lengua
 blanca y colorada espuma,
 de coraje y sangre hecha;
 pero ya cansado el moro
 de verle durar, le acierta
 un golpe, por do a la muerte
 le abrió una anchurosa puer-

[ta:

Levanta la voz el vulgo,
 cae el toro muerto en tierra,
 envidianle los más fuertes,
 bendícenle las más bellas;
 con abrazos le reciben
 los Azarques y Vanegas;
 las damas le envían el alma
 a darle la enhorabuena.

La fama toca su trompa,
 y rompiendo el aire vuela;
 Apolo toma la pluma;
 yo acabo, y su gloria em-

[pieza.

ALIATAR

No con azules tahalíes,
 corvos alfanjes dorados,
 ni coronados de plumas
 los bonetes africanos,
 sino de luto vestidos
 entraron de cuatro en cua-
 [tro,

del mal logrado Aliatar
 los afligidos soldados:
 «Tristes marchando,
 las trompas roncas, los tam-
 [bores destemplados».

La gran empresa del Fénix
 que en la bandera volando
 apenas la trató el viento
 temiendo el fuego tan alto,
 ya por señas de dolor
 barre el suelo y deja el cam-
 [po,

arrastrado entre la seda
 que el Alférez va arrastran-
 «Tristes, etc.» [do:

Salió el gallardo Aliatar
 con cien moriscos gallardos
 en defensa de Motril
 y socorro de su hermano.
 A caballo salió el moro,
 y otro día desdichado
 en negras andas le vuelven
 por donde salió a caballo
 «Tristes, etc.»

Caballeros del Maestre,
 que en el camino encontra-
 [ron,

encubiertos de unas cañas
 furiosos le saltaron:
 hiriéronle malamente,
 murió Aliatar mal logrado,

y los suyos, aunque rotos,
 no vencidos se tornaron:
 «Tristes, etc.»
 ¡Oh cómo lo siente Zaida!
 ¡Y cómo vierten, llorando
 más que las heridas sangre,
 sus ojos aljófara blanco!
 Dilo tú, Amor, si lo viste:
 mas ¡ay que de lastimado
 diste otro nudo a la venda,
 por no ver lo que ha pasado!
 «Tristes, etc.»

No sólo le lloró Zaida;
 pero acompañándola cuantos
 del Albaicín a la Alhambra
 beben de Genil y Darro;
 las damas como a galán,
 los valientes como a bravo,
 los alcaldes como a igual,
 los plebeyos como a amparo:
 «Tristes marchando
 las trompas roncas, los tam-
 [bores destemplados».

ALMORALIFE

De la armada de su rey
 a Baza daba la vuelta
 el mejor Almoralfife,
 sobrino del gran Zulema;
 y aunque llegó a mediano-
 [che.

a pesar de las tinieblas
 desde lejos divisaba
 de su ciudad las almenas.
 —Aquel chapitel es mío,
 con las águilas de César,
 insignia de los romanos
 que usurparon esta tierra.
 La torre de Felisalva

apostaré que es aquella,
 que en fe de su dueño altivo
 compite con las estrellas.
 ¡Oh gloria de mi esperanza,
 y esperanza de mi ausencia!
 ¡Compañía de mi gusto,
 soledad de mis querellas!
 Si de mi alma quitases
 los recelos que la quedan,
 y algunas facilidades
 que de tus gustos me cuen-

[tan

si tu belleza estimaras,
 como estimo tu belleza,
 fueras ídolo de España,
 y fama de ajenas tierras.—

Dijo, y entrándose en Baza
 a sus moros dió la yegua,
 y del barrio de su dama
 las blancas paredes besa.
 Hizo la seña que usaba,
 y al ruido de la seña
 durmieron sus ansias vivas,
 y Felisalva despierta
 salió luego a su balcón,
 y de pechos en las verjas,
 a su moro envía el alma
 que le abrazase por ella,
 Apenas pueden hablarse,
 que la gloria de su pena
 les hurtaba las palabras,
 que en tal trance no son bue-

[nas.

Al fin la fuerza de amor
 rompió al silencio la fuerza,
 porque sus querellas mudas
 por declararse revientan;
 y la bella Felisalva,
 tan turbada cuanto bella,
 estando atento su moro

a preguntalle comienza:
 —Almoralife galán,
 ¿cómo venís de la guerra?
 ¿Matastes tantos cristianos
 como damas os esperan?
 ¿Mi retrato viene vivo,
 o murió de las sospechas
 que a su triste original
 le dan soledades vuestras?
 Del vuestro sabré deciros
 que parece que le pesa
 de que faltándole el ver,
 vivir y mirarle pueda.—

JARIFE

Al lado de Sarracina
 Jarife está en una zambra,
 hablando en su amor prime-
 [ro,
 de que fué la secretaria.
 —¿Soís vos, le dice la mora,
 Jarife aquel de Daraja,
 aquel de fe templo, aquel
 monstruo de perseverancia?
 Tres años ha, caballero,
 que os llora por muerto Es-
 [paña:
 si muerto, ¿cómo en el mun-
 [do?

Si vivo, ¿cómo sin alma?—
 El enamorado moro,
 por satisfacer la dama,
 ni en voz humilde ni altiva
 así la lengua desata:
 —El hilo de nuestras vidas
 en mano está de las Parcas,
 ellas le rompen y tuercen,
 que fuerza de amor no basta,
 A cada cual su carrera

de una vez se le señala;
no hay más alargar la corta,
no hay más acortar la larga.
Si hubiera querido el cielo,
que para más mal me guar-

[da,
puerta han dado mis empre-

[sas
a más de un morir de fama:
más de una vez el Maestre
midió conmigo su lanza;
más de un golpe de los su-

[yos
guarda por blasón mi adar-

[ga.
En la traición de Muley,
y en la libertad de Zaida,
si no derramé la vida

fué culpa de mi desgracia;
aunque fué, si bien se mide,
cosa por razón guiada,
que no es justo pueda el hie-

[rro
lo que no puede la rabia.

Vi triunfar a mi enemigo,
de quien me venció sin ar-

[mas,
yo el cuello puesto en cade-

[nas,
y él su frente coronada:

vi adornados sus trofeos
de mil laureles y palmas,

y el ave de Ticio fiera
cebarse de mis entrañas.

¡Entonces, entonces, muerte,
a buena sazón llegarás;

tuviera el sepulcro el cuerpo
do tuvo su cielo el alma!

Muriera donde a lo menos
supiera el mundo la causa,

donde mis placeres, donde
murieron mis esperanzas.
Mas si está ordenado arriba,
vivamos, pase esta farsa,
que quien hasta aquí ha su-
[frido
sufrir podrá lo que falta.—

AZARQUE DE OCAÑA

Azarque vive en Ocaña
desterrado de Toledo,
por la bella Celindaja,
una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
de su llorado destierro,
y contra su rey celoso
dijo rabiando de celos:

—Por alzarte con mi mora
dijiste, rey, en tu pueblo,
que a los moros de la Sagra
los pedí corona y cetro;

que de un abuelo traidor
no puede salir buen nieto,
y que soy en traje noble
un genizaro pechero.

Si te place, rey tirano,
hagamos los dos un trueco,
toma mi villa de Ocaña,

y dame en Toledo un cerro
en cuya cumbre a tu mando
estaré en guardas preso,
mirando como tus moros

tienen a mi dama en cerco;
que fingiendo que me aguar-

[da,
y que librarla no puedo,
por lo menos moriré,

y vivirás por lo menos.
¡Mal haya el amor cruel

que flechando el arco cierto
 traspasa de un solo tiro
 vasallos y reales pechos!
 Mora de los ojos míos,
 segunda vez te prometo
 de rescatar con mi alma
 la belleza de tu cuerpo;
 que amor que me ha dado

[un rey
 por contrario en mis deseos;
 me dará fuerzas a mí
 para echarle de sus reinos.—

ROMANCE DE HAMETE Y TARTAGONA
 EN LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Bajaba el gallardo Hamete
 a las ancas de una yegua
 a la bella Tartagona
 hija del fuerte Zulema,
 alcaide que en Archidona
 el alto castillo y fuerza
 sustentó treinta y seis años
 sin temor y sin flaqueza.
 De noche bajaba el moro
 por una excusada senda,
 porque la nocturna guarda
 al descender no le sienta,
 y hallándose en lo llano
 lozano pica la yegua.
 Volviendo el rostro a la mo-
 en el carrillo la besa, [ra
 y la dice:—Diosa mía,
 tuyo soy, mándame y veda,
 que en Granada mil favores
 tengo del rey y la reina,
 y de mi prosapia ilustre
 soy el mejor que hay en ella.
 Narváez es buen caballero;

alcaide fué en Antequera,
 y lo que hizo con Jarifa
 cuando fué su prisionera,
 también lo ha de hacer con-

[migo,
 cuando de su voluntad sea,
 pero al fin al virtuoso
 respetalle es honra nuestra.
 Vuelve las riendas el moro
 a do le guía su estrella,
 y al pie de una alta roca
 rodeada de mil yedras
 quiere que la yegua pazca,
 y el amor tienda sus velas.
 En esto vido venir
 muy numerosa caterva
 de famosos salteadores,
 que pasaban de sesenta.
 Todos le acometen juntos.
 como canes a la cierva,
 por quitar la vida al moro.
 y el honor a la doncella.
 En pie se pone, y levanta,
 y entre todos hace rueda,
 ¡Cuán bien jugaba una pun-
 [ta!
 ¡Cuál pierna o brazo cerce-
 [na!
 ¡Oh cuán bien que dilataba.
 el moro su muerte cierta!
 Mas una piedra sin ruido
 se le escondió en la cabeza,
 quitando el aliento al cuerpo,
 y al brazo la fortaleza.
 Desque la dama se vido
 en poder de gente ajena
 no hay dolor que llegue al
 [suyo,
 pena que llegue a su pena.
 Cabellos que al sol dorado

no le hacen diferencia,
ya no precia el oro fino
que al blanco cuello rodea.
Cogió la espada del muerto
que la hallara entre la yer-
cogiérala por la punta, [ba,
de pechos se echó sobre ella.
Juntó el cuerpo el de su

[amante,

la cara con una piedra,
que son los enamorados
de la vega de Antequera,
dejando mucho renombre
de otra segunda Lucrecia.
Quien no lo quisiere creer,
váyase a Ronda la Vieja,
que allí lo hallará escrito
en lo alto de una peña.

EL ESPAÑOL DE ORAN. I

(De Don Luis de Góngora.)

Servía en Orán al rey
un español con dos lanzas
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche
cuando tocaron al arma.
Trecientos cenetes eran
deste rebato la causa,
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
a las mudas atalayas;
las atalayas los fuegos;
los fuegos a las campanas,
y ellas al enamorado

que, en los brazos de su da-

[ma,

oyó el militar estruendo
de las campanas y cajas.
Espuelas de honor le pican,
y freno de amor le para:
no salir es cobardía,
ingratitude es dejarla.

Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:

—Salid al campo, señor,
bañen mis ojos la cama,
que ella me será también
sin vos, campo de batalla.
Vestios, salid apriesa,
que el general os guarda,
y os hago a vos mucha sobra,
y vos a él mucha falta.

Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda,
que tenéis de acero el pecho,
y no habéis menester armas.
Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así:—Mi señora,
tan dulce como enojada,
porque con honra y amor
yo me quede, cumpla, y va-

[ya,

vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mío,
licencia para que salga
al rebato, en vuestro nom-

[bre,

y en vuestro nombre comba-
[ta.—

EL ESPAÑOL DE ORAN. II

(De Don Luis de Góngora.)

Entre los sueltos caballos
de los vencidos cenetes
que por el campo buscaban
entre lo rojo, lo verde,
aquel español de Orán,
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano
y por sus cernejas fuerte,
para que lo lleve a él,
y a un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado
capitán de cien cenetes.

En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos le mue-
[ven.

Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
de ver, cada vez que vuelve
que tan tiernamente llora
quien tan duramente hiere
con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
sin excusarse obedece,
y a su piadosa demanda
satisfecha desta suerte.

—Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente;
por tu espada y por tu tra-
[to

me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta,
por quien soy, y por quien
[eres.

Yo nací en Gelves, el año
que os perdísteis en los Gel-
[ves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.
En Tremecen me crié
con mi madre y mis parien-
[tes.

Después que murió mi padre,
corsario de tres bajeles,
junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama del linaje
de los nobles Melioneses,
extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin destas arenas
engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura
que se hallarán claveles
más ciertos en sus dos labios,
que en los dos floridos me-
[ses.

Cada vez que la miraba
salía el sol por su frente
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.
Más ya la razón sujeta
con palabras me requiere
que su crueldad le perdona
y de su beldad me acuerda.
Juntos así nos criamos,
y amor en nuestras niñeces
hirió en nuestros corazones

con arpones diferentes.
 Labró el oro en mis entrañas
 dulces lazos, tiernas redes,
 mientras el plomo en las su-
 libertades y desdenes. [yas
 Esta, español, es la causa
 que a llanto pudo moverme:
 ¡Mira si es razón, que llore
 tantos males juntamente!—
 Conmovido el capitán
 de las lágrimas que vierte,
 parando el veloz caballo,
 que paren sus males quiere.
 —¡Gallardo moro, le dice,
 si adoras como refieres,
 y si como dices amas
 dichosamente padeces!
 ¿Quién pudiera imaginar,
 viendo tus golpes crueles,
 que cupiera alma tan tierna
 en pecho tan duro y fuerte?
 Si eres del amor cautivo,
 desde aquí puedes volverte,
 que me pedirán por robo
 lo que entendí que era suer-
 Y no quiero por rescate [te.
 que tu dama me presente
 ni las alfombras más finas,
 ni las granas más alegres.
 Anda con Dios, sufre y ama,
 y vivirás si lo hicieres,
 con tal que cuando la veas,
 pido que de mí te acuerdes.
 Apeóse del caballo,
 y el moro tras él descende,
 y por el suelo postrado
 la boca a sus pies ofrece.
 —Vivas mil años, le dice,
 noble capitán valiente,
 que ganas más en libramme

que ganaste con prenderme.
 Alá se quede contigo,
 y te de victoria siempre,
 para que extiendas tu fama
 con hechos tan excelentes.
 Apenas vide trocada
 la dureza desta sierpe,
 cuando tú me cautivaste.
 ¡Mira si es bien que lamen-
 [te!—

EL TORNEO

El encumbrado Albaicín,
 junto con el Alcazaba,
 dos horas antes del día
 tocaron al alborada;
 Vivaconlud le responde
 con clarines y dulzainas,
 y el noble Vivataubin
 con pífanos y con cajas.
 Luego las torres bermejas
 Generalife y la Alhambra,
 solemnizando la fiesta
 alzaron sus luminarias.
 Gomeles y Sarracinos,
 Tarfes, Chapices y Mazas,
 Portavises y Vanegas,
 Aliatares y Ferraras,
 Adalifes y Bordaiques,
 Abencerrajes y Audallas;
 Azarques con los Alferves
 madrugaron a la zambra,
 que la ordenó Reduán
 con Muza su camarada,
 para allanar el destierro
 de Abenzulema el de Baza.
 Iba Reduán delante
 en una yegua alazana,
 vestido de verde oscuro

con un almaizar por banda;
con plumas de tres colores,
una esfera en la medalla,
y en medio de ella esta ci-

[fra:

«Mucho más mi empresa es
[alta.»

Luego tras este seguía
Muza, en una yegua baya,
de amarillo y naranjado
con una toca encarnada:
por divisa un corazón
que le atraviesa una espada,
y en el pomo áqueste mote
«Más crueldad usó Daraja».
Bravonel iba vestido
de azul y franjas moradas,
con una luna menguante
encima una toca blanca;
y con la délfica luz
del sol, encubré su cara,
y alrededor esta letra:

«Sin luz mengua mi esperan-
[za.»

Azarque, que de la guerra
vino, quiso entrar con armas,
las cuales trajo del mar
con el agua deslustradas.
Lleva en medio del escudo
colores diferenciadas,
y en la orla áqueste mote:
«Diferentes son mis ansias.»
Salió Celino y Muley,
Galbano y el fuerte Audalla,
vestidos de una color
en cuatro hacaneas blancas:
éstos, porque sus amigas
quedaban en la Alpujarra,
entraron de una librea
y con mochilas colgadas;

albornoceos colorados
con guarda-soles de plata,
y todos aquesta letra:
«A la vuelta nos aguardan.»
Luego tras éstos venían
por el Zacatín las damas,
que con el son de las trom-

[pas

sintieron ser avisadas.
Reduán que vía el tropel
manda parar mientras pa-
[san,

que no es razón que mujeres
vayan en la retaguarda.
La primera del paseo
era la hermosa Daraja,
que pues es por su respeto,
es bien que sea capitana,
vestidas de raso blanco
y la mano levantada,
con que el rubicundo rostro
tapaba con una manga:
una toca de telilla

y el cabello en las espaldas,
y un collar ante sus pechos
que a un carbunco la luz ta-
adornó la bella frente [pa:
con una bella esmeralda,
y en medio de ella esta ci-

[fra:

«Yo la culpa y tú la causa».
Luego tras ella briosa
llegó la bella Zoraida,
los ojos en Reduán
y en Abenumeya el alma,
vestida de verde oscuro
con rapacejos y franjas,
y en una franja este mote:
«Más juicio y menos gra-
[cias.»

Llegó Fátima y Celinda,
Sarracina y Celindaja,
Xarifa y Zaida, Zulema,
Adalifa y Albenzaida,
todas con doradas tocas
y almalafas plateadas,
y en los verdes almaizares
dice un mote: «El color bas-
Así llegaron por orden [ta.»
a la fuerza del Alhambra,
donde fueron recibidas
de la reina Guadalará.

JUEGO DE CAÑAS

Cubierta de seda y oro,
y guarnecida de damas,
está la plaza de Gelves,
sus terrados y ventanas,
con la flor de moros nobles
de Sevilla y de Granada;
que como el trato es de amo-
[res
los cubre de orín las armas.
Gente es que tienen los reyes
de ambos reinos alistada,
para hacer contra cristianos
una presa de importancia.
Ya pues lidiados los toros,
y hechas ya suertes gallardas
de garrochas y bajillas,
de rejones y de lanzas,
placenteros se aperciben
a hacer un juego de cañas,
al son de sus tamborines
y clarines y dulzainas.
Después que mudado hubie-
[ron
los caballos de la entrada,
y publicadas sus quejas

en motes, cifras y galas,
en contrapuestos partidos
por cuatro puestos cruzaban,
que de dos en dos cuadrillas
han de jugar cara a cara.
Los primeros que pusieron
los caballos en la plaza,
fueron el bravo Almadán,
y Azarque, señor de Ocaña,
el uno amante de Armida,
y el otro de Celindaja,
contra los cuales salió
de la cuadrilla contraria
el animoso Gazul,
el desdeñado de Zaida,
y el esposo de Jarifa,
la hija del moro Audalla.
De la cuadrilla tercera
la delantera llevaba
Lasimalí Escandalife
el gobernador de Alhama,
y Mahomad Bencerraje,
valiente moro de fama,
alcaide de los Donceles
y virey del Alpujarra,
que de dos damas Cegríes
son esclavas sus dos almas
contra los cuales furiosa
salió la cuadrilla cuarta.
Llevaban la delantera,
con gentil donaire y gracia,
Benzulema el de Jaen
y el corregidor de Baza,
que sirven en competencia
a la hermosa Felisalva,
la hija de Boazán,
y prima de Guadalará:
mas como tiene la gente,
que aguardándoles estaba,
en tormenta los deseos

y los ánimos en calma;
 enclavados en las sillas
 y embrazadas la adargas,
 los unos contra los otros
 a un tiempo pican y arran-

[can,

y trabando el bravo juego,
 (que más parecía batalla,
 donde con destreza mucha
 allí algunos se señalan)
 los unos pasan y cruzan,
 los otros cruzan y pasan,
 desembrazan y revuelven,
 revuelven y desembrazan:
 cuidadosos se acometen,
 se cubren y se reparan,
 por no ser en sus descuidos
 paraninfos de sus faltas;
 que es desdichada la suerte
 para aquel que mal se adar-

[ga

que las cañas son bohordos,
 y los brazos son bombardas.
 Mas como siempre sucede
 en las fiestas de importancia,
 tras un general contento
 un azar y una desgracia,
 sucedió al bravo Almadán,
 que contra Zaide jugaba,
 que al arrancar de sus pues-

[tos

cebado en mirar su dama,
 por tirar tarde un bohordo
 tomó la carrera larga,
 y fuera a parar la yegua
 donde la vista paraba,
 tan lejos de su cuadrilla
 que cuando quiso cobralla,
 no pudo encubrir la sobra
 ni pudo suplir la falta,

y sus vencidos amigos
 en cuyo favor jugaba,
 le dejaron envidiosos
 del bien por quien los deja-

[ba;

pues fingiendo que no entien-

[den

las voces que el moro daba,
 dicen a sus compañeros:
 caballero, adarga, adarga;
 y partiéndose revuelven
 con su cuadrilla cerrada.
 Corrido el moro valiente
 de una burla tan pesada,
 los ojos como dos fuegos,
 y el rostro como una gualda,
 calóse el turbante airado
 y empuña una cimatarra.
 Haciendo para su yegua
 de dos espuelas dos alas,
 furioso los acomete,
 los atropella y baraja.

La gente se alborotó,
 y las damas se desmayan;
 ya vierten sangre las burlas
 y en la plaza se derrama.

No queda moro en barrera,
 ni ha quedado alfange en

[vainá;

almas y suspiros lloran
 y los brazos no se cansan.
 La noche se puso en medio,
 con la sombra de su cara
 puso treguas al trabajo
 y límite a la venganza.

Y en tanto que por derecho
 se justifica su causa,
 tomó el camino de Ronda
 con seis amigos de guarda,

Acuérdate de mis ojos,
que están cuando estoy au-
encima de la nariz [sente
y debajo de la frente.—
En esto llegó Bandurrio
diciéndole que se apreste,

que para sesenta leguas
le faltan tres veces veinte.
A dar pues se parte el bobo,
estocadas y reveses,
y tajos orilla el Tajo
en mil hermosos broqueles.

ROMANCES DE CAUTIVOS Y FORZADOS

EL CAUTIVO

Preguntando está Florida
a su esposo placentera
en un vergel asentada
junto a una verde ribera:

—Dígame tú, esposo amado,
¿de dónde eres? ¿de qué tie-
rra?

¿Y adónde te captivaron?

¿Y libertad quién te diera?

—Yo os lo diré, dulce esposa,
estad atenta siquiera.

Mi padre era de Ronda,
y mi madre de Antequera;

captiváronme los moros
entre la paz y la guerra,

y lleváronme a vender
a Vélez de la Gomera.

Siete días con sus noches
anduve en el almoneda:

no hubo moro ni mora
que por mí una blanca diera,

si no fuera un perro moro
que cien doblas ofreciera,

y llevárame a su casa,
echárame una cadena;

dábame la vida mala,
dábame la vida negra:

de día majaba esparto,

de noche molía cibera,
echóme un freno a la boca,
porque no comiese d'ella,
Pero plugo a Dios del cielo
que tenía el ama buena:
cuando el moro se iba a caza
quitábame la cadena:
echábame en su regazo,
mil regalos me hiciera,
espulgábame y limpiaba
mejor que yo mereciera;
por un placer que le hice
otro mayor me ofreciera:
diérame casi cien doblas;
en libertad me pusiera,
por temor que el moro perro
quizá la muerte nos diera.
Así plugo a Dios del cielo
de quien mercedes se espera
que me ha vuelto a vuestros
[brazos
como de primero era.

EL FORZADO DE DRAGUT.—I
(De Don Luis de Góngora.)

Amarrado al duro banco
de una galera turquesa,
ambas manos en el remo,

y ambos ojos en la tierra,
 un forzado de Dragut
 en la playa de Marbella
 se quejaba al ronco son
 del remo y de la cadena.

—¡Oh sagrado mar de España,
 hermosa playa y serena, [ña,
 teatro donde se han hecho
 cien mil navales tragedias!
 Pues eres el mismo mar,
 que con tus crecientes besas
 las murallas de mi patria
 coronadas y soberbias,
 dame nuevas de mi esposa.
 y dime si han sido ciertas
 las lágrimas y suspiros,
 que me escribe por sus le-

[tras;

porque si es verdad que llora
 mi cautiverio en tu arena,
 ¡bien puedes al mar del Sur
 vencer en lucientes perlas!
 Mas pues que no me respon-

[de,

sin duda alguna que es muer-
 pero no lo podrá ser, [ta;
 pues que yo vivo en su au-

[sencia.

Pues he vivido diez años
 sin libertad y sin ella,
 siempre al remo condenado,
 a nadie mataron penas.

Dame pues, sagrado mar,
 a mi demanda respuesta,
 si cual dicen es verdad
 que las aguas tienen lenguas.
 En esto se descubrieron
 de la religión seis velas,
 y el cómitre manda usar
 al forzado de su fuerza.

EL FORZADO DE DRAGUT.—II

(De don Luis de Góngora.)

Levantando blanca espuma
 galeras de Barba-roja,
 lijeras le daban caza
 a una pobre galeota,
 en que alegre el mar surcaba
 un mallorquín con su esposa-
 dulcísima valenciana,
 bien nacida y muy hermosa.
 Del amor agradecido,
 se la llevaba a Mallorca,
 tanto a celebrar las Pascuas,
 cuanto a celebrar las bodas.
 y cuanto a los sordos remos
 más se humillaban las olas,
 más se ajustaba a la vela
 el blando viento que sopla.
 Espiándola de atrás
 de una cala insidiosa,
 estaba el fiero terror
 de las playas españolas.
 Sobresaltóla en un punto,
 que por una parte y otra
 sus cuatro enemigos leños
 tristemente la coronan.
 Crece en ellos la codicia,
 y en estotros la congoja,
 mientras se queja la dama
 derramando tierno aljófár.
 —Favorable y fresco viento.
 si eres el galán de Flora,
 válgasme en este peligro
 por el regalo que gozas.
 Tú que embravecido puedes-
 los bajales que te enojan,
 embestilles en la arena
 con más daño que en las ro-

[cas;

tú que con la misma fuerza
cuando al humilde perdonas,
sueles de armadas reales
escapar barquillas rotas;
salga esta vela a lo menos
destas manos rigurosas,
cual de garras de falcón
blancas alas de paloma.—

EL CAUTIVO DE OCHALI

Un esclavo de Ochalfí
que en sus galeras remaba,
tan abundante en nobleza,
cuanto lo es en la desgracia,
agora, cuitado llora
su fortuna y mala andaza
por ver que de la Naval,
a do tuvo su esperanza,
el Ochalfí se escapó,
que iba en la retaguarda,
y por no verse cautivo
dice el perro, con voz alta:
«Iza, boga, leva, salla:
»bogad apriesa, canalla.»

Y como vido el cautivo
que en su seguimiento mar-
[chan
del marqués de Santa Cruz
las galeras de su escuadra,
dice:—Si al cielo pluguiera
detuviera el viento y agua
estas enemigas velas
hasta llegar las cristianas,
cantara yo mil victorias
por premio de mis desgra-
[cias;
pero dudo que suceda
por ser mía la demanda.—
«Iza, boga, etc.»

Dieron fin a sus deseos
y perdidas esperanzas,
el tiempo y la ocasión,
el cielo, el viento y el agua,
y dice:—¿Cómo es posible
que en vuestra corte sagrada
encerréis, cielos divinos,
ley tan injusta y contraria?
Pues por perseguirme a mí,
que soy un cuerpo sin alma,
dais tan próspera victoria
a esta gente mahometana?
«Iza, boga, etc.»

Mas poco aprovechan que-
[jas,
si está la sentencia dada,
que he de morir amarrado
a esta cadena pesada
sin poder tornar a ver
mi esposa y amada patria.—
Y en esto ya descubrió
de Argel la enemiga playa,
y el perro regocijado
por ver como libre escapa,
manda en general a todos
que hagan alegre salva,
y el comitré dice apriesa;
—Lanza ferro, presto amai-
iza, boga, leva, salla. [na,
apriesa, apriesa, canalla.—

EL CAUTIVO DE MAHAMI

Sulcando el salado charco,
que el dios Neptuno gobierna
su licor amargo, donde
están las marinas Deas,
el fuerte Arnaute Mahami
en una fustilla nueva,
que por su valor le dicen
capitana de Viserta;

lleva la popa dorada
 medio pardas las entenas,
 proa y espolón azul,
 con la palamenta negra.
 De ajedrez es la crujía
 donde los forzados reman,
 fanal de cristal dorado,
 por divisa una Medea.
 Es el viento en su favor
 una tramontana fresca,
 viento que nace, y reparte
 de las islas de Ginebra.
 Va la chusma sosegada,
 porque con viento navega,
 y a la vista de Turín
 poco más de media legua
 se meten en una cava,
 y están esperando presa;
 y al cabo de poco rato
 se quedan en calma muerta:
 Todos los forzados duermen,
 porque tienen centinela:
 sólo Lisardo velaba,
 y en su Sirena contempla;
 y como ve los que duermen,
 les dice: —Quien duerme
 [duerma.

Yo velo las sinrazones
 que a mi corazón desvelan.—
 Y tomando un instrumento
 y concertando las cuerdas,
 la prima con la segunda,
 y cuarta con la tercera,
 a sus locas fantasías
 les dice de esta manera:
 —¡Ingrata señora mía!
 ¿Cómo de mí no te acuerdas?
 Siendo Elena en hermosura.
 Medusa en crueldad no
 [seas.—

Oído le ha el capitán,
 y movido de sus quejas
 le dice: —Cristiano amigo,
 ¿qué tienes? ¿qué te lamen-
 [tas?
 ¿Trátate el cómitre mal?
 ¿Azótate cuando remas?
 ¿Estás en el bogavante?
 ¿La cadena mucho pesa?
 Dímelo, que a fe de moro
 que su palabra te empeña,
 dispondré remedio en todo
 por mi divino profeta.
 —Fuerte Mahamí, le res-
 [ponde
 el cristiano con vergüenza,
 los instrumentos del alma
 me han quedado, que es la
 [lengua.

Amé una dama en España,
 a quien la naturaleza
 puso dos soles, que alcanzan
 a todo el mundo, de cuenta.
 Esta me pidió el amor,
 y pidióla tan estrecha,
 que teniendo el padre alcai-
 [de,
 me desterró a larga ausen-
 [cia.—

Detúvole el moro, y dijo:
 —Por la fe que me sustenta,
 de no estorbar el vivir
 a la que en tu pecho reina.
 Quiero darte libertad,
 podrá ser que cuando vuel-
 viéndote como cautivo [vas
 de tu mal se compadezca:
 y pedirásle limosna,
 y cuando la mano extienda.
 tomarásla con la tuya,

y humildemente la besa;
y después que la hayas dado
infinitas recomendas
le dirás de parte mía
que te liberté por ella.—
Y llamando a un renegado
manda que toquen a leva,
y a la voz de un ronco pito
alzan áncoras y velas,
hasta poner el cautivo
en las Pomas de Marsella,

y abrazándole le dice:
—En España te pusiera,
mas dicen que seis bajeles
van en corso a Cartagena;
no por hacerte a ti bien
quieras que a mi mal me
[venga.—
Quedóse el cristiano eieto,
movido de tal clemencia,
y ellos a boga arrancando
se vuelven para su tierra.

ROMANCES VARIOS

(Novelescos, amatorios, líricos, descriptivos, burlescos, etc.)

ROMANCE DEL CONDE ALARCOS

(De Pedro de Riaño.)

Retraída está la infanta,
bien así como solía,
viviendo muy descontenta
de la vida que tenía,
viendo que ya se pasaba
toda la flor de su vida,
y que el rey no la casaba,
ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
a quien se descubriría,
y acordó llamar al rey
como otras veces solía,
por decirle su secreto
y la intención que tenía.
Vino el rey siendo llamado,
que no tardó su venida;
vídola estar apartada,
sola está sin compañía;
su lindo gesto mostraba
ser más triste que solía.
Conociera luego el rey

el enojo que tenía.

—¿Qué es aquesto, la infan-
[ta?

¿Qué es aquesto, hija mía?
Contadme vuestros enojos,
no toméis malenconía,
que sabiendo la verdad
todo se remediaría.—

—Menester será, buen rey,
remediar la vida mía,
que a vos quedé encomen-

[dada
de la madre que tenía.
Dédesme, buen rey, marido,
que mi edad ya lo pedía;
con vergüenza os lo deman-
no con gana que tenía, [do,
que aquestos cuidados tales
a vos, rey, pertenecían.—
Escuchada su demanda,
el buen rey la respondía:
—Esa culpa, la infanta,
vuestra era, que no mía,
que ya fuérades casada

con el príncipe de Hungría.
 No quisistes escuchar
 la embajada que venía,
 pues acá en las nuestras cor-
 [tes,
 hija, mal recaudo había,
 porque en todos los mis rei-
 [nos
 vuestro par igual no había,
 sino era el conde Alarcos,
 que hijos y mujer tenía.—
 —Convidadlo vos, el rey,
 al conde Alarcos un día,
 y después que hayáis comido
 decilde de parte mía,
 decilde que se acuerde
 de la fe que dél tenía,
 la cual él me prometiera,
 que yo no se la pedía,
 de ser siempre mi marido,
 y yo que su mujer sería.
 Yo fuí d'ello muy contenta
 y que no me arrepentía.
 Si la condesa es burlada,
 que mirara lo que hacía,
 que por él no me casé
 con el príncipe de Hungría.
 Si casó con la condesa,
 dél es culpa, que no mía.—
 Perdiera el rey en la oír
 el sentido que tenía,
 mas después en sí tornado
 con enojo respondía:
 —¡No son estos los consejos,
 que vuestra madre os decía!
 ¡Muy mal mirastes, infanta,
 do estaba el honra mía!
 Si verdad es todo eso
 vuestra honra ya es perdida.
 no podéis vos ser casada

mientras la condesa viva.
 Si se hace el casamiento
 por razón o por justicia,
 en el decir de las gentes
 por mala seréis tenida.
 Dadme vos, hija, consejo.
 que el mío no bastaría,
 que ya es muerta vuestra
 [madre
 a quien consejo pedía
 —Yo vos lo daré, buen rey,
 d'este poco que tenía:
 mate el conde a la condesa,
 que nadie no lo sabría,
 y eche fama que ella es
 [muerta
 de un cierto mal que tenía,
 y tratarse ha el casamiento
 como cosa no sabida.
 D'esta manera, buen rey,
 mi honra se guardaría.—
 De allí se salía el rey,
 no con placer que tenía;
 lleno va de pensamientos
 con la nueva que sabía;
 vido estar al conde Alarcos
 entre muchos, que decía:
 —¿Qué aprovecha, caballe-
 amar y servir amiga, [ros,
 que son servicios perdidos
 donde firmeza no había?
 No pueden por mí decir
 a questo que yo decía,
 que en el tiempo que serví
 una que tanto quería,
 si muy bien la quise enton-
 agora más la quería; [ces,
 mas por mí pueden decir
 quien bien ama tarde olvi-
 [da.—

Estas palabras diciendo
vido al buen rey que venía,
y hablando con el rey
de entre todos se salía.

Díjole el buen rey al conde
hablando con cortesía:

—Convidaros quiero, conde,
por mañana en aquel día,
que queráis comer conmigo
por tenerme compañía.

—Que se haga de buen grado
lo que su alteza decía:

beso sus manos reales
por la buena cortesía:
detenerme he aquí mañana,
aunque estaba de partida,
que la condesa me espera
según carta que me envía.—

Otro día de mañana
el rey de misa salía;
luego se asentó a comer,
no por gana que tenía,
sino por hablar al conde
lo que hablarle quería.
Allí fueron bien servidos
como a rey pertenecía.

Después que hubieron comi-
toda la gente salida, [do,
quedóse el rey con el conde
en la tabla do comía.

Empezó el rey de hablar
la embajada que traía:

—Unas nuevas traigo, conde,
que d'ellas no me placía,
por las cuales yo me quejo
de vuestra descortesía.

Prometistes a la infanta
lo que ella no os pedía,
de siempre ser su marido,
y a ella que le placía.

Si a otras cosas pasaste
no entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, conde,
de que mas os pesaría:
que matéis a la condesa
que así cumple a la honra

[mía:
Echéis fama de que es
[muerta
de cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida,
porque no sea deshonorada
hija que tanto quería.—

Oídas estas razones
el buen conde respondía:
—No puedo negar, el rey,
lo que la infanta decía,
sino que otorgo, es verdad
todo cuanto me pedía.

Por miedo de vos, el rey,
no casé con quien debía,
ni pensé que vuestra alteza
en ello consentiría.

De casar con la infanta,
yo, señor, bien casaría;
mas matar a la condesa,
señor rey, no lo haría,
porque no debe morir
la que mal no merecía.

—De morir tiene, buen con-
[de.

por salvar la honra mía,
pues no miraste primero
lo que mirar se debía.

Si no muere la condesa
a vos costará la vida,
que por la honra de los re-
[yes

muchos sin culpa morían,

que muera, pues, la condesa
no es mucha maravilla.

—Yo la mataré, buen rey,
mas no sea la culpa mía:
vos os avendréis con Dios
en el fin de vuestra vida,
y prometo a vuestra alteza,
a fe de caballería,

que me escriba por traidor
si lo dicho no cumplía,
de matar a la condesa
aunque mal no merecía.

Buen rey, si me dais licen-
luego yo me partiría. [cia
—Vades con Dios, el buen

[conde
ordenad vuestra partida.—

Llorando se parte el conde,
llorando sin alegría;
llorando por la condesa,
que más que así la quería.

Lloraba también el conde
por tres hijos que tenía,
el uno era de teta,

que la condesa lo cría,
que no quería mamar

de tres amas que tenía
sino era de su madre
porque bien la conocía;

los otros eran pequeños,
poco sentido tenían.

Antes que el conde llegase
estas razones decía:

—¿Quién podrá mirar, con-
[desa,

vuestra cara de alegría,
que saldréis a recibirme

a la fin de vuestra vida?
Yo soy el triste culpado,

esta culpa toda es mía.—

En diciendo estas palabras
ya la condesa salía,
que un paje le había dicho
cómo el conde ya venía.

Vido la condesa al conde
la tristeza que tenía,

vióle los ojos llorosos
que hinchados los tenía

de llorar por el camino
mirando el bien que perdía.

Dijo la condesa al conde:
—¡Bien vengáis, bien de mi

[vida!
¿Qué habéis, el conde Alar-

[cos?
¿Por qué lloráis, vida mía,

que venís tan demudado
que cierto no os conocía?

No parece vuestra cara
ni el gesto que ser solía;

dadme parte del enojo
como dais de l'alegría.

¡Decídmelo luego, conde,
no matéis la vida mía!

—Yo vos lo diré, condesa,
cuando la hora sería.

—Si no me lo decís, conde,
cierto yo reventaría.

—No me fatiguéis, señora,
que no es la hora convenida.

Cenemos luego, condesa
d'aqueso que en casa había.

—Aparejado está, conde,
como otras veces solía.—

Sentóse el conde a la mesa,
no cenaba ni podía,

con sus hijos al costado,
que muy mucho los quería.

Echóse sobre los hombros,
hizo como que dormía;

de lágrimas de sus ojos
toda la mesa corría.
Mirábalo la condesa
que la causa no sabía;
no le preguntaba nada,
que no osaba ni podía.
Levantóse luego el conde,
dijo que dormir quería;
dijo también la condesa
que ella también dormiría;
mas entre ellos no había

[sueño,

si la verdad se decía.
Vanse el conde y la condesa
a dormir donde solían:
dejan los niños de fuera,
que el conde no los quería:
lleváronse al más chiquito,
el que la condesa cría.
El conde cierra la puerta,
lo que hacer no solía.
Empezó de hablar el conde
con dolor y con mancilla:
—¡Oh desdichada condesa,
grande fué la tu desdicha!
—No soy desdichada, conde,
por dichosa me tenía
sólo en ser vuestra mujer:
esta fué gran dicha mía.

—¡Si bien lo miráis, con-
[desa,
esa fué vuestra desdicha!
Sabed que en tiempo pasado
yo amé a quien bien servía,
la cual era la infanta.
Por desdicha vuestra y mía
prometí casar con ella;
y a ella que le placía,
demándame por marido
por la fe que me tenía.

Puédelo muy bien hacer
por razón y por justicia:
díjomelo el rey su padre
porque d'ella lo sabía.
Otra cosa manda el rey
que toca en el alma mía:
manda que muráis, condesa,
a la fin de vuestra vida,
que no puede tener honra
siendo vos, condesa, viva.—
De qu'esto oyó la condesa
cayó en tierra mortecida:
mas después en sí tornada
estas palabras decía:

—¡Pagos son de mis servi-
[cios,

conde, con que yo os servía!
Si no me matáis, el conde,
yo bien os aconsejaría:
Enviédesme a mis tierras
que mi padre me ternía;
yo criaré vuestros hijos
mejor que la que vernía,
y os mantendré castidad
como siempre os mantenía.
—De morir habéis, condesa,
en antes que venga el día.

—¡Bien parece, conde Alar-
[cos,

yo ser sola en esta vida;
porque tengo el padre viejo,
mi madre ya es fallecida,
y mataron a mi hermano
el buen conde don García,
que el rey lo mandó matar
por miedo que dél tenía!
No me pesa de mi muerte,
que yo de morir tenía,
mas pésame de mis hijos,
que pierden mi compañía:

hacéme los venir, conde,
y verán mi despedida.

—No los veréis más, con-
[desa,
en días de vuestra vida:
abrazad ese chiquito,
que aqueste es el que os per-
[día.

Pésame de vos, condesa,
cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora,
que más me va que la vida;
encomendáos a Dios,
qu'esto de hacerse tenía.

—Dejeisme decir, buen con-
una oración que sabía. [de.

—Decila presto, condesa,
antes que amanezca el día.

—Presto la habré dicho, con-
[de,

no estaré un Ave María.—

Hincó rodillas en la tierra
y esta oración decía:

«En las tus manos, Señor,
encomiendo el alma mía,
no me juzgues mis pecados
según que yo merecía,
mas según tu gran piedad
y la tu gracia infinita.»

—Acabada es ya, buen con-
[de,

la oración que yo sabía;
encomiéndoo los esos hijos
que entre vos y mí había.
y rogad a Dios por mí
mientras tuiéredes vida,
que a ello sois obligado,
pues que sin culpa moría.
Dédesme acá ese chiquito,
mamará por despedida.

—No le despertéis, condesa,
dejadlo estar, que dormía,
sino que os pido perdón
porque ya se viene el día.

—A vos yo perdono, conde,
por amor que vos tenía;
mas yo no perdono al rey,
ni a la infanta, la su hija,
sino que queden citados
delante la alta justicia,
que allá vayan a juicio
dentro de los treinta días.—
Estas palabras diciendo
el conde se apercibía:
echóle por la garganta
una toca que tenía,
apretó con las dos manos
con la fuerza que podía:
no le afloja la garganta
mientras que vida tenía.

Cuando ya la vido el conde
traspasada y fallecida,
desnudóle los vestidos
y las ropas que tenía:
echóla encima la cama,
cubrióla como solía;
desnudóse a su costado,
obra de un Ave María:
Levantóse dando voces
a la gente que tenía.

—¡Socorred, mis caballeros,
que la condesa se fina!—

Hallan la condesa muerta
los que a socorrer venían.
Así murió la condesa,
sin razón y sin justicia:
mas también todos murieron
dentro de los treinta días.
Los doce días pasados
la infanta ya se moría;

por quebrar su mandamien-
[to;
y algunos inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.

Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento,
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque

[puedo,
que en lugar de tantas cru-
[ces
haya tantos hombres muer-
[tos.

Mirando estoy los sepulcros
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua,
que no lo fueron sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hi-

[zo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!
Fea pintan a la envidia;
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no sa-

[ben
quién vive pared en medio,
sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuen-
[tos;

cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.

Sin ser pobres ni ser ricos
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos,
ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, firmaron
parabién, ni pascua dieron,
con esta envidia que digo,
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

POR EL ANCHO MAR DE ESPAÑA

Por el ancho mar de Espa-
donde las airadas olas [ña
encaramándose al cielo
fustas y naves trastornan,
herido y desbaratado
de una tormenta espantosa,
les dice a los marineros
el General de la flota:
«Ola, ola, que se trastorna,
»echa el áncora, aferra, cie-
[rra, boga.»

Braman las aguas soberbias
por la región procelosa
y a vueltas del torbellino
los peces muestran las colas:
los marineros se turban,
los maestros se alborotan,
toda la gente da gritos,
y el General los exhorta:
«Ola, ola, etc.»

Los aires rompen las velas
y los mástiles destroncan:
entra el agua embravecida
por medio las naves todas.
Cuál, tabla calafetea.

cuál prepara pez y estopa,
cuál desmaya y cuál se ani-

[ma,

y cuál dice con voz ronca:

«Ola, ola, etc.»

Los pequeños barcos se hun-

[den,

las gruesas naves se afon-

y la gente agonizando [dan,

sus abogados invocan,

andan en gavías grumetes,

pilotos de popa a proa,

y como dan al través

dicen: el alma a la boca,

«Ola, ola, que se trastorna,

«echa el áncora, aferra, cie-

[rra, boga.»

YO ME ESTABA REPOSANDO

(De Juan del Encina.)

Yo me estaba reposando
durmiendo como solía;
recordé triste, llorando
con gran pena que sentía.
Levantéme muy sin tiento
de la cama en que dormía,
cercado de pensamiento,
que valerme no podía.
Mi pasión era tan fuerte
que de mí yo no sabía;
conmigo estaba la muerte
por tenerme en compañía
lo que más me fatigaba
no era porque moría;
más era porque dejaba
de servir a quien servía.
Servía yo a una señora
que más que a mí la quería.

y ella fué la causadora
de mi mal sin mejoría.

La media noche pasada,

ya qu'era cerca del día,

salíme de mi posada

por ver si descansaría.

Fuíme para do moraba

aquella que más quería,

porque yo triste penaba;

mas ella no lo sabía.

Andando triste, turbado,

con las ansias que tenía,

vi venir a mi Cuidado

dando voces, y decía:

—Si dormís, linda señora,

recordad por cortesía,

pues que fuistes causadora

de la desventura mía.

Remediad mi gran tristura.

satisfaced mi porfía,

porque si falta ventura

del todo me perdería.—

Y con los ojos llorosos

un triste llanto hacía

con suspiros congojosos,

y nadie no parescía.

En estas cuitas estando,

como vi qu'esclarecía,

a mi casa suspirando

me volví como solía.

CUANDO YO, TRISTE, NACI

(De Jorge de Montemayor.)

Quando yo, triste, nací,
luego nací desdichada;
luego los hados mostraron
mi suerte desventurada.
El sol escondió sus rayos.

la luna quedó eclipsada,
murió mi madre en parien-
[do,
moza, hermosa y mal logra-
[da;

el ama que me dió leche
jamás tuvo dicha en nada,
ni menos la tuve yo,
soltera ni desposada.
Quise bien y fuí querida,
olvidé y fuí olvidada;
esto causó un casamiento
que a mí me tiene cansada.
¡Casara yo con la tierra,
no me viera sepultada
entre tanta desventura,
que no puede ser contada!
Moza me casó mi padre;
de su obediencia forzada,
puse a Sireno en olvido,
que la fe me tenía dada.
Pagué también mi descuido,
cual no fué cosa pagada:
celos me hacen la guerra,
sin ser en ellos culpada.
con celos voy al ganado,
con celos a la majada,
y con celos me levanto
contino a la madrugada.
Con celos como a su mesa
y en su cama está acostada.
Si le pido de qué ha celos,
no sabe responder nada;
jamás tiene el rostro alegre,
siempre la cara inclinada;
los ojos por los rincones,
la habla triste y turbada.
¡Cómo vivirá la triste
que se ve tan mal casada!

DESCRIBE LA HERMOSA BOCA DE
'UNA DAMA

(De Pérez de Montalván.)

Clavel dividido en dos,
tierna adulación del aire.
dulce ofensa de la vida,
breve concha, rojo esmalte;
puerta de carmín por donde
el aliento de ambar sale,
y corto espacio al aljófár
que se aposenta en granates;
depósito de albedríos,
hermosa y purpúrea imagen
del murice que en su concha
guarda colores de sangre;
cinta de sangre con quien
Tiro se muestra cobarde
y aún sentida, porque el cie-

[lo
más expuso en menor parte;
bello aplauso de los ojos,
hermosa y pequeña cárcel,
muerte disfrazada en grana.
si hay muerte tan agrada-
tiranía deliciosa, [ble;
cuyo vergonzoso engaste
es mudo hechizo a la vista
siendo un imperio suave:
guarnición de rosa en plata
y de nieve entre corales,
discreta envidia a las flores
que un mayo miran constan-
[te;
y en fin, cifra de hermosura,
si permitís que os alabe,
decidme vos de vos misma
porque os sirva y no os agra-
[vie.
Mas la empresa es infinita.

yo muy vuestro, perdonad-
porque sólo sé de vos [me,
que habéis sabido matarme.

ROSA FRESCA, ROSA FRESCA

¡Rosa fresca, rosa fresca,
tan garrida y con amor,
cuando y'os tuve en mis bra-
[zos,

non vos supe servir, non;
y agora que vos servía
non vos puedo yo haber, non
—Vuestra fué la culpa, ami-
[go,

vuestra fué, que mía non;
enviáste me una carta
con un vuestro servidor,
y en lugar de recaudar
el dijera otra razón:
qu'érades casado, amigo,
allá en tierras de León;
que tenéis mujer hermosa
y hijos como una flor.

—Quien vos lo dijo, señora.
non vos dijo verdad, non;
que yo nunca entré en Cas-
[tilla

ni allá en tierras de León,
sino cuando era pequeño,
que non sabía de amor.—

FONTE-FRIDA, FONTE-FRIDA

Fonte-frida, Fonte-frida,
Fonte-frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolación,
sino es la tortóllica
qu'está viuda y con dolor.

Por ahí fuera a pasar
el traidor del ruiseñor:
las palabras que le dice
llenas son de traición:
—Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.

—Vete de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde,
ni en prado que tenga flor;
que si el agua hallo clara,
turbia la bebía yo;

que non quiero haber mari-
[do,
porque hijos non haya, non.
non quiero placer con ellos.
ni menos consolación.

¡Déjame, triste enemigo,
malo, falso, mal traidor,
que non quiero ser tu amiga
ni casar contigo, non!

BLANCA FLOR Y FILOMENA

Por las orillas del río
doña Urraca se pasea
con dos hijas de la mano,
Blanca Flor y Filomena.
El rey moro que lo supo,
del camino se volviera;
de palabras se trabaron,
y de amores la requiebra.
Pidiérale la mayor
para casarse con ella:
sí le pidió la mayor,
le diera la más pequeña;
y por no ser descortés,
tomara la que le dieran.
—No se diga, rey Turquillo
que mala vida le hicieras.

—No tengas pena, señora,
por ella no tengas pena;
del vino que yo bebiese,
también ha de beber ella
y del pan que yo comiese,
también ha de comer ella.

Se casaron, se velaron,
se fueron para su tierra;
nueve meses estuvieron
sin venir a ver la suegra.

Al cabo de nueve meses,
rey Turquillo vino a verla.

—Bien venido, rey Turquillo

—Bien hallada seas, suegra.

—Lo que más quiero saber
si Blanca Flor queda buena.

—Blanca Flor buena queda-
[ba;

en días de parir queda,
y vengo muy encargado
que vaya allá Filomena,
para gobernar la casa
mientras Blanca Flor parie-
[ra.

—Filomena es muy chiquita
para salir de la tierra,

pero por ver a su hermana,
vaya, vaya en hora buena.

Llévala por siete días,
que a los ocho acá me vuel-
[va;

que una mujer en cabellos
no está bien en tierra ajena.

Montó en un caballo tordo
y ella en una yegua negra;
siete leguas anduvieron

sin palabra hablar en ellas.
De las siete pa las ocho,

rey Turquillo se chancea;
y en el medio del camino,

de amores la requiriera.

—Mira que haces, Turquillo,
mira que el diablo las tienta;
que tu eres mi cuñado,
tu mujer hermana nuestra.

Sin escuchar más razones,
ya del caballo se apea:

atóla de pies y manos,
hizo lo que quiso della;

la cabeza le cortara
y le arrancara la lengua

y tiróla en un zarzal
donde cristiano no entra.

Pasó por allí un pastor;
de mano de Dios viniera.

Por la gracia de Dios Padre
a hablar comenzó la lengua;

—Por Dios te pido, pastor,
que me escribas una letra;

una para la mi madre,
;nunca ella me pariera!,

y otra para mi hermana,
;nunca yo la conociera!

—No tengo papel ni pluma,
aunque serviros quisiera...

—De pluma te servirá
un pelo de mis guedejas;

si tu no tuvieres tinta,
con la sangre de mis venas,

y si papel no trujeres,
un casco de mi cabeza.

Si mucho corrió la carta,
mucho más corrió la nueva.

Blanca Flor, desde lo supo,
con el dolor mal pariera;

y el hijo que malparió,
guisólo en una cazuela

para dar al rey Turquillo
a la noche cuando venga.

— ¿Qué me diste, Blanca
Flor,

qué me diste para cena?
De lo que comimos juntos
nunca también me supiera.

—Sangre fué de tus entra-
ñas,

gusto de tu carne mesma,
pero mejor te sabrían
los besos de Filomena.

—¿Quién te lo dijo, traidora,
quién te lo fué a decir, pe-
rra?

¡Con esta espada que traigo,
te he de cortar la cabeza!
Madres las que tienen hijas,
que las casen en su tierra:
que yo para dos que tuve,
la Fortuna lo quisiera:
una murió manecada
y otra de amores muriera.

LA DONCELLA GUERRERA

Pregonadas son las gue-
rras
de Francia con Aragón.

—¿Cómo las haré yo, triste,
viejo, cano y pecador?

¡No reventaras, condesa,
por medio del corazón,
que me diste siete hijas,
y entre ellas ningún varón!
Allí habló la más chiquita,
en razones la mayor:

—No maldigas a mi madre,
que a la guerra me iré yo;
me daréis las vuestras ar-
vuestro caballo trotón. [mas,
—Conocerante en los pechos

que asoman por el jubón.

—Yo los apretaré, padre,
al par de mi corazón.

—Tienes las manos muy
[blancas,
hija no son de varón.

—Yo les quitaré los guantes
para que las queme el sol.

—Conoceránte en los ojos,
que otros más lindos no son.

—Yo los revolveré, padre,
como si fuera un traidor.

—Conoceránte en los pies,
que muy menuditos son.

—Pondréme las vuestras bo-
[tas
bien rellenas de algodón.

Al despedirse de todos,
se le olvida lo mejor:

—¿Cómo me he de llamar.
[padre?

—Don Martín el de Aragón.

—Y para entrar en las Cor-
padre, ¿cómo diré yo? [tes,

—Bésoos la mano, buen rey,
las Cortes las guarde Dios.

Dos años anduvo en guerra
y nadie la conoció,

sino fué el hijo del rey,
que en sus ojos se prendó.

—Herido vengo, mi madre,
de amores me muero yo;

los ojos de don Martín,
son de mujer, de hombre no.

—Convídalo tú, hijo mío,
a las tiendas a feriar;

si don Martín es mujer,
las galas ha de mirar.

Don Martín como discreto
a mirar las armas va:

—¡Qué rico puñal es este,
para con moros pelear!

—Herido vengo mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
roban el alma al mirar.

—Brindaréisle vos, mi hijo,
al par de vos acostar;
si el caballero era hembra,
tal convite no quedará.
El caballero es discreto
y echóse sin desnudar.

—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
no los puedo comportar.

—Llevaráslo tú, hijo mío,
a la huerta a solazar;
si don Martín es mujer,
a los almendros irá.

Don Martín deja las flores;
una vara va a cortar:

—¡Oh, que varita de fresno
para el caballo arrear!

—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
no me dejan sosegar.

—Hijo, arrójale al regazo
tus anillos al jugar;
si don Martín es varón
las rodillas juntará,
pero si las separare
por mujer se mostrará.

Don Martín, muy avisado,
hubiéralas de juntar.

—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
nunca los puedo olvidar.

—Convídalo tú, mi hijo,
en los baños a nadar.
Todos se están desnudando;
don Martín muy triste está.
El caballero es discreto,
luego empezara a llorar:

—Cartas me fueron venidas,
cartas de grande pesar,
que se halla el conde mi pa-
enfermo para finar. [dre
Licencia le pido al rey
para irle a visitar.

—Don Martín, esa licencia
no te la quiero estorbar.
Ensilla el caballo blanco.
de un salto en él va a mon-
por unas vegas arriba [tar;
corre como un gavilán:

—¡Adios, adios, el buen rey,
y el tu palacio real;
que dos años te sirvió
una doncella leal!

Oyela el hijo del rey,
tras ella va a cabalgar.

—¡Corre, corre, hijo del rey,
que no me habrás de alcan-
[zar

hasta en casa de mi padre,
si quieres irme a buscar!
Campanitas de mi iglesia,
ya os oigo repicar;
puentecito, puentecito,
del río de mi lugar,
una vez te pasé virgen,
virgen te vuelvo a pasar.
Abra las puertas, mi padre,
ábralas de par en par.
Madre sáqueme la rueca,
que traigo ganas de hilar,
que las armas y el caballo

y el ánima se me aparta!—
—Quítate allá, Delgadina;

quítate, perra malvada,
que ha siete años, por tu
[culpa,

que yo vivo mal casada,
Delgadina, por la sed,
se arrimara a otra ventana
y vió a su padre que abajo
paseaba en una sala.

—¡Mi padre, por ser mi pa-
[dre,

púrrame una jarrá de agua,
porque me muero de sed,
y a Dios quiero dar mi al-
ma!—

—Darétela, Delgadina,
si me cumples la palabra.—

—La palabra cumpliréla
aunque sea de mala gana.—

—Acorred, mis pajecicos,
a Delgadina dad agua;
el primero que llegase,
con Delgadina se casa;
el que llegase postrero,
su vida será juzgada.

Unos van con jarros de oro,
otros con jarros de plata.

Las campanas de la iglesia
por Delgadina tocaban.

El primero que llegó,
Delgadina era finada.

La Virgen la sostenía,
ángeles la amortajaban.

En la cama de su padre,
los demonios se asentaban,
y a los pies de Delgadina
una fuente fría estaba,
porque apagasa la sede
que aquel cadáver pasaba.

EL PRISIONERO

Por el mes era de mayo
cuando hace la calor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por un avecilla
que me cantaba el albor.
Matómela un balletero,
déle Dios mal galardón.

Cabellos de mi cabeza
llégame al corvejón;
los cabellos de mi barba
por manteles tengo yo;
las uñas de las mis manos,
por cuchillo tajador.
Si lo hacía el buen rey,
hácelo como señor;
si lo hace el carcelero,
hácelo como traidor.

Mas quién ahora me diese
un pájaro hablador,
siquiera fuese calandria,
o tordico, o ruiseñor;
criado fuese entre damas
y avezado a la razón,
que me lleve una embajada
a mi esposa Leonor,
que me envíe una empanada
no de truchas ni salmón,
sino de una lima sorda
y de un pico tajador;
la lima para los hierros
y el pico para el torreón.

Oídolo había el rey,
mandol' quitar la prisión.

YO ME ADAME UNA AMIGA

Yo me adamé una amiga
de dentro en mi corazón;
Catalina había por nombre,
non la puedo olvidar, non.
Rogóme que la llevase
a las tierras de Aragón.
—Catalina, sois mochacha,
non podréis caminar, non.—
—Tanto andaré, caballero,
tanto andaré como vos:
si lo dejáis por dineros.
llevaré para los dos
ducados para Castilla,
florines para Aragón.—
Ellos en aquesto estando,
la justicia que llegó.

LA BELLA MAL MARIDADA

—La bella mal maridada,
de las lindas que yo vi,
véote tan triste enojada;
la verdad dila tú a mí.
si has de tomar amores
por otro, no dejes a mí.
Que a tu marido, señora,
con otras dueñas lo vi,
besando y retozando;
mucho mal dice de ti;
juraba y perjuraba
que te había de ferir.—
Allí habló la señora,
allí habló, y dijo así:
—Sácame tú, el caballero,
tú sacáesme de aquí;
por las tierras donde fueres

bien te sabría yo servir:
yo te haría bien la cama
en que hayamos de dormir;
yo te guisaré la cena
como a caballero gentil,
de gallinas y capones
y otras cosas más de mil;
que a este mi marido
ya no le puedo sufrir,
que me da muy mala vida,
cual vos bien podéis oír.—
Ellos en aquesto estando
su marido hélo aquí:
—¿Qué hacéis, mala traido-
[ra?
¡Hoy habedes de morir!—
—¿Y por qué, señor, por
[qué?

Que nunca os lo merecí.
Nunca besé a hombre,
mas hombre besó a mí;
las penas que él merecía,
señor, dadlas vos a mí;
con riendas de tu caballo,
señor, azotes a mí;
con cordones de oro y sirgo
viva ahorques a mí.
En la huerta de los naranjos
viva entierres a mí,
en sepultura de oro
y labrada de marfil,
y pongas encima un mote,
señor, que diga así:
«Aquí está la flor de las flo-
[res:
por amores murió aquí;
cualquier que muere de amo-
mándese enterrar aquí. [res
que así hice yo, mezquina,
que por amar me perdí.—»

LEVANTOSE LA CASADA

Levantóse la casada
 una mañana al jardín,
 dicen que a gozar el fresco:
 «¡más le valiera dormir!»
 Esperando a su galán
 a sueño breve y sutil,
 le ha dado amor mala no-
 [che:
 «¡más le valiera dormir!»
 Sobre la madeja bella
 que al amor revuelve en sí
 sale arrojando una toca:
 «¡más le valiera dormir!»
 Gorguera saca de negro,
 turquesado el faldellín,
 y a medio vestir la ropa:
 «¡más le valiera dormir!»
 A la salida del huerto
 torcido se le ha un chapín,
 de que quedó lastimada:
 «¡más le valiera dormir!»
 Pasando más adelante
 al coger un alhelí
 le picó el dedo una abeja:
 «¡más le valiera dormir!»
 Con tanto azar no descansa;
 sale enamorada al fin
 buscando a aquel que bien
 [ama:
 «¡más le valiera dormir!»
 Aquí mira, aquí se para;
 nada halla aquí ni allí,
 hasta ver lo que no quiso:
 «¡más le valiera dormir!»
 A su amante halla muerto,
 y al marido junto a sí,
 que remató entrambas vidas:
 «¡más le valiera dormir!»

DESPERTAD, HERMOSA CELIA

Despertad, hermosa Celia,
 si por ventura dormís,
 que vida que ha muerto un
 : hombre
 no es justo que duerma así.
 Si no teméis la justicia,
 por misericordia oíd
 el alma del mismo cuerpo
 que viene a penar aquí.
 Abrid esas celosías,
 ya que las puertas no abris,
 si no teméis que entre den-
 : tro
 como sombra del que fuí.
 Yo me acuerdo que algún
 [día
 sin descansar ni dormir,
 os hallaba el sol en ellas,
 y vos, en la calle, a mí;
 y agora que estáis dur-
 [miendo
 alegre en verme morir,
 no os duele que el cielo llue-
 y que llueva sobre mí. [va,
 Si algún dichoso os detiene,
 decidle que yo lo fuí,
 y que para cuando os pierda
 os deje doler de mí.
 ¡Triste dél cuando os co-
 [nozca,
 como yo cuando os perdí!
 Que tenía de piedra el alma
 y el rostro de serafín.
 En vuestros brazos estuve;
 mas no hay que fiar así
 del sol claro por enero,
 y flor de almendro en abril.
 Celia, pues no despertáis,

es fuerte dios el sufrir;
dormid, y velen mis ojos
en tanto que vos dormís.

ROMANCE DE LOS CELOS
(Atribuído a Miguel de Cervantes)

Yace donde el sol se pone,
entre dos tajadas peñas,
una entrada de un abismo;
quiero decir, una cueva
profunda, lóbrega, oscura,
aquí mojada, allí seca,
propio albergue de la noche,
del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
que al alma encendida hiela,
y un fuego de cuando en
[cuando
que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido,
como crujir de cadenas,
y unos ayes luengos, tristes,
envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
por los resquicios y quiebras,
mil víboras se descubren
y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto
en una amarilla piedra,
huesos de muerto encajados
en modo que forman letras;
las cuales, vistas del fuego
que arroja de sí la cueva,
dicen: «Esta es la morada
de los celos y sospechas.»
Y un pastor cantaba al uso
esta maravilla cierta
de la cueva, fuego y hielo,

aullidos, sierpes y piedra,
el cual oyendo, le dijo:
—Pastor, para que te crea
no has menester juramentos,
ni hacer la vista experien-
Un vivo traslado es ese[cia:
de lo que mi pecho encierra,
el cual como en cueva os-
[cura

no tiene luz, ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
bañado en lágrimas tiernas;
aire, fuego y los suspiros
le abrasan continuo y hielan.
Los lamentables aullidos
son mis continuas querellas:
que en mis entrañas se ce-
[ban.

La piedra escrita amarilla
es mi sin igual firmeza;
que mis huesos en la muerte
mostrarán que son de pie-
[dra.

Los celos son los que habitan
en esta morada estrecha,
que engendraron los descui-
[dos
de mi querida Silena.—
En pronunciando este nom-
[bre,
cayó como muerto en tierra;
que de memorias de celos
aquestos fines se esperan.

¿DONDE ESTAS, SEÑORA MIA?

—¿Dónde estás, señora
[mía,
que no te duele de mi mal?

O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas
compasión solías mostrar,
y agora de las mortales
no tienes ningún pesar.
¿Cómo acudiste a lo menos
y me faltaste en lo más?
Que en los mayores peligros
se conoce la amistad.
El crisol de las verdades
suele ser la adversidad.
¿En qué memoria ocupada,
tan sorda a mi llanto estás?
Acuérdome bien, si penas
me dejan bien acordar,
que en un tronco de un aliso
que el Tajo bañando está,
cuando yo era más dichoso
y tú más firme y leal,
escribió tu mano un día:
«Yo te doy mi libertad,
y antes que de ti la mude,
Tajo el curso mudará.»
Río, vuelve atrás tus aguas,
pues la fe se vuelve atrás.—
Aquesto Tirsi decía,
cantando en su soledad
memorias de su señora,
y testigos de su mal.

LA PREÑADILLA DE ANTON

La preñadilla de Antón
compuesta salió un disanto
a la iglesia de su aldea,
con su prima de la mano.
Hizo sarta para el cuello
marica de su trenzado;
de sus ojuelos patenas,

que son del cielo retrato.
Las ricas joyas que lleva
no se las dió su velado;
que quiso hacer en Marica
la naturaleza el gasto.
Sacó sartas para el cuello
que el sol y el alba envidia-

[ron.

de las perlas de sus dientes
y corales de sus labios.
Desde su casa a la iglesia
mil cosas se le antojaron,
aunque el ser antojadiza
no es achaque del preñado.
Antojósele dar nieve
a la esmeralda de mayo,
pintar de flores el cielo,
sembrar de estrellas el cam-

[po:

Antojósele dar celos
y mudarse a cada paso;
pagar verdades con burlas,
finezas con desengaños;
antojósele dar muertes
a cuantos iba encontrando:
No malparirá Marica
aunque mueran otros tantos.

DON REPOLLO Y DOÑA BERZA

(De Don Francisco de Quevedo.)

Don Repollo y doña Berza,
de una sangre y de una cas-
si no caballeros pardos, [ta,
verdes fidalgos de España,
casáronse, y a la boda
de personas tan honradas,
que sustentan ellos solos
a lo mejor de Vizcaya,

de los solares del campo
vino la nobleza y gala;
que no todos los solares
han de ser de la montaña.
Vana y hermosa, a la fiesta
vino doña Calabaza;
que su merced no pudiera
ser hermosa sin ser vana.
La Lechuga, que se viste
sin aseo y con fanfarria,
presumida, sin ser fea,
de frescona y de bizarra;
La Cebolla, a lo viudo
vino con sus tocas blancas
y sus entresuelos verdes,
que sin verduras no hay ca-

[nas.

Para ser dama muy dulce
vino la Lima gallarda,
al principio, que no es bueno
ningún postre de las damas.
La Naranja, a lo ministro,
llegó muy tiesa y cerrada,
con su apariencia muy lisa,
y su condición muy agra;
a lo rico y lo tramposo
en su erizo la Castaña,
que le han de sacar la ha-

[cienda

todos por punta de lanza.
La Granada deshonesta
a lo moza cortesana,
desembozo en la hermosura,
descaramiento en la gracia.
Doña Mostaza menuda,
muy briosa y atufada
que toda chica persona
es gente de gran mostaza.
A lo alindado la Guinda,
muy agra cuando muchacha,

pero ya entrada en edad,
mas tratable, dulce y blanda.
La Cereza, a lo hermosura,
recién venida, muy cara,
pero con el tiempo todos
se le atreven por barata.
Doña Alcachofa, compuesta
a imitación de las flacas,
basquiñas y más basquiñas,
carne poca, y muchas faldas.
Don Melón, que es el retrato
de todos los que se casan:
Dios te la depare buena,
que la vista al gusto engaña.
La Berengena, mostrando
su calavera morada,
porque no llegó en el tiempo
del socorro de las calvas:
don Cohombro, desvaído
largo de verde esperanza,
muy puesto en ser gentil

[hombre,

siendo cargado de espaldas:
don Pepino, muy picado
de amor de doña Ensalada,
gran compadre de doctores,
pensando en unas terclanas;
don Durazno, a lo envidioso,
mostrando agradable cara,
descubriendo con el trato
malas y duras entrañas.
Persona de muy buen gusto,
don Limón, de quien espanta
lo sazonado y panzudo;
que no hay discreto con pan-

[za.

De blanco, morado y verde,
corta crin y cola larga,
don Rábano, pareciendo
moro de juego de cañas.

Todo fanfarrones bríos,
 todo picantes bravatas,
 llegó el señor don Pimiento,
 vestidito de botarga.

Don Nabo, que viento en
 [popa
 navega con tal bonanza,
 que viene a mandar el mun-
 [do

de gorrón de Salamanca.
 Mas baste, por si el lector
 objeciones desenvaina:
 que no hay bodas sin mali-
 [cias,
 ni desposados sin tachas.

RIENDOSE ESTA EL RATON

(De Don Francisco de Quevedo.)

Riéndose está el ratón
 en el umbral de su cueva,
 del caracol ganapán
 que va con su casa a cues-
 [tas;

y viendo cómo, arrastrando,
 por su corcova la lleva,
 muy camello de poquito.
 le dijo de esta manera:
 Dime, cornudo, vecino
 de un cuerno, en que te hos-
 [pedas,

¿qué callo de pie trazó
 una alcoba tan estrecha?

Tu vives emparedado
 sin castigo o penitencia,
 y hecho chirrión de tu casa,
 la mudas y la trasiegas.
 Vestirse de un edificio,

invención de sastre es nue-
 [va;

tú, albañil enjerto en sastre,
 te vistes y te aposentas.

El vivir un lobanillo
 es de podre y de materia.
 y nunca salir de casa,
 de persona muy enferma.

Verruga andante pareces
 que ha producido la tierra.
 muypreciado de que solo
 tú todo un palacio llevas.

Si te viniese algún huésped
 ¿qué aposento le aparejas,
 tú, que en la mano de un
 [gato,

por no admitirle, te encie-
 [rras?

Yo te llevaré a la corte,
 en donde no te defienda
 de tercera parte o huésped,
 tu casilla tan estrecha.

¿No te fuera más descanso
 andarte por estas selvas,
 y en estos agujerillos
 tener tu cama y tu mesa?

Riéndose están de ti
 los lagartos en las peñas,
 los pájaros en los nidos,
 las ranas en las acequias.
 Si esa casa es tu mortaja,
 ¡de buena cosa te precias,
 pues vives en ataúd
 donde es forzoso que mue-
 [ras!

De una fábrica presumes
 que Viturio no la entienda,
 y si vale un caracol
 en dos, ninguno la precia;
 y citar puedo a Vitruvio.

porque soy ratón de letras,
que en casa de un arquitecto
comí a Vignola una mesga.

Sacar los cuernos al sol
ningún marido lo aprueba,
aunque de ellos coma, y tú
muy en ayunas 'os mues-

[tras.

Dirás que me caza el gato
con todas estas arengas;

¿y a ti no te echan la uña
los viernes y las cuaresmas?

¿No te guisan y te comen
entre abadejo y lentejas?

¿Y hay, después de estar gui-

[sado,

alfiler que no te prenda?

Pero de matraca baste,
que yo espero gran respues-

[ta;

y aunque soy más cortesano,
me he de correr más aprieta.

A BUEN PUERTO HABEIS LLEGADO

(De Don Francisco de Quevedo.)

A buen puerto habéis lle-

[gado,

vendeja de daca y toma;

Satanás os dió el consejo:
no pudo ser otra cosa.

Por dineros me enviáis,
como si yo fuera flota,

o banco, teniendo sólo
pies de banco mi persona.

Mas cuartos tiene que yo,
aunque tiene menos borra

que mi lengua y que mi bar-
la más cuitada pelota. [ba,

La falta de los caballos
quisiera tener agora,
pues si me salieran cuartos,
se mejorara mi bolsa.

Veis que traigo yo mis car-
asomadas a mi ropa, [nes
más delicado de capa

que de estómago una monja;
que los dedos de mis pies
por los zapatos me asoman,

como tortuga que saca
la cabeza de su concha;

que como de rebatiña,
que soy gavilán de ollas,

y que sola mi conciencia
es la que come a mi costa;

que es mi casa solariega
diez puntos más que las

[otras,

pues que por falta de techo
le da el sol a todas horas;

sabéis que esta villa es mía
por la doble ejecutoria

que al desvergonzado hace
señor de la villa toda;

sabéis que de mi posada
en sacando yo la sombra,

se muda toda mi hacienda.
vestidos, galas y ropa:

¿Pues, cómo, si lo sabéis,
me pedís con larga prosa

dineros y una merienda,
tan sin gracias y tan romas?

Si pidiérades narices,
aún fuera cosa más propia.

porque pidiera a un vecino
un pedazo que le sobra.

¡A mí moneda de rey,
que no la alcanzo a una so-

[ta!

A mí plata, que por verla
 las píldoras se me antojan!
 Santígüense, hermanas mías
 y echen por allá, señoras,
 otra red que saque más:
 que aquí ni aun agua hay
 [agora.

UNA BELLA CASADILLA

Una bella casadilla
 que apenas tiene quince
 que quitalla de jugar [años,
 con las niñas fué pecado;
 y por ponerse chapines,
 alzacuello y verdugado,
 sin saber lo que hacía
 dió a su marido la mano;
 y después a las muchachas
 que vivían en su barrio
 les mostraba muy contenta
 las joyas que le había dado;
 acabado el pan de boda
 volvióse de espaldas marzo,
 y hallóse la cuitadilla
 esclava de un sucio trasgo.
 Era el marido celoso,
 y más que celoso, avaro;
 y cuál era su figura
 miradlo en este retrato.
 El cabello ya tordillo,
 muy cerca de cincuenta
 años;
 tan lampiño, que aun apenas
 le señalan los mostachos;
 menos de un dedo de frente,
 con arrugas de reclamo;
 los dientes muy amarillos,
 distintos y descarnados;
 muy pródigo de nariz,

y los ojos ribeteados;
 tan delgado, que el estrecho
 de Gibraltar fué llamado.
 Condenado a tos perpetua,
 depósito del catarro,
 y más ronco que un ternero
 pronóstico de su daño.
 Y con esto, el bellacón
 era tan desvergonzado,
 que por cualquier niñería
 jugaba triunfo de bastos.
 Esta niña había una tía,
 mujer de tocas y manto,
 gran matrona de consejo
 y de muy grueso rosario.
 Con lágrimas de sus ojos
 a ésta se está quejando
 de la vida en que padece
 tan insufrible trabajo.
 Aquella tan sabia vieja,
 que no fué Catón tan sabio,
 del archivo de su pecho
 así la está aconsejando:
 —Hija, mudar condiciones
 es negocio muy pesado,
 y más si tienen raíces
 echadas de algunos años;
 lo que hacen los prudentes
 es buscar algún reparo:
 hazlo, juega a dos espadas,
 pues te ha dado Dios dos ma-
 [nos.
 Busca, niña, quien te quiera,
 que mil te estarán rogando;
 que bien puedes sin peligro,
 si te riges con recato.
 Proveyó naturaleza
 que los animales bravos,
 porque no vean sus cuernos
 tengan los ojos debajo.

Pues ¿cuándo menos podrán ver los suyos los humanos, que como son invisibles, no se tocan con las manos?— No le pareció el consejo a la casadilla malo, resoluta de pasar de espaldas la mar a nado. Pero aquella misma noche el marido adivinando, le castigó la intención, aunque fué para su daño; que mientras la sacudía, o fuese adrede, o acaso, le ayudaron de la calle esta letrilla cantando. «Ayúdame a sembrar cuer- [nos. mientras que se piden celos.»

LA BUENA VENTURA

(De Miguel de Cervantes)

Hermosita, hermosa,
la de las manos de plata;
más te quiere tu marido
que el rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
pero a veces eres brava
como leona de Orán
o como tigre de Ocaña;
pero un tras, en un tris,
el enojo se te pasa,
y quedas como alfiñique
o como cordera mansa.
Riñes mucho y comes poco;
algo celosita andas,
que es juguetón el tiniente
y quiere arrimar la vara.
Cuando doncella te quiso

uno de muy buena cara;
que mal haya los terceros
que los gustos desbaratan.
Si a dicha tú fueras monja
hoy tu convento mandarás,
porque tienes de abadesa
más de cuatrocientas rayas.
No te lo quiero decir...
pero poco importa, vaya:
enviudarás, y otra vez,
y otras dos serás casada.
No llores, señora mía,
que no siempre las gitanas
decimos el Evangelio;
no llores, señora, acaba.
Como te mueras primero
que el señor tiniente, basta
para remediar el daño
de la viudez que amenaza.
Has de heredar, y muy pres-

[to,
hacienda en mucha abundan-
cia:

tendrás un hijo canónigo;
la iglesia no se señala;
de Toledo no es posible.
Una hija rubia y blanca
tendrás, que si es religiosa,
también vendrá a ser perla-
[da.

Si tu esposo no se muere
dentro de cuatro semanas,
verásle corregidor
de Burgos o Salamanca.
Un lunar tienes, ¡qué lindo!
¡Ay, Jesús, qué luna clara!
¡Qué sol, que allá en los an-
[típodas
escuros valles aclara!

Más de dos ciegos por verle

dieran más de cuatro blan-
 ;Agora sí es la risica! [cas.
 ;Ay, qué bien haya esa gra-
 Guárdate de las caídas, [cia!
 principalmente de espaldas,
 que suelen ser peligrosas
 en las principales damas.
 Cosas hay más que decirte:
 si para el viernes me aguar-
 [das,
 las oirás; que son de gusto,
 y algunas hay de desgracias.

EL ESPAÑOL GALLARDO

(De Miguel de Cervantes.)

Escuchadme los de Orán,
 caballeros y soldados,
 que firmáis con nuestra san-
 [gre
 vuestros hechos señalados.
 Alimuzel soy, un moro
 de aquellos que son llamados
 galanes de Meliona,
 tan valientes como hidalgos.
 No me trae aquí Mahoma
 a averiguar en el campo
 si su secta es buena o mala,
 que él tiene deso cuidado;
 tráeme otro dios más brioso,
 que es tan soberbio y tan
 [manso
 que ya parece cordero,
 y ya león irritado.
 Y este dios que así me im-
 [pele,
 es de una mora vasallo,
 que es reina de la hermosu-
 [ra,

de quien soy humilde es-
 [clavo.
 No quiero decir que hiendo,
 que destrozo, parto o rajo;
 que animoso y no arrogante,
 es el buen enamorado.
 Amo, en fin, y he dicho mu-
 en sólo decir que amo [cho
 para daros a entender
 que puedo estimarme en al-
 [go:
 pero, sea yo quien fuere,
 basta que me muestre ar-
 [mado
 ante estos soberbios muros,
 de tantos buenos guardados;
 que si no es señal de loco,
 será indicio de que he dado
 palabra, que he de cumplilla
 o quedar muerto en el cam-
 Y así, a ti te desafío, [po.
 don Fernando el fuerte, el
 [bravo,
 tan infamia de los moros
 cuanto prez de los cristia-
 [nos.
 Bien se verá en lo que he
 [dicho
 que, aunque haya otros Fer-
 [nandos,
 es aquel de Saavedra
 a quien a batalla llamo.
 Tu fama, que no se encierra
 en límites, ha llegado
 a los oídos de Arlaja,
 de la belleza milagro.
 Quiere verte; mas no muer-
 [to,
 sino preso, y hame dado
 el asunto de prenderte;

mira si es pequeño el cargo.
Yo prometí de hacello,
porque el que está enamo-

[rado,

los más arduos imposibles
facilita y hace llanos.
Y para darte ocasión
de que salgas mano a mano
a verte conmigo agora,
de esta cosas te hago cargo:
que peleas desde lejos,
que el arcabuz es tu am-

[paro,

que en comunidad aguijas,
y a solas te vas de espacio;
que eres Ulises nocturno
no Telamón al sol claro;
que nunca mides tu espada
con otra, a fuer de hidalgo.
Si no sales, verdad digo;
si sales, quedará llano,
ya vencido o vencedor,
que tu fama no habla en

[vano.

Aquí, junto a Canastel,
solo te estaré esperando
hasta que mañana el sol
lleve al Poniente su carro.
Del que fuere vencedor
ha de ser el otro esclavo;
premio rico y premio ho-

[nesto.

Ven, que espero, don Fer-

[nando.

UNA CORTESANA VIEJA

Una cortesana vieja
a una muchacha de Burgos,
mal industriada en el arte,

la riñe ciertos descuidos.
—Paréceme, Aldonza mía,
que es el blanco de tus gusa-
do tiran tus deseos [tos
comer y vestir al uso.
Sabe, niña, aprovecharte,
porque, como dice el vulgo,
buena cara y pocos años
es un riquísimo juro;
que un censo que está fun-

[dado

en esta corte del mundo
sobre la edad y belleza,
ya sabes que no es seguro.
Redimille el mundo puede,
y así que se guarde es jus-

[to,

porque tras carnestolendas
se siguen los días de ayuno.
Muchos galanes te siguen:
no digo que tengas uno,
mas que escojas los que fue-

[ren

más de provecho que rumbo.
A soldados y estudiantes
con sus ventajas y cursos
por Flandes y Salamanca,
nunca admitas en tu estu-

[dio;

que si quieres letras y armas
hallarlo has todo junto
todas las veces que vieres
en tus manos un escudo.
Buen metal de voz y vena
en un hombre valen mucho,
si la vena es del Perú
y el metal es oro puro.
Procura pedir a todos,
en su lengua a cada uno,
con señas al liberal,

y nacisteis verdinegro!
 Natura os vistió de grana,
 color grave, alegre y bueno;
 a los ojos os venís,
 y entráis por ellos al cuerpo.
 Si la olla pongo tarde,
 vos cocéis la carne luego;
 y si no puedo comer,
 me abrés la gana de presto.
 Si descolorida estoy,
 me prestáis el color vuestro;
 alegráisme el corazón,
 que sin vos nunca me ale-
 Si fuera poeta yo, [gro.
 ;más que os hiciera de ver-
 [sos!

Si caballera me armare,
 seréis penacho del yelmo.
 Lo que pudiere haré,
 que es daros a tiempo riego,
 porque no se me marchite
 la cosa que tanto quiero.

POBRE BARQUILLA MIA

(De *Lope de Vega Carpio*.)

¡Pobre barquilla mía,
 entre peñascos rota,
 sin velas desvelada,
 y entre las olas sola!
 ¿Adónde vas, perdida?
 ¿Adónde, di, te engolfas?
 Que no hay deseos cuerdos
 con esperanzas locas.
 Como las altas naves
 te apartas animosa
 de la vecina tierra,
 y al fiero mar te arrojas.
 Igual en las fortunas,
 mayor en las congojas,

pequeña en las defensas,
 incitas a las ondas.
 Advierte que te llevan
 a dar entre las rocas
 de la soberbia envidia,
 naufragio de las honras.
 Cuando por las riberas
 andabas costa a costa,
 nunca del mar temiste
 las iras procelosas.
 Segura navegabas,
 que por la tierra propia
 nunca el peligro es mucho
 adonde el agua es poca.
 Verdad es que en la patria
 no es la virtud dichosa,
 ni se estima la perla
 hasta dejar la concha.
 Dirás que muchas barcas
 con el favor en popa,
 saliendo desdichadas,
 volvieron venturosas.
 No mires los ejemplos
 de las que van y tornan;
 que a muchas ha perdido
 la dicha de las otras.
 Para los altos mares
 no llevas cautelosa,
 ni velas de mentiras,
 ni remos de lisonjas.
 ¿Quién te engañó, barquilla?
 Vuelve, vuelve la proa;
 que presumir de nave
 fortunas ocasiona.
 ¿Qué jarcias te entretejen?
 ¿Qué ricas banderolas
 azote son del viento
 y de las aguas sombra?
 ¿En qué gavia descubres
 del árbol la alta copa,

la tierra en perspectiva
 del mar incultas orlas?
 ¿En qué celajes fundas
 que es bien echar la sonda,
 cuando, perdido el rumbo,
 erraste la derrota?
 Si te sepulta arena,
 ¿qué sirve fama heroica?
 Que nunca desdichados
 sus pensamientos logran.
 ¿Qué importa que te ciñan
 ramas verdes o rojas,
 que en selvas de corales
 salado césped brota?
 Laureles de la orilla
 solamente coronan
 navíos de alto bordo
 que jarcias de oro adornan.
 No quieras que yo sea,
 por tu soberbia pompa,
 Faetonte de barqueros
 que los laureles lloran.
 Pasaron ya los tiempos,
 cuando lamiendo rosas
 el céfiro bullía
 y suspiraba aromas.
 Ya fieros huracanes
 tan arrogantes soplan,
 que salpicando estrellas,
 del sol la frente mojan.
 Ya los valientes rayos
 de la vulcana forja,
 en vez de torres altas,
 abrasan pobres chozas.
 Contenta con tus redes,
 a la playa arenosa
 mojado me sacabas;

pero vivo, ¿qué importa?
 Cuando de rojo nácar
 se afeitaba la aurora,
 más peces te llevaba
 que ella lloraba alfójar,
 al bello sol que adoro,
 enjuta ya la ropa,
 nos daba una cabaña
 la cama de sus hojas.
 Esposo me llamaba,
 yo la llamaba esposa,
 parándose de envidia
 la celestial antorcha.
 Sin pleito, sin disgusto,
 la muerte nos divorcia:
 ¡Ay de la pobre barca
 que en lástimas se ahoga!
 Quedad sobre la arena,
 inútiles escotas,
 que no ha menester velas
 quien a su bien no torna.
 Si con eternas plantas,
 las fijas luces doras,
 ¡oh dueño de mi barca!
 Y en dulce paz reposas,
 merezca que le pidas
 al bien que eterno gozas,
 que adonde estás me lleve,
 más pura y más hermosa.
 Mi honesto amor te obligue;
 que no es digna victoria
 para quejas humanas
 ser las deidades sordas.
 ¡Mas ay que no me escu-
 Pero la vida es corta: [chas!
 viviendo todo falta;
 muriendo, todo sobra.

BELLA ZAGALEJA

(De Cristóbal Suárez de Fi-
gueróa.)

Bella zagaleja
del color moreno,
blanco milagroso
de mi pensamiento;
gallarda trigüeña
de belleza extremo,
ardor de las almas,
y de amor trofeo;
suave sirena,
que con tus acentos
detienes el curso
de los pasajeros:
desde que te ví,
tal estoy, que siento
preso el albedrío,
y abrasado el pecho.
Hasta donde estás
vuelan mis deseos
llenos de afición,
y de miedo llenos,
viendo que te ama
más digno sujeto,
dueños de tus ojos
de tu gusto cielo.
Mas ya que se fué
dando al agua remos,
sienta de mudanza
el antiguo fuero.
Al presente olvidan;
y quien fuere cuerdo,
en estando ausente
téngase por muerto.
Y pues vive el tuyo
en extraño reino,
por ventura esclavo
de rubios cabellos,

antes que los tuyos
se cubran de hielo,
con piedad acoge
suspiros y ruegos.
Permite a mis brazos
que se miren hechos
yedras amorosas
de tu airoso cuerpo,
que a tu fresca boca
robaré el aliento,
y en ti transformado
moriré, viviendo.
Himeneo haga
nuestro amor eterno;
nazcan de nosotros
hermosos renuevos;
tu beldad celebren
mis sonoros versos,
por quien no te ofendan
olvido ni tiempo.

LA MAS BELLA NIÑA

(De Don Luis de Góngora)

La más bella niña
de nuestro lugar
hoy es viuda y sola,
y ayer por casar.
Viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
qu'escucha su mal:
«Dejadme llorar,
orillas del mar.»

Pues me diste, madre,
en tan tierna edad
tan corto placer,
tan largo pesar,
y me cativaste
de quien hoy se va,

y lleva las llaves
de mi voluntad:
«Dejadme llorar,
orillas del mar.»

En llorar conviertan
mis ojos de hoy más
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
de hoy más ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz:
«Dejadme llorar,
orillas del mar.»

No me pongáis freno,
ni queráis culpar,
que lo uno es injusto
l'otro por demás.
Si me queréis bien,
no me hagáis mal:
¡Harto peor fuera
morir y callar!
«Dejadme llorar,
orillas del mar.»

¡Dulce madre mía!
¡Quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?
«Dejadme llorar,
orillas del mar.»

Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar:
Váyanse y no vean
tanta soledad,

después que en mi lecho
sobra la mitad.
«Dejadme llorar,
orillas del mar.»

JUEVES ERA, JUEVES

(De Don Luis de Góngora)

Jueves era, jueves,
despertóme al alba
la inquietud confusa
de una triste causa.
Como enfermo hice,
nunca tal pensara,
agasajo al día,
desprecio a la cama:
Troquéla en vestido,
y vi lo que llaman
risa del aurora
por labios de grana.
Aunque amanecía
la luz embozada,
con hocico el cielo,
el sol con lagañas,
de arriba decían
unas voces pardas:
—Agua va, señores,
que las nubes vacían.—
Cuando Anica en corto
por mi calle baja,
huyendo el aviso,
flechando la aljaba,
cubriendo el semblante
la linda rapaza,
lo lascivo enseña,
lo divino tapa.
Al tiempo que aplica
su embozo a la cara,
por celajes mira,
por tronera mata.

Cuando airosa pisa,
 parece que calza
 chapín de granizo
 que cayendo salta
 picante y menudo:
 su paso imitaba
 mucho a la pimienta,
 algo a la mostaza.
 Vístese a lo cielo,
 tápase a lo falsa,
 lo celoso ofrece,
 lo amoroso guarda;
 con bizarro talle
 ostenta gallarda,
 alma en las acciones,
 azogue en el alma.
 Yo la vi, señores,
 yo vi que mostraba
 nieve en sus muñecas
 y nieve sus llamas.
 No pensé que fuera
 tan bella y honrada,
 tan briosa y noble,
 tan hermosa y casta.
 Con sólo un ceceo
 intenté llamarla,
 pues vi que mi afecto
 bosquejó mis ansias;
 pero sus desdenes
 mi engaño declaran,
 y al desdén entregan
 tanta confianza.
 Llaméla corrido,
 no por enojarla,
 lo que dice el vulgo
 nombre de las pascuas.
 De vergüenza dicen
 que vistió la cara;
 aumentó rigores,
 prometió venganzas;

hallé, aunque jamás
 verlo imaginaba,
 hermoso el enojo,
 discreta la rabia.

LA MOZA GALLEGA
 (De Juan Salinas.)

La moza gallega
 qu'está en la posada
 subiendo maletas
 y dando cebada,
 llorosa se sienta
 encima de un arca
 por ver a su huésped
 que tiene en el alma,
 mocito espigado
 con trenza de plata,
 que canta bonito
 y tañe guitarra,
 en lágrimas vivas
 que al suelo derrama,
 con tristes suspiros
 y quejas amargas,
 del rabioso pecho
 descubre las ansias.
 «¡Mal haya quien fia
 de gente que pasa!»
 Pensé qu'estuviera
 dos meses de estancia
 y que al cabo d'ellos
 con él me llevara;
 pensé qu'el amor
 y fe que cantaba,
 supiera rezado
 tenella y guardalla;
 pensé qu'eran firmes
 sus falsas palabras:
 «¡Mal haya quien fia
 de gente que pasa!»

Diérame mi cuerpo,
 mi cuerpo de grana,
 para que sobre él
 la mano probara,
 y jugara a medias,
 perdiera o ganara.
 Hámele rasgado
 y henchido de manchas,
 y de los corchetes
 el macho me falta.
 «¡Mal haya quien fia
 de gente que pasa!»

¡Hámele parado,
 qu'es vergüenza amarga!
 ¡Ay Dios! si lo sabe,
 ¿qué dirá mi hermana?
 diráme que soy
 una perdularia,
 pues di de mis prendas
 la más estimada;
 ¡y él va tan alegre
 y más que la pascua!
 «Mal haya quien fia
 en gente que pasa!»

¿Qué pude hacer más
 que darle polainas
 poniendo en sus puntas
 encaje de Holanda;
 cocelle su carne,
 hacelle su salsa,
 encender su vela
 de noche, si llama,
 y por dalle gusto,
 soplalla y matalla?
 «¡Mal haya quien fia
 en gente que pasa!»

Llévame contigo,
 serviré en la farsa
 de hacer mi figura
 en la zarabanda,

sólo por no verme
 fuera de tu alma.—
 En esto ya el huésped
 las cuentas remata;
 el pie en el estribo
 furioso cabalga,
 y ella que le vido
 volver las espaldas,
 con mayores llantos
 que la vez pasada,
 dice, sin poder
 refrenar sus ansias
 «¡Mal haya quien fia
 de gente que pasa!»

EL PASTOR MAS TRISTE
 (De Baltasar de Alcázar.)

El pastor más triste
 qu'en el valle y sierra
 pace su ganado
 la fragante yerba,
 con lágrimas dice
 a la causa d'ellas
 sus ansias mortales
 que mucho le aquejan:
 «Morena bella,
 tóquete de mi fuego
 una centella.»

Del alado dios
 un rayo te encienda,
 pues al de tus ojos
 no hallo defensas,
 aunque para verte
 en ceniza vuelva
 lo que más deseo
 y menos deseas.
 «Morena bella, etc.»

Me llamas, Belisa,
 más falso que Eneas,

y sin conocerme
 por tal me condenas;
 si a otro cielo adoro,
 fálteme la tierra;
 y el de tu hermosura
 me falte en ausencia.
 «Morena bella, etc.»

La luz de tu rostro
 que mis ojos ciega,
 destierre del mío
 las tristes tinieblas;
 hasta que te ablandes
 crezcan mis endechas,
 crezcan mis suspiros,
 mis lágrimas crezcan.
 «Morena bella, etc.»

Y que cuando caigan
 de las altas sierras
 las oscuras sombras
 de la noche negra,
 hacia su majada
 el pastor da vuelta,
 y en el monte y valle
 el eco resuena:
 «Morena bella,
 tóquete de mi fuego
 una centella.»

MADRE UN CABALLERO

Madre, un caballero
 que a las fiestas sale,
 que mata los toros
 sin qu'ellos le maten,
 más de cuatro veces
 pasó por mi calle
 mirando mis ojos
 porque le mirase.
 «¡Rabia le dé, madre,
 rabia que le mate!»

Músicas me daba

para enamorarme,
 papeles y cosas
 que las lleva el aire:
 siguióme a la Iglesia,
 siguióme en el baile
 de día y de noche,
 sin querer dejarme.
 «¡Rabia le dé, madre,
 rabia que le mate!»

Y de mis colores
 dió en vestir sus pajes
 al uso moderno,
 qu'es corto de talle.
 si como mis bienes
 ¡ay! fueran sus males.
 nunca aquestas cosas,
 madre, fueran tales,
 ni jamás lo fueran
 para enamorarme.
 «¡Rabia le dé, madre,
 rabia que le mate!»

Viéndome tan dura
 procuró ablandarme
 por otro camino
 más dulce y suave:
 dióme unos anillos
 con unos corales,
 zarcillos de plata,
 botillas y guantes;
 dióme unos corpiños
 con unos cristales:
 ¡negros fueron ellos,
 pues negros me salen!
 «¡Rabia le dé, madre,
 rabia que le mate!»

Perdí el desamor
 con las libertades,
 quísele bien luego,
 bien le quise, madre.
 Empecé a quererle,

empezó a olvidarme;
muérome por él,
no quiere él mirarme.
«¡Rabia le dé, madre,
rabia que le mate!»

Pensé enternecerle.
¡Mejor mala landre!
¡Halléle más duro
que unos pedernales!
Anda enamorado
de otra de buen talle,
que al primer billete
le quiso de balde.

«¡Rabia le dé, madre,
rabia que le mate!»

¡Nunca yo le fuera,
madre, miserable,
pues no hay interés
que al fin no se pague!
¡Mal haya el presente
que tan caro sale!

¡y mal haya él,
que tanto mal sabe!
«¡Rabia le dé, madre,
rabia que le mate!»

Y al correr los toros
mañana en la tarde,
no haga las suertes
que mi alma sabe:
fáltele la lanza
y el rejón le falte
con que antaño hizo
tan vistosos lances;
y cuando en las cañas
más gallardo ande,
cañazo le den
que le descalabre.

«¡Rabia le dé, madre,
rabia que le mate!»

Y al correr la plaza

con otros galanes,
caída dé él sólo
que no se levante;
salga de las fiestas
tal, que otros le saquen.
y cuando estas cosas,
madre, no le alcancen,
«¡Rabia le dé, madre,
rabia que le mate!»

A LA CHINIGALA

(De Rodrigo de Reinosa.)

A la chinigala
la gala chinela
damas cortesanas
arman una galera:
Isabel de Torres
pongo la primera,
porqu'es más anciana,
porqu'es la más vieja;
de putas ceviles
no me hago cuenta.
Pongo por segunda
Isabel de Herrera,
y esa la Mendoza
era la tercera.
Ceso de contallas;
que no basta cuenta.
Ana de Quintós,
la gorda tornera;
Anica Rodríguez,
Isabel de Leiva,
y Juanica Gómez,
y María de Heredia,
y Marina Juárez,
y María Montesa,
Elvira Ramírez,
la Rivadeneyra,
la beata Bustilla,

y Gracia la prieta,
 y la valenciana
 Isabel de Vega,
 Violante de Vélez,
 y la Trapaceja,
 y la Toledana,
 con la Cordobesa;
 no entra la Luisa
 en aquesta cuenta;
 menos Mari-Vázquez,
 que baja su renta,
 y no sabe como;
 Francisca de Vega,
 Leonor Ortiz,
 Marina la negra,
 y la Vizcaína,
 qu'es dama de feria,
 y esotra Carrasca,
 qu'era costurera.
 Todas estas damas
 arman una galera.
 Dejaron a España,
 y van tierra ajena.
 Cargaron de vino
 para la Gomera.
 Vía, vía, putas;
 vía, a la galera:
 entrad todas juntas,
 no quedéis defuera,
 qu'el tiempo es muy bueno,
 y el viento de tierra.
 Ya s'embarcan todas;
 ya ponen bandera;
 ya alcanzan los remos
 y tienden las velas.
 Parten de Sanlúcar
 el de Barrameda:
 sobre el aposento
 movieron pelea
 entre la Mendoza

y Isabel de Herrera.
 Disputan linajes,
 disputan manera.
 Habló la Mendoza,
 habló la primera:
 —N'os toméis conmigo;
 que sois abacera.—
 Respondió enojada
 Isabel de Herrera:
 —N'os toméis conmigo;
 que no soy quien quiera,
 que hoy ha veinte años
 que soy cantonera.—
 Puso entr'ellas paz
 Isabel de Vega:
 díceles:—Hermanas,
 cese esta pelea.—
 Y ellas en aquesto,
 vínoles tormenta:
 llaman a San Telmo
 y a la Magdalena;
 hincan las rodillas,
 híncanlas en tierra,
 y promesa hacen
 de tornarse buenas.
 d'ellas mandan lino,
 d'ellas mandan cera,
 d'ellas ser casadas,
 y ninguna buena.

ANGELICA Y MEDORO

(De Don Luis de Góngora.)

En un pastoral albergue
 que la guerra entre unos ro-
 lo dexó por escondido [bles
 o lo perdonó por pobre,
 do la paz viste pellico
 y conduce entre pastores
 ovejas del monte al llano

y cabras del llano al monte,
mal herido y bien curado,
se alberga un dichoso joven,
que sin clavarle Amor flecha
le coronó de favores.

Las venas con poca san-
[gre,
los ojos con mucha noche,
lo halló en el campo aquella
vida y muerte de los hom-
[bres.

Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la yerba
tantasangre paga en flores.

Límpiale el rostro y la ma-
[no
siente al Amor que se escond-
[de
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas,
porque labren sus arpones
el diamante del Catay
con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,
ya le entra, sin ver por don-
una piedad mal nacida [de,
entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,
ya despide el primer golpe
centellas de agua, ¡oh pie-
[dad,
hija de padres traidores!

Yerbas le aplica a sus lla-
[gas,
que si no sanan entonces
en virtud de tales manos
lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
mas ella sus velos rompe
para ligar sus heridas;
los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba
cuando el cielo la socorre
de un villano en una yegua
que iba penetrando el bos-
[que.

Enfrénale de la bella
las tristes piadosas voces,
que los firmen troncos mue-
[ven
y las sordas piedras oyen;

y la que mejor se halla
en las selvas que en la corte,
simple bondad, al pío ruego
cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano
y sobre la yegua pone
un cuerpo con poca sangre,
pero con dos corazones.

A su cabaña los guía;
que el sol deja su horizonte
y el humo de su cabaña
le va sirviendo de norte.

Llegaron temprano a ella,
do una labradora acoge
un mal vivo con dos almas,
una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de plu-
para lecho les compone, [ma
que será tálamo luego
do el garzón sus dichas lo-
[gre.

Las manos, pues, cuyos de-
[dos
desta vida fueron dioses,
restituyen a Medoro
salud nueva, fuerzas dobles,

y le entregan, cuando me-
[nos,
su beldad y un reino en dote,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjam-
de cupidillos menores [bre
la choza, bien como abejas
hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dan-
[do
a un áspid la envidia torpe,
contando de las palomas
los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra
[Amor,
haciendo la cuerda azote,
porque el caso no se infame
y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
son sus roncós atambores
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda
[ella,
vuela el caballo sin orden;
si lo abrocha, es con clave-
con jazmines si lo coge [les.

El pie calza en lazos de
[oro,
porque la nieve se goce,
y no se vaya por pies
la hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes,
plumas le baten veloces,
airecillos lisonjeros,

si no son murmuradores.

Los campos les dan alfom-
[bras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.

Los troncos les dan corte-
[zas
en que se guarden sus nom-
[bres
mejor que en tablas de már-
[mol
o que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin
[letra,
ni blanco chopo sin mote;
si un valle *Angélica* suena,
otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio ape-
[nas
deja que sombras las moren,
profanan con sus abrazos
a pesar de sus horrores.

Choza, pues, tálamo y le-
[cho,
contestes destos amores,
el cielo os guarde, si puede.
de las locuras del Conde.

HERMANA MARICA

(De Don Luis de Góngora.)

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela:
pondránte el corpiño
y la saya buena;
cabezón labrado,
toca y albanega,
y a mí me pondrán

mi camisa nueva,
 sayo de palmilla,
 calza de estameña;
 y si hace bueno,
 traeré la montera
 que me dió la pascua
 mi señora abuela,
 y el estadal rojo
 con lo que le cualga,
 que trajo el vecino
 cuando fué a la feria.
 Iremos a misa;
 veremos la Iglesia:
 darános un cuarto
 mi tía la ollera;
 compraremos del,
 que nadie lo sepa,
 chochos y garbanzos
 para la merienda,
 y en la tardecica,
 en nuestra plazuela
 jugaré yo al toro,
 y tú a las muñecas
 con las dos hermanas
 Juana y Madalena,
 y las dos primillas
 Marica y la Tuerta;
 y si quiere madre
 dar las castañetas,
 podrás, tanto dello,
 bailar en la puerta,
 y al son del adufe
 cantará Andregüela:
 «no me aprovecharon,
 mi madre, las yerbas.»
 Y yo de papel
 haré una librea
 teñida con moras
 porque bien parezca,
 y una caperuza

con muchas almenas:
 pondré por penacho
 las dos plumas negras
 del rabo del gallo
 que acullá en la huerta
 anaranjeamos
 las carnestolendas;
 y en la caña larga
 pondré una bandera
 con dos borlas blancas
 en sus tranzaderas;
 y en mi caballito
 pondré una cabeza
 de guadamacil,
 dos hilos por riendas,
 y entraré en la calle
 haciendo corvetas,
 yo y otros del barrio,
 que son más de treinta;
 jugaremos cañas
 junto a la plazuela,
 porque Bartolilla
 salga acá y nos vea:
 Bartola, la hija
 de la panadera,
 la que suele darme
 tortas con manteca;
 porque algunas veces
 hacemos yo y ella
 mil bellaquerías
 detrás de la puerta.

HERMANO PERICO

Hermano Perico,
 que estás a la puerta
 con camisa limpia
 y montera nueva,
 sayo alagartado,

jubón de las fiestas,
 zapatos de dura,
 de lazos y orejas;
 calzas atacadas
 de gamuza, y medias
 de color de bayo
 con sus rodilleras:
 mi hermano Bartolo
 se va a Inglaterra
 a matar al Draque
 y a prender la reina,
 y a los luteranos
 de la Bandomesa;
 tiene de traerme
 a mí de la guerra
 un luteránico
 con una cadena;
 y una luterana
 a señora agüela.
 Vámonos yo y tú
 para la azotea:
 desde allí veremos
 a las lejas tierras,
 los montes y valles,
 los campos y sierras;
 más, si allá nos vamos,
 diré una conseja
 de la blanca niña
 que tomó la griega.
 Yo tengo una poca
 de miel y manteca;
 turrón de Alicante
 y una piña nueva,
 haremos de todo
 cochaboda y buena.
 —Dorotea, vamos
 a pasar la siesta,
 y allá jugaremos
 donde no nos vean:
 harás tú la niña.

y yo la maestra;
 veré tu dechado,
 labor y tarea;
 haré lo que suele
 hacer la maestra
 con la mala niña
 que su labor yerra.
 Tengo yo un cochito
 con sus cuatro ruedas,
 en que tú rodando
 lleves tus muñecas;
 un peso de limas,
 hecho de dos medias,
 y un corre-verás
 que compré en la feria.
 Cuando yo sea grande,
 señá Dorotea,
 tendré un caballito,
 daré mil carreras;
 tú saldrás a verme
 por entre las rejas,
 y nos casaremos,
 y habrá boda y fiesta.—

HERMANA JULIANA

Hermana Juliana,
 entremos en cuentas:
 dime, ¿quién te dió
 esa saya nueva?
 que si ayer andabas
 las carnes de fuera,
 en tan poco espacio
 no se adquieren prendas.
 Tú no juegas dados,
 parar, ni carrera,
 para que digamos
 que ganaste hacienda.
 Tienes gargantillas,
 cintas y agujetas,

guantes de polvillo,
 valón y arandela.
 Di, ¿quién de fregona
 te hizo callejera?
 ¿Quién te puso en toldo?
 ¿Quién te dió chinelas?
 Las de toldo y rumbo
 en aquestas ferias
 no ganarán mucho,
 si hay tantas rameras:
 abarata el pan
 si hay mucho en la tierra.
 y en lo más barato
 la gente se ceba.
 Digo que estás linda;
 mas recelo aun huelas
 al sucio estropajo
 con que siempre friegas.
 ¡Tú toca, Juanilla!
 ¡Tú sortijas puestas!
 ¿Tú te pones blanco?
 ¿con color te afeitas?
 Pues a fe que tienes,
 si anda bien la cuenta,
 encima de tí
 una cuarentena.
 No sé qué te han visto,
 que no eres Lucrecia,
 mas eres Medusa,
 o astuta Medea.
 ¡Maldito sea el gusto
 que a ti se sujeta;
 Mas al fin en gustos
 hay mil diferencias.
 Baja un poco el toldo;
 gravedad afuera,
 que para conmigo
 serás la que eras.
 A quien no conoce
 tus infames prendas,

te haz Penelope,
 o casta Minerva.
 Déjate de cuentos,
 afable te muestra,
 que el mudar de estado
 no es razón te vuelva.
 Nunca estás en casa,
 mil calles paseas,
 poniéndote, Juana,
 casi en almoneda;
 mas pues no respondes
 a tantas arengas,
 doyte por culpada,
 que quien calla acepta.

DON SANCHO EN ZAMORA
 (De Nicolás Fernández de
 Moratín.)

Por la ribera del Duero
 tres jinetes cabalgaban,
 caballeros castellanos
 de gran nombradía y fama.
 Trotones llevan ligeros
 y ganosos de batalla
 de acero luciente armados
 desde la frente a las ancas.
 El aire manso tremola
 pendoncillos de sus lanzas.
 la de enmedio va en la cuja
 los del lado la enristraban.
 Martinetes y garzotas
 en las penacheras altas
 coronan dorados yelmos,
 que al rayo del sol brillaban.
 Sobre los quijotes prenden
 de los tiros las espadas,
 y al mover de los caballos
 iban sonando las armas.
 Con escarces y bravura

llegan batiendo la estrada:
mirando van a Zamora,
a Zamora y sus murallas.
En ellas la plebe observa,
los ricos hombres y damas,
que quedan, aunque contra-

[rios,
de su apostura prendadas.
De todos son conocidos
cuando las viseras alzan,
que ese noble rey don San-

[cho
es el que en el medio mar-
[cha.

Y los que van a sus lados,
puestos a son de batalla,
eran la flor de Castilla:
el de Vivar y el de Lara.
De pechos sobre una almena
mira y llora doña Urraca;
con un delgado alfareme
está cubriendo la cara.

Por la muerte de su padre
que ya en el cielo descansa,
leonado color viste
y negro mojíl arrastra.

Sus escuderos y dueñas
mesurados la acompañan:
ellas traen ricas patenas,
ellos flojas martingalas.

Y quitando en antifaz,
la voz un poco levanta,
y a su hermano le decía,
que se detiene a escucharla:
«Rey don Sancho, rey don

[Sancho,
el ardido en las batallas,
valiente contra una débil
mujer, sin culpa, y tu her-

[mana.

¿Así del rey nuestro padre
la disposición se guarda?

¡Oh mal haya el caballero
que al finado no le acata!
Sufren Elvira y Gracia
los rigores de tus armas,

y allá en Toledo a los moros
favor Alfonso demanda.

Cuando debiera Castilla
libertar a toda España,
con foso cercas mi muro,
tu hueste mis campos tala.

Y azarques y sarracinos
en Segovia juegan cañas,
y en Zocodover con cifras
resplandecen sus adargas.

Y guarte, no llegue el día
que dándoles tú la causa,
vengan a beber sus yeguas
del Duratón y el Arlanza.

Amblicionando lo ajeno
que tu padre nos dejara,
con los cristianos aceros
viertes la sangre cristiana.

¡Oh, cuanto fuera mejor
esas iras emplearlas
contra quien viera lo que es
unido el poder de España!»

«Eso mismo quiero yo,
responde don Sancho, infan-

[ta.
Mi padre erró, juzgue el
[mundo.

Soy rey . Esto digo, y basta.»
Entonces ella quejosa
prosiguió con voces altas:

«¡Ah, soberbio castellano
el de la amarilla banda,
el de grabado gorjal
y rapacejos de plata,

el de la dorada espuela
 que yo le calcé, cuitada!
 ¿Quién creyera que Tizona
 contra mí se desnudara,
 cuando cabezas de reyes
 pensé me diera por arras?
 Esto espera del amor
 la mujer apasionada;
 bien sé lo que merecí,
 bien sé como se me paga.»
 Don Rodrigo de Vivar
 con la color demudada,
 turbado la respondiera,
 formando mal las palabras:
 «Señora, sirvo a mi rey,
 tu afán me pesa en el alma;
 lo demás hízolo amor,
 contra amor ninguno basta.»
 Entre multitud plebeya
 Bellido Dolfos estaba,
 hijo de Dolfos Bellido,
 muy artero de asechanzas.
 Y dijo: «A pesar del Cid
 no irá a sus tiendas mañana
 el rey don Sancho con vida,
 si mil vidas me costara.»
 Oyendo tales razones,
 con semblante y vista airada,
 arremetió su caballo
 don Diego Ordóñez de Lara.
 «Traidores sois, zamoranos,
 dice en voz trémula y alta,
 y os lo haré bueno en el cam-
 [po,
 cuerpo a cuerpo y lanza a
 Arias Gonzalo al oír [lanza.»
 que a su ciudad denostaban
 «Caballeros, los del rey,
 gritó, no digáis infamia;
 que hay hidalgos en Zamora

de nobleza tan preciada,
 que ni en virtud ni en va-
 otro alguno los iguala. [lor
 Y en cuanto al reto, mis hi-
 [jos
 viven, y si honor los llama,
 caballeros de mi sangre
 estiman la vida en nada».
 Esto dijo Arias Gonzalo;
 y con astucia villana
 el traidor Bellido Dolfos
 se apartó de la muralla.

ROSANA EN LOS FUEGOS

(De Juan Meléndez Valdés.)

Del sol llevaba la lumbre
 y la alegría del alba,
 en sus celestiales ojos
 la hermosísima Rosana,
 una noche que a los fuegos
 salió la fiesta de Pascua
 para abrasar todo el valle
 en mil amorosas ansias.
 Por doquiera que camina
 lleva tras sí la mañana,
 y donde se vuelve rinde
 la libertad de mil almas.
 El Céfito la acaricia
 y mansamente la halaga,
 los Amores la rodean
 y las gracias la acompañan.
 Y ella, así como en el valle
 descuella la altiva palma
 cuando sus verdes pimpollos
 hasta las nubes levanta;
 o cual vid de fruto llena
 que con el olmo se abraza.
 y sus vástagos extiende
 al arbitrio de las ramas;

así entre sus compañeras
el nevado cuello alza,
sobresaliendo entre todas
cual fresca rosa entre zarzas.
Todos los ojos se lleva
tras sí, todo lo avasalla;
de amor mata a los pastores
y de envidia a las zagalas.

Ni las músicas atienden,
ni se gozan las lumbradas;
que todos corren por verla
y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escu-

[chan!

¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la ad-

[mire

y no se esmere en loarla.
Cuál, absorto la contempla
y a la aurora la compara
cuando más alegre sale
y el cielo de su albor baña;
cuál, al fresco y verde aliso
que crece al margen del agua
cuando más pomposo en ho-

[jas

en su cristal se retrata;
cuál, a la luna, si muestra
llena su esfera de plata,
y asoma por los collados
de luceros coronada.

Otros pasmados la miran
y mudamente la alaban,
y cuanto más la contemplan
muy más hermosa la hallan.
Que es como el cielo su ros-

[tro

cuando en la noche callada
brilla con todas sus luces
y los ojos embaraza.

¡Ay, qué de envidias se en-
[cienden!

¡Ay, qué de celos que causa
en las serranas del Tormes
su perfección sobrehumana!
La más hermosas la temen,
mas sin osar murmurarla;
que como el oro más puro
no sufre una leve mancha.
«Bien haya tu gentileza,
una y mil veces bien haya,
y abrase la envidia al pueblo
hermosísima aldeana.

Toda, toda eres perfecta,
toda eres donaire y gracia,
el amor vive en tus ojos
y la gloria está en tu cara.
La libertad me has robado,
yo la doy por bien robada;
mas recibe él don benigna
que mi humildad te consa-
[gra.»

Esto un zagal la decía
con razones mal formadas,
que salió libre a los fuegos
y volvió cautivo a casa.
Y desde entonces perdido
el día a sus puertas le halla;
ayer le cantó esta letra
echándole la alborada:

«Linda zagaleja
de cuerpo gentil,
*muérome de amores
desde que te vi.*

Tu talle, tu aseo,
tu gala y donaire,
no tienen, serrana,
igual en el valle.
Del cielo son ellos
y tú un serafín:

*muérome de amores
desde que te vi.*

De amores me muero,
sin que nada baste
a darme la vida
que allá te llevaste,
si ya no te dueles
benigna de mí:
*que muero de amores
desde que te vi.»*

LA FUENTE ENCANTADA

(De Manuel José Quintana.)

Oye, Silvio, ya del campo
se va a despedir la tarde;
y no es bien que aquí la no-
[che
con sus sombras nos alcance.
Ya el redil busca el ganado.
ya se retiran las aves,
y en pavoroso silencio
se ven envueltos los valles.
Y tú, en tanto, embebecido,
sin atender ni escucharme,
las voces con que te llamo
dejas que vayan en balde.

¿Qué haces, Silvio, en esa
[fuente?

¿Tan presto, acaso, olvidaste
que los padres nos la vedan,
que la maldicen las madres?
Mira que llega la hora;
huye veloz y no aguardes
a que el encanto se forme
y que esas ondas te traguen.
¡Vete!... Mas ya no era tiem-
la fascinadora imagen [po:
reverberaba en las aguas
con sus encantos mortales.

Como ilusión entre sueños,
como vislumbre en los aires,
incierta al principio y vaga
se confunde y se deshace.
Hasta que al fin más distinta,
en su apacible sembante,
de sus galas la hermosura
hace el más vistoso alarde.
La media luna que ardía
cual exhalación radiante
entre las crespas madejas
de sus cabellos suaves,
mostraba su antiguo origen
y el africano carácter
de los que a España trajeron
el alcorán y el alfanje.
Mora bella en sus facciones,
mora bizarra en su traje,
y de labor también mora
la rica alfombra en que yace,
toda ella encanta y admira,
toda suspende y atrae,
embargando los sentidos
y obligando a vasallaje.
Mirábala el pastorcillo,
entre animoso y cobarde,
queriendo a veces huirla
y a veces queriendo hablar-

[le;
mas ni los pies le obedecen
cuando pretende alejarse,
ni acierta a formar palabras
la lengua helada en las fau-
Sólo la vista le queda, [ces.
para mirar, para hartarse
en el hermoso prodigio
que allí contempla delante.
Ella al parecer dormía;
mas de cuando en cuando al
unos suspiros exhala [aire

de su seno palpitante,
que en deliciosa ternura
convierten luego y deshacen
el asombro que su vista
causó en el primer instante.
Y abriendo los bellos ojos,
tan bellos como falaces,
a él se vuelve y quien llora
le dice con voz suave:

—«¿Viniste al fin? ¿qué de
[siglos

de esperanzas y de afanes
me cuestas! ¿Dónde estuvis-
[te

que tanto tiempo tardaste?
Mírame aquí encadenada

por la maldición de un padre
a quien dieron las estrellas
el poder para encantarme.

«Vive ahí, me dijo irritado,
ten ese puente por cárcel.

sé rica, pero sin gustos;
sé hermosa, pero sé en balde.

Enciéndante los deseos,
consúmante los pesares,

de noche sólo te muestres
y el que te viese se espante.

Y pena así hasta que encuen-
[tres,

si es posible que le halles,
quien ahí osado se arroje

y entre esas ondas te abra-
[ce».

Ya otros antes han venido
que, pasmados al mirarme,

el bien con que les brindaba
lo perdieron por cobardes.

No lo seas tú; aquí te espe-
mil delicias celestiales [ran

que en ese mundo que vives

jamás se dan ni se saben.
ven...» Y los brazos tendía
mi esposo, mi bien, mi aman-

[te;

ven... «Y los brazos tendía
como queriendo abrazarle.

A este ademán, no pudiendo
ya el infeliz refrenarse,

en sed de amor abrasado,
se arroja al pérfido estanque.

En remolinos las ondas
se alejan, la víctima cae,

y el ¡ay! que exhaló alla
[dentro

lo oyó con horror el valle.

UN CASTELLANO LEAL

(De Don Angel Saavedra, du-
que de Rivas.)

ROMANCE PRIMERO

«Hola, hidalgos y escude-
[ros

de mi alcurnia y mi blasón.
mirad como bien nacidos

de mi sangre y casa en pro.
»Ésas puertas se defien-

[dan;

que no ha de entrar, vive
[Dios,

por ellas quien no estuviere
más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio
un fementido traidor

que contra su rey combate
y que a su patria vendió.

»Pues si él es de reyes
[primo,

primo de reyes soy yo;

y conde de Benavente
si él es duque de Borbón.

»Llevándole de ventaja
que nunca jamás manchó
la traición mi noble sangre
y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
una ya cascada voz,
que de un palacio salía
cuya puerta se cerró;

y a la que estaba a caballo
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lises,
más bien que timbre, bal-
[dón;

y de pajes y escuderos
llevando un tropel en pos
cubiertos de ricas galas,
el gran duque de Borbón;

el que lidiando en Pavía,
más que valiente, feroz,
gozóse en ver prisionero
a su natural señor;

y que a Toledo ha venido,
ufano de su traición,
para recibir mercedes
y ver al Emperador.

ROMANCE SEGUNDO

En una anchurosa cuadra
del Alcázar de Toledo,
cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos,

al lado de una gran mesa,
que cubre de terciopelo,
napolitano tapete
con berlones de oro y flecos;

ante un sillón de respaldo
que entre bordado arabesco

los timbres de España osten-
y el águila del Imperio, [ta
en pie estaba Carlos Quin-

[to,
que en España era primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspec-
[to.

De brocado de oro y blan-
viste tabardo tudesco, [co
de rubias martas orlado,
y desabrochado y suelto,

dejando ver un justillo
de raso jalde, cubierto
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos,

y la excelsa y noble insig-
[nia

del Toisón de Oro, pendiendo
de una preciosa cadena,
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo,

descubre por ambos lados
tanta majestad cubriendo,
rubio, cual barba y bigote,
bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
la potente diestra ha puesto,
que aprieta dos guantes de
[ámbar
y un primoroso mosquero,

y con la siniestra halaga
de un mastín muy corpulen-
[to,

blanco y las orejas rubias,
el ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,

apaciguador del reino,
de los pasados disturbios
acaso está discurriendo;

o del trato que dispone
con el rey de Francia preso,
o de asuntos de Alemania,
agitada por Lutero,

cuando un tropel de caba-
oye venir a lo lejos [llos
y ante el alcázar pararse,
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
rumor impensado luego,
ábrese al fin la mampara
y entra el de Borbón sober-

[bio,
con el semblante de azufre
y con los ojos de fuego,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto:
y con balbuciente lengua,
y con mal borrado ceño,
acusa al de Benavente
un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
latió con orgullo el pecho,
ufano de la entereza
de su esclarecido deudo.

Y aunque, advertido, pro-
[cura
disimular cual discreto,
a su noble rostro asoman
la aprobación y el contento.

El Emperador un punto
quedó indeciso y suspenso,
sin saber qué responder
al francés, de enojo ciego.

Y aunque en su interior se
[goza
con el proceder violento

del conde de Benavente,
de altas esperanzas lleno,
por tener tales vasallos
de noble lealtad modelos,
y con los que el ancho mun-
[do
será a sus glorias estrecho.

Mucho al de Borbón le de-
y es fuerza satisfacerlo: [be
le ofrece para calmarlo
un desagravio completo.

Y llamando a un gentil-
[hombre
con el semblante severo,
manda que el de Benavente
venga a su presencia presto.

ROMANCE TERCERO

Sostenido por sus pajes
desciende de su litera
el conde de Benavente
del alcázar a la puerta.

Era un viejo respetable,
cuerpo enjuto, cara seca,
con dos ojos como chispas,
cargados de largas cejas,
y con semblante muy no-
[ble,

mas de gravedad tan seria,
que veneración de lejos
y miedo causa de cerca.

Eran su traje unas calzas
de púrpura de Valencia,
y de recamado ante
un colete a la leonesa.

De fino lienzo gallego
los puños y la gorguera,
unos y otra guarnecidos
con randas barcelonesas.

Un birretón de velludo

con su cintillo de perlas,
y el gabán de paño verde
con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava
la insignia española lleva;
que el Toisón ha despreciado
por ser Orden extranjera.

Con paso tardo, aunque
[firme,
sube por las escaleras,
y al verle, las alabardas
un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor y de aviso
de que en el alcázar entra
un Grande, a quien se le
[debe
todo honor y reverencia.

Al llegar a la antesala,
los pajes que están en ella
con respeto le saludan
abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el
[conde
sin que otro aviso preceda,
salones atravesando
hasta la cámara regia.

Pensativo está el monarca,
discurriendo cómo pued;
componer aquel disturbio
sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le de-
[be,
aun mucho más dél espera,
y al de Benavente mucho
considerar le interesa

Dilación no admite el caso,
no hay quien dar consejo
y Villalar y Pavía [pueda,
a un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado

y el codo sobre la mesa,
al personaje recibe,
que comedido se acerca.

Grave el conde le saluda
con una rodilla en tierra,
mas como Grande del reino
sin descubrir la cabeza.

El Emperador, benigno
que alce del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable
al cabo le manifiesta
que es el que a Borbón aloje
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profun-
pero con la voz entera, [do,
respóndele Benavente,
destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasa-
[llo:
vos sois mi rey en la tierra:
a vos ordenar os cumple
de mi vida y de mi hacien-
[da.

»Vuestro soy, vuestra mi
[casa;
de mí disponed y de ella;
pero no toquéis mi honra
y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbón ocupe,
puesto que es voluntad vues-
contamine sus paredes, [tra;
sus blasones envilezca; [do
que a mí me sobra en Tole-
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores,
cuyo solo aliento infesta.

»Y en cuanto él deje mi
[casa,

antes de tornar yo a ella.
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas.»

Dijo el conde, la real ma-
besó, cubrió su cabeza [no
y retiróse bajando
a do estaba su litera.

Y a casa de un su pariente
mandó que le condujeran,
abandonando la suya
con cuanto dentro se encie-
[rra.

Quedó absorto Carlos
[Quinto

de ver tan noble firmeza,
estimando la de España
más que la imperial dia-
[dema.

ROMANCE CUARTO

Muy pocos días el duque
hizo mansión en Toledo
del noble conde ocupando
los honrados aposentos.

Y la noche en que el pala-
dejó vacío, partiendo [cio
con su séquito y sus pajes
orgullosos y satisfechos,

turbó la apacible luna
un vapor blanco y espeso
que de las altas techumbres
se iba elevando y creciendo.

A poco rato tornóse
en humo confuso y denso,
que en nubarrones oscuros
ofuscaba el claro cielo.

Después, en ardientes chis-
[pas
y en un resplandor horrendo
que iluminaba los valles,

dando en el Tajo reflejos,
y al fin su furor mostran-
en embravecido incendio. [do
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
conmovióse todo el pueblo.
de Benavente el palacio
presa de las llamas viendo.

El Emperador, confuso,
corre a procurar remedio
en atajar tanto daño
mostrando tenaz empeño.

En vano todo; tragóse
tantas riquezas el fuego,
a la lealtad castellana
levantando un monumento.

Aun hoy unos viejos mu-
[ros
del humo y las llamas negras
recuerdan acción tan grande
en la famosa Toledo

A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO

(De don José Zorrilla)

I

Entre pardos nubarrones
pasando la blanca luna,
con resplandor fugitivo,
la baja tierra no alumbrá.
La brisa con frescas alas
juguetona no murmura,
y las veletas no giran
entre la cruz y la cúpula
Tal vez un pálido rayo
la opaca atmósfera cruza,
y unas en otras las sombras
confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
un momento se columbran,

como lanzas de soldados
apostados en la altura.
Reverberan los cristales
la trémula llama turbia,
y un instante entre las ro-
riela la fuente oculta. [cas
Los álamos de la vega
parecen en la espesura
de fantasmas apiñados
medrosa y gigante turba;
y alguna vez desprendida
gotea pesada lluvia,
que no despierta a quien
[duerme,
ni a quien medita importuna.

Yace Toledo en el sueño
entre las sombras confusa,
y el Tajo a sus pies pasando
con pardas ondas lo arrulla.

El monótono murmullo
sonar perdido se escucha,
cual si por las hondas calles
hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en cal-
[ma

cuando a lo lejos susurran
los álamos que se mecen.
las aguas que se derrum-
[ban!

Se sueñan bellos fantasmas
que el sueño del triste en-
[dulzan,
y en tanto que sueña el tris-
[te,
no le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan som-
[bría
como la noche que enluta
la esquina en que desembo-
una callejuela oculta, [ca

se ve de un hombre que e
[aguarda
la vigilante figura,
y tan a la sombra vela
que entre las sombras se
[ofusca.
Frente por frente a sus ojos
un balcón a poca altura
deja escapar por los vidrios
la luz que dentro le alum-
[bra;
mas ni en el claro aposento,
ni en la callejuela oscura
el silencio de la noche
rumor sospechoso turba.

Pasó así tan largo tiempo,
que pudiera haberse duda
de si es hombre o solamente
mentida ilusión nocturna;
pero es hombre, y bien se ve,
porque con planta segura,
ganando el centro a la calle,
resuelto y audaz pregunta:

—¿Quién va?— y a corta
[distancia
el igual compás escucha
de un caballo que sacude
las sonoras herraduras.

—¿Quién va? — repite, y
[cercana
otra voz menos robusta
responde: —Un hidalgo, ¡ca-
[lle!

Y el paso el bulto apresura.
—Téngase el hidalgo — el
[hombre
replica, y la espada empuña.
—Ved más bien si me haréis
[calle
(repitiendo con mesura).

que hasta hoy a nadie se tu-
[vo
Ibán de Vargas y Acuña.

—Pase el Acuña y perdo-
[ne—

dijo el mozo en faz de fuga,
pues teniéndose el embozo
sopla un silbato y se oculta.
Paró el jinete a una puerta,
y con precaución difusa
salió una niña al balcón
que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz

[baja,
y el viejo en la cerradura
metió la llave pidiendo
a sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
tomó la cabalgadura,
cerróse detrás la puerta
y quedó la calle muda.
En esto desde el balcón,
como quien tal acostumbra,
un mancebo por las rejas
de la calle se asegura.

Asió al brazo al que apost-
[do
hizo cara a Ibán de Acuña,
y huyeron en el embozo
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena
pasa la siguiente tarde,
y el sol tocando su ocaso
apaga su luz gigante:
se ve la imperial Toledo
dorada por los remates,
como una ciudad de grana
coronada de cristales,

El Tajo por entre rocas
sus anchos cimientos lame,
dibujando en las arenas
las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
en las ondas desiguales,
como en prenda de que el
tan afanoso la bañe. [río
A lo lejos en la vega
tiende galán por sus márgenes,
[nes,

de sus álamos y huertos
el pintoresco ropaje;
y porque su altiva gala
más a los ojos halague,
la salpica con escombros
de castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
que toda una historia vale,
cada colina un secreto
de príncipes o galanes.
Aquí se bañó la hermosa
por quien dejó un rey cul-
[pable

amor, fama, reino y vida
en manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
a su receloso amante,
en esa cuesta que entonces
era un plantel de azahares.
Allá por aquella torre,
que hicieron puerta los ára-

[bes,
subió el Cid sobre «Babiaca»
con su gente y su estandarte.
Más lejos se ve el castillo
de San Servando, o Cervan-
[tes,
donde nada se hizo nunca
y nada al presente se hace,

A este lado está la almena
 por do sacó vigilante
 el conde don Peranzules
 al rey, que supo una tarde
 fingir tan tenaz modorra,
 que, político y constante,
 tuvo siempre el brazo quedo
 las palmas al horadarle.
 Allí está el circo romano,
 gran cifra de un pueblo

[grande,
 y aquí la antigua basílica
 de bizantinos pilares,
 que oyó en el primer Conci-

[lio
 las palabras de los Padres
 que velaron por la Iglesia
 perseguida o vacilante.

La sombra en este momento
 tiende sus turbios cendales
 por todas esas memorias
 de las pasadas edades;
 y del Cambrón y Bisagra
 los caminos desiguales,
 camino a los toledanos
 hacia las murallas abren.
 Los labradores se acercan
 al fuego de sus hogares,
 cargados con sus aperos,
 cansados con sus afanes.

Los ricos y sedentarios
 se tornan con paso grave,
 calado el ancho sombrero,
 abrochados los gabanes;
 y los clérigos y monjes
 y los prelados y abades,
 sacudiendo el leve polvo
 de capelos y sayales.

Quédase solo un mancebo
 de impetuosos ademanes,

que se pasea ocultando
 entre la capa el semblante.
 Los que pasan le contemplan
 con decisión de evitarle,
 y él contempla a los que pa-

[san
 como si alguien aguardase.
 Los tímidos aceleran
 los pasos al divisarle,
 cual temiendo de seguro
 que les proponga un com-

[bate;
 y los valientes le miran
 cual si sintieran dejarle
 sin que libres sus estoques
 en riña sonora dancen.

Una mujer, también sola,
 se viene el llano adelante,
 la luz del rostro escondida
 en tocas y tafetanes.

Mas en lo leve del paso
 y en lo flexible del talle
 puede a través de los velos
 una hermosa adivinarse.

Vase derecha al que aguarda,
 y él al encuentro la sale
 diciendo... cuanto se dicen
 en las citas los amantes.

Mas ella, galanterías
 dejando severa aparte,
 así al mancebo interrumpe
 con voz decidida y grave:

—Abreviemos de razones,
 Diego Martínez; mi padre,
 que un hombre ha entrado

[en su ausencia
 dentro mi aposento sabe,
 y así quien mancha mi hon-

[ra
 con la suya me la lave;

o dadme mano de esposo,
o libre de vos dejadme.

Miróla Diego Martínez
atentamente un instante,
y echando a un lado el em-
repuso palabras tales: [bozo
—Dentro de un mes, Inés
[mía,
parto a la guerra de Flan-
[des;

al año estaré de vuelta
y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra na-
[cen.

—Júralo—exclama la niña.

—Más que mi palabra vale
no te valdrá un juramento.

—Diego, la palabra es aire.

—¡Vive Dios, que estás te-
[naz!

Dalo por jurado y baste.

—No me basta, que olvidar
puedes la palabra en Flan-
[des.

—¡Voto a Dios! ¿Qué más
[pretendes?

—Que a los pies de aquella
[imagen

lo jures como cristiano
del Santo Cristo delante.

Vaciló un punto Martínez
mas porfiando que jurase,

llevóle Inés hacia el templo
que en medio la Vega yace.

Enclavado en un madero,
en duro y postrero trance,
ceñida la sien de espinas,

descolorido el semblante,
víase allí un crucifijo
teñido de negra sangre,
en quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martí-

[nez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:

—Diego, ¿juras
a tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:

—¡Sí, juro!
Y ambos del templo salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
su vuelta aguardando en va-
[no,

oraba un mes y otro mes
del crucifijo a los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de traspuesto el sol,
y a Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto de mujer
el campo salía a ver
al alto del Miradero.

¡Ay del triste que consu-
[me
su existencia en esperar!

¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se
[abrume
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cie-
precioso y funesto don, [los
pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en ce-
[jos
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se es-
[pera
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver a brotar.

En vano a su confesar
pidió remedio o consejo
para aliviar su dolor;
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano a Ibán acudía,
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su es-
[trella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría;
Diego a Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda,
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colo-
tornasolada la escama, [res,
saltaba a besar las flores;
que exhalan gratos olores
a las puntas de una rama.

Y allá, en el trémulo fin-
el torreón se dibuja [do.
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
a las pueras del Cambrón,
sintió latir zozobrosa
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hom-
[brera
y sin pluma al diestro lado,
el sombrero derribado
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido
y a una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete
sobre potros jerezanos
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos

Asióse a su estribo Inés,
gritando: — ¡Diego, eres tú!
Y él viéndola de través,

dijo: — ¡Voto a Belcebú,
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y a poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos
[cejas
encomendóla a su gente,
diciendo: — ¡Malditas viejas,
que a las mozas malamente
enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitán
a su potro las espuelas,
el rostro a Toledo dan,
y a trote cruzando van
las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hom-
[bre

fortuna, poder y tiempo.

A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas
allí capitán le hicieron.
Según alzaba en honores
alzábase en pensamientos,
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo rey a su vuelta
le armó en Madrid caballero,
tomándole a su servicio
por capitán de lanceros.

Y ótro no fué que Martínez
quien ha poco entró en To-
tan orgulloso y ufano [ledo,

cual salió humildé y peque-
[ño.

Ni es otro a quien se dirige,
cobrando el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda a sus caricias
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse
ni pensó jamás en ello.

¡Tanto mudan a los hombres
fortuna, poder y tiempo!

En vano porfía Inés
con amenazas y ruegos;
cuanto más ella importuna
está Martínez severo.

Abrazada a sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba
prosternadâ por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así llamando a su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que a Inés lleva-

[ran
de grado o de valimiento.

Mas ella, antes que la asie-

[ran,
cesando un punto en su due-

[lo,
así habló, el rostro lloroso

hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
contigo tu juramento;
pues buenas prendas son am-
[bas,
en buen fiel las pesaremos.
Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
a pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo
por el rey gobernador
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes a la puerta
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
del tribunal superior,
entre un dosel y una alfom-
reclinado en su sillón, [bra,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol,
los corchetes a una moza
guiñan en un corredor,

y abajo, en Zocodover, gritan en discorde son los que en el mercado venlo vendido y el valor. [den Una mujer en tal punto, en faz de grande aflicción, rojos de llorar los ojos, ronca de gemir la voz, suelto el cabello y el manto, tomó plaza en el salón diciendo a gritos: «¡Justicia, jueces; justicia, señor!»

Y a los pies se arroja hu-
[milde

de don Pedro de Alarcón, en tanto que los curiosos se agitan alrededor. Alzóla cortés don Pedro, calmando la confusión y el tumultuoso murmullo que esta escena ocasionó, diciendo:

—Mujer, ¿qué quie-
[res?

—Quiero justicia, señor. .

—¿De qué?

—De una pren-
[da hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú lo diste?

—Lo presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno

—¿Y promesas?

—¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Mar-
[tínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán, que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala, y a poco en el corredor se oyó de botas y espuelas un acompasado son.

Un portero, levantando el tapiz, en alta voz dijo:—El capitán don Diego.

Y entró luego en el salón Diego Martínez, los ojos llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán don Diego

—díjole don Pedro—vos?

Contestó altivo y sereno Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis a esta mucha-
[cha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento de ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí lo juro.

—P u e s id con
[Dios.

—¡Miente!—clamó Inés llo-
[rando

de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que di-
[ces!...

—Digo que miente: juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que acusado
dudara de vuestro honor.
Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
e Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:

—Llamadle, tengo un tes-
[tigo.

Llamadle otra vez, señor.
Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo a quien
[nunca
faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que
[de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un su-
[plicio
donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El Cristo de la
[Vega,
a cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jue-
[ces

al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,

y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

—La ley es ley para todos,
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que
[Dios.

Haremos... lo que sepamos;
escribano, al caer el sol
al Cristo que está en la Vega
tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor los aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el Miradero,
por el Cambrón y Bisagra,
confuso tropel de gente
del Tajo a la Vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón. Ibán de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás, monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curjosos

en la Vega les aguarda, cada cual comentariando el caso según le cuadra. Entre ellos está Martínez en apostura bizarra, calzadas espuelas de oro, valona de encaje blanca, bigote a la borgoñesa, melena desmelenada, el sombrero guarnecido con cuatro lazos de plata, un pie delante del otro, y el puño en el de la espada. Los plebeyos, de reojo, le miran de entre las capas, los chicos al uniforme y las mozas a la cara. Llegado el gobernador y gente que le acompaña, entraron todos al claustro que iglesia y patio separa. Encendieron ante el Cristo cuatro cirios y una lámpara y de hinojos un momento le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega la cruz en tierra posada, los pies alzados del suelo poco menos de una vara; hacia la severa imagen un notario se adelanta de modo que con el rostro al pecho santo llegaba. A un lado tiene a Martínez, a otro lado a Inés de Vargas, detrás el gobernador con sus jueces y sus guar-
[dias.
Después de leer dos veces la acusación entablada,

el notario a Jesucristo, así demandó en voz alta:

*Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana,
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿juráis ser cierto que un día
a vuestras divinas plantas
juró a Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?*

Asida a un brazo desnudo una mano atarazada vino a posar en los autos la seca y hendida palma, y allá en los aires «¡Sí ju-
[ro!»
clamó una voz más que hu-
[mana.

Alzó la turba medrosa la vista a la imagen santa... Los labios tenía abiertos y una mano desclavada.

CONCLUSION

Las vanidades del mundo renunció allí mismo Inés, y espantado de sí propio Diego Martínez también. Los escribanos, temblando dieron de esta escena fe, firmando como testigos cuantos hubieron poder. Fundóse un aniversario y una capilla con él, y don Pedro de Alarcón el altar ordenó hacer, donde hasta el tiempo que
[corre,
y en cada año una vez,

con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

A LA ORILLA DEL ARROYO
(De Antonio de Trueba.)

I

Una mañana de mayo,
una mañana muy fresca,
entréme por estos valles,
entréme por estas vegas.
Cantaban los pajaritos,
olían las azucenas,
eran azules los cielos
y claras las fuentes eran.
Cabe un arroyo más claro
que un espejo de Venecia,
hallara una pastorcica,
una pastorcica bella.
Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas
y sus dientes como perlas.
Quince años no más tendría
y daba placer el verla,
«lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas».

II

—Pastorcica de mis ojos
—admirado la dijera—,
Dios te guarde por hermosa;
bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera;
sin ellas estás hermosa,
y estáraslo más con ellas.
—No me placen, mancebico

—respondióme la doncella—;
no me placen que me bastan
las flores que Dios me diera.
—¿Quién te dice que las tie-
[nes?
—¿Quién te dice que eres be-
[lla?

—Me lo dicen los zagales
y las fuentes de estas vegas.
Así habló la pastorcica
entre enojada y ruisueña,
«lavándose las manos,
peinándose las sus trenzas».

III

—Si no te placen las flores,
vente conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la hierba,
contaréte muchos cuentos,
contaréte cosas buenas.

—Pues eso menos me pla-
[ce,
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas.
Tal dijo la pastorcica,
y no pude convencerla
con esta y otras razones,
con esta y otras promesas.
Partíme desconsolado,
y prorrumpiendo en quere-
[llas,
lloré por la pastorcica,
que, sin darme otra respues-
[ta,
siguió cabe el arroyuelo
entre enojada y contenta,
«lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas».

ROMANCE DEL TANGO

(De Salvador Rueda.)

Coplas de Narciso Diaz
 está cantando la «Nena»
 con una voz que recalca
 los tuétanos de tristeza,
 mientras un mozo de rumbo
 con los dedos despuntea
 formando ricos bordados
 la quejumbrosa vihuela.
 Vasijas acristaladas
 le ponen colmo a la mesa
 y frescos ramos que copian
 los senos de las botellas.
 —Canta coplas de Narciso;
 las más bonitas que sepas;
 se pegan a la guitarra
 como si fuesen sus cuerdas.
 Y con voz de terciopelo
 que se abrió en el aire lenta,
 esta copla trinitaria
 cantó llorando la «Nena»:
 «Mi corazón dice, dice,
 que se muere, que se muere,
 y yo le digo, le digo,
 que se espere, que se espere.»
 Entró la voz en el alma
 con una angustia suprema
 y removi6 el sentimiento
 con su llorosa cadencia,
 y se quedó goteando
 la voz como si lloviera
 y soltase en cada nota
 una punzada de pena.
 Hizo hablar a la guitarra
 el tocador con violencia,
 cual si por ella cruzase
 un retemblor de tragedia,
 y luego dulcificando

fué el arranque de soberbia,
 hasta que acabó la ira
 en un suspiro que besa
 Y tornó la cantadora
 a preludiar malagueñas
 templándose en la salida
 que hizo con larga pereza:
 «Al Cristo que hay en mi
 le referí mi dolor: [cuarto
 qué penas no le diría
 que el Cristo se estremeció».
 En esto, pasó las flores
 hulusmeando una abeja
 en torno a las campanillas
 de la azul enredadera,
 y de la «Nena» tomando
 por una rosa la oreja,
 entró, y arrancóle un grito
 que alzó un tumulto en la
 [fiesta.

—La toman a usted por cáliz
 hasta los bichos que vuelan.
 —O por panal de miel rubia.
 —O por divina colmena:
 fueron diciendo las voces
 en galante competencia,
 tirando al aire encendido
 madrigales por docenas
 —Con esa voz de oro puro
 cante usted otra copla, reina,
 pero antes beba esta caña
 llena de sol y de esencia,
 Colmó el vino sanluqueño
 la copa larga y estrecha
 cual si echara en un estuche
 ramalazos de candela,
 y se saturó de aroma
 como una esponja la siesta,
 ya borracha de claveles
 abiertos en las macetas.

La apuró la cantadora
 cual si un topacio bebiere,
 y echó al aire su garganta
 esta proclama de guerra:
 «De sangre y oro se viste
 nuestra española bandera;
 no hay oro para comprarla
 ni sangre para vencerla».

Templó su voz el canario
 al oír la voz maestra,
 limpióse el pico en dos pases
 dados de izquierda a derecha,
 y desrizó una cantata
 más cristalina y más bella
 que si cayese en un vaso
 deshecho un sartal de perlas.

—¡Muy bien por los cantao-
 dijo la mujer risueña, [res!
 y alzóse y fué a la jaula
 luciendo su estatua egregia.
 Sujetó un terrón de azúcar
 entre dos alambres diestra,
 y en pago del dulce mimo
 soltó el canario otra ende-

[cha,
 como un raudal de granizos
 que en un tímpano cayeran.
 —Ya que está de pie, gracio-

[sa,
 suba de un brinco a la mesa,
 y baile un tango rumboso
 que alegre el cielo y la tie-
 [rra.

—Que baile, sí,—redoblaron
 las mujeres de la «juerga»
 promoviendo una algaraza
 de piropos a la «Nena»
 y el tocador marcó un tango
 sobre el temblor de las cuer-
 como marea de fuego [das,

que se subió a las cabezas.
 Se rebosaron las cañas,
 hirvió el sol metido en ellas,
 se apuró la manzanilla
 que lleno el aire de esencia.
 e incitada por los locos
 compases de la vihuela
 que pedían zaragata
 remolinos y vehemencia,
 se arrancó el chal de Manila
 con más luz que una paleta.
 con más flecos que la lluvia,
 con más rosas que Valencia,
 y pasándolo arrogante
 sobre el colmo de la mesa
 que rayó en chorros de oro
 el vino de las botellas,
 mientras rondaron las copas
 en catarata soberbia,
 arrojó el mantón de flores
 como una real primavera.
 Intercaló a sus cabellos
 claveles como ascuas fieras,
 se clavó rosas ardientes
 igual que llamas que tiem-
 [blan,

y enloquecida de fuego
 subió de un brinco a la mesa
 y al aire ondeó los brazos
 lo mismo que dos banderas.
 Dispúsose el auditorio
 a ver la danza soberbia
 y oyó dar a la guitarra
 trastornadoras cadencias,
 gritos enloquecedores,
 armonías gitanescas
 que arrebataron la sangre
 de la ardiente concurrencia
 y prorrumpió en alaridos

como una encelada fiera.
 Trazó un remolino airoso
 sobre el tablado la «Nena»,
 con un desgozne de huesos
 como si fuese una rueca,
 y sembró desliando
 la espiral cálida y bella,
 que devanando estuviese
 ovillos con las caderas.
 Se fué después elevando
 lo mismo que una culebra,
 y lióse y deslióse
 en largas series de vueltas,
 hasta romper en palmadas
 con taconar de tormenta,
 y alzóse amenazadora
 de triunfal y de soberbia.
 Tan alta subió bailando,
 que tropezó su cabeza
 con un hermoso racimo
 como un colgante de perlas,
 y el parral tembló un instan-
 [te
 con sus pámpanas espléndi-
 haciendo volar avispas,[das,
 mariposas y libélulas.
 Con las yemas de los dedos
 tocando las castañuelas,
 iba y venía trazando
 molinetes y sorpresas,
 y a veces marcando un quie-
 con bizarra gentileza, [bro
 fingía clavar al aire
 dos banderillas esbeltas.
 Otras veces pregonaba,
 la mano en la boca puesta,
 un largo pregón de flores
 como una lírica estela.
 De un rudo soldado en mar-
 luego imitó la torpeza [cha

entre un bronco taconeó
 que fingió un rumor de gue-
 [rra.
 Después remedó a un ciclista
 montado en su biciclea,
 moviendo los dos pedales
 con posturas charranescas.
 Y por último, rendida
 de pintar tipos y escenas
 entre un derroche de gracias
 y otro derroche de vueltas
 el remolino primero
 quiso trazar a la inversa,
 empezando desde arriba
 la loca devanadera.
 Describió con los dos brazos
 un gran lío de banderas
 girando en el aire rubio
 el alto busto de reina.
 Movié, después, la cintura
 al ir descendiendo lenta,
 y casi al poner gallarda
 las dos rodillas en tierra,
 imitó el canto del gallo
 y a cada cimbrar la cresta,
 fué lanzando en llamaradas
 claveles de su cabeza.
 «Qui-qui-ri-quí», rosa al aire;
 «qui-qui-ri-quí», rosa suelta;
 como si bombas de luces
 lanzara su cabellera.
 A cada «qui-qui-ri-quí»
 daba al viento una candela,
 un clavel como un chispazo
 de luz, color y belleza.
 Hasta que dió la guitarra
 golpe final a la «juerga»,
 ¡y entre un delirio de vivas
 se alzó triunfante la «Nena»!

LA FLOR DEL ESPINO

(De José María Gabriel y Galán.)

I

El padre es un tosco
labriego fornido,
áspero y velludo,
gigante bronceado.
¡La madre, una hembra
con hombrunos bríos,
desgarradas formas,
groseros aliños!
¡Y ved el misterio!...
La niña ha nacido
pequeñita y blanca
como flor de espino.
¡La teta es tan grande
como el angelito!
Parecen el bronce
y el mármol unidos.
Me da mucha pena
que aquel hociquillo
tan tierno, tan puro,
tan fresco, tan rico,
toque el pezón negro
del pechazo henchido.
Y ¡siento una lástima
y un miedo y un frío
cuando el gigantesco
labriego fornido
coge en sus manazas
aquel cuerpecito
blanco como el mármol
tierno como un lirio!...
Como es tan pequeño,
tan blando, tan fino,
temo que las zarpas
del león bronceado
lo hieran, lo quiebren...

¡Me da miedo y frío!
Y luego, ¡qué ira
cuando le hace mimos
con aquellos dedos
callosos y heridos
y cuando le pone
con brutal cariño
los labiazos ásperos
sobre el hociquillo,
que parece un fresco
clavel con rocío!...

II

¡Eran aprensiones!
Después lo he sabido.
El pezón negruzco
del pechazo henchido
no mancha los labios
de los angelitos.
Es moreno y tosco,
¡pero está tan tibio!...
¡Tan tibia y tan pura
derrama en hilillos
la leche purísima
del pechazo henchido!
que ¡pobre de aquella
sin ese venero
de vida tan rico!
¡Por eso aquel ángel
lo quiere tantísimo
que cuando se aparta
cansado y ahito
del pezón moreno
rebosante y tibio,
lo mira y sonrie,
le quiere hacer mimos,
lo dobla y lo estruja
con el hociquillo,
lo coge y lo suelta
le da golpecitos,

y poquito a poco
 se queda dormido
 de hartura y de gusto
 junto al calorcillo!
 Ni aquellas manazas
 del padre sombrío
 lastiman al ángel...
 ¡Ya lo he comprendido!
 ¿Qué es lo que no torna
 suave el cariño?
 Cogera a su hija
 como yo a mi hijo,
 que dice su madre
 cuando se lo quito
 desnudo del halda
 para hacerle mimos:
 —¡Me da gusto verte
 levantar al niño,
 porque lo levantas
 lo mismo, lo mismo
 que los sacerdotes
 el cuerpo de Cristo!

III

Eran aprensiones
 ¡ya lo he comprendido!
 Mas queda el enigma
 recóndito, vivo...
 El hombre es velloso,
 grosero, cetrino;
 la madre es hombruna
 de ceños sombríos;
 la débil niñita
 ¿por qué habrá nacido
 blanca como el mármol,
 tierna como el lirio?
 Pues es un misterio
 lo mismo, lo mismo
 que el que nos ofrece
 la flor del espino...

LA PRESEA

(De José María Gabriel y Galán.)

Al señor de Salvatierra,
 don Diego Alvar de León,
 mancebo en la paz prudente
 como en guerra lidiador,
 requiere con estas letras,
 que honor de sangre dictó,
 la que es hija bien nacida
 del señor de Monleón:
 «De aquella ciudad de Baza
 que el moro ha tiempo ocupó
 asaz tristes nuevas vienen
 para el castellano honor
 que así puro siempre ha sido
 como la llama del sol.
 Cabe aquellos fuertes muros
 que en vano abatir trató
 la nuestra aguerrida hueste
 con asaltos de león,
 defiéndose la morisma
 tal como tigre feroz
 que entre las garras oprime
 la corza que aprisionó.
 El nuestro rey don Fernan-
 [do,
 el grande, el conquistador,
 el que la cruz lleva enhiesta
 sobre el morado pendón,
 desde Medina del Campo
 para Jaen se partió
 con la nuestra amada Reina.
 la del noble corazón;
 y haciendo alarde de gente
 que al llamamiento acudió,
 allega al cerco de Baza
 gente de cuenta y valor,

que no es bien que aquella
 deste solar español [joya
 captiva en manos de infieles
 Castilla la pierda y Dios.
 Yo vos requiero por esta,
 don Diego Alvar de León,
 porque siéndovos tan caro
 como decís el mi amor,
 a los sus requerimientos
 esquivo no seréis vos.
 Y ya que al mi amor queréis
 que le ponga precio yo,
 deciros he, buen mancebo,
 que vale más su valor
 que la vuestra Salvatierra
 y el mi fuerte Monleón;
 que vale un joyel que quiero
 en mis bodas lucir yo,
 hecho de piedras preciosas
 que arranque vuestro valor
 del puño del rico alfanje
 de algún árabe feroz
 de aquellos que en Baza fin-
 con mengua de nuestro ho-
 [can
 [nor.

Esto tan sólo vos digo,
 don Diego Alvar de León:
 ¡En Baza está la presea
 y en el mi castillo yo!»
 Así doña Luz, la hija
 del señor de Monleón,
 escribe y manda sus letras
 con un jinete veloz
 al señor de Salvatierra,
 que arde por ella en amor.

II

Por los campos castellanos,
 cargada de majestad,

pasando va dulcemente
 la tarde primaveral;
 una tarde tibia y pura
 que infunde al ánimo paz
 con los amables silencios
 de su dulce resbalar,
 con las tristezas que embe-
 y las tristezas que dan [ben
 los montes rubios teñidos
 en oro crepuscular.
 Allá, por aquel camino
 que viene del Endrinal
 y va las fuertes murallas
 de Monleón a rasar,
 cabalgan a media rienda
 con apostura marcial
 hasta cuarenta lanceros
 formando apretado haz,
 cuyo avanzar vigoroso
 la tierra hace trepidar.
 Al frente del haz guerrero
 cabalga firme y audaz
 el señor de Salvatierra
 sobre alterado alazán
 de rica sangre española
 tan fiera como leal,
 negras pupilas de toro
 que radian ferocidad,
 eréctil musculatura
 que treme al mánõtear,
 relincho de agudo timbre,
 clarín de guerra en la paz,
 crines blondas que lo ciegan,
 curvas que gracia le dan,
 casco duro, piel nerviosa
 y amplía traza escultural;
 con un alterar de fuego
 como hálito de volcán,
 con un marchar armonioso
 que encanto a los ojos da,

con un galopar hermano
 del más veloz huracán.
 Cabe los muros se paran
 de la mansión señorial,
 dorada con oro viejo
 del cielo crepuscular.
 Alza don Diego los ojos,
 que avaros de luz están,
 y déjalos casi ciegos
 la luz de aquella beldad.
 Tal como imagen hermosa
 compuesta en dorado altar,
 en un ajimez dorado
 la hermosa doncella está.
 —¡En Baza está la presea!—
 gritó la dama al galán;
 y así contestó el mancebo:
 —¡Y en Baza mi honor está!
 Y saludando rendido
 con apostura marcial,
 al frente de sus lanceros
 partió el gentil capitán.
 Cerró el ajimez la dama
 y el sol ocultó su faz...
 y como todo oscurece
 cuando los soles se van,
 sobre el alma del guerrero
 cayó una noche ideal,
 y sobre el campo tranquilo
 cayó una noche de paz...
 ¡Plegue a Dios que dos au-
 [roras
 las tornen pronto a ahuyen-
 [tar!

III

Es sangrienta la defensa,
 sangriento el asalto es,
 que están adentro los tigres
 de ágil cuerpo y alma infiel,
 y afuera están los leones

que asaltan con altivez;
 y adentro batirse saben,
 y afuera saben vencer;
 y a aquellos la rabia encien-
 [de
 y a aquéstos la intrepidez...
 ¡Hermosa ciudad de Baza:
 caro tu rescate es;
 Acosados una tarde
 por nuestro ejército fiel,
 salieron los defensores
 a sucumbir o a vencer
 ardiendo en rabia de locos,
 ardiendo en sangrienta sed.
 Ante los mismos reales
 se traba el combate aquel
 en que el oído ensordece,
 los turbios ojos no ven
 y la cólera es demencia,
 y es el ardor embriaguez,
 y es la sangre lava roja
 que quema hasta enloquecer
 y es un rayo cada ataque,
 y un bloque cada hombre es,
 y el herir es siempre hondo
 y es mortal siempre el caer...
 Espanto pone a los ojos
 y al alma pena cruel
 ver tantos mozos gentiles
 en tierra muertos yacer;
 tantos nobles caballeros,
 dechados de intrepidez,
 luchando tan mal heridos
 que pronto habrán de caer,
 cristianos, por Dios murien-
 [do:

y españoles por su rey;
 caballeros por su dama;
 guerreros, por honra y prez.
 ¡Morir de muerte gloriosa

nacer en la Historia es!
 En lo recio de la lucha
 combate un moro cruel,
 que por sus ricos arreos
 y su bravura también,
 capitán el más famoso
 de los de Baza ha de ser.
 Al punto viólo don Diego,
 y así se dirige a él,
 como león que de pronto
 la presa buscada ve.

Correr el moro lo ha visto
 y entre su gente romper,
 así como si rompiera
 por bosques de frágil mies.
 Tal como los bravos toros
 que antes del duelo cruel
 de hito en hito se contem-

[plan

con ojos que apenas ven,
 y como nubes preñadas
 de rayos chocan después,
 así los dos capitanes
 viniéronse a acometer,
 astillas hechas dejando
 las lanzas bajo sus pies
 y mal por don Diego herido
 del bravo moro el corcel.
 Alfanje y espada vibran
 sobre crujidos de arnés,
 truenos estos de la nube
 y aquellos rayo cruel,
 combate don Diego herido
 y herido el moro también,
 y éste no quiere rendirse,
 y aquel no sabe ceder,
 y muertos ya los caballos,
 prosigue la lucha a pie.

De pronto el bravo don Die-
 [go,

cual si su mente al caer
 alguna amante memoria
 doblara su intrepidez,
 así como un torbellino
 de incontrastable poder,
 cayó sobre el bravo moro,
 que herido rodó a sus pies
 gimiendo:—¡Noble cristiano!
 ¡Sólo es vencer tu vencer!
 ¡Toma el alfanje de un hom-
 vencido sólo una vez! [bre

IV

Sobre las torres de Baza
 que alumbra radiante el sol,
 tremola al beso del viento
 nuestro morado pendón.

En un salón del castillo
 donde el rey lo aposentó,
 cabe el rey está expirando
 don Diego Alvar de León
 de las sangrientas heridas
 que en el combate ganó.

El rey ha escrito una carta
 que don Diego le dictó,
 y con estas sus palabras
 entrégala a un servidor:

«A los lanceros que traje
 don Diego Alvar de León
 dais este alfanje, que todos
 custodiarán con amor,
 y estas letras, y que cumplan
 lo que en ellas se ordenó.»

Y una tarde, una doliente
 tarde de invierno, sin sol,
 oscura como el que llevan
 de luto enhiesto pendón,
 aquellos veinte lanceros
 que de Baza el rey mandó

llegando van al famoso castillo de Monleón. Desde un ajimez al verlos la dama que lo cerró la tarde aquella de mayo que tuvo radiante sol, al interior del castillo llorando se retiró, y al poco rato, enlutada, del castillo en un salón, una joya y estas letras de sus manos recogió: «A doña Luz de Mendoza, el mí más amable amor, desde el castillo de Baza, que ya la cruz coronó, por la misma mano escrita de nuestro rey y señor esta carta vos envía don Diego Alvar de León, que en duro trance de muerdecirvos pretende adios. [te
 Con estas letras, señora, lleva un leal servidor la venturosa presea que hubiese prendido yo sobre el vuestro noble pecho del lado del corazón, para que vieran mis ojos sobre tal cielo tal sol. Dios y el vuestro amor, se-
 [ñora, hanme dado el grande honor de que mi vida al tablero por El pusiera y por vos; y fuera yo mal nacido y mal caballero yo si desta merced no fuese rendido concedor.

 Mi feudo de Salvatierra

queda, doña Luz, por vos, que así a nuestro rey plació— cuando dispúselo yo; [le y ya que a Dios no pluguie la nuestra feliz unión [ra luzcan en la misma piedra por siempre, juntos los dos el vuestro blasón honrado y el mí preciado blasón. No derramáis de los ojos llanto que no empuje amor, porque si sólo lo empuja tristeza del corazón que en el honor no repara del que por este finó, fuera un llorar muy mengua— que lastimase el honor. [do

Magüer la memoria mía rompa el vuestro corazón, así verteréis el llanto que vos arranque el dolor como yo vierto mi sangre, sin plañir lamentación, porque firmeza y no cuitas nos piden Dios y el amor. ¡Adios, y guardad el mío donde el vuestro llevo yo, que así os lo pide expirando don Diego Alvar de León!»

Esta manera muy triste la hermosa dama leyó ante los veinte lanceros, ante su padre y señor. Prendióse el joyel precioso del lado del corazón, guardó en el seno la carta y así diciendo acabó: —¡Lanceros de Salvatierra! Esta noche en Monleón, y a Salvatierra conmigo

mudos, en la regia estancia,
vense al cardenal Cisneros
y varones de prosapia:
Deza, Velázquez Fonseca,
y el secretario Carraga.

Con luz de cielo en los ojos
y ternura en las palabras
va dictando la gran reina
su voluntad soberana:

—Con hábito franciscano
que pido para mortaja
lleven mi cuerpo a la tierra
y allí tiendan losa llana;
y allí donde el rey mi esposo
tenga su postrer morada
pongan juntos nuestros cuer-

[pos,
que bien es que juntos yaz-

[gan.
Háganme exequias sencillas
sin muchos lutos ni hachas,
y aplíquense dos millones
para socorro de lástimas.

Suprímense los oficios,
que sobran en la real casa,
revóquense las mercedes
mal hechas y mal usadas;
ni agora ni en ningún tiem-

[po
sufran merma y desmem-
[branza

los reinos y los dominios
que juntos forman a Espa-

[ña;
que Gibraltar siempre sea
fortaleza de la patria;
que oficios y beneficios
a extranjeros nunca vayan;

que los reinos se gobiernen
por las leyes castellanas;
que el rey mi señor disponga
como más mejor le plazca
de la mitad de mis bienes
y de todas mis alhajas...

Por besar el crucifijo
hace Isabel una pausa.
Luego añade sonriendo
con la voz algo quebrada:
—Si nos moviesen a guerra,
fuera ventura muy alta
llevar la Cruz redentora
a las tierras africanas.
Y ruego, mando y ordeno
que en nuestras Indias ama-

[das
los agravios se remedien,
se castigue a los que agra-

[vian
y tengan aquellos súbditos
trato igual que los de Espa-
[ña...

Y dando el cuerpo a la tie-
[rra,
y entregando a Dios el alma,
finó la mujer sublime
de virtudes tan preclaras
que vivió cual santa reina
y murió cual reina santa.

... ..
¡Cúmplase su testamento.
lo mal hecho sé desfaga!

¡Y que, ni agora ni nunca
sufran merma o desmem-
[branza

los reinos y los dominios
que juntos forman a España!

LA SOMBRA DE LAS MANOS

(De Francisco Villaespesa.)

¡Oh, enfermas manos du-
[cales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostal-
[gia,

hecha con rayos de luna
y palideces de nácar!...

¡Vuelve a suspirar amores
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano misti-
[ca!...

¡Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgredadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;

y en las fiestas de la carne,
como una azucena pálida,
quedaste en brazos de un be-
de placer extenuada!... [so

¡Oh manos arrepentidas!...
¡Oh manos atormentadas!...

¡En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia!
¡En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas
y entreabrieron los rubíes
sus pupilas escarlata!

Junto al tálamo florido
de la noche epitalámica
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias.

¡Encendisteis en el templo
los incensarios de plata;
y al pie del altar, inmóviles,
os elevasteis cruzadas,
como un manojo de lirios
que rezase una plagaria!

¡Oh, mano exangüe, dor-
[mida
entre flores funerarias!...

¡Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria!...

¡En la argéntea rueca,
[donde

áureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
sus tristezas las arañas!

Abierto te espera el clave,
y sus teclas empolvadas
aun de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan.

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de sus alas.

Sobre la tumba el poeta
inclina la frente pálida,
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja
aun abiertas permanecen,
esperando tu llegada.

¡Blancas sombras, blancas
[sombras
de aquellas manos tan blan-
[cas,

que en las sendas florecidas
de mi juventud lozana
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma...

¿Por qué oprimís en la no-

[che

como un dogal mi garganta?

¡Blancas manos!... Azuce-

[nas

por mis manos deshojadas...

¿Por qué vuestras finas uñas

en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos du-

[cales,

olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros
inmóviles y enlazadas

entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

ROMANCE MORISCO

(De Francisco Villaespesa.)

Una horca están poniendo,
en las torres de la Alhambra
para colgar, en la aurora,
a Moraima, la sultana.

En un potro jerezano,
armado de todas armas,
por el camino de Atarfe
el bravo Aliatar cabalga.

Ante sus ojos, cual nubes
álamos y olivos pasan,
y es tan densa y tan oscura
la polvareda que alza,
que las gentes del camino
no logran verle la cara.

Cruzando va Puerta Elvi-

[ra.

y es su carrera tan rápida,

que cuando la oye el oído
ya no la ve la mirada.

Bajo los cascos del potro,
de Bibarrambra en la plaza,
lanzando chispas de fuego
las piedras rotas saltaban.

—¿A qué vienes, Aliatar?—
el rey, colérico, exclama.

—¡Vengo a salvar con tu

[muerte,

la vida de la sultana!

Y desenvainando el corvo
hierro de su cimatarra,
de un tajo le segó el cuello
al rey moro de Granada.

Y la cabeza del rey
en la punta de una lanza
goteaba sangre, a la aurora,
en las torres de la Alhambra.

CAMPOS DE MEDINACELI...

(De Enrique de Mesa.)

Campos de Medinaceli,
ruta de la heroica gesta,
terron duro, blasonado
por el casco de Babieca;
donde en la llana albariza,
muelles labranzas rojean
y con barbas de pajones
se enrubian las rastrojeras.
De las aradas y eriazos
se alzan parduscas terreras,
en los añojales crecen
matojos entre las piedras.
Bajo la parda anguarina
transflorando el alma seca,
cruzan pastores ceñudos
tras esmirriadas ovejas.
Van trajinantes y arrieros

tras de sus cansinas bestias,
 caminando, embrutecidos
 con el vino de las ventas.
 Ni un cantar. Sólo se escu-
 en lejanas tolveneras, [chan,
 los sonidos graves, lentos
 de las zumbas de las recuas.
 ¡Pobre terruñero, «exido»
 de tu chozo y de tu hacien-
 [da!

¿Dónde tu clara mañana?
 ¿Cuya la «gentil Castiella»?
 Ya tu pecho no trasvina
 caldo de la antigua cepa;
 hoy tan sólo hieles mana,
 podredumbres y miseria.
 ¿Tendrás el corazón pardo
 como tu capa de yesca
 y el alma gris, sin verdores,
 como tu llanura muerta?
 Viejo Cid, ¿acaso nunca
 resurgirás de la huesa,
 a un empujón de tus hom-

[bros
 despelmazando la tierra?
 Mira del toscó villano
 las cortesanas zalemas,
 al señor, sin señorío,
 y alcorzada la realeza.
 B'ande tu lanza buída,
 de polvo y sangre orinienta;
 húndela en los pobres cuer-
 amarillos de miseria. [pos
 Sangre de la sangre ardida
 con que empapaste las gle-
 [bas

suba a los nuevos racimos
 desde tu cárcava vieja.
 Que a un rojo sol de justicia
 los verdes frutos enveran,

y ha de fermentar su mosto
 dentro de las odres nuevas...
 En el camino, señero,
 por la llana polvorienta,
 mi corazón castellano
 ama, duda, sufre y sueña.

DILIGENCIA DE CARMONA
 (De Fernando Villalón.)

I

Diligencia de Carmona,
 la que por la vega pasas
 caminito de Sevilla
 con siete mulas castañas,
 cruza pronto los palmares,
 no hagas alto en las posadas,
 mira que tus huellas huellan
 siete ladrones de fama.
 Diligencia de Carmona,
 la de las mulas castañas.

II

Remolino en el camino
 siete bandoleros bajan
 de los Alcores del Viso
 con sus hembras en las an-
 [cas.

Catites, rojos pañuelos,
 patillas de boca de hacha.
 Ellas, navaja en la liga;
 ellos, la faca en la faja;
 ellas, la Arabia en los ojos;
 ellos, el alma a la espalda.
 Por los Alcores del Viso
 siete bandoleros bajan.

III

Siete caballos caretos,
 siete retacos de plata,

siete chupas de caireles
 siete mantas jerezanas.
 Siete pensamientos puestos
 en siete locuras blancas.
 Tragabuches, Juan Repiso,
 Satanás y Mala-Facha,
 José Claudio y el Cencerro
 y el capitán, Luis de Vargas,
 de aquellos más naturales
 de la Vega de Granada.

Siete caballos caretos
 los Siete Niños llevaban.

IV

—Echa vino, montañés,
 que lo paga Luis de Vargas,
 el que a los pobres socorre
 y a los ricos avasalla.
 Ve y dile a los milicianos
 que la posta está robada
 y vamos con nuestras novias
 hacia Ecija la llana.
 Echa vino, montañés,
 que lo paga Luis de Vargas.

ROMANCE DEL MARQUÉSITO BUR-
LADOR

(De Emilio Carrere.)

Marquesito, marquesito,
 galán marqués de Perales,
 el que se iba de aventuras
 con las manolas de plante.
 ¡Marquesito burlador,
 no encontrarás quien te sal-

[ve!

Por las calles de la villa
 mañana dirá el romance:
 «Por la honra de una mano-
 [la,

en la procesión del Carmen
 mataron al marquesito...
 ¡cómo lloraba su madre!»
 Espuma de barrios bajos
 fué el marquesito galante;
 del Avapiés al Barquillo
 iba sembrando pesares.
 Llevaba el traje de majo
 con muy garboso donaire,
 la redecilla de seda
 y la chorrera de encajes.
 Marqués enamorado,
 famoso por tus desplantes,
 al viento la capa roja
 y la apostura arrogante,
 ¡malhaya el majo marqués!,
 mañana dirá el romance
 por las plazas de la villa:
 «En la procesión del Carmen
 mataron al marquesito...
 ¡cómo lloraba su madre!»
 Del Barquillo al Avapiés
 siembras tus deslealtades,
 y el rencor de cada maja
 perdida que abandonaste
 adorna tu vanidad
 de aventurero arrogante.
 Era la «Zaina» una maja
 emperatriz del donaire;
 por burlar a esta manola
 murió el marqués de Perales
 Ya por las calles y plazuelas
 los ciegos cantan el lance;
 cerrado está su palacio;
 de luto, sus familiares;
 fué la venganza del pueblo
 la que escribió este roman-

[ce:

«Por la honra de una mano-
 [la,

en la procesión del Carmen,
mataron al marquesito...
¡cómo lloraba su madre!»

PASTORAL

(De Juan Ramón Jiménez.)

Ya están ahí las carretas...
—Lo han dicho el pinar y el
[viento,
lo ha dicho la luna de oro,
lo han dicho el humo y el
[eco...—
Son las carretas que pasan
estas tardes, al sol puesto;
las carretas que se llevan
del monte los troncos muer-
[tos.

¡Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!
Los bueyes vienen soñan-
a la luz de los luceros, [do,
en el establo caliente,
que sabe a madre y a heno.
Y detrás de las carretas,
caminan los carreteros,
con la aijada sobre el hom-
y los ojos en el cielo. [bro
¡Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

En la paz del campo van
dejando los troncos muertos
un olor fresco y honrado
a corazón descubierto.
Y cae el «Angelus» desde
la torre del pueblo viejo,
sobre los campos talados,
que huelen a cementerio.
¡Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

LOS OJOS DEL HUERFANITO

(De Marciano Zurita.)

Más que sus pálidas car-
ateridas por el frío, [nes,
me causan honda amargura
los ojos del huermanito.

Son unos ojos azules
luminosos y tranquilos,
con inquietud de luceros
y solemnidad de cirios;
ojos llenos de sonrisas
y llenos de regocijo,
como hechos para las cum-
[bres
y no para los abismos;
para ser aurora, no
crepúsculos vespertinos.

Menos los ojos, todo es
muy triste en el pobre niño,
tristes son las manos blan-
[cas,
sus blancas manos de lino,
que no acariciaron nunca
con sus rosados deditos
el misterio de un juguete
ni las páginas de un libro;
tristes sus labios, que nunca
gustaron agradecidos,
ni besos como los hombres
ni dulces como los niños;
y su frente, donde nadie
puso ternuras y mimos
y su corazón, que dentro
de su pecho es como un nido
donde jamás gorjeara
el ruiseñor del cariño.

• Por qué, pues si todo es
[triste
en el pobre huermanito.

sus grandes ojos azules
luminosos y tranquilos
están llenos de sonrisas
y llenos de regocijo?

¡Ay, cuánta pena me cau-
[san
los ojos del huerfanito!

ROMANCE DEL DUERO

(De Gerardo Diego.)

Río Duero, río Duero,
nadie a acompañarte baja;
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.

Indiferente o cobarde,
la ciudad vuelve la espalda.
No quiere ver en tu espejo
su muralla desdentada.

Tú, viejo Duero, sonríes
entre tus barbas de plata,
moliendo con tus romances
las cosechas mal logradas.

Y entre los santos de pie-
[dra
y los álamos de magia
pasas llevando en tus ondas
palabras de amor, palabras.

Quien pudiera, como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo ver-
pero con distinta agua. [so,

Río Duero, río Duero,
nadie a estar contigo baja,
ya nadie quiere atender
tu eterna estrofa olvidada,
sino los enamorados
que preguntan por sus almas
y siembran en tus espumas
palabras de amor, palabras.

HOY ES DOMINGO DE PASCUA
(Huberto Pérez de la Osa.)

Hoy es domingo de Pascua
y yo no tengo un amor.
Apoyado en cada esquina
se quedó un rayo de sol,
un galán en cada puerta
y una palma en cada balcón.
Este domingo de Pascua,
¿adónde iré solo yo,
si hasta la calleja estrecha
llega la Resurrección?

El tenderete de flores
hoy tiene carga mayor,
y hay una vara de nardos
para ir en anunciación
con la palabra de nupcias
y un arcángel en la voz.
¿Si yo comprase los nardos?
Pero no...
que no hay oídos de doncella
para escuchar el temblor
con que se agita mi sangre
en esta Resurrección.

—Esperaré en una esquina
bajo algún rayo de sol.
Van las doncellas a misa;
alguna no tendrá amor
y querrá que yo la engañe
por engañar su ilusión.
Yo le compraré los nardos
y me temblará la voz
cuando le diga la eterna
frase de declaración.

Hoy es domingo de Pas-
tocan a misa mayor, [cua,
y se ha muerto el hombre
viejo
dentro de mi corazón.

ROMANCES DEL HIJO

(De José María Pemán.)

I

¡Yo he puesto mi eternidad
 en un capullo tan tierno,
 que parece que se fuera,
 con sólo verlo, a tronchar!
 En una vida tan frágil
 entera mi vida está.
 Ya la fuente brava y turbia
 de mi vida no se pierde
 por las breñas al saltar.
 Ya la recogió, entre flores,
 un arroyo de cristal.
 Ya se la lleva cantando
 no sé qué canción de paz.
 ¡Hijo de mi alma y de mi
 [carne!
 ¡Vida nueva, arroyo claro,
 capullo de mi rosal!
 Toma en tus días que llegan
 estos días que se van.
 Unidas mis aguas turbias
 a las tuyas de cristal,
 vamos, como al mar los ríos,
 los dos a una eternidad.
 Yo, el fuerte y el orgulloso,
 no sé a solas caminar.
 Se viene encima la noche,
 se me acaban los caminos
 y las fuerzas se me van.
 ¡Ven, rama nueva y florida,
 que se me acaba la senda
 y yo los quiero alargar
 apoyando mi cansancio
 sobre tu fragilidad!
 Ven, vida nueva, tesoro
 de sol, de luz, de ideal...

Dame un poco de esas cosas
 que yo perdí por la senda
 a fuerza de derrochar.
 Volveré por ti a ser rico
 cuando estaba pobre ya.
 ¡Vida nueva! ¡Arroyo claro!
 ¡Capullo de mi rosal!
 Sin ti, que eres todo mío,
 ¿qué dejaré yo detrás?
 Yo soy aquel que soñaba
 eternizarse y triunfar,
 con no sé qué pobres cosas,
 henchidás de vanidad:
 versos, palabras, rumores,
 olas que vienen y van...
 ¡Y ahora tengo en un capu-
 cifrada mi eternidad! [llo

II

Un hijo es como una es-
 [trella
 a los lejos del camino:
 una palabra muy breve
 que tiene un eco infinito.
 Un hijo es una pregunta
 que le hacemos al destino.
 Hijo mío, brote nuevo,
 en mi tronco florecido,
 si no sé lo que será
 de ti cuando me haya ido;
 si no es mío tu mañana,
 ¿por qué te llamo hijo mío?
 El tiempo, como un ladrón,
 quiere robarme a mi hijo
 y llevárselo muy lejos,
 hacia un mañana indeciso,
 donde no pueda abrigarle
 con el sol de mi cariño.
 ¡Es mío!, le grito al Tiempo,

y el Tiempo responde:—;Es
[mío!

Y así me lo va llevando
poco a poco de mí mismo,
igual que a una rama el vien-

[to,
igual que a una flor el río.

¡Mano cerrada y cruel
del porvenir indeciso;
abre un poco, que yo vea
lo que traes a mi hijo!

El es en mi vida toda
lo que tengo por más mío,
¡y no puedo ni quitarle
una piedra en su camino!
¡Que vana cosa es el hom-

[bre!
¡Que vano es su poderío!

A eso que es toda su vida
y que es todo su cariño,
¿por qué con tan loco orgu-

[llo
le llama el hombre hijo mío?

¿Acaso es suyo el mañana?
¿Acaso es suyo el destino?

ALFONSO XII

(De Agustín de Foxá.)

Alfonso Doce venía
pálido de altos jacintos,
patilla, aleluya y toros
entre alabardas y cirios.
Madrid de churros y alcobas
lo espera moderno y limpio;
plazas untadas de asfalto
y estatuas con gorro frigio.
Alfonso Doce venía
entre damascos y obispos,
faroles, reló, tapices

y generales mullidos.
Miraban calles del Corpus
sillones isabelinos.

Araña de verdes velas,
disuelta en vaso de vino.
Con plebeyez de tortilla,
olor de pescado frito,
faroles de gas borrachos
y el Manzanares podrido.
El rey venía tosiendo,
tuberculoso, amarillo,
a muerto oliendo sus manos
y a naftalina el vestido.
«Madrid, Madrid de mi alma,
¿por qué arrojaste a los
[míos?»

«¿Donde vas Alfonso Doce?»
cantan en rueda los niños.

«En un Escorial de rocas
tengo una alcoba de cirios.»

Alfonso Doce venía,
pálido de altos jacintos,
buscando combas y diábolos
fantasma sobre el Retiro...

LATITUDES

(De Agustín de Foxá.)

Muchacha rubia que das
candorosamente un beso,
como vuela la gaviota,
como da el sol en tus puer-
[tos.

Nos iremos a Estocolmo
en el mes de los cangrejos.
Tu mirada azul tranquila
bajo el oro de tu pelo.
En tu blusa marinera
pega alegremente el viento.
Mi malicia de latino

Como un gitano legítimo.
La regalé un costurero
grande, de raso pajizo,
y no quise enamorarme,
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA
(De Federico García Lorca.)

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira,
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos,
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye, luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yun-
[que
con los ojillos cerrados.
Huye, luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.
El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos,
las cabezas levantadas

y los ojos entornados.
Cómo canta la zumaya,
¡ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.
Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

ALBA
(De Federico García Lorca.)

Mi corazón oprimido
siente junto a la alborada
el dolor de sus amores
y el sueño de las distancias.
La luz de la aurora lleva
semilleros de nostalgias
y la tristeza sin ojos
de la médula del alma.
La gran tumba de la noche
su negro velo levanta
para ocultar con el día
la inmensa cumbre estrella-
[da.
¡Que haré yo sobre estos
[campos
cogiendo nidos y ramas
rodeado de la aurora
y llena de noche el alma!
¡Que haré si tienes tus ojos
muertos a las luces claras
y no ha de sentir mi carne
el calor de tus miradas!
¿Por qué te perdí por siem-
[pre
en aquella tarde clara?
Hoy mi pecho está reseco
como una estrella apagada.

ROMANCE DE LA REYERTA

(De Federico García Lorca)

En la mitad del barranco
 las navajas de Albacete,
 bellas de sangre contraria,
 relucen como los peces.
 Una dura luz de naipe
 recorta en el agrío verde
 caballos enfurecidos
 y perfiles de jinetes.
 En la copa de un olivo
 lloran dos viejas mujeres.
 El toro de la reyerta
 se sube por las paredes.
 Angeles negros traían
 pañuelos y agua de nieve.
 Angeles con grandes alas
 de navajas de Albacete.
 Juan Antonio el de Montilla
 rueda muerto la pendiente,
 su cuerpo lleno de lirios
 y una granada en las sienes.
 Ahora monta cruz de fuego
 carretera de la muerte.

* * *

El juez, con guardia civil,
 por los olivares viene.
 Sangre resbalada gime
 muda canción de serpiente.
 Señores guardias civiles:
 aquí pasó lo de siempre.
 Han muerto cuatro romanos
 y cinco cartagineses.

* * *

La tarde loca de higueras
 y de rumores calientes
 cae desmayada en los muslos
 heridos de los jinetes.

y ángeles negros volaban
 por el aire de poniente.
 Angeles de largas trenzas
 y corazones de aceite.

ROMANCE DEL COMUNERO

(De Federico de Mendizábal.)

Al viento heroico se yer-
[gue
 por aquel viento revuelta,
 bajo la luz de Castilla,
 la corta y joven melena,
 que, de Juan Bravo, corona
 gallarda y alta cabeza,
 donde los ojos de fuego,
 de frente a frente contem-
[plan.

Para el combate le cubre
 media armadura de guerra,
 de viva forja española
 que a España darse va en
[prenda,

Por correajes y hebillas
 las botas de ante, sujetas;
 y al pie se ciñen limados
 los arandales de espuelas.

De arriaz de brazos, la es-
[pada
 en guarnición ancha y fé-
[rrea.
 suspende al cinto, apoyando
 al pomo la mano izquierda.
 mientras con gesto de reto
 levanta altiva su diestra
 para Segovia y Castilla
 la brava y fuerte bandera,
 de tafetán terso y grana
 con fleco y borlas de seda

y los cordones trenzados,
para abrazar su lancera.

Del del Clavijo la imagen
bordada en oro, va en ella
y «Santiago y Libertad»
sobre su lienzo, por lema.

Y sostenido en tenantes
un escudo en que campea,
junto al blasón de Castilla,
la roja cruz comunera.

¿Adónde va del hidalgo
la potestad noble y recia?
¿Quién habrá herido al colo-

[so
para que heroico revuelva,
como caudillo, su espada;
como español, su grandeza;
como ultrajado, su orgullo;
como león, su melena?...

¡Traidor al rey, dicen unos
y mente aleve su lengua,
que al rey acata Juan Bravo,
mas no a la chusma extranje-
[ra!

La libertad castellana
pisada y mísera rueda
por el osado pillaje
de aquellas gentes flamen-
[cas;

y lucen mitras hispanas
en las adrianas cabezas;
los Concejos de Castilla
están viniéndose a tierra.

En torno al rey los pode-
[res
de intrusos mandos gobier-
[nan
y hasta el rey Carlos de Gan-
[te
no se ve ni en la moneda,

que rapaces y sedientos
la plata y oro se llevan
y los ducados «de dos»
no dan ruido en la escarcela.

Ya Castilla lo ha juzgado
y su honor lo juzgó afrenta.
¡Y fué Castilla en sus juicios
tan audaz como certera!

Por eso en armas levanta
ley por ley, su ley de heren-
[cia;
para el rey, acatamiento;
para el tirano, la guerra.

¡Villalar!... Allí chocaron
contra don Carlos sus quejas
en relámpagos de espadas
y entre rayos de tormenta.

Se atascó su artillería
de lluvia y barro en las cuen-
[cas

y entregaron los hidalgos
al verdugo sus cabezas.

Cuando al borde del supli-
al cadalso los acercan [cio
y la voz del pregonero
de traidores los moteja,

—¡Mientes!—grítale Juan
[Bravo—.

¡Mientes tú y el que te orde-
[na

llamar traidor al que muere
de su raza en la defensa!

Y respóndele Padilla:
—Tened, Juan Bravo, la len-
[gua;

si ayer día fué tan sólo
de luchar en la pelea
como cumple a caballeros,
hoy el día tan bien llega
de morir como cristianos...

Y, calló, baja su testa...

Cortó el hacha del verdu-

[go,

del cuello, troncos y vért-

[bras,

que crujieron al hachazo
como robles que se quiebran.

Mas quiso Dios que las al-

[mas

de toda España en la tierra,
fuesen crisol del ayer
y del mañana la hoguera.

¡Por eso flota en Castilla
este airón de independencia,
que es consigna de su gloria
y en su Libertad emblema!

Luchar como caballeros,
por España y su grandeza;

¡y morir como cristianos,
dando a Dios vidas y hacien-

[das!...

¡Se acabó ya el contrabando
por estas sierras de Ronda,
que ya no existen valientes
con catite y con pistola!...

... ..

En el «caparet» del puerto
mientras un «jazz» atolondra
con la locura de un «fox»
de los pasados de moda,
fumando tabaco inglés
y haciendo mesa redonda,
beben vinos andaluces
unas extrañas personas
con gabardinas de «extran-
y miradas recelosas, [jis»
mientras hablan una jerga
de diferentes idiomas
en los que nombran a Cádiz.
Tánger, Jibraltar y Córdoba
en geografía imposible
de quedar en la memoria.

... ..

ROMANCE DE LOS CONTRABAN- DISTAS

(De Luis Guarnier.)

Contrabandistas valientes
los de la sierra de Ronda;
con retaco en bandolera
y en el cinto dos pistolas,
patillas de boca de hacha
y manta de vivas borlas,
ya sois figuras perdidas
de vieja estampa barroca
de una España isabelina,
y habéis pasado a la Histo-
[ria.

Van por las playas abier-
carabineros de ronda [tas
fumando tabaco rubio,
mirando batir las olas,
mientras que por la ciudad,
embozándose en las sombras,
pasan los contrabandistas
bajo la luna redonda

... ..

¡Por toda la brava sierra,
desde Aljeciras a Ronda,
no quedan contrabandistas,
que pasaron a la Historia!

POR LOS CAMPOS DE MONTIEL
(De Torcuato Luca de Tena
y Brunet.)

(El sol en el horizonte
sus rayos desmelenaba.)

Armado de punta en hierro
desde el grebón a la adarga,
del bracil a la babera,
de la gola a la celada,
Don Quijote, el bien nacido
—morrión, coselete y lanza—,
sale a desfacer entuertos
al alba dorada, al alba.

—Ricos sayos de velarte.
Terciopelo de mis calzas,
mis pantuflos de velludo
y mi golilla rizada...
No visten los caballeros
andantes sedas ni gasas,
sino arneses azulados
y encajes recios de malla;
ni guantes barceloneses,
sino manoplas de plata;
ni pantuflos de velludo,
sino espuelas estrelladas,
que para matar gigantes,
desencantar encantadas
princesas, y reparar
a doncellas agraviadas;
para redimir cautivos
y vencer en las batallas...
¡estorban los terciopelos,
las plumas y las holandas!

(El sol en el horizonte
clavaba en el fuego lanzas.
El aire ardía en el aire.

El polvo se despolvaba
y un mundo de lagartijas
sobre las piedras soñaba
letargos de cocodrilos
en grandes cristales de
[agua.]

«Rocinante», arrocinado,
largas las orejas gachas,
arquisteco, boquihundido,
el paso desperazaba.

¿Adónde vas, Don Quijote,
flor de acero de tu raza,
quién te llama a redentor
de sinrazones e infamias?
Mira bien que no es castillo
lo que ves en lontananza,
ni almenas, ni chapiteles,
paredes desmanteladas,
ni doncellas las rameras
que a las puertas se solazan.

(Atardecía. En el campo
los grillos alborotaban.)

Don Quijote oyó a un enano
que su llegada anunciaba
al son de aguda trompeta
desde la torre más alta,
y con gentil continente
y voz amable y pausada,
le pidió venia al alcaide
para entrar en el alcázar.

(Horizonte de molinos.
El sol de de azufre y de plata
en las aspas de un gigante
sus rayos desenredaba.)

MADEJAS DE AIRE

(De Torcuato Luca de Tena
y Brunet.)

—Mira bien, Sancho, que
[Amor
no acepta frenos ni riendas
del prudente Pensamiento,
si el Deseo lo espolea.

Mira bien, que ya se han
[roto

los frenos de mi Prudencia,
y es azogue tu silencio,
y son mis cuitas espuelas
que hieren el corazón
y desbocan la impaciencia.
No olvides ni añadidas nada
de lo que tú viste y sepas.

No desfigures verdades
que en mentiras se convier-

[tan,
ni agrandes lo que me alegre,
ni escondas lo que me dueña,
que más quiero un verdad
desnuda, aunque triste sea,
que la feliz fantasía
de una mentira encubierta.

—Pues... es el caso, señor...

—Tu emoción y tu torpeza,
amigo Sancho, disculpo,
pues es justo que no sepas
expresar belleza tanta
que trovadores no expresan,
pues enmudecen las lirás,
y se apagan las estrellas,
y se avergüenzan las rosas
al lado de su belleza.

No es, pues, de extrañar te
[turbes
cuando se turban al verla

los trovadores, las lirás,
las rosas y las estrellas...

—Pues, señor, éste es el caso,
que mi reina Dulcinea,
a quien Dios guarde, y el

[sol...

—Me consume la impacien-
[cia.

Cuando llegó «Rocinante»
de su palacio a las puertas,
¿qué rubio palafrenero
le tuvo, cortés, las riendas?
¿Fué un paje de seda y oro
o ceremoniosa dueña
quien, por laberintos llenos
de alfombras ricas de Persia
y curiosos gobelinos,
te condujo a su presencia?

—Pues es el caso, señor...

—¿En qué bastidor con per-
bordaban mis iniciales [las
sus dos manos de azucena?

¿Qué perfumes despedía
de bálsamos de violetas?

¿Algalía, civeto, nardo
o aromas de rosa era?

Agradezco tu silencio,
pues ya sé que Dulcinea
huele a ámbar desleído
y a celestiales esencias.

¿Qué broche de oro te dió
o qué joya en recompensa?

Es liberal en extremo,
y si no te dió mil piedras
preciosas al despedirte,
fué por no tenerlas cerca,
que si a mano las tuviese,
vive Dios, que te las diera...

—Pues es el caso, señor...

que yo no vi a Dulcinea.
—¡Traidor, blasfemo!

(En la altura
unas golondrinas juegan
haciendo madejas de aire,

que el viento desenmadeja.)

¡Quién viviera de ilusiones,
aunque al perderlas murie-
[ra!



INDICE

	<u>Pág.</u>
Noticia preliminar	5

ROMANCES CABALLERESCOS

Vergilios	17
La Infantina	17
El conde Arnaldos	18
El conde don Martín y doña Beatriz... ..	19
El Infante vengador	19
El adúltero castigado	20
La constancia	20
La dama del conde alemán	21
Gerineldo	21
El Infante Troco	22
El conde Sol	22
Cordura de Aliarda	24
El traidor Marquillos y Blanca-Flor	25

ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS GALESAS

Amadís de Gaula	25
El caballero del Febo (de Lucas Rodríguez)	26

ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS BRETONAS

Lanzarote del Lago.—I	27
Lanzarote del Lago.—II	28
Tristán de Leonís	28

ROMANCES DE LAS CRONICAS CABALLERESCAS DE
CARLOMAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA

El conde Dirlos	29
Valdovinos	47
El conde Claros	48
Roldán y el trovador	50
El moro Calaynos	50
Gayferos	56
Montesinos y Rosafiorida	58
Durandarte moribundo	59
Doña Alda llora la muerte de Roldán	60
El almirante Guarinos	60

ROMANCES HISTORICOS REFERENTES
A LA HISTORIA SAGRADA

Josué detiene el curso del sol (de Lorenzo de Sepúlveda).	63
Amon y Tamar	63

ROMANCES HISTORICOS REFERENTES A LOS TIEMPOS
MITOLOGICOS Y HEROICOS DE GRECIA

Jason y el vellocino (de Lorenzo de Sepúlveda)	64
Píramo y Tisbe	65
Leandro y Hero	66
Eneas y Dido	66

ROMANCES HISTORICOS CONCERNIENTES
A LA HISTORIA DE ROMA

El rapto de las Sabinas	67
El cadáver de Servio Tulio hollado por su hija	68

ROMANCES HISTORICOS RELATIVOS A LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA

EPOCA DE LA DOMINACION ROMANA

Aníbal sobre Sagunto (de Juan de la Cueva)	67
Sitio e incendio de Numancia	70

EPOCA DE ATANAGILDO

Milagro de un crucifijo a quien ultrajó un judío (de Lorenzo de Sepúlveda)	71
---	----

EPOCA DE VAMBA

Entrada de Vamba en Toledo para coronarse rey	72
--	----

EPOCA DEL REY DON RODRIGO

Rodrigo viola a la Cava	72
El conde Julián jura vengar de Rodrigo la violencia hecha a su hija	73
De cómo el rey Ródrigo perdió la batalla del Guadalete y los moros ganaron la España	74
Rodrigo, fugitivo y derrotado	75
Lamento sobre la pérdida de España	75

EPOCA DEL REY DON PELAYO

De cómo Don Pelayo venció a los moros en Covadonga (de Gabriel Lobo Laso de la Vega)	75
---	----

EPOCA DE LOS REYES DON FAVILA Y RAMIRO I DE LEON

Muerte de Favila (de Lorenzo de Sepúlveda)	77
Ramiro I quita el feudo de las cien doncellas	77

ROMANCES SOBRE BERNARDO DEL CARPIO

Nacimiento de Bernardo del Carpio	78
Cuentan a Bernardo el secreto de su nacimiento	79
Bernardo vencedor en Roncesvalles, con la muerte de Roldán y los Doce Pares de Francia	80

	Pág
Logra Bernardo que le entreguen su padre, mas cuando ya era cadáver	81
Bernardo increpa al rey por su ingratitud	81
ROMANCES SOBRE LOS INFANTES DE LARA Y EL BASTARDO MUDARRA	
Bodas de Ruy Velázquez con doña Lambra y odios contra los Laras	82
Doña Lambra injuria a los Laras (de Lorenzo de Sepúlveda)	84
Muerte de los Laras	85
Presenta Almanzor a Gustios las cabezas de sus hijos. Gustios parte de Córdoba para Salas, dejando preñada a Axa, hermana de Almanzor (de Lorenzo de Sepúlveda)	86
Mudarra, hijo bastardo de Gustios y de Axa, conoce el secreto de su nacimiento y parte a vengar a su padre y a sus hermanos	87
Mata Mudarra a Ruy Velázquez	88
ROMANCES SOBRE FERNAN GONZALEZ Y LOS CONDES DE CASTILLA	
Profetiza un monje a Fernán González su suerte y sus victorias, y el conde hace voto de fundar el monasterio de Arlanza	89
El caballo y el azor y la libertad del feudo de Castilla, por Fernán González	91
Muerte de los traidores Velas	92
EPOCA DE ALFONSO V DE LEON	
Alfonso V casa a su hermana Terea con Audalla, rey moro de Toledo, quien, castigado por un ángel por haberla gozado, la devuelve a su hermano	93
ROMANCES DEL CID	
Prueba Diego Laínez a sus hijos para saber a cuál fiará la venganza de la afrenta que le hizo el conde Lozano	94
Reto del Cid al conde Lozano y muerte de éste	95
Casamiento del Cid con Jimena	96

Jimena sale a misa de parida	97
Muere Don Sancho sobre Zamora a manos del traidor Bellido Dolfos	98
Toma el Cid la jura al rey Alfonso, y éste, enojado, destierra al caballero	98
Cosas tenedes, el Cid	99
Destierro del Cid	101
El Cid, para pagar su gente, saca con astucia dinero a unos judíos	101
El Cid conquista de los moros a Alcocer, por medio de una estratagema (de Gabriel Lobo Laso de la Vega)	102
Consejos y encargos del Cid a su esposa, al partir para la guerra	103
Predice un moro a los suyos la perdición de Valencia. Ganada Valencia, el Cid va a dar gracias a Dios en San Pedro de Cardeña	104
Galantea Búcar a Urraca, hija del Cid	105
Historia de los condes de Carrión con el Cid y sus hijas	106
Testamento del Cid	107
Muerte del Cid (de Lorenzo de Sepúlveda)	113
Los del Cid, llevando su cuerpo sobre Babieca, ven- cen a Búcar, que sitiaba Valencia	114

EPOCA DE DOÑA URRACA, HIJA DE ALFONSO VI

Lealtad de Pedro Anzures (de Lorenzo de Sepúlveda).	116
---	-----

EPOCA DE SANCHO III EL DESEADO

Don Pedro Vélez, sorprendido en lance de amores con la prima de Sancho III, es condenado a prisión per- petua y a ser lentamente muerto	117
--	-----

EPOCA DE ALFONSO VIII EL NOBLE

Batalla de Alarcos, perdida por Alfonso VIII, contra el moro Abenyuzá, y muerte del adelantado don Nuño (de Lorenzo de Sepúlveda)	118
Batalla de las Navas	118

EPOCA DE FERNANDO III EL SANTO

Conquista de Córdoba por el rey don Fernando III (de Lorenzo de Sepúlveda)	119
Cerco de Jerez, donde Diego Pérez de Vargas gana el apellido de Machuca (de Lorenzo de Sepúlveda).	121

EPOCA DE ALFONSO X EL SABIO

Alfonso X dice a su Merino cómo han de mandar los reyes para ser obedecidos y amados	122
Alfonso X y la duquesa de Lorena	123
Huye Enrique de su hermano Alfonso X (de Lorenzo de Sepúlveda)	124
Lígase Alfonso X con el rey moro Abenyuza (de Lorenzo de Sepúlveda)	126

EPOCA DE SANCHO IV EL BRAVO

Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno (de Lucas Rodríguez)	127
--	-----

EPOCA DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO

Muerte de los Carvajales	128
---------------------------------	-----

EPOCA DE DON PEDRO I DE CASTILLA, LLAMADO EL CRUEL

Mata Don Pedro a su hermano Don Fadrique y prende a Doña María, su tía, porque lloraba la muerte del Maestre	129
Llora Doña Blanca el rigor con que la trata su esposo el rey Don Pedro, atribuyéndolo a hechizos que le dió la Padilla	131
A ruego de la Padilla hace el rey Don Pedro matar a su esposa Doña Blanca	132
Lamentan los leales castellanos la muerte de su rey Don Pedro, y los traidores partidarios del bastardo Don Enrique la celebran (atribuído a don Luis de Góngora)	133
Resumen de la historia del rey Don Pedro el Cruel (de Lorenzo de Sepúlveda)	134

EPOCA DEL REY DON JUAN II, CON LOS ROMANCES DEL DUQUE
DE ARJONA Y DE DON ALVARO DE LUNA

Prisión del duque de Arjona	136
Presentimientos que anuncian a don Alvaro de Luna su caída de la privanza del rey	137
Un paje de don Alvaro le aconseja que huya de las iras de sus enemigos y del rey, mas él desdeña el aviso	137
Prisión de don Alvaro	139
Sentencia, a su pesar, el rey a don Alvaro	140
El rey firma vacilante la sentencia de muerte contra don Alvaro de Luna	141
Descríbese el aparato y concurso que hubo en el su- plicio de don Alvaro de Luna (de don Francisco de Quevedo)	142
Muerte de don Alvaro de Luna	143
Entierro de don Alvaro de Luna	144

EPOCA DE ENRIQUE IV EL IMPOTENTE

Cásase la Infanta Isabel de Castilla con Fernando V de Aragón	146
---	-----

EPOCA DE LOS REYES CATOLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL

Un loco hiere en Barcelona al Rey Católico Don Fer- nando V	147
Las cuentas del Gran Capitán	148

EPOCA DE CARLOS I DE ESPAÑA

La batalla de Pavía y la prisión del rey Francisco I de Francia	149
Hernán Cortés quema sus naves para no dejar a los suyos otra esperanza que la victoria	150
Romance del saco de Roma por las tropas del condes- table de Borbón	151

EPOCA DE FELIPE II

Don Juan de Austria sale de Granada con el duque	
--	--

de Sesa, contra las Alpujarras (de Ginés Pérez de Hita)	153
Descríbese la batalla naval de Lepanto	154
Don Juan de Austria noticia a Felipe II el éxito feliz de la batalla naval	158
El duque de Alba, vencedor de los rebeldes de Flandes, les impone duras condiciones	159
De cómo el rey Don Felipe II murió	160

EPOCA DE FELIPE III

De cómo y por qué el rey Don Felipe III expelió a los moriscos de España y de la pena que les causó este destierro	164
---	-----

EPOCA DE FELIPE IV

Preso don Rodrigo Calderón, declara haber sido homicida de muchos, pero no de la reina, de cuya muerte le acusaban	167
Prepárase a la muerte don Rodrigo Calderón	167
De cómo murió don Rodrigo Calderón en el patíbulo.	169

ROMANCES REFERENTES A LAS CRÓNICAS Y TRADICIONES DE NAVARRA, ARAGON, CATALUÑA Y PORTUGAL

Milagro de San Antolín con Don Sancho el Mayor, rey de Navarra (de Lorenzo de Sepúlveda)	170
La campana de Huesca	171
El conde de Barcelona y la emperatriz de Alemania.	172
Don Pedro I de Portugal y doña Inés de Castro.—I. (de Gabriel Lobo Laso de la Vega)	175
Don Pedro I de Portugal y doña Inés de Castro.—II. (de Gabriel Lobo Laso de la Vega)	176
Don Pedro I de Portugal y doña Inés de Castro.—III.	177

ROMANCES DE LA HISTORIA DE ITALIA

Juan Borja, primer duque de Gandía, hijo del Papa Alejandro VI y de su concubina Vanosía, muere asesinado por su hermano César en el año 1492	177
--	-----

ROMANCES JUDIOS

Un hijo tiene el buen conde	179
Ir me quero, la mi madre	179

ROMANCES FRONTERIZOS O DE LAS GUERRAS Y BATALLAS ENTRE LOS
CRISTIANOS Y LOS MOROS DE LAS FRONTERAS DESDE LA EPOCA
DEL REY DON JUAN I DE CASTILLA AL FIN DE LA DE LOS REYES
CATOLICOS DOÑA ISABEL Y DON FERNANDO

Romance de Abenámar	180
Mahomad, rey de Granada, sitia a Baeza, que está de- fendida por Pero Díaz	181
Batalla de los Alporchones	181
La pérdida de Antequera	182
Salen los moros de Granada con Muza y Boabdil a recobrar Jaén	183
Prisión del alcaide de Jaén	184
Muerte de los Abencerrajes	184
Romance del rey moro que perdió Alhama	185
El rey Chico prisionero del conde de Cabra	186
Sitio y toma de Loja (de Gabriel Lobo Laso de la Vega)	187
El cerco de Málaga	187
Entrada triunfal de los Reyes Católicos en Granada (de Lorenzo de Sepúlveda)	189
Cuéntanse dos actos de humildad del rey Chico cuan- do salió vencido de Granada, y la áspera reconven- ción que su madre le hizo increpándole de cobardía.	190
Muerte de don Alonso de Aguilar	191
Historia de Abindarráez, Jarifa y Rodrigo de Narváez (de Juan de Timoneda)	193
Romance del maestro de Calatrava	204
Muerte del maestro de Calatrava don Rodrigo Téllez de Girón, en el sitio de Loja	205
Pulgar clava el rótulo del Ave-María en la mezquita de Granada	206
Escándalo en Granada porque Pulgar clavó el rótulo del Ave-María en la puerta de la mezquita (de Ga- briel Lobo Laso de la Vega)	209

	Pág
Sale Garcilaso de la Vega contra el moro Tarfe y triunfa de él (de Gabriel Lobo Laso de la Vega) ...	209
Celébrase por la reina Doña Isabel la victoria de Garcilaso contra Tarfe, y el triunfo del Ave-María ...	210
Cómo don Manuel de León sacó el guante de su dama de entre los leones ...	211
Reto y duelo entre don Manuel Ponce de León y el alcaide moro de Ronda (de Lucas Rodríguez) ...	212

ROMANCES MORISCOS

Almanzor y Bobalías ...	214
Bobalías el Pagano ...	215
La morilla burlada ...	215
La Infanta Sevilla y Peranzules ...	215
Moriana y Galván ...	216
Abenámar ...	217
Azarque el granadino ...	218
Gazul desdeñado por Zaida ...	219
Gazul en las fiestas de Almanzor ...	219
Abenumeya ...	220
Zaide en las fiestas ...	222
Mira, Zaide, que te aviso (atribuido a Lope de Vega).	223
Tarfe ...	224
Romance de Abenzulema (de don Luis de Góngora).	226
Amores de Muza ...	228
Reduán ...	228
Boabdil y Zara ...	229
Boabdil y Vindaraja ...	230
Audalla ...	231
Zulema ...	232
Aliatar ...	234
Almoralife ...	234
Jarife ...	235
Azarque de Ocaña ...	236
Romance de Hamete y Tartagona en la Peña de los Enamorados ...	237
El español de Orán.—I (de don Luis de Góngora) ...	238
El español de Orán.—II (de don Luis de Góngora)...	239

	Pág.
El torneo	240
Juego de cañas	242
Parodia de un romance morisco (de don Luis de Góngora)	244

ROMANCES DE CAUTIVOS Y FORZADOS

El cautivo	245
El forzado de Dragut.—I (de don Luis de Góngora)... ..	245
El forzado de Dragut.—II (de don Luis de Góngora). ..	246
El cautivo de Ochalí	247
El cautivo de Mahamí	247

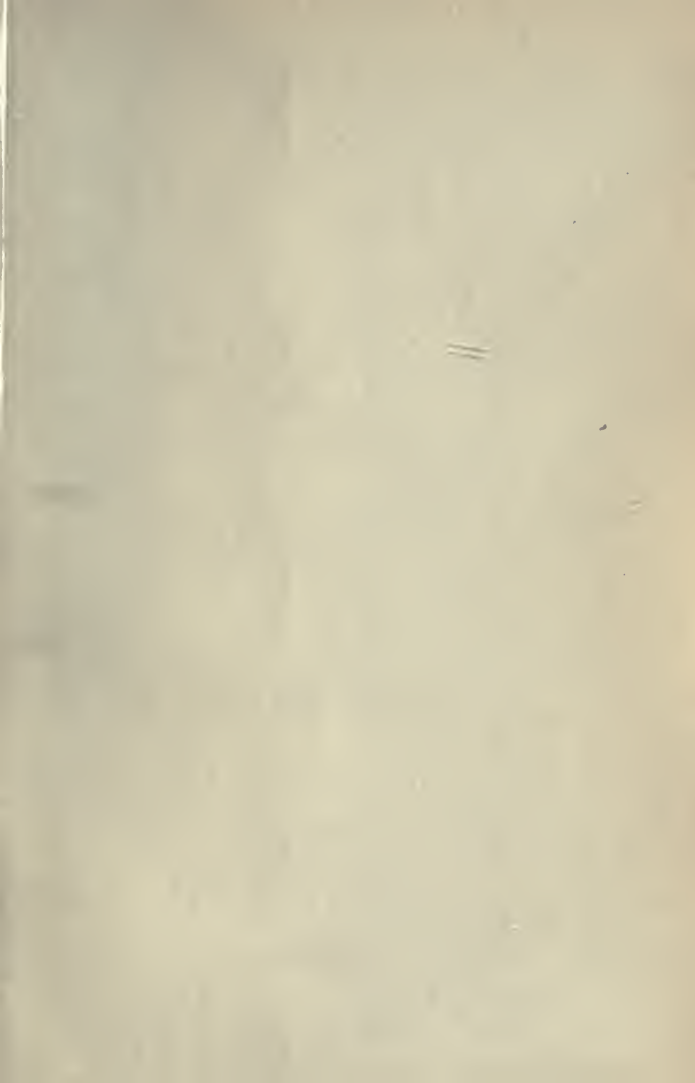
ROMANCES VARIOS

(Novelescos, amatorios, líricos, descriptivos,
burlescos, etc., etc.)

Romance del conde Alarcos (de Pedro de Riaño)	249
A mis soledades voy (de Lope de Vega Carpio)	255
Por el ancho mar de España	256
Yo me estaba reposando (de Juan del Encina)	257
Cuando yo, triste, nací (de Jorge de Montemayor)	257
Describe la hermosa boca de una dama (de Pérez de Montalbán)	258
Rosa fresca, rosa fresca	259
Fonte-frida, Fonte-frida	259
Blanca Flor y Filomena	259
La doncella guerrera	261
Romance de Delgadina	263
El prisionero	264
Yo me adamé una amiga	265
La bella mal maridada	265
Levantóse la casada	266
Despertad, hermosa Celia	266
Romance de los celos (atribuído a Miguel de Cervantes)	267
¿Dónde estás, señora mía?	267
La preñadilla de Antón	268

	Pág.
Don Repollo y doña Berza (de don Francisco de Quevedo)	268
Riéndose está el ratón (de don Francisco de Quevedo).	270
A buen puerto habéis llegado (de don Francisco de Quevedo)	271
Una bella casadilla	272
La buena ventura (de Miguel de Cervantes)	273
El español gallardo (de Miguel de Cervantes)	274
Una cortesana vieja	275
El huerto de la viuda	276
Pobre barquilla mía (de Lope de Vega Carpio)	277
Bella zagaleja (de Cristóbal Suárez de Figueroa)	279
La más bella niña (de don Luis de Góngora)	279
Jueves era, jueves (de don Luis de Góngora)	280
La moza gallega (de Juan de Salinas)	281
El pastor más triste (de Baltasar de Alcázar)	282
Madre, un caballero	283
A la chinigala (de Rodrigo de Reinoso)	284
Angélica y Medoro (de don Luis de Góngora)	285
Hermana Marica (de don Luis de Góngora)	287
Hermano Perico	288
Hermana Juliana	289
Don Sancho, en Zamora (de Nicolás Fernández de Moratín)	290
Rosana en los fuegos (de Juan Meléndez Valdés)	292
La fuente encantada (de Manuel José Quintana)	294
Un castellano leal (de don Angel Saavedra, duque de Rivas)	295
A buen juez, mejor testigo (de don José Zorrilla)	299
A la orilla de un arroyo (de don Antonio de Trueba).	310
Romance de la mano muerta (de Gustavo Adolfo Bécquer)	311
Romance del tango (de Salvador Rueda)	312
La flor del espino (de José María Gabriel y Galán)	315
La preseña (de José María Gabriel y Galán)	316
Hasta más allá de la muerte (de Marcos Rafael Blanco Belmonte)	321
La sombra de las manos (de Francisco Villaespesa).	323

Romance morisco (de Francisco Villaespesa)	324
Campos de Medinaceli... (de Enrique de Mesa)	324
Diligencia de Carmona (de Fernando Villalón)	325
Romance del marquesito burlador (de Emilio Carrere).	326
Pastoral (de Juan Ramón Jiménez)	327
Los ojos del huerfanito (de Marciano Zurita)	327
Romance del Duero (de Gerardo Diego)	328
Hoy es domingo de Pascua (de Huberto Pérez de la Osa)	328
Romances del hijo (de José María Pemán)	329
Alfonso XII (de Agustín de Foxá)	330
Latitudes (de Agustín de Foxá)	330
La casada infiel (de Federico García Lorca)	331
Romance de la luna, luna (de Federico García Lorca).	332
Alba (de Federico García Lorca)	332
Romance de la reyerta (de Federico García Lorca) ...	333
Romance del Comunero (de Federico de Mendizábal).	333
Romance de los contrabandistas (de Luis Guarnier).	335
Por los campos de Montiel (de Torcuato Luca de Tena y Brunet)	336
Madeiras de aire (de Torcuato Luca de Tena y Brunet).	337



678229

Bergua, José (ed.)
Romancero español.

LS.C
B4997ro

NAME OF BORROWER

D. MARIN

DATE

8/1/54

University of Toronto Library

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

